

BOTONES: LIBRO TRES

BOTONES Y DOLOR

*ELLA SENTÍA AMOR.
ÉL, DEVOCIÓN.*



AUTOR SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

P E N E L O P E S K Y

BOTONES Y DOLOR

Botones 3

PENELOPE SKY

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Botones y dolor

Copyright © 2018 de Penelope Sky

Todos los derechos reservados

Capítulo 1

PEARL

—Hola, guapo... ¿Me has echado de menos? —Ladeé la cabeza y fruncí los labios. Mi voz sonó aguda y afectuosa, y el toque de desprecio le aportaba un bonito tono.

A Jacob se le abrió la boca de golpe al verme en el umbral. Sin camisa y con el pelo desordenado, tenía aspecto de haber estado machacando el colchón con alguna pobre chica que no tenía ni idea de que su novio era el mayor montón de mierda del planeta.

—Pearl... Oh, Dios mío. Estás bien. —En cuanto se le empezó a pasar el asombro, fingió preocupación—. Qué contento estoy de que estés bien. Estaba preocupadísimo...

Le solté un rodillazo, directo a los huevos.

—Ni te molestes.

Se llevó las manos a la entrepierna y se encorvó hacia delante, gimiendo casi sin aliento. Se agarró al dintel para no perder el equilibrio y respiró hondo, intentando procesar el dolor.

—Uy, lo siento. ¿Te ha dolido?

Él cerró los ojos y se agarró con más fuerza al marco de la puerta. Los nudillos se le estaban empezando a poner blancos.

—Pues deberías probar a que te la metan por el culo. —Lo aparté de un empujón y entré en el apartamento que antes era mi

hogar. Lo único que llevaba encima era el bolso que le había robado a aquella mujer y algunos euros. Pero eso era todo. Abrí la nevera y saqué una caja con sobras de pizza. Dado que me estaba muriendo de hambre, me comí una porción sin calentarla.

Una mujer apareció desde el pasillo llevando puesta una de las camisetas de Jacob, y nada más.

—¿Quién coño eres tú?

Agité la mano brevemente a modo de saludo y me terminé el trozo de pizza.

—Soy Pearl. La exnovia de Jacob.

—Nunca me ha hablado de nadie llamado Pearl.

—Probablemente porque me vendió en el mercado de trata de mujeres para pagar sus deudas de juego.

Se le abrieron mucho los ojos, pero no demostró ninguna otra reacción. Le echó una mirada a Jacob, que seguía encogido junto a la puerta, y después me volvió a mirar. Evidentemente, no sabía si creerme o no. No podía culparla. La historia resultaba tan ridícula que hasta a mí me costaba creer que hubiera sucedido realmente.

Jacob por fin se recuperó de la patada en los huevos y se enderezó. Tenía las mejillas totalmente rojas y no pudo evitar hacer una mueca al dar un paso. Le había acertado de pleno con la rodilla, y dudaba que consiguiera empalmarse en una semana, por lo menos.

Yo me terminé la pizza y dejé la caja sobre la encimera. Era lo más delicioso que había comido nunca. Pero claro, acababa de bajarme de un vuelo de doce horas durante el que no había comido nada más que cacahuetes.

—Joder, estaba buenísima.

La novia cruzó los brazos delante del pecho y se quedó mirando fijamente a Jacob. No se sentía cómoda hablando conmigo delante, así que se limitaba a fulminarlo con la mirada.

Como si con eso fuera a lograr librarse antes de mí.

Finalmente, Jacob habló.

—Danielle, ¿te importaría dejarnos un momento a solas?

—¿Para qué? —pregunté—. ¿No crees que ella debería saber que eres un cabrón con hielo en las venas? —Me apoyé contra la encimera y le dediqué una mirada de desprecio. Ahora que lo tenía delante, lo único que deseaba era darle una paliza de muerte. Aquel hombre ya no me importaba absolutamente nada, ni sentía una pizca de compasión por él. Lo único que sentía era odio.

Un odio intenso y rabioso.

Jacob no abrió la boca. Sabía que nada de lo que dijese lograría hacerle quedar bien. Lo mejor era no decir absolutamente nada.

—¿Eso es verdad? —preguntó Danielle.

Ahora Jacob se veía atacado por ambos frentes.

—Nena, ¿podrías darnos un momento, por favor?

—No, nada de un momento —dije yo—. Sal cagando hostias de aquí. Estoy a punto de castrar a tu novio, y no creo que te guste presenciarlo.

—Se acabó —dijo ella, dándose la vuelta para volver al dormitorio—. Voy a llamar a la policía.

—Eh, eh, espera. —Jacob se giró hacia ella de inmediato, moviéndose a más velocidad de la que el dolor le permitía. Contorsionaba la cara con cada movimiento, resintiéndose por las fuertes punzadas en la ingle—. No llames a la policía.

Yo sonreí, victoriosa. Aquello prácticamente equivalía a una confesión.

—¿Entonces de qué coño va esto, Jacob? —le gritó—. ¿En serio es tu ex?

—Sí —respondió él en voz baja.

—¿Es verdad que se la vendiste a unos tratantes de mujeres? —siguió presionando ella.

Yo sonreí de oreja a oreja y observé sus apuros. Si mentía y decía que no, me apresuraría a ponerle en su sitio. Si decía que sí, perdería a aquella rubia calentorra con la que se estaba acostando.

—Jacob, la chica te ha hecho una pregunta.

Él se volvió hacia mí, con una expresión fría como el hielo.

—Guau. Hay que ser muy caradura para mirarme como si yo fuese la mala de esta película. —A lo mejor cuando ella se fuese, intentaría matarme él mismo. Aquel sería el final perfecto. Acabaría con su vida atravesándole el corazón con un cuchillo y me largaría de allí. ¿Podía juzgarse a una persona desaparecida en un tribunal? A mí me parecía que no.

La voz de Jacob sonó algo más firme esta vez.

—Danielle, ¿podemos hablar mañana?

—Oh, Dios mío. —dijo la rubia, tapándose la boca con la mano—. Sí que lo hiciste... —Salió corriendo hacia el dormitorio y cogió su ropa y el bolso. Sin cambiarse siquiera, salió del apartamento como una flecha, sin nada más encima que la camiseta de Jacob. No lo miró ni una vez mientras se iba.

—¡Ostras! —dije yo—. Parece que te has quedado sin novia.

Él se volvió hacia mí con ojos furiosos.

Yo sonreí, porque me encantaba que pusiera aquella cara.

—¿Y ahora qué vas a hacer, Jacob?

Él se agarró al borde de la encimera. Los hombros se le tensaron de rabia y la sed de sangre asomó a su mirada. Me odiaba por haber vuelto a su vida, y por haber estropeado su relación con la rubia de las tetas grandes.

—Por mí no te cortes. —Yo había aprendido mucho durante aquel último año de mi vida. Me había vuelto implacable, y muy resistente. Aunque Jacob era más grande y más fuerte que yo, eso no iba a impedir que le diera una paliza. Y no era lo único que le iba a hacer.

Jacob pareció darse cuenta de que aquella era una pelea que no podría ganar. Sus manos soltaron el mostrador y relajó los hombros.

—¿Qué es lo que quieres?

No iba a disculparse, ni tampoco a poner excusas por lo que había hecho. Era tan frío como yo había pensado. Aquello facilitaba la conversación, porque no tendría que escuchar gilipolleces.

—Quiero cien mil dólares antes de mañana a mediodía.

Al principio su expresión no cambió. Después entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

Yo lo repetí más despacio, siendo todo lo repelente posible.

—Cien. Mil. Dólares. ¿Necesitas que te lo apunte?

—¿Pero de qué mierda vas? ¿Te piensas que tengo esa cantidad de dinero por casa?

—Me da igual que la tengas o no. Es lo que me debes.

—¿Deberte? —Ahora ya había dejado de fingir, y se mostró exactamente como era en realidad. Era un demonio del inframundo carente de toda emoción. Yo había visto muchos grados diferentes de maldad, y el suyo era el peor, con diferencia. Los villanos que no se consideraban villanos a sí mismos eran los más peligrosos de todos.

—Te pagaron cien mil dólares por convertirme en una esclava. Yo fui la que tuvo que hacerlo, así que ese dinero es mío. Entrégamelo antes de mañana a mediodía, o iré a la policía a contarles lo que me hiciste, y no pienso omitir detalle.

—Pearl...

—No vuelvas a pronunciar mi nombre jamás. —No me gustaba escucharlo, especialmente de sus labios. Era un nombre que llevaba una eternidad sin oír. El único nombre al que ahora estaba acostumbrada era uno que nunca volvería a escuchar—.

Tienes doce horas para conseguirlo.

—Mira, no tengo esa cantidad de dinero.

—Eso no es problema mío, Jacob.

Él dejó caer los brazos.

—Utilicé ese dinero para pagar mis deudas. Ya lo sabes.

—Te lo repito, me da igual. Ese dinero es mío. O me lo das, o te pasas el resto de tu vida en la cárcel. Tú eliges. A mí ambas cosas me parecen bien.

Apretó fuertemente la mandíbula y cerró las manos hasta convertirlas en puños. Tenía ganas de pegarme un puñetazo en la cara, pero aquello no arreglaría el desaguisado que había montado.

—Y esta noche me voy a quedar aquí. Deja las llaves antes de irte.

—¿También quieres quedarte mi apartamento? —preguntó con incredulidad.

—Pues sí. Creo que es lo menos que puedes hacer, después de convertirme en una esclava sexual. ¿Quieres que te cuente qué tal es?

Él apartó la mirada, avergonzado por fin.

—Voy a tener que pedir el dinero, ¿vale?

—Me importa una mierda lo que tengas que hacer. Hazlo y punto. —Cogí su cartera y las llaves de la encimera y le saqué dos billetes de veinte—. Puedes descontar esto del total, y también la pizza, si eres tan capullo como para eso.

Él retrocedió, con los hombros tensos.

—¿Cómo te has escapado?

—Como si te importara. Pilla tus cosas y largo.

Se metió en el dormitorio y llenó una bolsa con ropa. Volvió a salir, agarró la cartera y se la metió en el fondo del bolsillo.

—Necesito la llave de repuesto.

—Ya tienes una.

—Y necesito la otra también. —Chasqueé los dedos para que se diera prisa. No pensaba dormir allí si él podía entrar en cualquier momento sin que yo lo supiese.

Él me fulminó con la mirada antes de abrir un cajón y sacar la llave. La tiró sobre el mostrador, donde aterrizó con un fuerte tintineo.

—Ahora ya puedes irte. Si el dinero no está aquí antes de mañana al mediodía, me voy derecha a la policía.

Se colgó la bolsa del hombro y salió. Cuando abrió la puerta de la calle, decidí darle la puntilla.

—Pero intenta no vender a tu novia a ningún tratante. Mira lo mal que te ha salido la última vez...

DELANTE DE JACOB había hecho acopio de toda mi fuerza y no había mostrado ni una pizca de temor. No le había dicho cuánto me había dolido su traición. No le había confesado todas las cosas espantosas que había tenido que soportar mientras me tuvieron cautiva. Mantuve altas las defensas en todo momento, hasta obtener lo que necesitaba.

Pero al irse Jacob, me derrumbé.

Al volver a la ciudad, no tenía ningún sitio a donde ir. Mi amiga Stacy ya no vivía en su antiguo apartamento, y McKenzie se había vuelto a California. No me sabía sus números de móvil de memoria, y no tenía ni idea de lo que le había sucedido a mi antiguo teléfono.

Mi única opción era Jacob.

Me había quedado con su apartamento porque no tenía dónde dormir. Podría haber ido a la policía y haber entregado a Jacob. Probablemente me hubieran pagado un motel y a lo mejor me habrían dado algo de dinero para comer. Pero con aquello no

llegaría muy lejos. Con esos cien mil dólares, podría volver a empezar. Podría alquilar un apartamento y tomarme mi tiempo para encontrar otro trabajo. No me sentí patética al exigir aquel dinero.

Porque en mi opinión, aquel dinero era mío.

Yo era la que había pagado aquella deuda. Me habían vendido a un loco y había tenido que esforzarme trabajando por cada centavo de la fortuna que había cobrado aquella gente. Lo justo era que yo obtuviese mi parte, después de haberle cedido mi cuerpo al diablo. Me daba igual lo que Jacob tuviese que hacer para conseguir aquel dinero.

Era mío.

A pesar del hecho de haber vuelto a Estados Unidos, me sentía sola. En aquella finca toscana me sentía segura. Era como estar en casa. Me iba a dormir todas las noches sabiendo que mi sitio estaba en aquel lugar. Crow me hacía sentir como una persona, y no como un objeto. Me había demostrado más generosidad de la que nadie nunca antes había tenido conmigo. En su situación, podría haber hecho lo que le diera la gana conmigo sin sufrir ninguna repercusión, pero no lo había hecho. Siempre me había dado la capacidad de opinar y la de elegir.

Pero ahora, aquello había desaparecido.

Nueva York no me parecía la misma ciudad. En ella me sentía más en el extranjero que en el país que acababa de abandonar. No olía a pan fresco y hojas de parra. Estaba llena de niebla sucia y contaminación. En vez de colinas maravillosas, lo único que veía eran vallas publicitarias con anuncios de personas medio desnudas. La gente caminaba por sus calles día sí y día también, sin darse cuenta de la suerte que tenían.

Era repugnante.

No podía dormir en la cama de Jacob, así que me tumbé en el sofá arropada con una manta fina. Había vivido un año en aquel

apartamento, pero ahora parecía un lugar nuevo. Toda mi ropa y mis cosas habían desaparecido, probablemente vendidas por Jacob en cualquier rastrillo. Todas mis fotos, mis anuarios y todo lo que alguna vez había tenido algún valor sentimental para mí.

No quedaba ni rastro de nada.

En cuanto cerré los ojos, vi el rostro de Crow. No había llegado a contarle lo que había pasado, ni que había logrado escapar. Aún llevaba el dispositivo de rastreo en el tobillo, donde él me lo había implantado, por lo que debía de habérselo imaginado por su cuenta. No había venido a por mí, así que me figuré que me había dejado marchar. No esperaba de mí que terminara de pagar la deuda.

Era libre, por fin.

Debería odiarlo por todo lo que me había hecho, pero no era así. Cuando pensaba en él, todavía guardaba respeto y añoranza en el corazón. Cuando aún estábamos juntos, le había confesado que, de algún modo, me había enamorado de él.

Y aquello era lo más estúpido que había hecho en toda mi vida.

Me había rechazado, fríamente. Yo había cerrado las puertas de mi corazón y había tirado la llave. Decidí que lo único que me pasaba era que tenía síndrome de Estocolmo. Me había proporcionado un hogar y había cuidado de mí. Me hizo sentir valorada y a salvo. Como estaba asustada y sola, me había aferrado a él. Pero me había olvidado de que había sido él quien me había secuestrado. Me había olvidado de que me obligó a acostarme con él a cambio de mi libertad. Me había olvidado de todo aquello, porque él me había hecho sentir querida.

Menuda imbécil estaba hecha.

Quería continuar sollozando, porque de alguna manera lograba que me sintiera mejor, pero sabía que ya había llorado bastante. Una hora era todo lo que pensaba permitirme antes de

acabar con todo aquello y ponerme las pilas. Me habían sucedido un montón de mierdas durante el último año, pero aquello no quería decir que no pudiera reconstruir mi vida. Podría encontrar un buen trabajo, un apartamento bonito, y volver a empezar.

Podría volver a empezar.

CUANDO JACOB me dio el dinero, acudí a la comisaría a que me eliminaran de la lista de personas desaparecidas. Si todavía continuaban buscándome, estaban perdiendo el tiempo, porque estaba allí mismo.

Me hicieron preguntas sobre todo lo que pude recordar con la esperanza de conseguir alguna pista sobre los hombres que habían organizado la operación. La trata de mujeres con fines sexuales continuaba siendo un grave problema en nuestro país, y la policía estaba decidida a acabar con ello. Les dije todo lo que sabía... excepto que había sido Jacob el que me había vendido.

No estaba interesada en entregarlo. Sólo lo había hecho para pagar sus deudas de juego, y sabía que no se lo iba a hacer a ninguna otra mujer. El daño ya estaba hecho, y yo necesitaba más el dinero que la satisfacción de meterlo entre rejas. Además, siempre podría pedirle ayuda y amenazarlo con ir a la policía si no cooperaba. Durante el resto de su vida, estaría siempre mirando por encima del hombro, temiendo verme aparecer.

Aquello era castigo suficiente.

Durante mi estancia en la finca de Crow, la policía había venido a buscarme. En aquel momento, creí que había sido Cane el que los había puesto tras mi pista, pero aquello no tenía sentido. Si alguien había estado buscándome, quería saber de quién se trataba. A lo mejor era alguno de mis amigos, y la policía podría darme sus datos de contacto.

—¿Quién denunció mi desaparición?

El detective buscó entre sus notas.

—Su novio, Jacob, nos llamó desde el Caribe y nos dijo que se la habían llevado. Pasaron algunos meses y la pista se enfrió. Pero después, volvimos a encontrar su rastro cuando uno de sus amigos encontró pruebas que sugerían que esta organización en concreto se llevaba a sus prisioneras a Italia.

¿Uno de mis amigos?

—Insistió en que continuáramos la búsqueda allí, pero no logramos encontrar nada. Estaba empeñado en encontrarla. Cuando lo llame para decirle que está sana y salva, se va a sentir muy aliviado. El pobre hombre parecía más desesperado a cada mes que pasaba.

¿Era un hombre? No tenía ni idea de quién podría ser.

—¿Cómo se llama?

—Jason. —El policía contestó de inmediato, como si tuviera el nombre fresco en la mente—. Dijo que habían sido novios en la universidad.

La sangre se me agolpó en la cabeza y dejé de respirar durante casi treinta segundos. Jason y yo habíamos terminado en buenos términos, pero nunca habría esperado que se esforzara sin descanso para encontrarme. De haberlo sabido, me habría entregado a la policía cuando fue a la finca. Estaba profundamente conmovida.

—Jason...

—Es un buen tipo. Si no le molesta que se lo diga, parecía importarle usted mucho más que a su novio.

Nada que me sorprendiera.

—¿Tiene su número, para que pueda llamarlo?

—Claro —Apuntó el número en un trozo de papel—. Lo tengo que llamar de todas maneras para decirle que ha aparecido. ¿Quiere esperar aquí, para que puedan verse? Sé que eso

significaría mucho para él.

—¿Está en la ciudad? —Lo último que sabía de él era que vivía en California.

—Se mudó aquí poco después de su secuestro. Cuando vio su cara en las noticias, se implicó en el asunto.

Seguía sin poder crearme que Jason hubiera hecho todo aquello por mí. Era un chico estupendo, y en realidad fue una lástima que rompiésemos. Las relaciones a larga distancia nunca funcionaban, y pensamos que lo mejor era seguir siendo amigos en vez de pasar por una dolorosa ruptura.

—Entonces, ¿se queda?

Levanté la vista de la nota que tenía en la mano.

—Perdone... se me ha ido el santo al cielo.

—¿Se va a quedar mientras lo llamo?

—Sí, claro. —Ahora mismo, Jason era la única persona del planeta a la que yo le importaba una mierda. A Jacob desde luego nunca le había importado.

Y a Crow tampoco.

CUANDO JASON ME VIO, se le llenaron inmediatamente los ojos de lágrimas. Su expresión reflejaba una mezcla de alivio y agradecimiento. Se me quedó mirando unos momentos antes de salvar la distancia que nos separaba y detenerse a sólo unos centímetros de mí. Examinó mi rostro para asegurarse de que realmente era yo.

Yo me quedé mirando a mi salvador y noté que la emoción me atenazaba la garganta. Al volver a la ciudad, me había sentido completamente sola. Había tenido que conseguir dinero del hombre que me había vendido en primer lugar, y había tenido que dormir en su apartamento. No tenía unos padres que me

cuidaran, ni ningún otro pariente. El hecho de que hubiera alguien, aunque sólo fuera una persona, me hizo creer que realmente iba a ser capaz de volver a empezar.

—Pearl, qué contento estoy de que no te haya pasado nada. —No me abrazó, aunque era evidente que deseaba hacerlo—. Tenía miedo de no volverte a ver nunca más.

—Yo también me alegro de estar bien. Es agradable estar de vuelta.

Él tendió los brazos, pero sin tocarme.

—¿Te puedo dar un abrazo?

—Pues claro. —Ni siquiera hacía falta que lo preguntara.

Me envolvió en sus brazos y me estrechó con fuerza. Era un abrazo lleno de la ternura que yo necesitaba tan desesperadamente. Sentir un par de brazos fuertes a mi alrededor era exactamente lo que me hacía falta para levantar cabeza. Me llenó de esperanza. Me llenó de alegría.

—Tengo un millón de preguntas que hacerte, pero ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Se apartó y me miró con sus ojos azules. Estaba exactamente igual que años atrás. Una mandíbula fuerte con pómulos prominentes. El cuerpo bien musculado y una constitución esbelta. No había cambiado en absoluto—. ¿Tienes dónde quedarte?

—Iba a quedarme en un hotel...

—Te quedas conmigo. Tengo un piso que está bastante bien en Park Avenue.

No podía rechazar su oferta. Prefería mil veces quedarme en casa de alguien que estar metida en una solitaria habitación de hotel.

—Gracias. Te lo agradezco de verdad.

—Estupendo. Pues vámonos. —Me pasó el brazo por la cintura y salimos de la comisaría. A pesar de que llevaba años sin tocarme, aquella muestra de afecto parecía lo adecuado. Como si

no hubiera pasado el tiempo, y siguiéramos estando unidos. Todavía me quería, y nunca había renunciado a mí. Y yo me sentía agradecida de tener al menos una persona en mi vida a la que le importaba.

Capítulo 2

CROW

Me quedaba horas mirando al techo.

Las sombras se deslizaban por las paredes mientras se iba haciendo de noche. A veces tenían formas. Una parecía una nube inofensiva surcando el cielo despejado. Otra se parecía a una mariposa.

Y otra era igual que un botón.

Aquella fue la que más tiempo contemplé, intentando descubrir si era real, o si sólo me empeñaba en que lo fuera. Se marcaban cuatro pequeños orificios en el techo, y la superficie redondeada hacía que pareciera exactamente un botón.

Dolía mirar aquello.

En un abrir y cerrar de ojos, el sol empezó a asomarse por el horizonte, llenando mi dormitorio de los suaves tonos pastel del amanecer. Yo dormía en un lado de la cama, porque me había acostumbrado a compartirla con alguien.

Botón.

Me levanté de la cama al darme cuenta de que ya no tenía sentido seguir tumbado allí. Me duché y me preparé para marcharme al trabajo. Tenía el cerebro muerto de agotamiento y me esforzaba por pensar con claridad. El sueño era un lujo

desconocido para mí.

No había logrado pegar ojo desde que ella se fue.

Entré en mi estudio y encendí el fuego de la chimenea. No bajé a desayunar como tenía por costumbre. Mi apetito ya no era el mismo. Había unos cuantos botones encima de la mesa que había junto a la butaca, así que cogí uno y lo palpé con los dedos. Era uno de los pocos que me quedaban. El resto continuaba dentro del frasco que había en su antiguo dormitorio.

No los había tocado.

Me quedé mirando aquel botón especial que tenía en la mano. Tenía un reborde dorado por fuera, y una perla incrustada en el centro. No se me escapó aquella ironía. Era un símbolo de ella en todos los sentidos imaginables. Era como si aquel botón hubiera sido hecho justo para ella.

—¿Excelencia? —Lars entró en el estudio con una mano a la espalda—. ¿Desayunará hoy aquí?

—Nada más que café.

—Por supuesto. —Lars salió del cuarto. No me había preguntado por Botón desde que ella se había marchado. Sabía que se había ido, y que no iba a volver. Aquella era toda la información que le hacía falta. Ahora esa casa estaba vacía una vez más.

Excepto por las sombras.

Saqué el teléfono y comprobé la señal que continuaba emitiendo su tobillo. La comprobaba absolutamente todos los días para saber dónde estaba. Sólo era cuestión de tiempo que contratara a un cirujano para que le extrajese el dispositivo.

En aquel momento, la perdería para siempre.

Abrí la aplicación en el móvil y vi aparecer el puntito rojo en el mapa. Estaba dentro de un edificio en Park Avenue, en Manhattan. Central Park no quedaba lejos. El puntito no se movía, así que probablemente estaba durmiendo. En su zona

horaria estaba en mitad de la noche.

¿Qué estaba haciendo en Park Avenue?

No estaba preocupado por su seguridad. Botón era una mujer inteligente y con recursos. Podía cuidar de sí misma sin ningún problema. No me necesitaba ni a mí ni a nadie para pasar la noche.

Pero yo sabía que no tenía el dinero que hacía falta para vivir en Park Avenue.

Y aquello quería decir que se estaba quedando en casa de alguien.

No podía ser un amigo, porque ella no tenía amigos. Tampoco era un pariente, porque de eso tampoco tenía. Tenía que ser un antiguo novio.

Se me llenó la boca de bilis.

La idea de que se estuviera tirando a otro me revolvía por dentro. Unas manos grandes acariciando su piel suave, y unos labios firmes besando aquella dulce boca. Sus piernas abriéndose para que un hombre la tomara bruscamente en el borde de la cama. Aquellas imágenes me atormentaban. Me sentí tan enfermo que ya ni siquiera quería el café.

Pero no tenía ningún derecho a sentirme así.

Ella ya no era mía. Y yo nunca había sido suyo.

Capítulo 3

PEARL

Jason tenía un apartamento precioso. Había mucho espacio y estaba limpio. Tenía dos dormitorios en extremos opuestos del apartamento, y yo no sentía que estaba estorbando porque había sitio de sobra. La cocina era grande, igual que la sala de estar.

—¿Qué tal has dormido? —Cuando entré, él estaba sentado a la mesa de la cocina, comiendo cereales.

Yo llevaba un pijama que él me había prestado. Los pantalones eran demasiado grandes, así que me los había enrollado varias veces. La camiseta de algodón era suave y estaba limpia. Olía a hombre, y creo que eso me había ayudado a dormir.

Porque mi subconsciente había fingido que mi cuerpo estaba junto a Crow.

—Bien. ¿Tú? —Me senté frente a él y me serví un cuenco de Fruity Pebbles.

—Genial. —Tenía el periódico al lado, pero no lo cogió para leerlo. Sus ojos estaban posados en mí, estudiándome sin perder detalle. Cuando me había traído a su apartamento la noche anterior, no me había hecho ninguna pregunta. Se había limitado a hacernos la cena y a enseñarme dónde iba a dormir yo.

Yo se lo agradecí.

—¿Trabajas hoy?

—Sí. Me tomaría el día libre, pero acabo de empezar en este trabajo.

—No, no te sientas mal —dije rápidamente—. Estaré perfectamente. Mientras tenga algunos Fruity Pebbles, todo irá estupendo.

Cuando sonrió, lo hizo también con los ojos.

—Me alegra que continúes teniendo el mismo sentido del humor.

—Me parece que a estas alturas ya es inherente a mi personalidad.

—Sólo quería decir...

—Sé lo que querías decir. —Después de haber sido una esclava sexual, tendría que estar demasiado jodida por dentro como para encontrar una razón para reírme. A lo mejor habría sido así, de haberme quedado con Bones durante más tiempo. Estar con Crow me había recompuesto. Él me había demostrado que todavía podía disfrutar del sexo (y mucho) incluso después de que me hubieran violado—. Cuando suceden cosas malas, puedes permitir que te derroten o puedes superarlas. Yo he decidido hacer esto último.

Él continuó mirándome con ojos fascinados.

—Creo que es una buena actitud.

Añadí leche al cuenco y me metí una cucharada en la boca.

—Gracias por dejar que me quede aquí.

—Pues claro. Quédate todo el tiempo que quieras.

—Bueno, y ¿cuándo te mudaste aquí?

—Hace menos de un año. Cuando llegué a la ciudad, intenté llamarte para ver si querías quedar, pero no conseguí contactar contigo. Después de investigar un poco, descubrí lo que había pasado. Me dejó hecho polvo. —Removió sus cereales con la cuchara, sin levantar los ojos—. Estaba preocupadísimo por ti. Lo

que te pasó es simplemente espantoso. Ni siquiera puedo... —Sacudió la cabeza y suspiró—. Esto no es lo que necesitas escuchar. Lo siento. Tengo que ser positivo.

—No pasa nada. También es traumático para la gente que se preocupa por mí.

Se comió algunas cucharadas más de cereales.

—¿Sabe Jacob que estás bien?

La policía debía de haberle hablado de mi antiguo novio.

—Sí. —No quería hablar de Jacob, y desde luego no tenía ninguna intención de contarle a Jason lo que había pasado de verdad. Me exigiría que entregase a Jacob a la policía. Económicamente, yo aún no estaba preparada para hacer aquello. Prefería utilizarlo para lograr lo que me hiciera falta en vez de meterlo entre rejas—. Habíamos roto poco antes de aquello. Ya no estamos en contacto.

Jason no me hizo más preguntas al respecto. Debió de detectar que yo no tenía ganas de hablar de Jacob.

—En fin, ¿por qué te volviste a trasladar aquí? —Mantener la conversación superficial era bueno para ambos.

—Me ofrecieron un trabajo en el centro de la ciudad. El salario era demasiado bueno como para rechazarlo.

—Eso es genial. Me alegro por ti.

—Gracias —contestó—. Sinceramente... Más o menos tenía la esperanza de que cuando me mudase, tú y yo podríamos... ya sabes. —Apoyó los dos codos sobre la mesa y me miró—. He tenido algunas novias en el transcurso de estos años, pero ninguna era nunca la adecuada para mí. Supongo que continuaba comparándolas con lo que tuvimos tú y yo. No lo valoré de verdad hasta que se terminó.

Yo me quedé parada ante aquella confesión, no muy segura de cómo me sentía al respecto.

Él advirtió mi incomodidad.

—No espero que vaya a suceder nada nunca entre nosotros. Después de todo lo que has tenido que pasar, no me cabe duda de que será lo último que se te pase por la cabeza. No estaba intentando ligar contigo. Sólo quería ser sincero sobre mis intenciones al trasladarme aquí. Por eso me afectó tanto que te hubieran secuestrado. Me rompió el corazón.

—Ahora mismo no estoy buscando una relación. —Debía dejar aquello claro para evitar malentendidos. Jason seguía siendo tan guapo como siempre, y nuestra relación había sido fantástica. Si no nos hubiéramos separado por culpa del trabajo, probablemente seguiríamos estando juntos. Seguramente ya nos habríamos casado. Pero en aquellos momentos no me sentía ni de lejos preparada para pensar en sentir nada por nadie.

Jason no pareció sentirse ofendido.

—Lo entiendo perfectamente, Pearl. Ahora no es el momento.

Yo suspiré aliviada al ver lo bien que se tomaba mi petición. Parecía sincero al decir que me estaba ayudando porque yo le importaba de verdad, y no sólo para enrollarse conmigo. Jason siempre había sido un hombre muy bueno.

—Gracias...

—Por supuesto. —Se acabó los cereales antes de dejar el cuenco en el fregadero—. Salgo sobre las cinco. Haré la cena cuando llegue a casa.

—No pasa nada. Yo me ocupo. Pasaré por el supermercado —añadí al advertir que el contenido de la nevera no me ofrecía muchas opciones.

Abrió la cartera y dejó dinero sobre la encimera.

—Vale. Toma algo de dinero.

—Yo lo pago. Pero gracias.

—Venga, Pearl. Por favor, insisto. —Empujó el dinero hacia mí—. Déjame cuidar de ti durante un tiempo. Tú concéntrate exclusivamente en ponerte mejor.

HABÍA PERDIDO todo lo que tenía después de ser secuestrada, así que tenía que empezar de cero. Había salido de compras a por ropa nueva y artículos de aseo. Por suerte, tenía el dinero que me había dado Jacob, porque comprarse un nuevo guardarropa no salía barato.

Tendría que conseguir un trabajo lo antes posible.

Para cuando Jason llegó del trabajo, yo tenía la cena preparada en la mesa y por fin llevaba ropa que me quedaba bien.

—Algo huele bien.

—Oh, no es más que mi perfume —bromeé yo.

Él soltó una risita y dejó el portafolios sobre la encimera.

—Perfume con olor a comida... me gusta la idea. —Llevaba un traje con corbata que hacía destacar los músculos de sus hombros y su pecho. Para mantenerse en semejante forma, seguramente tenía que entrenar todos los días.

—¿Qué tal el trabajo?

—No ha estado mal. Pero ya sabes, es trabajo. —Se puso a mi lado frente a la cocina y observó el contenido de la cacerola—. Comida italiana. Qué bien.

Era la dieta a la que yo me había acostumbrado.

—Ya casi está lista.

—De acuerdo. Voy a cambiarme. —Entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Yo serví los platos y los puse sobre la mesa. No había comprado vino porque no sabía cuál era bueno. También había pensado que sería algo demasiado romántico. Agua estaba bien.

Él volvió con unos vaqueros y una camiseta y se sentó frente a mí.

—Gracias.

—De nada.

Empezó a comer y permaneció en silencio, con los ojos siempre puestos en algo que no fuese yo.

Yo sospechaba que lo hacía a propósito, para que yo no me sintiera incómoda. Rara vez me tocaba, y al acercarse siempre dejaba unos cuantos palmos de distancia entre nosotros. Nunca me abrazaba a menos que contase con mi permiso explícito.

—Hoy he enviado varias solicitudes de trabajo.

Él tragó rápidamente y se le fue por mal sitio. Tosió contra la servilleta hasta aclararse la garganta.

—¿Ya? No hace falta que te des tanta prisa en encontrar un trabajo. Este apartamento es lo bastante grande para dos personas.

—La verdad es que me gustaría volver a trabajar. Me encantaba mi trabajo.

—¿No has pensado en pedirles que te lo devuelvan en vista de las circunstancias?

—Ya lo he intentado. Hace un año contrataron a otra persona para mi puesto. No la pueden despedir. No sería justo.

—Qué lástima. Pero estoy seguro de que te saldrá otra cosa.

—Sé que sí.

—Aunque de verdad, no sientas ninguna presión por encontrar trabajo y un lugar para vivir. No lo digo sólo para ser amable. No hay razón para estresarse.

—Lo sé, Jason. Pero cuanto antes vuelva a la normalidad, antes empezaré a sentirme normal.

Él volvió a apartar la mirada, manteniéndola clavada en su comida.

—Hoy has ido de compras.

—Sí. —Me miré la blusa—. Necesitaba ropa nueva desesperadamente.

—Estás guapa. Me gusta cómo te queda ese color.

—Gracias.

Se terminó la cena y se limpió la boca con la servilleta.

—Pues nada, estaba buenísimo. Gracias por haber cocinado.

—Pues claro. —Llevaba sin cocinar un año. Me sorprendió acordarme de cómo se hacía.

—¿Quieres ver la tele? ¿O prefieres que salgamos a hacer algo?

No me apetecía rodearme de gente. Cuando vivía con Crow, rara vez veía a otro ser humano. Irónicamente, la verdad era que lo prefería así. Antes me encantaba encontrar gente interesante en la ciudad, pero ahora sólo quería estar sola.

—Ver la tele suena bien.

—Venga.

ASÍ PASARON DOS SEMANAS. Jason y yo desarrollamos una rutina conjunta. Yo siempre tenía la cena lista en la mesa cuando él llegaba del trabajo, y él siempre lavaba los platos antes de irse a la cama. Después de cenar veíamos la tele o jugábamos a juegos de mesa. Él siempre mantenía las distancias, sentándose normalmente en el sofá de enfrente.

Yo fui a unas cuantas entrevistas de trabajo, pero no me llamaron después de ninguna. Con algo de suerte, encontraría un buen puesto. Estaba deseando volver a trabajar para devolver a mi vida algo de normalidad. Ahora mismo, carecía de propósito.

A principios de la tercera semana, empezaron los síntomas de la abstinencia. Había pasado de disfrutar de un sexo increíble a diario a dejarlo por completo. No pensé que me afectaría, por lo profundamente que me había herido Crow.

Pero sí lo hizo.

Me ardía la entrepierna de agresividad acumulada y mis labios sólo podían pensar en los suyos. Tenía la mente constantemente llena de fantasías de él penetrándome encima de mí. Me cogía

del pelo con el puño y aplastaba su boca contra la mía.

Lo echaba de menos.

Mientras Jason estaba trabajando, tomaba prestado su portátil y veía porno. Intentaba tocarme mirando aquellos vídeos, pero nada me funcionaba. No lograba quitarme de la cabeza lo artificial que parecía todo.

Deseché la idea por completo y me quedé sin saber qué hacer. Podría acostarme con Jason, pero no quería traspasar aquella línea. Ahora mismo éramos dos buenos amigos y compañeros de piso. No quería arriesgarme a que aquello se estropeará. Quizá algún día podríamos volver a salir juntos, pero no era el momento adecuado. Por más que odiara admitirlo, seguía pensando en Crow.

Con el tiempo, dejaría de pensar en él. Antes o después, me costaría recordar su cara. Y un día, no pensaría en él, y ni siquiera notaría que ya no me acordaba. Entonces podría seguir con mi vida. Quizá sentar la cabeza, casarme y tener hijos algún día.

Quizá.

Intenté tocarme utilizando mi imaginación. Me imaginé a un tío bueno cualquiera con un cuerpo perfecto. Intenté mantenerlo en un nivel puramente físico para poder correrme. Pero a la fuerza, Crow se introdujo en mi mente y se hizo con el espectáculo. Me dio placer como solía, y yo me froté el clítoris con más fuerza al llegar al orgasmo, susurrando su nombre.

Me proporcionó tanto placer que no me sentí culpable. Lo necesitaba de verdad.

JASON ESTABA SENTADO en el otro sofá mientras veíamos la tele. Había puesto un partido de los Yankees porque era un fan del béisbol, pero no parecía interesado en el partido.

—Pearl, ¿te puedo preguntar algo?

—Sí, claro. —Solía mantenerse apartado de temas incómodos, así que no vi qué mal podía hacer. Yo tenía una manta sobre las piernas y estaba en pijama y con el pelo recogido en un moño desaliñado. Jason ya me había visto antes sin maquillaje. Solía dormir todo el fin de semana en su casa.

—He encontrado algunos buenos terapeutas en el centro. Estuve comprobando su experiencia y titulaciones, y trabajan con víctimas en tu situación. A lo mejor podrías hablar con ellos de todo esto. Ya sabes... para que tengas a alguien que entienda cómo te sientes.

Era todo un detalle. Jason sólo estaba intentando ayudar y quería que yo fuese feliz.

—Eso es muy amable por tu parte, pero creo que estoy bien. —No había terapia suficiente en el mundo para borrar lo que me había pasado. Debía continuar siendo fuerte y superarlo. Hablar sobre mis sentimientos y sobre el pasado sólo empeoraría las cosas. Y si confesaba que había desarrollado fuertes sentimientos hacia uno de mis captores, sabrían lo loca que estaba—. Estas cosas sólo necesitan tiempo.

—Conmigo siempre puedes contar para hablar si me necesitas. No puedo ni empezar a entender por lo que has pasado, pero siempre estaré dispuesto a escucharte.

—Eso también lo sé, Jason.

Cuando entendió que no pensaba cambiar de opinión, volvió la mirada hacia la tele.

Y pasamos en silencio el resto de velada.

—DE VERDAD que no hace falta que te vayas. —Jason me estaba ayudando a meter una de las dos cajas que poseía dentro de mi

nuevo apartamento. Había encontrado un trabajo en una empresa de construcción, y sabía que podría pagar mis facturas a largo plazo. Era agradable que te esperasen en algún sitio por las mañanas—. Me parece que te estás precipitando. Te dije que no me importaba compartir contigo mi apartamento.

—Lo sé, pero necesito ser independiente.

—Pero si ni siquiera tienes una cama.

—Eso es lo siguiente de la lista —dije con una risita.

—¿Y dónde vas a dormir esta noche? ¿En el suelo?

No había previsto aquel inconveniente.

—Sí... mañana la espalda me va a matar.

—Quédate en mi casa hasta que tengas algunos muebles. Eres más que bienvenida. De verdad.

—Ya has hecho demasiado por mí, Jason. Me sentiría mal abusando más de tu hospitalidad.

—Tonterías. Nos conocemos desde hace casi diez años. Es como si fuéramos familia.

Mi mirada se enterneció.

—Jason...

—Venga. No pienso dejar que te quedes aquí hasta que hayas metido algunos muebles. Si duermes en el suelo, te quedarás sin espalda. Y que yo sepa, la necesitas.

—De acuerdo. Me has convencido. Pero sospecho que sólo lo haces para tener a alguien que cocine en el apartamento.

Él se encogió de hombros.

—Psé... A lo mejor.

—Bueno, me llevo de vuelta una de las cajas. La otra no la necesito.

—Dentro de muy poco, este apartamento estará lleno de cosas. Y entonces te parecerá que estás en casa.

Capítulo 4

CROW

Me recliné en el sillón y miré por la ventana. Estaba en mi despacho de las bodegas, pero en vez de trabajar, había preferido mirar por la ventana y contemplar los viñedos que se extendían ante mí. Tenía que trabajar en varias facturas, nóminas y unos papeles para el seguro.

Pero no lograba concentrarme.

Cada vez que abría una nueva botella de vino, el olor no me hacía pensar en uvas prensadas de una buena cosecha. No me hacía pensar en los preciosos viñedos que rodeaban mi casa. Sólo me recordaba una cosa.

El sabor de sus labios.

Siempre tenían la dulzura del vino. Con un toque amargo, pero sobre todo dulces. Solíamos compartir una botella durante la cena, y nuestro sexo olía intensamente a él. Cuando ella jadeaba y gemía contra mi rostro, yo podía olerlo en su aliento. Podía saborearlo en sus poros.

Se había ido hacía un mes, pero parecía que sólo hubiera pasado un día. Todavía encontraba cabellos suyos por mi casa. Había botones desperdigados por todas partes. Algunos hasta se habían colado en el cajón de mi mesilla. Todavía no había

entrado en su antiguo dormitorio, porque era consciente de que no estaba preparado para ello. Allí seguía su ropa, junto con el resto de sus escasas posesiones. Y su frasco de botones también seguía allí.

¿Cuánto duraría esto?

A mis otras parejas nunca las había echado de menos. Cuando nos íbamos cada cual por nuestro lado, significaba el final del asunto. Normalmente no les dedicaba ningún pensamiento más. Pasaba a mi siguiente conquista y me perdía en los arrebatos de la pasión. El sexo no se centraba en la otra persona, únicamente en el acto.

Pero no podía dejar de pensar en Botón. Continuaba durmiendo en un solo lado de la cama. Cuando soñaba, siempre era con ella. Todavía comprobaba su dispositivo de rastreo a todas horas, esperando ver desaparecer la señal.

Me di cuenta de que cambiaba de posición durante el día. Toda la mañana, y hasta el final de la tarde, estaba en un edificio en el otro extremo de la ciudad. Sospechaba que aquello significaba que había conseguido un trabajo. Tampoco vivía ya en Park Avenue. Se había trasladado a unas cuantas manzanas de distancia, ya en otro barrio. De aquello sólo podía concluir que había encontrado su propio apartamento.

Con suerte, estaría viviendo sola.

A lo mejor la persona con la que había vivido antes era una amiga. A lo mejor había decidido mantenerse alejada de los hombres por completo, después de todo por lo que había pasado. Me había dicho que no confiaba en los hombres, y que nunca volvería a hacerlo.

Esperaba que lo dijera en serio.

Ahora ya no era mía, así que lo que hiciera no era en absoluto asunto de mi incumbencia. Podía acostarse con quien quisiera. Podía casarse, si eso era lo que deseaba. Podía tener un par de

críos. Para mí aquello no suponía ninguna diferencia.

Pero cada vez que volvía al apartamento de Park Avenue, yo me ponía nervioso. Si estuviera acostándose con alguien, me mataría saberlo. Intenté contarme una mentira a mí mismo, pero no funcionó. A lo mejor eran celos, o quizá que todavía me sentía posesivo. Todo lo que sabía era que me mataría saber que ella había permitido que alguien la tocara.

Se abrió la puerta de mi oficina.

—¿Crow?

Reconocí su voz de inmediato.

—Hola, Jasmine. —Bloqueé la pantalla de mi teléfono y oculté la señal de GPS que todavía brillaba intensamente en Nueva York. Botón debía de querer que yo supiera dónde estaba. De lo contrario, se habría hecho extirpar el rastreador. A no ser que se hubiera olvidado de ello. A lo mejor yo no le importaba un carajo.

No la culparía, de ser así.

Jasmine se acercó a mi escritorio. Llevaba un vestido que se pegaba a ella como una segunda piel y unos tacones de infarto. Tenía el pelo rizado y con volumen y se había puesto tanto maquillaje que casi parecía una prostituta.

—¿Qué tal estás?

—Bien. —Horrible—. ¿Tú?

—Genial —dijo ella—. El comercio internacional está definitivamente en alza.

—Eso es estupendo. —Y a mí qué más me daba.

—Pues... he oído por ahí que tu visitante se fue hace semanas. Debería haberme imaginado que había venido a algo más que a hablar de trabajo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

No había sido Lars. Jamás se lo contaría a nadie. La única otra

persona que lo sabía era Cane. Era un bocazas, así que probablemente fuese el culpable.

—Entonces, ¿quiere eso decir que se ha marchado de verdad?

—Sí. Volvió a su casa. —Necesitaba un whisky. Se me estaba cerrando la garganta y de repente tenía calor.

—Ya veo. —Apretó los labios para disimular su sonrisa—. ¿Qué te parece si salimos a cenar después del trabajo? Me encantaría que nos pusiéramos al día.

La desesperación no resultaba atractiva. Aquella mujer se estaba esforzando al máximo para estar conmigo, pero yo no entendía la razón. No era particularmente amable con ella, y nuestra relación no había durado demasiado. Había sido culpa mía, por salir con una empleada. Tendría que haber sido más espabilado.

—Nunca salgo con antiguas parejas. —Era una norma que me acababa de inventar. Mentira no era. Sólo muy de vez en cuando me enrollaba con una antigua amante, a no ser que fuera algo espontáneo. Lo que Jasmine estaba haciendo era lo contrario de espontáneo. Resultaba forzado... y bastante molesto.

Ella se sentó en el borde de la mesa y se pasó el pelo sobre un hombro con un ademán de cabeza. Estaba intentando parecer sensual, pero cuando una mujer tenía que esforzarse para serlo, cometía un fallo fundamental.

—Oh, venga, vamos. Yo estoy disponible, y tú también, amo. Estaba intentando provocarme con aquel sugerente término. No funcionó.

Botón nunca me llamaba así. Tampoco se llamaba nunca esclava a sí misma. Sólo cedía una parte de sí de forma voluntaria, la parte que no entraba en la sala de juegos. Debería haberme dado cuenta entonces de que íbamos camino de la destrucción.

—Jasmine, eres una mujer preciosa, pero no va a pasar nada

entre nosotros. No me hagas repetírtelo.

Ella se tensó junto a mi mesa, resintiéndose por el rechazo como si fuese sal sobre una herida abierta. Intentó recuperarse poniéndose recta y alisándose el vestido.

—Este barco está a punto de zarpar, Crow. Vas a perder tu oportunidad de subir a bordo.

Yo no quería ninguna oportunidad.

—Lo entiendo. Te mereces a alguien mejor que yo, de todas maneras. —Ella quería a alguien que le regalase bombones y flores en su aniversario. Quería un hombre que se casara con ella y le jurara amor eterno. Quería un millón de cosas que yo era incapaz de darle.

—Crow. —Se inclinó sobre la mesa, poniendo sus ojos al nivel de los míos—. No hay nadie mejor que tú.

ESTABA SENTADO EN MI ESTUDIO, mirando el fuego. Así era como pasaba todo mi tiempo libre. Miraba las llamas y vivía en el pasado. Aquel cabello castaño oscuro que me barría las puntas de los dedos, aquellas esbeltas piernas atenazando firmemente mi cintura. Las llamas de la chimenea me recordaban constantemente al fuego que ardía en lo profundo de su alma.

Ella no quería marcharse.

Alguien tocó a la puerta antes de abrirla.

—Excelencia, Cane ha venido a verlo.

Yo llevaba sin verlo desde que se fue Botón. Había llamado unas cuantas veces, pero yo no se lo había cogido. Cuando ella se marchó, había perdido cualquier motivación por hacer cosas. Ni siquiera cuando iba al trabajo lograba terminar nada. Me limitaba a sentarme allí y mirar por la ventana, soñando despierto con la tarde que pasamos juntos en la playa.

—Que pase.

—Sí, Excelencia. —Lars cerró la puerta.

Yo serví dos vasos de whisky y esperé a que llegara mi hermano.

Cane entró en la habitación un segundo después, con vaqueros oscuros y una cazadora de cuero. Se dejó caer en la butaca junto a mí y agarró la bebida de encima de la mesa. Se reclinó contra el respaldo, abriendo las rodillas y deslizando hacia abajo la espalda.

Hacía tiempo que había renunciado a intentar enseñarle buenos modales.

—¿Dónde coño te has metido durante el último mes?

—Soltaba justo lo que pensaba, como un niño.

—Ya sabes, lo de siempre.

—No, no lo sé. Eres el tío más misterioso que he conocido nunca, y eso que soy tu hermano.

Yo me posé el whisky sobre la rodilla, acariciando el cristal frío con las yemas de los dedos.

—¿Estás viendo a alguna mujer nueva?

—No.

—Todavía estás colgado de la última, ¿eh?

—No. —Yo nunca me había colgado de nadie.

—¿Estás seguro de eso? Pareces bastante deprimido.

—Yo siempre estoy deprimido. —Era mi personalidad natural. La vida pasaba sin adquirir significado alguno. Me consolaba con vino y soledad.

Cane soltó una risita sarcástica.

—Estás hecho polvo. Admítelo de una vez.

—¿Has venido por alguna razón en especial? —Además de fastidiarme.

—¿Por qué no hablas con ella, y ya está?

—¿De qué? —Di un sorbo—. No hay nada que decir.

—Crow, no entiendo por qué estás siendo tan gilipollas con este asunto. Si quieres a la chica, ve y díselo.

—No la quiero.

—Y una mierda.

—Que no. —Lo diría cuantas veces fuese necesario.

—¿Entonces por qué llevas un mes con la cara larga hasta el suelo?

—Insisto, yo siempre llevo la cara larga.

—No me dejabas ni ponerle un dedo encima. Pero antes sí me dejabas hacérmelo con tus otras chicas.

—Eso no quiere decir nada.

—Joder, pues claro que sí. Sólo estoy intentando ayudarte.

—Bueno, pues no lo hagas. —Iba a ser una noche mala, así que me serví otra copa—. Ahora, ¿podemos hablar de negocios?

Cane se reclinó en la butaca y suspiró.

—Pues nada, lo que tú quieras. He hecho todo lo posible por sacarte la cabeza del culo.

Yo cambié de tema.

—¿Cuándo salen los envíos?

—El lunes. —Él se metió en el tema, abandonando por fin su ridícula teoría sobre mis sentimientos por Botón.

Ahora todos podríamos pasar página.

INCAPAZ DE DORMIR, salí de mi cuarto y bajé a la cocina. Casi nunca entraba allí porque el personal me preparaba todas las comidas del día. Pero era fácil encontrar un vaso de agua. Me quedé de pie junto al fregadero mientras me lo bebía y miraba por la ventana. Fuera estaba oscuro como la boca de un lobo.

—Excelencia.

No había oído acercarse a Lars. Estaba concentrado en la

oscuridad que envolvía mi casa. Dejé el vaso y me di la vuelta.

—¿Alguna vez duermes, Lars?

—No si hay alguien en mi cocina. —Llevaba puesto el pijama y unas zapatillas. En casa siempre lo veía vestido de traje. Era raro verlo con un atuendo tan informal—. ¿Puedo ofrecerle algo, Excelencia?

—No. Siento haberte despertado. —Me di la vuelta hacia el fregadero y cogí el vaso.

Lars no se movió. Se quedó allí de pie con las manos a la espalda, observando todos mis movimientos.

—¿Querías algo más? —Me terminé el vaso y lo dejé en el fregadero.

—¿Puedo decir algo, Excelencia?

Me giré, intrigado por la extraña petición.

—Supongo que sí.

—Si tiene tanta suerte como para encontrar a alguien que le haga feliz, permanezca a su lado todo lo posible. Un día los perderá, pero mantenerlos a distancia no hará que nada resulte más fácil a la larga.

Yo me apoyé contra la encimera, con los brazos delante del pecho. Lo miré con expresión estoica, sin dejar entrever mis pensamientos. Sabía que Lars había perdido a su esposa y a su hija hacía mucho tiempo. Desde entonces nunca había vuelto a ser el mismo, y se esforzaba por mantenerse ocupado para que el dolor no se lo tragase entero.

—Buenas noches, Excelencia. —Me dedicó una rápida inclinación antes de salir de la cocina.

Yo me quedé mirando al punto en el que había estado de pie, pensando en todo lo que acababa de decir. No había pronunciado palabras explícitas, pero había dejado muy clara su opinión.

—Buenas noches, Lars.

Capítulo 5

PEARL

Ya habían pasado dos meses.

Y yo estaba empezando a volverme loca.

Echaba terriblemente de menos el sexo. Echaba de menos la manera en la que Crow me agarraba con firmeza, penetrándome agresivamente. Echaba de menos la forma en la que sus fuertes dedos se enterraban en mi pelo, reclamándome como suya. Echaba de menos estar colgada del techo, mientras él me tomaba desde abajo. Echaba de menos sus besos.

Lo echaba de menos todo.

Necesitaba echar un polvo.

La masturbación ya no me bastaba. No era ni de lejos tan placentera, y después de algún tiempo, me sentía sencillamente patética. El porno tampoco me funcionaba, porque sólo fantaseaba con Crow. Y aquello no me ayudaba a pasar página.

Nunca me permitía pensar en él. Cuando estaba en el trabajo, su rostro acudía a mi mente, pero yo lo apartaba rápidamente de mis pensamientos. Cuando estaba en casa, me preguntaba qué estaría haciendo, pero después detenía en seco aquellos pensamientos. El único momento en que no lograba dejar de pensar en él era cuando me tocaba a mí misma.

Era lo único con lo que me excitaba.

Me había convencido a mí misma de que no era más que sexo. Nunca había disfrutado de un sexo tan bueno antes, así que no tenía nada con que compararlo. No era por el hombre en sí, sino simplemente por el paquete completo.

Jason se pasó por mi apartamento aquella noche con una caja de pizza en las manos.

—Vengo con regalos.

—Oh... Muy buenos regalos.

Entró y dejó la caja sobre la encimera.

—¿Tenías planes esta noche?

—Sólo una excitante cita con mi televisión.

—¿Te importa que haga de sujetavelas esta noche?

—Si a ti no te importa que te excluyan de vez en cuando.

Él soltó una risita.

—Para nada.

Cogimos la pizza y unas cervezas y vimos la tele sentados en el sofá. Como siempre, permaneció a cierta distancia de mí. Se esforzaba por dejar un espacio innecesario entre nosotros. Continuaba mirándome como a una víctima de violación, no como a una amiga ni como a una mujer por la que se sintiera atraído.

A mí no me gustaba aquella etiqueta. No quería ser vista de aquel modo. Aunque aquellos meses en cautividad habían sido los peores de mi vida, no me definían como persona. Seguía siendo la misma mujer que había salido de Nueva York.

Sólo deseaba que Jason me viera de aquella manera.

DESPUÉS DE TOMARNOS algunas cervezas y devorar la pizza, ambos nos relajamos. Él llevaba puesta su camiseta de antiguos

alumnos de la universidad, que se ceñía a los músculos de su pecho y de sus hombros. Su pelo rubio oscuro estaba meticulosamente peinado, y su rostro atractivo estaba rematado por una esculpida mandíbula y unos buenos pómulos.

Me sentía atraída por Jason.

Cuando habíamos estado juntos, yo lo adoraba. La ruptura fue dura durante los primeros meses. Lloré muchísimo. Y cuando descubrí que estaba saliendo con otra persona, me sentí muerta por dentro. Pero a medida que pasaba el tiempo, fue haciéndose más fácil. Y finalmente superé lo nuestro.

El sexo no estaba mal. A veces me corría. Él era tierno conmigo, siempre me hacía el amor, en vez de tomarme con dureza.

Yo sabía que él seguía sintiéndose atraído por mí.

Estaba preparada para levantarme y seguir con mi vida. Necesitaba un buen polvo y algo de cariño. Mi cuerpo ansiaba ser tocado. Mi piel se moría por recibir besos y suaves mordiscos. Mis muslos deseaban desesperadamente ceñirse alrededor de las caderas de un hombre. Quería tener calor y estar sudorosa y rodar por las sábanas. Crow seguramente ya me habría sustituido por alguna bella y exótica mujer, y probablemente ya nunca pensaba en mí.

Y yo no debería haber estado pensando en él.

Me levanté de mi sofá y me senté junto a Jason.

Él me miró al instante, sorprendido por la proximidad. Mantuvo las manos en el regazo, pero sus ojos recorrieron la curva de mis pechos bajo mi vestido. Apartó rápidamente la mirada, como avergonzado de haber mirado en primer lugar.

Él jamás daría el primer paso, así que lo hice yo. Le tomé la cara entre las manos y junté mi boca con la suya. La sensación inmediata fue de extrañeza. Sus labios no se parecían en nada a los de Crow. Eran más gruesos, y el vello no me rascaba la

delicada piel. No había poder en su contacto. No sentía la dominación atravesándolo en potentes oleadas.

Después del asombro inicial, Jason me atrajo hacia sí y su beso se hizo más profundo. Sus fuertes brazos me envolvieron, haciéndome sentir segura. Era muy agradable sentir el calor del cuerpo de un hombre. Era un alivio sentirse necesitada y atractiva.

Me subí encima de él a horcajadas, presionando mi pecho contra el suyo y succionándole el labio inferior. Le pasé los brazos por el cuello, frotándome lentamente contra su erección a través de los vaqueros. El bulto era considerable, pero no tan grueso como el de Crow. Yo ya sabía cómo era hacerlo con Jason porque había estado con él cientos de veces, pero no pude evitar compararlo con Crow.

Le desabroché los vaqueros y le bajé la cremallera. Sus bóxers se interponían en mi camino. Tiré de ellos hacia abajo para liberar su miembro. Seguí besándolo, y nuestras lenguas bailaron juntas. Después me subí el vestido y aparté a un lado las bragas.

Jason me agarró de las caderas y me apartó ligeramente.

—Pearl, espera. —Estaba sin aliento, con los ojos oscuros de deseo. Tenía el rostro ardiendo y las mejillas ruborizadas—. No creo que debamos hacer esto. —Me amasaba las nalgas con las puntas de los dedos. Movía levemente las caderas, deseando frotar su sexo contra el mío. Sus movimientos contradecían todas sus palabras—. Quizá debamos tomarnos las cosas con calma porque... has pasado por mucho.

Yo estaba harta de que me mirara de aquella manera. Una vez en mi vida había sido una víctima, pero aquello ya pertenecía al pasado. Me había enfrentado a mis problemas y los había superado.

—Jason, estoy perfectamente. Deja de preocuparte por mí. Y ahora, ¿quieres follar o no?

Él cerró los ojos y respiró hondo antes de ponerse un condón y apuntar su miembro hacia mi entrada. Me cogió de las caderas y me hizo descender lentamente sobre su erección, gimiendo desde el fondo de la garganta al sentirme a su alrededor.

Era agradable tener otra vez a un hombre en mi interior. No era ni de lejos tan asombroso como cuando Crow me penetraba, pero yo tenía que dejar de pensar en aquellos meses que había pasado con él en Italia. Tenía que pasar página y encontrar nuevas formas de lograr placer.

Con suerte, Jason sería una solución.

SONÓ mi alarma y yo gemí al silenciarla. Mi vida había adquirido cierta normalidad, y odiaba tener que madrugar por las mañanas, como había hecho siempre. Pero tenía un trabajo al que ir y facturas que pagar.

Jason gimió a mi lado, sin querer levantarse tampoco.

—Dejemos nuestros trabajos y vivamos de la beneficencia.

—Es la mejor idea que he escuchado jamás.

Me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello. Sus caricias siempre eran suaves. Aunque resultaban agradables, yo quería algo más enérgico. Deseaba que me mordiera la clavícula y me azotara el culo al mismo tiempo.

Pero nunca lo hacía.

Acercó los labios a mi oreja.

—¿Tenemos tiempo? —Me estrujó el culo mientras me besaba el borde de la oreja.

—Para eso siempre hay tiempo. —Me puse a cuatro patas y froté mi entrepierna contra la suya. Moví las caderas, deslizándome arriba y abajo, desde sus testículos hasta su glande.

Jason se agarró a mis hombros, gimiendo.

—Eres increíble, ¿lo sabes? —Dirigió su sexo hacia mi entrada y me penetró de un rápido movimiento.

Yo me balanceé con fuerza contra él, deseando correrme antes de ir a trabajar. No todas nuestras sesiones de sexo terminaban en orgasmo, pero un tercio o así tenían un final feliz. A lo mejor aquel día tendría suerte.

Mi culo anhelaba ser azotado y deseaba que Jason me rodeara la garganta con los dedos. Quería que me ataran, me amordazaran y me follaran sin piedad contra el colchón. Quería sexo duro, igual que el que Crow solía darme.

—Azótame.

Él me penetró más lentamente.

—¿Quieres que te azote?

—Sí. —Meneé el trasero.

Me dio una palmada en la nalga, pero resultó patética. Ni siquiera era una palmada. Era un toquecito.

—Más fuerte.

Volvió a hacerlo, pero igual que la primera vez, fue demasiado suave.

—Joder, Jason. Azótame con fuerza.

Me volvió a dar con la palma, pero seguía sin hacerlo bien. Era como una suave palmada.

—¿Así, nena?

—¿Eso te parece fuerte?

—No voy a darte más fuerte que eso. Te haré daño.

—Quiero que me hagas daño. —¿Por qué no lo entendía?

Jason no volvió a pegarme. Se agitó en mi interior con mayor rapidez hasta correrse con un fuerte gemido.

Insatisfecha, lo sentí salir de mi interior.

Incómodo por mis últimas palabras, salió de la cama y entró en su cuarto de baño. Oí abrirse la ducha y el agua salpicando las

baldosas del plato.

La entropierna me ardía devastada, pero tuve que obligarme a salir de la cama. Sabía que Jason se había molestado conmigo porque no me acompañó hasta la puerta como solía hacer. Me vestí a toda prisa y me marché sin esperar una explicación. Si se había enfadado conmigo, me importaba una mierda.

ENTRÉ en mi apartamento y lancé el bolso sobre la encimera. Llevaba todo el fin de semana sin pasar por allí porque siempre me quedaba en casa de Jason. Su apartamento era más grande, y tenía un segundo cuarto de baño para poder dejar mis cosas.

Me duché y me preparé para irme a trabajar. Lo bueno de mi trabajo era que podía ir vestida de manera informal. Normalmente iba con unos vaqueros y una camiseta. Me puse unos zapatos planos antes de abrir la nevera e intentar encontrar algo para prepararme el almuerzo. Pero, como esperaba, no había nada. No recordaba la última vez que había ido a comprar comida.

Cogí el bolso de la encimera y advertí algo extraño junto a él. Había dos botones, uno dorado brillante y el otro idéntico a una perla. Tenía un reborde de metal dorado. Ambos atrapaban la luz, con un aspecto vibrante en mi apagado apartamento.

Yo me paré en seco.

¿De dónde habían salido? ¿Los llevaba en un bolsillo de los pantalones que traje puestos en el avión? ¿Me los había traído desde Italia y se habían caído? ¿Pero cómo habían terminado sobre la encimera?

Se me heló la sangre en las venas.

Sólo había una explicación posible.

Crow.

Capítulo 6

PEARL

Después del trabajo volví a mi apartamento. Tenía las llaves en la mano, pero no las metí en la cerradura. Mi corazón me advirtió lo que había al otro lado. De alguna manera, era capaz de sentirlo a través de la puerta.

Sabía que él estaba allí.

Me quedé en el corredor y templé mis nervios antes de meter la llave en la cerradura. No tenía ni idea de lo que querría, pero me daba igual. Él diría lo que tuviese que decir, y después desaparecería.

A menos que estuviese allí para volver a capturarme.

Y recordarme que todavía tenía una deuda con él.

Cuando mi llave giró en la cerradura, no sonó nada. La puerta ya estaba abierta.

Ahora el corazón empezó a latirme a toda velocidad.

Giré el pomo y entré, con las llaves todavía en la mano, preparada para utilizarlas como arma. Las luces estaban apagadas y el apartamento estaba a oscuras. Las luces de la calle entraban por la pequeña ventana de la sala de estar.

Encendí rápidamente la luz de la cocina para no estar a ciegas.

Vislumbré la sombra de un hombre en la sala de estar. Podía

ver sus hombros fuertes y su enorme constitución, sentado en la silla que había enfrente de la televisión. Tenía las puntas de los dedos sobre los labios y no se movía. Ni siquiera se volvió a mirarme.

No me hacía falta verle la cara para reconocerlo.

El corazón me latía a toda prisa, y mi pecho se expandía por lo profundamente que me veía obligada a respirar. Estaba nerviosa y atemorizada, asustada del hombre al que pensé que nunca volvería a ver. Pero sentí una familiar excitación entre las piernas. En cuanto estuvo en la misma habitación que yo, se me mojaron las bragas.

Lo odiaba.

—El allanamiento de morada es un delito, ¿sabes? No estoy segura de cómo va la cosa en Italia.

Él ni se inmutó.

Me quedé junto a la encimera, negándome a acercarme a él. Había entrado en mi apartamento con la intención manifiesta de pillarme con la guardia baja. Quería controlar la situación. Me quería controlar a mí.

Pero yo no iba a permitirselo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

Él se puso de pie con lentitud y emergió de las sombras. Con vaqueros oscuros y una camiseta negra, salió a la luz. Tenía la barba del día anterior bastante crecida y su intensa mirada encerraba más rabia de la que yo había visto nunca. Tenía un aspecto aterrador, pero también dolorosamente atractivo. Se detuvo a un par de metros de distancia, con los gruesos brazos a los costados. No había cambiado nada en los meses que habían pasado. Tenía el pelo igual de largo, y su físico era el mismo. Lo único que parecía ser diferente era su locura.

Parecía fuera de sí.

Yo me negué a admitir que estaba asustada. La situación era

grave y peligrosa. Sus intenciones no quedaban claras, pero no debían de ser muy agradables. Yo no cedí terreno, abriendo el cajón que tenía al lado. Dentro había un cuchillo para carne, así que lo saqué y lo sostuve contra la encimera.

Él le echó un vistazo antes de dirigirme una mirada asesina.

—Suéltalo.

—No. —Mantuve el mango bien agarrado.

Él dio un paso hacia mí.

—Suéltalo, o verás lo que sucede si no lo haces. —Estiró las manos hacia la encimera que había entre nosotros y se agarró al borde con sus manos poderosas. Las venas de la superficie sobresalieron bajo la piel. Los músculos se contrajeron, y los nudillos se le pusieron blancos.

Yo no quería ceder, pero sabía que ya había perdido aquella batalla. Lo dejé caer al fregadero. Hizo un fuerte ruido al rebotar contra el acero inoxidable. Cuando dejó de moverse, el silencio volvió al apartamento. Sólo se escuchaba el ruido distante del tráfico de la calle.

—¿Qué es lo que quieres?

Me fulminó con la mirada.

Yo no aparté la vista y tampoco cedí al miedo. Me había pasado casi un año de mi vida con aquel hombre, pero aún me asustaba. Habían pasado más de dos meses y no había sabido nada de él. Así que, ¿a qué había venido ahora?

—Te he hecho una pregunta.

Él apartó las manos del borde de la encimera y la rodeó.

Yo me dirigí hacia el extremo opuesto, manteniendo la encimera entre nosotros.

—No. Me. Toques.

—No. Huyas. De Mí. —Volvió a rodear la encimera, esta vez más deprisa.

Yo salí corriendo hacia el dormitorio y cerré la puerta de un

portazo a mi espalda. Me temblaban las manos al echar el pestillo. La adrenalina me recorría todo el cuerpo y no lograba dejar de temblar. Conseguí cerrar el pestillo justo cuando él ponía la mano en el pomo.

Retrocedí y me envolví la cintura con los brazos. Sentía cómo el pánico se apoderaba de mí, y no lograba controlar mi respiración.

Había silencio al otro lado de la puerta.

¿Se había marchado?

Un fuerte golpe resonó por el apartamento cuando derrumbó la puerta con el hombro. De un solo movimiento, rompió el pestillo e hizo que la puerta girara sobre sus bisagras con fuerza.

Yo no tenía escapatoria.

Apretó los puños a los costados al caminar hacia mí, con la misma expresión de enfado en el rostro.

—No me toq...

Me lanzó sobre la cama y me inmovilizó las manos por encima de la cabeza. Me mantuvo contra el colchón con su peso. Me puso la rodilla sobre los muslos y utilizó su mano libre para sujetarme de la cadera.

—Suéltame.

—No. —Su rostro estaba a sólo unos centímetros del mío. Me miraba con una expresión inmovible. Me miró los labios antes de volver a mirarme a los ojos.

—¿Quién coño es él?

—¿Quién? —Forcejeé con él, pero pesaba demasiado. Era como si fuese hace un año, cuando yo intentaba escapar de mi torturador... antes de enamorarme de él.

—El cabrón que vive en Park Avenue.

¿Cómo sabía aquello?

—¿Me has estado espiando?

Él me apretó las muñecas.

—Contesta a mi pregunta.

—¡No! —Intenté darle un rodillazo en la ingle, pero era demasiado fuerte.

—¿Te lo estás tirando?

—Eso no es de tu puta incumbencia.

Los ojos le brillaron de rabia, porque podía ver la respuesta escrita en mi cara.

—¿Quién es?

—Jason.

Se le estrecharon los ojos al reconocer el nombre.

—¿El imbécil con quien perdiste la virginidad?

—No es imbécil. Es uno de los mejores tíos que he conocido. Y sí, fue el primero. Ahora quítate de encima.

Él se me aposentó encima, apretándome las muñecas.

—Ya no vas a verlo más.

—Como si tú pudieras decirme lo que puedo hacer. —Retorcí las muñecas para liberarme—. Me fui hace dos meses y te importó una mierda. No intentaste llamarme, ni recuperarme. Simplemente me dejaste marchar. He reconstruido mi vida, y no voy a permitir que un gilipollas como tú me la joda.

—Entre nosotros hay un malentendido.

—No. Lo que pasa es que eres idiota.

Él me hundió aún más las manos en el colchón y acercó más su rostro al mío. Mi cuerpo reaccionó inmediatamente ante el suyo, no retrocediendo, sino tensándose. Lo sentía respirar sobre mi piel, y su aliento todavía olía a vino. Llevaba la misma colonia y sus labios seguían estando hechos para besar.

—Te di un descanso. Hay una diferencia.

—¿Un descanso?

—No terminaste de pagar tu deuda. Aún me la debes.

—No te debo una mierda.

—Lamento disentir. —Movié la mano hacia mis vaqueros y me

los desabrochó—. Todavía me debes treinta botones. Treinta.

—Que te jodan, Crow.

Me bajó la cremallera de los pantalones y me los quitó de las piernas de un tirón.

—Tú estás a punto de hacerlo.

Los muslos me temblaban de ansiedad y se me humedeció la entrepierna. No sabía cuál era mi puto problema. Aquel hombre me aterrorizaba y era un maníaco total, pero aun así mi cuerpo lo deseaba.

—No voy a hacer nada. No te debo una puta mierda.

Él se quitó sus propios vaqueros y los apartó de una patada. Cuando estuvo en bóxers, me metió dos dedos entre las bragas y los enterró de inmediato en mi interior. Mi humedad se extendió sobre ellos.

—Aún te mojas para mí, Botón.

Dejé de mirarlo a los ojos por primera vez, humillada.

Él se quitó los bóxers y se colocó entre mis piernas. Yo todavía tenía las manos inmovilizadas por encima de la cabeza, y estaba indefensa ante lo que quisiera hacerme.

—Eres mía. No suya. Mía. —Colocó el glande contra mi abertura.

A pesar de lo que quisiera mi cuerpo, yo no deseaba que pasara aquello. Me había pasado los dos últimos meses intentando arreglar mi vida. Por fin había empezado a pensar menos en él y miraba hacia el futuro. Si volvía a meterme otra vez en todo aquello, me perdería para siempre.

—Crow, no.

Él me introdujo la punta.

Eché la cabeza hacia atrás por el placer que sentía. Pero seguía sin querer hacerlo.

—He dicho que no.

Aquello tampoco lo detuvo.

Intenté pensar en la palabra de seguridad, pero me había quedado en blanco. Por fin logré recordarla.

—Fuego.

Él se detuvo de inmediato y se retiró de mi interior. Me soltó las manos y se apartó, subiéndose los bóxers otra vez hasta la cintura. Me miraba con el mismo enfado que antes, pero dejó las manos quietas.

Yo me tapé con la colcha y desvié la mirada. Sus ojos me aterrorizaban demasiado como para continuar mirándolos.

—Crow, ayúdame a entender todo esto. ¿Por qué estás aquí? —Había descubierto que me estaba acostando con otro y se había puesto celoso. Pero aquello no tenía sentido. Era él quien me había dejado marchar, para empezar. Cuando le dije que lo quería, fue él quien no me respondió lo mismo.

Se sentó en el borde de la cama y apoyó los codos en las rodillas.

—Ya te lo he dicho.

—Ambos sabemos que no te debo nada.

—Muy al contrario. Tuve que renunciar a mi venganza por ti. Me debes hasta el último botón que falta.

—No pareció que te importara demasiado estos últimos dos meses.

—Siempre me ha importado. —Miró al suelo, con los hombros tensos—. Y vas a pagarme hasta el último de ellos.

—Pues no lo pienso hacer. —No había nada que pudiera hacer para obligarme a cooperar. Sabía que no me forzaría, ni tampoco me haría daño... así que no tenía nada con lo que amenazarme.

—¿Quieres a ese tío?

Me negué a contestar.

—¿Lo quieres?

—Eso da igual.

—No da igual —insistió él—. Ahora contéstame.

—No. —Era ligeramente insultante que pensara que podía enamorarme de otro con tanta rapidez.

—Pero seguramente no quieres que muera, ¿verdad?

Me giré hacia él, percibiendo la amenaza en el aire. Se me heló la sangre ante la insinuación. Sabía que Crow era un hombre oscuro, pero esto estaba a un nivel diferente.

—¿Perdona?

—Si no te ganas el resto de los botones, lo mataré. —Se volvió hacia mí, con la amenaza clara en la mirada. Estaba diciendo aquello en serio, pero que muy en serio.

—A él no lo metas en esto.

—No. Se metió él en cuanto te tocó. No eres suya para que pueda tocarte.

—Pero, ¿de qué coño vas, Crow? No lo puedes tener todo. No te puedes olvidar de mí durante dos meses y follarte a una serie interminable de bellas mujeres, para que después te dé un ataque si yo paso página y empiezo a ver a otro. Eso es muy inmaduro, hasta para ti.

—No me he follado a nadie. —Se frotó los nudillos con el pulgar.

—Como si fuera a creerme eso.

—Créete lo que quieras, pero ¿cuándo te he mentado yo? No nos mentemos entre nosotros, ¿te acuerdas?

Incluso después de todo este tiempo, seguía confiando en su palabra. Si decía algo, lo decía de verdad. Aquello no me hacía sentir mejor, sólo muy confusa. A mí no debería importarme si se había o no acostado con alguien.

—Entonces, ¿qué decides?

—¿Cómo?

—¿Vas a pagar tu deuda, o no?

—No.

—Entonces lo mataré. —Se masajeó los nudillos sin apartar

sus ojos de mí—. Espero que no pienses que voy de farol. He matado a muchos hombres. Él no será más que otro nombre en la lista.

—Pero tú no matas a gente inocente.

—La inocencia es subjetiva. A mis ojos, es culpable. De tocar algo que no le pertenecía.

—Yo no soy tuya.

—Tú siempre has sido mía. Y siempre lo serás.

El corazón se me paró un instante, y desvié la vista.

—Te doy un día para pensar en ello. —Se levantó de la cama y se subió los vaqueros. Después salió de la habitación—. Pero si te lo tiras antes de que pase, lo mataré de todas formas.

Capítulo 7

CROW

No había llevado aquello demasiado bien.

Cuando vi a la coordenada GPS pasando los fines de semana en Park Avenue, uní los puntos y me di cuenta exactamente de lo que estaba haciendo. Estaba durmiendo en casa de alguien el fin de semana y volviendo a casa los lunes.

O sea, que se estaba acostando con alguien.

Don Park Avenue.

Hijoputa.

No estaba seguro de lo que me había pasado. Todo pensamiento racional había abandonado mi mente y me había transformado en un psicópata. Lo veía todo rojo, y la adrenalina me saturaba la sangre hasta alcanzar niveles peligrosos. Mis manos no dejaban de temblar, y se me cerraban en puños continuamente.

Antes de darme cuenta, estaba en un avión de camino a Nueva York.

No debería haberla emboscado de aquella manera, pero una vez más, no estaba pensando con claridad. Todo lo que sabía era que tenía que poner fin a su relación con Don Park Avenue. Tenía que parar aquello antes de que se enamorara de él. Porque si

aquello sucedía, yo habría llegado demasiado tarde.

Estaba en su apartamento cuando volvió de trabajar. Era evidente que me estaba esperando, porque no reaccionó al verme sentado en el sofá. Dejó su mochila sobre la encimera y cogió una botella de agua de la nevera.

—¿Qué tal te ha ido el trabajo? —La observé, de pie junto a la encimera, llevando una camiseta. Se le ajustaba al pecho y al esbelto estómago. Resaltaba la profunda curva de la cintura, pronunciando aún más sus caderas. Estaba todavía más buena de lo que recordaba.

—Bien. ¿Qué tal te ha ido sentado en mi apartamento?

Me encantaba que se hiciera la listilla. Lo encontraba extrañamente entretenido.

—Bien. Le he dado un repaso a tu cajón de ropa interior. Bonita selección.

Puso los ojos en blanco.

—Espero que eso no sea verdad. O te daré una paliza.

—Me gustaría verte intentarlo. —Cuando se me había resistido el día anterior, me había puesto como una moto. Quería inmovilizarla contra aquel colchón y follármela hasta que gritara. Nunca había estado tanto tiempo sin echar un polvo. La abstinencia me estaba matando. Cuando mis dedos advirtieron lo húmeda que estaba, estuve a punto de ignorar la palabra de seguridad y de tirármela de todas maneras.

Por lo menos aún me deseaba.

—¿A qué has venido? —Dejó la botella sobre la encimera y entró en la sala de estar. Llevaba unos vaqueros ajustadísimos que se ceñían a sus piernas, largas y delgadas. Nunca antes la había visto en vaqueros. En mi finca siempre se ponía vestidos—. ¿Por qué no llamas a la puerta, como hace todo el mundo?

—Ya sabes para qué estoy aquí. —Ignoré su segunda pregunta—. ¿Cuál es tu respuesta?

Ella se cruzó de brazos, haciendo su escote más pronunciado.

Si no tenía cuidado, la doblaría sobre el sofá y me la follaría sobre la marcha.

—No me hagas repetir las cosas. —Me puse de pie, pero no me acerqué a ella. Esta vez le daría espacio. El día anterior me había pasado. Tenía los sentimientos a flor de piel y fui incapaz de contener mi rabia.

—No.

Tendría que haber sabido que no me lo iba a poner fácil.

—Crees que es un farol.

—Sí.

—No lo es. —Era una pena que no me creyese—. Haré que parezca un accidente. Un resbalón fortuito y un golpe en la cabeza contra la ducha. Y cuando lo superes y empieces a salir con otro tío, haré lo mismo.

Cuando advirtió la sinceridad de mi voz, su fuego se apagó. La fuerza que recorría constantemente sus venas se redujo a un borboteo.

—Entonces, ¿nunca voy a poder seguir con mi vida, porque vas a matar a todos los tíos que me gusten?

—Exactamente.

—Eres despreciable, ¿lo sabías?

—Sí.

Sacudió la cabeza y se apartó, alterada.

—Aunque consiga los botones que faltan, continuarás haciendo lo mismo.

—No.

—¿Te estás quedando conmigo? —saltó ella—. Te has metido en un avión hasta aquí en cuanto te has enterado de que estaba viendo a otro. Amenazas con matarlo si lo vuelvo a tocar. ¿Tienes idea de la locura que parece?

—Te dije que no era un buen tipo. No estoy muy seguro de por

qué te sorprendes tanto.

—Eres mejor que esto.

—La verdad es que no.

Soltó un gruñido de frustración entre dientes.

—Entonces, si me gano los botones que quedan, ¿desaparecerás sin más? Porque en cuanto acabemos, voy a volver con Jason...

—No pronuncies su nombre.

—Pienso volver con él en cuanto hayamos terminado.

Eso pensaba ella.

—Claro.

Estrechó los ojos, desconfiada.

—¿Y por qué no te creo?

—¿Cuándo he dejado de cumplir mi palabra?

Ella puso los ojos en blanco, sabiendo que estaba incumpliendo mi palabra sólo con estar allí.

—Sólo me quedan treinta botones. No durará mucho.

—Acepto lo que dure. —¿Quería aquello decir que estaba diciendo que sí?

—De acuerdo. Perfecto. Pero en cuanto pague la deuda, no te quiero volver a ver.

Joder, aquello dolía.

—Estupendo.

—Vale.

El trato estaba hecho. Era mía otra vez. Sería mía hasta que me quedara sin botones.

—Haz tu equipaje y nos iremos.

—¿Hacer mi equipaje? —preguntó despistada.

—Nos vamos a casa.

—¿A Italia?

—Sí.

—Yo no voy a ninguna parte, Crow. Tengo un trabajo.

—Te pagaré para compensarte.

Entrecerró los ojos ante el insulto.

—No quiero tu dinero. Quiero mi vida.

Yo tenía trabajo que hacer y negocios que supervisar en Italia.

—No puedo quedarme aquí.

—Bueno, pues yo no me puedo marchar.

Aquel era un problema con el que no había contado.

—Parece que esto no va a funcionar, después de todo.

No, sí que iba a funcionar.

—Haz tu equipaje. Nos quedaremos en otro sitio.

—¿Cómo? —preguntó confusa—. Te he dicho que no me voy a Italia.

—Y me parece muy bien. Pero no te vas a quedar aquí.

—Crow, vivo aquí.

—Ya no. Ahora, haz lo que te digo.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer caso de lo que digas?

—Cruzó los brazos delante del pecho y me fulminó con la mirada. Aquel fuego que tanto amaba volvía a relucir en sus ojos.

—No pienso follarte en esa cama. —No tenía intención de tocar ni con un palo cualquier sitio en el que se hubiera tirado a Don Park Avenue. Quería hacer borrón y cuenta nueva, estar en un lugar en el que ella y yo pudiéramos empezar de nuevo—. Puedes volver aquí en tu tiempo libre, pero vas a dormir conmigo todas las noches. Por última vez, coge tus putas cosas y vámonos.

Capítulo 8

PEARL

Llegamos a su habitación del hotel. Estaba en la última planta del Hotel Plaza y era tan grande como una mansión. Una de las paredes estaba formada por ventanales del suelo al techo, ofreciendo unas vistas magníficas de la ciudad. Tenía una cocina completa y un comedor, lavadora y secadora, una piscina privada y varios dormitorios.

Era demasiado grande para una sola persona.

—¿No tenían nada un poco más pequeño?

Crow dejó mi bolsa sobre el sofá e ignoró mi pregunta.

—¿Quieres algo de beber?

—No.

Él se sirvió una copa de vino.

No me podía creer que estuviera en aquella habitación de hotel, a solas con él. No me podía creer que hubiese cedido a sus exigencias. Al principio no lo hice, porque no pensé que realmente fuera a hacer daño a Jason. Pero cuando noté que aquel brillo maniaco no desaparecía de sus ojos, me di cuenta de que lo estaba diciendo todo en serio.

Así que no me quedaba otra opción.

—Coge lo que te apetezca.

—Vale. —Ya me sentía como si estuviera de vuelta en Italia. Lo único que faltaba era Lars.

Crow se terminó el vino antes de cruzar la sala de estar y detenerse delante de mí. Tenía los ojos ensombrecidos de deseo y quería ponerse manos a la obra sin perder más tiempo. Su mano se deslizó por mi cintura y me atrajo contra su pecho. Posó su frente en la mía y cerró los ojos.

Después se limitó a abrazarme.

Aquel contacto inocente resultaba inesperado, y yo también cerré los ojos para disfrutar de él. Sus manos me agarraban firmemente, pero no tanto como para no poder soltarme, si así lo deseaba. Su respiración era profunda y regular, y parecía haber alcanzado un momento de paz.

—Te he echado de menos, Botón.

El apodo me hizo retroceder a dos meses atrás. Recordé la última vez que habíamos hecho el amor en su cama. Entraba y salía de mí, con mis piernas rodeándole la cintura, y me daba unos besos apasionados que me provocaban escalofríos en la columna. En aquel momento, me conquistó. De tal manera que nunca lograría superarlo.

La emoción me atenazó la garganta, pero me negué a decírselo yo. Había confesado mis sentimientos una vez, y él se había alejado de mí. Nuestra relación nunca había vuelto a ser la misma. Él me veía como a una esclava, un artículo de su propiedad.

Y yo a él como a muchísimo más que eso.

Cuando no me oyó decirle lo mismo, abrió los ojos y me miró. Buscaba una respuesta en mi expresión, pero no logró encontrar ninguna.

Había bajado mis defensas cuando no tendría que haberlo hecho, y sólo había conseguido que me rompieran el corazón. Me negaba a volver a permitir que algo así sucediera. Él me estaba

obligando a hacer aquello, y yo sólo estaba cooperando para mantener a Jason apartado de todo ese lío. Era un tío estupendo y no se merecía ser arrastrado a la pesadilla que era Crow Barsetti.

Los dedos de Crow se deslizaron por mi mejilla, sintiendo mi piel suave antes de ponerme la palma en la cara. Se inclinó hacia mí y me acarició los labios con los suyos, provocándome. Nuestros labios no llegaron a juntarse del todo, sólo se tocaron ligeramente. Después me besó en condiciones, cerrando un puño alrededor de mi pelo mientras cubría mi boca con la suya.

Y entonces lo sentí. Sentí el calor abrasador y el intenso deseo. Sentí mi cuerpo revivir, como siempre hacía cuando sus labios se posaban sobre mí. Me sentía a la vez viva y muerta, existiendo en una dimensión diferente que nadie más podría entender.

Nada era comparable a sus besos.

Me inclinó la cabeza hacia atrás tirándome del pelo, para tener mejor acceso a mi boca. Me succionó el labio inferior lentamente antes de meterme la lengua en la boca. Dejó escapar un suave gemido mientras la pasión ardía entre nosotros.

Yo también gemí.

Su otra mano me apretaba la cintura, reclamándome para sí una vez más. Estiró los dedos hasta rozar la parte superior de mi trasero y lo estrujó con firmeza, atrayéndome más cerca de él. Me devoró la boca con sus labios con sabor a vino y me guio hacia el dormitorio en la parte de atrás. Tenía una erección rutilante que sentía presionarse contra mi estómago. Yo sabía exactamente qué sensaciones despertaría cuando estuviera en mi interior. Jamás olvidaría aquel delicioso estiramiento que me hacía tocar las estrellas.

Me empujó hasta tumbarme sobre la cama y se quitó la camiseta. Su cuerpo era exactamente como yo lo recordaba. Flexible y tonificado, con músculos largos y marcados. Su piel

parecía cincelada en piedra, y sus estrechas caderas desembocaban en un estómago más duro que el cemento. Era perfecto.

Me desabrochó los vaqueros y me los bajó por las piernas, sin prisa. Cuando los tuve alrededor de los tobillos, les dio un firme tirón y me sentó sobre el borde de la cama. Después de dejarlos en el suelo, se arrodilló en el borde y me besó el interior de los muslos.

Ya se me había olvidado que lo odiaba.

Eché la cabeza hacia atrás y me aferré a las sábanas al sentir cómo su boca se iba deslizando hacia el punto de unión entre mis muslos.

Pero luego me di cuenta exactamente de lo que estaba haciendo, y de por qué tenía que parar.

—Fuego.

Crow apartó las manos de inmediato y se puso de pie. Retrocedió un paso, dándome espacio de sobra. Si no hubiera pronunciado la palabra de seguridad, me habría presionado hasta romperme. Nada podría impedir que se hiciese con lo que quería. Pero una vez pronunciada la palabra, se lo tomó en serio.

—¿Qué pasa?

Me senté y junté los muslos. Estaba medio desnuda con Crow, y me sentía terriblemente culpable.

—Tengo que hablar con...

—No digas su nombre. —Las venas del cuello de Crow adquirieron el aspecto de cables.

—Necesito hablar con él.

—¿Para qué? —Crow se volvió a arrodillar.

—Tengo que romper con él antes. Esto está mal.

Él inclino la cabeza, irritado, con el pecho distendiéndose y contrayéndose, lleno de agresividad acumulada.

—No me había dado cuenta de que lo nuestro fuera tan en

serio.

—No es así. Ni siquiera diría que estamos saliendo... sólo nos enrollamos.

Su mandíbula se apretó con más fuerza.

—Pero debería darle al menos un aviso de cortesía antes de hacer esto. Ha sido muy bueno conmigo y se merece algo mejor.

—¿Bueno contigo? —Me puso las manos sobre los muslos y apretó con firmeza—. ¿Te importaría explicarme eso?

—Fue él quien presionó para que continuara la investigación. Quien les dijo a las autoridades que me buscaran en la Toscana. Se dedicó a investigar y no se rindió nunca. —Siempre estaría en deuda con Jason por aquello. En todo el planeta no había ni una sola persona a la que yo le importase tanto como a él. Era lo más parecido que tenía a una familia—. Así que no puedo hacer esto antes de haber hablado con él.

Crow aflojó la tensión sobre mis muslos y después apartó las manos. Cuando le vi inclinar la cabeza y continuar callado, supe que no tenía ninguna buena razón para decir que no. No podía estar en desacuerdo con mi sentido de la lealtad.

—Está bien.

Mis labios todavía deseaban ardientemente los suyos. Hubiera querido que aquel beso continuara toda la noche, y también la mañana siguiente. Aquella era justo la clase de afecto y atención que yo anhelaba. Echaba de menos el calor abrasador de su cuerpo, ya que me mantenía caliente por la noche. Echaba de menos pasarle la pierna alrededor de la cintura como apoyo. Lo echaba de menos todo.

—Tengo algo que preguntarte.

—De acuerdo. —Lo miré a los ojos.

—¿Te acostaste con él por obligación?

Aquella conclusión me dolió.

—Por supuesto que no. Lo hice porque quería hacerlo. —No

era la respuesta que él quería escuchar, pero no pensaba mentir para hacer que se sintiera mejor—. Dos meses es mucho tiempo sin algo de contacto físico.

Crow apartó la mirada, claramente irritado por la respuesta.

—No tienes derecho a ponerte celoso. Si tú te hubieras acostado con alguien, a mí no me habría molestado.

Cerró los ojos, con el rostro contorsionado por una mueca.

—¿Ni siquiera un poquito?

—No.

—¿Ni siquiera después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿No te habría importado una mierda?

Ladeé la cabeza y lo examiné con ojos nuevos.

—Te dije que te amaba. —La emoción se coló en mi voz sin avisar. Sentí cómo me quemaban las palabras al salir. Se me llenaron los ojos de unas lágrimas que salieron de la nada, y volví a sentir aquel dolor insoportable una vez más—. Y tú me dijiste que no sentías lo mismo. Entonces fue cuando entendí que nunca habías sido mío. Entonces fue cuando entendí la auténtica naturaleza de nuestra relación. Así que no, Crow. No me importaría una mierda si te acuestas con alguien.

COGÍ LA MOCHILA DEL SOFÁ.

—Me vuelvo a mi apartamento.

Él se apoyó contra la pared con los brazos contra el pecho.

—¿Por qué?

—No tiene sentido que me quede aquí.

Él se acercó lentamente a mí y me quitó la mochila de la mano.

—No estoy de acuerdo.

Yo extendí la mano.

—Me da igual.

Dejó la mochila en el otro sofá. Para cogerla tenía que pasar junto a él.

—De acuerdo. Un botón. —No pensaba trabajar gratis. Si quería algo de mí, tendría que pagarlo.

Bajó los párpados al oír mi petición.

—No.

—Entonces me voy. —Podía quedarse con la mochila, si tanto la quería. Yo tenía más cosas en mi apartamento.

Crow se dio cuenta de que tenía que ceñirse a las reglas del juego o desistir.

—Un botón.

—Trato hecho. —Extendí la palma abierta. Quería aquellos botones lo antes posible, para que todo aquello terminara. Esta vez debía protegerme muy bien el corazón. La última vez, me lo había robado sin yo darme cuenta. Ahora pensaba con mayor claridad, y quería que continuara siendo así.

Se sacó un botón del bolsillo y lo dejó caer sobre mi mano.

Cuando tuve mi pago, me acerqué a mi mochila y lo metí en uno de los bolsillos. Uno menos, ya sólo quedaban veintinueve. No íbamos a hacerlo, así que no estaba segura de para qué quería que me quedase a pasar la noche. Si tenía planeado seducirme para que me acostase con él de todas maneras, se iba a llevar una buena decepción.

—Cena conmigo. —Se me acercó por detrás y presionó el pecho contra mi espalda—. Hay un sitio muy bonito al final de la manzana.

Al sentirlo pegado a mí, se me alteró la respiración. Cada vez que inspiraba, su pecho se expandía contra mí. Empecé a contar el número de veces que respiraba. Solía hacer lo mismo cuando estaba dormido. Contemplaba su hermoso rostro y contaba los latidos de su corazón.

—No tengo nada que ponerme.

Él me pasó un brazo por la cintura y me dio un beso en la nuca.

—Tengo algo para ti.

CROW PIDIÓ el vino y nuestra comida antes de entregar las cartas. Llevaba un traje negro con una corbata azul verdoso. El color de su corbata siempre contrastaba contra el resto de su ropa, en tonos oscuros. Era su característica, lo que lo hacía destacar aún más.

No me podía creer que estuviera sentada frente a él.

Pasar meses sin una sola conversación se hacía muy largo. Cuando llegué a la ciudad, me sentía terriblemente sola. Vivir en la bella residencia de Crow sin una sola preocupación en el mundo había sido la experiencia más liberadora de mi vida. Enamorarme de un hombre que me había recompuesto después de que me rompieran era lo único que me había permitido seguir adelante. Sin él, habría estado jodida para el resto de mi vida.

Pero nunca admitiría aquello ante Crow.

La debilidad no era mi punto fuerte, y era un aspecto de mí misma que rara vez enseñaba. La última vez que había permitido que sucediera, Crow me había roto el corazón. Me había abierto a él por completo y le había dicho dos palabras que deseaba poder retirar. Había sido uno de los momentos más humillantes de toda mi vida.

—Esta noche estás preciosa. —Se me quedó mirando con aquella mirada suya, a la vez intensa y gélida. Nunca interrumpía el contacto visual, y me contemplaba con tanto interés como hostilidad. Era su manera de intimidar... y siempre funcionaba. Me di cuenta de que tanto él como Cane hacían aquello en cuanto

entraban en una habitación. A lo mejor era algo típico de los Barsetti.

—Gracias. —No le devolví el cumplido porque él ya sabía que era atractivo... y mortalmente, además. Y también sabía lo atraída que yo me sentía por él—. ¿Qué tal está Lars?

—Está bien. Te echa de menos.

—¿Ha dicho eso? —Aquel hombre dulce siempre me había cuidado, y lo había hecho con una sonrisa. Se había convertido en una parte esencial de mi vida en Italia. Veía su cara cada mañana y cada noche.

—No exactamente con esas palabras. Pero sí.

—Bien... Yo también lo echo de menos. —Echaba de menos todo de aquel lugar. Era una joya mágica en medio de la nada. Los viñedos eran tan bonitos como las gloriosas puestas de sol sobre las laderas de las colinas. El olor a uvas me acariciaba el olfato al abrir la ventana por la mañana. La comida siempre era perfecta, aunque nada se podía comparar con la compañía de Crow Barsetti—. ¿Qué tal está Cane? —Él me había dicho que Crow me amaba, pero aquello terminó siendo un chiste cruel. Volvía a odiar a Cane con todas mis fuerzas.

—Igual de caraculo que siempre.

Solté una risita porque me hizo gracia la elección del término. Nunca le había oído decir nada parecido antes.

—¿Y el trabajo?

—Las bodegas van muy bien. Acabamos de terminar de cosechar, así que hemos completado un gran proyecto. Mi negocio con Cane sigue igual. El envío que hicimos el lunes pasado fue un éxito. —Hizo girar su vino antes de dar un sorbo.

—¿Se sabe algo de Bones?

—Cane y yo hemos intentado encontrar su pista, pero nunca se queda demasiado tiempo en un sitio concreto. Debe de saber que andamos detrás de él.

—¿Quién era la mujer que me secuestró? —Al salir de Italia subida a un avión con destino a Estados Unidos, no había llamado a Crow para decirle que estaba bien. Pero claro, tampoco tenía su número. Ni siquiera tenía su dirección. No tenía manera de ponerme en contacto con él. Y debía admitir que me había dolido que él nunca se hubiera puesto en contacto conmigo.

—Una cazarrecompensas. Bones envió un montón de ellos en tu busca.

Me estremecí involuntariamente ante aquel pensamiento. Aquel hombre estaba obsesionado conmigo, de una manera enfermiza. Había escapado de entre sus garras hacía un año, pero seguía buscándome.

—Ya veo.

Crow apoyó las puntas de los dedos en el tallo de la copa mientras me observaba. Examinaba cada una de mis reacciones, buscando las emociones que había debajo.

—Cuando los encontré, acabé con ellos. No deben preocuparte.

Me había leído el pensamiento, como siempre.

—No hacía falta que los mataras.

—Si no lo hubiera hecho, le habrían contado a Bones dónde te encontraron. Era algo necesario. —Hablaba sin remordimientos, como si sólo fueran negocios—. No pretendo asustarte, pero Bones no va a dejar de perseguirte. Descubrirá dónde estás, y cuando lo haga, te volverá a atrapar.

Yo oculté mi inquietud dando un largo trago de vino. Prefería morir a ser otra vez una prisionera. Si tenía que volver a pasar por aquella tortura, me pondría una pistola en la cabeza y apretaría el gatillo. Ya había soportado aquello una vez, pero no podría hacerlo de nuevo.

—No pienso vivir con miedo. Si eso pasa, me mataré.

Aquella no era la respuesta que deseaba oír. Se le

entrecerraron los ojos por la ofensa.

—No. Esa no es la solución.

—Entonces no tiene solución.

—Si vuelves a casa conmigo, nunca tendrás que preocuparte por ello.

Yo me quedé mirando mi copa.

—Botón. —Su voz sonó suave, al contrario de como había sonado hacía un momento—. Te mantendré a salvo. Tienes mi palabra.

—¿Igual que me mantuviste a salvo de aquellos cazarrecompensas?

—Te habría recuperado. Estaba a sólo una calle de distancia cuando te escapaste.

—¿Por qué no me detuviste en el aeropuerto?

—No tuve tiempo. La seguridad de los aeropuertos es estricta. Para alguien a la fuga, era el lugar más seguro en el que estar.

Una parte de mí lo odiaba por no haberme detenido. Una parte de mí lo odiaba por haberme dejado marchar. Su indiferencia me había dolido tanto como su frío rechazo.

—¿Por qué no te has puesto en contacto conmigo?

—Asumí que no querías que lo hiciera.

—Pero después te presentas en cuanto empiezo a verme con alguien...

Su expresión no cambió. Continuaba igual de fría y estoica que antes.

—En los últimos meses, me he sentido... perdido. Cuando me voy a dormir, me sigo quedando en el lado izquierdo de la cama, aunque tú ya no estés. He dejado de comer en el comedor porque tú ya no te sientas frente a mí. No he entrado en tu cuarto desde que te fuiste. Lars mandó reparar la ventana, pero no la he comprobado. Cuando me voy a trabajar, no logro concentrarme. Continúo diciéndome a mí mismo que estos sentimientos

pasarán. Pero no lo han hecho.

Contuve el aliento, bebiéndome cada palabra. Aquella era una confesión que yo no esperaba escuchar. Realmente sentía algo por mí, fuese lo que fuese. Mi ausencia no le había resultado indiferente. El tiempo que habíamos pasado separados le había resultado tan duro a él como a mí.

—Lars me dijo algo en lo que no he podido dejar de pensar. Y entonces me obsesioné comprobando tus coordenadas GPS. En base a tus movimientos, me figuré tu rutina. Cuando empezaste a pasar todos los fines de semana en Park Avenue, me imaginé lo que estaba sucediendo... y no lo pude soportar.

Sentí curiosidad por saber lo que le había dicho Lars, pero no me atreví a preguntárselo.

—Admito que mi entrada no fue la mejor. Si me hubieras dado un tiro, no te habría culpado por ello. Pero es que estaba... enfadadísimo.

—Como estaba yo cuando te vi besando a Jasmine. —Al mirar por la ventana la había visto besándolo en los viñedos. Entonces se apoderó de mí una furia inaudita. Nunca me había sentido tan desolada. La traición me dolió en lo más profundo.

—Ella me besó a mí —corrigió él—. Y sí, así fue exactamente como me sentí.

—Parece que estamos en paz.

—No. Ni mucho menos. —La tensión llenó el espacio que nos separaba. Flotaba con pesadez en el aire, recordándome lo traicionado que se había sentido cuando me acosté con Jason—. Yo nunca me había sentido celoso antes. —Dio un largo trago para ocultar su enfado.

—¿Por qué no te has acostado con nadie? Dos meses es mucho tiempo... —Crow era un hombre con necesidades muy concretas. Si no daba rienda suelta a sus oscuros impulsos, lo consumirían.

Dio vueltas al líquido de la copa, pero no se lo llevó a los

labios. La posó junto al agua, con el oscuro vino a medio beber. Al levantar la mirada hacia mí, no logré descifrar su significado. No parecía enfadado, ni tampoco molesto por la pregunta.

—No quería hacerlo.

Esperé a que se explicara mejor, porque aquella no era respuesta suficiente.

Sus finos labios permanecieron juntos, negándose a dejar pasar ni una palabra más.

—¿No querías hacerlo? —No me creía aquello ni por un segundo. Quizá me hubiera echado realmente de menos, pero el sexo no era algo emocional en su caso. Se trataba simplemente de un alivio. Para eso podía utilizar a cualquier mujer, no sólo a mí.

—No.

Mis ojos se estrecharon.

—¿Y ya está?

—¿Por qué es algo tan difícil de creer?

—No lo sé... A lo mejor porque Jasmine se habría apresurado a cumplir cualquiera de tus deseos en cuanto se lo hubieras pedido.

—Estaba segura de que ella no habría tardado en enterarse de que yo me había marchado y se habría intentado meter en su cama más de una vez. ¿Por qué iba a rechazarla, si yo ya no estaba allí?

—Ya sabes el tipo de mujer que me gusta. Inteligente, fuerte y orgullosa. Ella no es ninguna de esas cosas.

—Pero antes te acostabas con ella.

—Eso fue antes de que mis gustos cambiaran. —Me dedicó una mirada cargada de sentido.

—Entonces, ¿por qué no buscaste a otra con esos rasgos?

Él dejó la mano sobre la mesa y sus finos dedos golpearon suavemente el mantel.

—Como ya he dicho, no quería hacerlo.

Entrecerré los ojos, molesta.

—Me dejaste muy claro que nunca habías sido mío.

—Así era.

Todo lo que decía contradecía lo que había dicho en el pasado. Me dolía el cuello por aquel constante tira y afloja.

—Pero ahora lo soy.

La frustración me abandonó y el estómago se me tensó como respuesta. Mis ojos buscaron automáticamente su rostro, intentando detectar si mentía. ¿Había dicho aquello realmente, o sólo lo había imaginado?

Posó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Habló en voz baja, para que nadie más pudiera escuchar nuestra conversación. Me dedicó una mirada aterradora, pero también de una gran belleza.

—Y quiero que vuelvas a ser mía otra vez.

CUANDO ENTRAMOS EN EL DORMITORIO, se me acercó por detrás y me bajó la cremallera del vestido. Era negro, con un patrón de encaje. Se ajustaba perfectamente a las curvas de mi cuerpo, como si se supiera mis medidas de memoria.

Cayó en el suelo a mis pies.

Me desabrochó de inmediato el sujetador sin tirantes y lo dejó caer al suelo. Me pegó los labios a un hombro y me lo besó con suavidad. El vello de su barbilla aplicaba la fricción justa que tanto había echado de menos. Se fue desplazando lentamente hacia mi clavícula.

Y yo deseaba con ansia que me diera un pequeño mordisco.

Su lengua lamió la piel que recubría el hueso. Entonces me pellizcó con los dientes, dándome un mordisquito como cuando estábamos juntos en la cama.

No lo pude evitar. Gemí.

Me envolvió la cintura con las manos y después fue subiendo por mi estómago. Cubrió mis pechos con sus manos, masajeándolos con agresividad. Su boca pasó a mi oreja y escuché su respiración amplificada.

—Botón. —Se me endurecieron los pezones y sentí sus dedos cerrarse sobre ellos y pellizcarlos con suavidad.

Arqueé la espalda contra su pecho, reaccionando de inmediato a su agresivo contacto. Había afirmado que no me acostaría con él aquella noche, pero mi determinación se estaba difuminando con rapidez.

Una de sus manos continuó sobre mis pechos mientras la otra descendió por mi estómago. Lentamente, sus dedos me acariciaron el ombligo y después se introdujeron bajo el encaje de mis bragas. Con suavidad, fueron acercándose a mi clítoris palpitante y se presionaron contra él.

Yo volví a arquear la espalda.

—Esto es mío. ¿Me entiendes? —Sus labios se movieron contra mi oreja y su fuerte respiración me prendió fuego.

—Crow... —Me rendí ante su control, pronunciando su nombre cuando no tendría que haberlo hecho. Echaba muchísimo de menos aquello. Lo echaba más de menos de lo que quería reconocer. Él se apoderaba del control de la situación, tomando las decisiones por los dos. Lo único que yo tenía que hacer era disfrutarlo.

—Me has echado de menos tanto como yo a ti.

—Sí...

Sacó los dedos de debajo de mis bragas y después tiró del tejido para bajármelo por los muslos. Cuando estuve desnuda, él se desvistió a mi espalda, quitándose el traje y la corbata. Se bajó los bóxers y los tiró de una patada al suelo.

Por más que deseara hacer aquello, sabía que no podía.

—He dicho que no.

Él me dio la vuelta hasta que estuvimos cara a cara. Me cogió agresivamente el pelo con un puño, agarrándome con la otra mano por la pronunciada curva de mi espalda. Me atrajo tan cerca de él que mi pecho se presionaba contra el suyo cada vez que respirábamos.

—Tu cuerpo y tu mente están en lucha entre sí. Y yo ya sé cuál va a ganar. —Me levantó del suelo y me depositó sobre la cama debajo de él. Posó las manos a ambos lados de mi cabeza y me separó los muslos con los suyos.

—Ya me has besado. Ya me has tocado. ¿Qué más da? —Entrelazó sus dedos con los míos y me inmovilizó las manos contra el colchón.

—Sí da.

Él bajó la cabeza hasta rozar mi nariz con la suya. Sentía su calmada respiración en la cara, y la manera en que me agarraba las manos dejaba ver su hambre de mí. Era un cazador, y yo su presa. Contempló mis labios varios segundos antes de besarme. Era un contacto más dulce que el que habíamos compartido antes. Se concentró en la textura de mis labios, dándome unos besos lentos que eran a la vez delicados y apasionados.

Mis labios se movieron inmediatamente contra los suyos como si tuvieran vida propia. Saboreé el amargor del vino y sentí cómo se me tensaba el cuerpo debajo de él. Entrelacé los tobillos rodeándole la cintura y deseé una noche de pasión desatada. El momento me recordó a todas nuestras noches juntos, haciendo el amor delante de la chimenea.

Él separó los labios de los míos, hasta dejar un par de centímetros entre nosotros.

A mí casi se me escapó un gemido porque su pérdida me resultaba dolorosa.

—Echo de menos oír cómo te corres. —Su intensa mirada se encontró con la mía, desesperada y poderosa a la vez.

Mi entrepierna empezó a palpar de inmediato. Llevaba mucho tiempo sin penetrarme, y yo anhelaba aquella sensación. Deseaba recuperar la conexión que una vez compartimos. Lo echaba más de menos de lo que jamás reconocería.

Me dio otro beso en los labios antes de descender lentamente por mi cuerpo. Me besó los pechos y el estómago. Sus grandes manos me abrieron las piernas para dejar paso a su boca. Me pasó la lengua por las caderas y después me besó el interior de los muslos.

Oh, Dios.

Debería haber interrumpido aquello, pero no lo hice. En vez de eso, me agarré a las sábanas que tenía debajo y me preparé para sentir su cálida boca contra mi piel. Me miró a los ojos mientras me daba besos acercándose cada vez más a mi sexo, jugando conmigo. Nunca estaba más atractivo que cuando tenía la cara metida entre mis piernas.

Finalmente, aplicó los labios contra mis pliegues, dándome un beso abrasador.

—Oh, Dios mío... —Se me arqueó la espalda y enterré los dedos en el colchón. El éxtasis me recorrió el cuerpo al instante, haciendo que se me contrajesen los dedos de los pies y se me endureciesen los pezones. Sin ningún reparo, abrí más las piernas para recibir mejor aquella experta boca.

Me volvió a besar, y esta vez movió la lengua en círculos alrededor de mi clítoris. Utilizó una firme presión para devolverme a la vida. Besó y succionó la zona, proporcionándome la deliciosa masturbación que tanto echaba de menos. Volvió a succionarme el clítoris antes de agarrarme las manos contra las sábanas y entrelazar nuestros dedos. Me sujetó para que no pudiera moverme.

—¿Quieres que pare?

Sentía la cabeza ligera y no era capaz de pensar en nada más

que no fuera aquella cálida boca contra mi entrepierna.

—No. —Nadie podía echármelo en cara. Tenía a un hombre guapísimo entre las piernas que daba la impresión de disfrutar aún más que yo. Era la fantasía perfecta—. No.

Continuó moviendo la boca entre mis piernas, besándome con más fuerza que antes. Hacía magia con la lengua y me sorprendí retorciéndome y gimiendo para el hombre que me había roto el corazón.

Movió la lengua en círculos sobre mi clítoris aplicando más presión, tocándome justo en el punto preciso para hacer que me corriera.

—Dios... justo ahí. —Retorcí mis manos bajo las suyas, pero no logré moverlas. Mis caderas se movieron de inmediato hacia arriba, sintiendo el empujón como un tren de mercancías. Era poderoso y cegador. Me daba tanto placer que no podía creerme que se me hubiera olvidado lo maravilloso que era.

—Crow... —Ni siquiera me di cuenta de que estaba pronunciando su nombre hasta que no hubo remedio. Volvía a ser otra vez la esclava de aquel hombre.

Sus besos se hicieron más dulces mientras pasaba mi orgasmo. Lentamente, empecé a relajarme. Mis caderas descendieron y dejé de apretar los dedos contra los suyos. Mi respiración volvió a la normalidad, pero mis pezones continuaban erectos y tenía el pecho empapado en sudor.

Crow ascendió por mi cuerpo hasta que estuvimos cara a cara. Mis fluidos le cubrían los labios. Ver mi humedad reluciendo en su boca hizo que mis piernas le apretaran automáticamente las caderas.

Deslicé las manos por su pecho, sintiendo las estriaciones de los músculos. Deseaba hundir mis garras en él y no soltarlo nunca. Al instante, mi cuerpo le permitió poseerme. Aquel cordón invisible que me había unido a él una vez se me tensó

alrededor de la garganta. Mi corazón estaba hecho de acero y nunca volvería a dejarlo entrar, pero el resto de mi cuerpo se postró ante él.

—Te deseo. —Pegó su cuerpo al mío, con la gruesa erección presionando contra mis tiernos pliegues. Se frotó lentamente contra mí con el miembro palpitante y ansioso por estar en mi interior, goteando fluido preseminal sobre mí ya empapado sexo.

Me hizo falta toda mi fuerza para combatir los poderosos deseos de mi cuerpo. Ya había hecho demasiadas cosas con Crow de las que me arrepentía. El daño estaba hecho. Pero acostarme con él sólo empeoraría las cosas. Debía ser fuerte.

—Mañana.

Gruñó junto a mi rostro, con los ojos relucientes de desafío.

—Mañana —repetí.

Por fin se apartó y se tumbó sobre la cama a mi lado. Su erección continuaba presionada contra su estómago, hinchada y lista para entrar en mí si cambiaba de opinión.

Yo no estaba segura de poder estar tumbada toda la noche junto a él sin ponerle las manos encima. Tendría que ponerse algo de ropa si quería que me quedara.

Apagó la lámpara de la mesilla de noche y el dormitorio se llenó de tinieblas. Después me abrazó y me apretó contra su pecho. Pasó una de mis piernas alrededor de su cintura y apoyó la frente contra la mía.

Mi brazo le rodeó el cuello por voluntad propia y yo cerré los ojos. Podía sentir su mirada sobre mí, la quemadura de sus ojos fijos en mi cara. No lo miré porque no me fiaba tanto de mí misma como para asomarme a aquellos ojos embrujadores. Estaba haciendo equilibrios junto al precipicio de la tentación. Si me inclinaba demasiado, caería de cabeza en el abismo conocido como Crow Barsetti.

Su voz profunda llegó a mis oídos.

—Buenas noches, Botón.

—Buenas noches, Crow.

Capítulo 9

PEARL

Temía la conversación que estaba a punto de tener con Jason. Se enfadaría conmigo, con todo el derecho del mundo. La culpa me reconcomía hasta el fondo del alma y no lograba librarme de aquel sentimiento. Me había apoyado tanto que sentía como si lo traicionara. No éramos novios formales. De hecho, ni siquiera habíamos salido a cenar juntos. Pero me seguía sintiendo como si hubiera hecho algo malo.

Me abrió la puerta con la misma expresión fría que exhibía la última vez que nos vimos. Llevaba vaqueros y camiseta y tenía el pelo húmedo porque acababa de salir de la ducha. Cuando no dijo nada, supe que seguía irritado conmigo.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Entró en la cocina y se quedó junto a la encimera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con los músculos de los brazos tensos y sus ojos, habitualmente brillantes, oscurecidos.

Yo me quedé en el extremo opuesto de la encimera y sentí su hostilidad entrarme por los poros.

—Jason, tenemos que hablar...

—Así es. Y creo que debería empezar yo.

Ya estaba cabreado conmigo por la manera en que habíamos

dejado nuestra última discusión. Cuando dejara caer esta nueva bomba sobre él, se enfadaría aún más.

—Vale.

—No sé qué somos, pero creo que deberíamos tomárnoslo con más calma. Después de la otra noche, no me siento cómodo con que continuemos avanzando.

Mi expresión no cambió, pero desde luego me había sorprendido. Habíamos tenido un momento de tensión, pero no me había dado cuenta de que le hubiera molestado tanto.

—¿Puedes ser más específico?

Se apoyó contra la nevera, dejando gran cantidad de espacio entre nosotros.

—Cada vez que nos acostamos, se transforma en otra cosa. Quieres que te azote o que te ate... Sé que has pasado por mucho este último año. Nunca hablas de ello, pero me puedo imaginar lo horrible que fue. Y... me da la impresión de que estás proyectando esas experiencias en mí, y eso me hace sentir incómodo.

—Jason, no se trata de eso. Simplemente... me gustan esas cosas. —El mejor sexo que había tenido había sido con Crow. Al principio, no me habían gustado las cosas retorcidas que me hacía. Pero ahora, el sexo vainilla era el tipo de sexo que menos me gustaba. Prefería las perversiones, la oscuridad.

—Pero antes no te gustaban las cosas de ese tipo.

—Las cosas cambian, Jason. Llevamos años sin estar juntos. Tú tampoco eres el mismo en la cama.

—Pero no hago cosas raras.

Me tragué la ofensa y lo dejé pasar.

—No es raro. A mí me gusta, y no me avergüenza admitirlo.

—Bueno, pues a mí no. Y no puedo dejar de pensar en... ya sabes.

Aquello fue lo que más me dolió. Crow nunca me miraba como

si yo fuera mercancía estropeada. Me follaba como si fuera la mujer más sensual del planeta. A sus ojos, Bones nunca me había tocado. Crow se negaba a permitirme sentir lástima por mí misma. Esperaba de mí que fuese la mujer fuerte que siempre había sido.

—Jason, tienes que dejar de mirarme como a una víctima de violación.

—Verás, no puedo evitarlo. Intento no hacerlo, pero me resulta difícil. Si no me hubieras pedido que te azotara con el cinturón o que te atara, habría podido pasarlo por alto. Pero soy incapaz.

Odiaba que la gente me viera como a alguien débil. Lo que me había sucedido no había sido culpa mía, y esgrimirlo en mi contra no estaba bien, y punto. A lo mejor Jason no lo entendía, pero aquello era lo más doloroso que podía decirme.

—Sigo siendo yo...

Bajó la cabeza, dejando escapar un callado suspiro. Cerró los ojos un momento antes de volver a abrirlos. Dejó caer los brazos a los costados y se acercó a mí.

—Ya lo sé, Pearl, sigo amándote. Siempre te amaré. Pero no creo que pueda con todo esto.

—Lo entiendo. —Quizá hacía falta un hombre como Crow para lidiar con mi pasado. A lo mejor sólo alguien tan marcado y destrozado como él podía mirarme a los ojos y ver todo lo que había debajo de la superficie. Cuando se movía en mi interior, sólo existíamos él y yo. No pensábamos en los hombres y mujeres que nos habían precedido.

—Lo siento... Espero no haberte hecho daño.

—No te sientas mal, Jason. Estás siendo sincero, y lo entiendo perfectamente.

Su mano se movió por la encimera hacia la mía y me acarició suavemente los nudillos con el pulgar.

—Todavía quiero que seamos amigos. Quiero que sigamos viéndonos.

A lo mejor cambiaba de opinión cuando le hablara sobre Crow. Aunque Jason había roto conmigo y había cierta distancia entre nosotros, mis acciones seguían siendo imperdonables.

—Me encantaría. Pero yo también tengo algo que necesito contarte.

JASON ESTABA SENTADO en la mesa frente a mí. Se había quedado sin palabras, permaneciendo callado casi dos minutos después de que yo terminara de hablar. Se frotaba la barbilla con las puntas de los dedos y miraba fijamente la superficie de la mesa.

—Sé que es mucho que digerir... No espero que lo entiendas.

—Entonces este tío te capturó y te mantuvo prisionera durante un año... ¿pero tú te enamoraste de él?

Oír a alguien decirlo en voz alta me hacía comprender lo ridículo que sonaba.

—Eso es.

—Pero él no sentía lo mismo por ti.

—No. —Aquel frío recordatorio volvió a hacerme sentir como una mierda.

—¿Y ahora está aquí?

—Sí.

—¿Y lo has besado?

Asentí.

—Sí. —Después de meses de silencio, pensé que sería capaz de resistirme a él. Pero como si el tiempo no hubiera pasado, había vuelto a caer en sus redes.

—De acuerdo... —Continuó frotándose la barbilla—. Tienes razón. No lo pillo. Suena a síndrome de Estocolmo.

—No lo es. —Crow nunca me había hecho daño con malas intenciones. Ni siquiera había cumplido su amenaza de violarme. Cuidó de mí, cuando podía haber hecho cosas mucho peores. Se merecía el respeto que le tenía.

—¿Quiere eso decir que estás saliendo con él otra vez?

No podía mencionar el sistema de botones. Jason nunca lo entendería.

—No, no realmente. Está aquí, y hemos hablado, pero no vamos a volver juntos.

—¿Entonces a qué ha venido?

Celos. Posesividad. Demencia.

—Para ver qué tal estoy.

Jason estrechó los ojos con desconfianza.

—¿No podía haberse limitado a llamarte?

—Sí. Pero le gusta hacer las cosas a su manera. —Nunca podría explicar a alguien como Jason mi relación con Crow. Después del suplicio por el que había pasado, yo ya no era una persona normal. Y las personas normales nunca me entenderían—. Entonces, ¿todo bien?

—¿A qué te refieres?

—Anoche lo besé y tonteeé con él. Nosotros no íbamos en serio, pero... sigo sintiéndome culpable por haberlo hecho. Espero no haberte hecho daño.

—No, no te preocupes —contestó rápidamente—. Como ya te he dicho, ya hace algunos días que no estoy seguro de esta relación. No tienes por qué sentirte mal.

Me alegraba que hubiéramos hablado y conservado nuestra amistad.

—Me alegra oírlo. Eres mi único amigo, Jason. No quiero perderte.

Sus ojos se suavizaron al otro lado de la mesa. Su mano recorrió la superficie que la separaba de la mía.

—Nunca podrías perderme. Amigos para siempre, ¿de acuerdo?

Sonreí.

—Amigos para siempre.

—Pero como amigo tuyo, debo decir que esto que tienes con Crow escapa a mi entendimiento. No estoy seguro de que pasar tiempo con él sea muy buena idea. Sinceramente, suena como un psicópata.

Intenté no reírme.

—No voy a ir en serio con él otra vez. Estará aquí un tiempo y después se marchará. Probablemente no vuelva a verlo nunca más.

Jason asintió.

—Entonces... ¿sigues enamorada de él?

La pregunta me cogió desprevenida, sin ningún sitio en el que esconderme.

—Da igual que lo esté o no. Eso no cambia nada.

DESPUÉS DE CENAR CON JASON, volví a mi apartamento. Al entrar por la puerta, casi me doy de bruces contra un muro de cemento.

—Mierda. ¿No puedes esperar fuera, como las personas normales?

Me empujó contra la nevera y me sujetó las manos por encima de la cabeza. Su contacto era gélido y poderoso, y su fuerte pecho se apretaba contra el mío.

—¿Has terminado con él?

—Em, hola a ti también.

Me apretó las manos.

—No he terminado con él porque no ha hecho falta.

Frunció las cejas y entrecerró los ojos. Me presionó con más

fuerza contra la nevera.

—¿Qué quieres decir?

—Que rompió él conmigo. —Me retorcí para zafarme de Crow y me aparté de él. Me estaba ahogando contra la nevera y necesitaba un poco de aire. Lancé mi bolso sobre la encimera.

No volvió a atosigarme, pero no me quitaba los ojos de encima.

—Explícate.

—Le pedí hacer ciertas cosas en el dormitorio con las que no se sentía cómodo. Así que pensó que lo mejor era que siguiéramos siendo amigos.

Crow apretó la mandíbula, alterado por el tema.

—Así que yo no tuve que hacer nada.

—¿Le contaste lo nuestro?

—Sí. Le dije que estabas en la ciudad, pero que te marcharías pronto. —Cuanto antes se fuese Crow, mejor. Me agarré al borde de la encimera y contemplé la ciudad a través de la ventana. Mi conversación con Jason se repetía en mi mente, y no podía ignorar el dolor que me provocaba.

Crow me miró en silencio, leyendo la tristeza en mis ojos como en una valla publicitaria.

—Te ha dolido.

—Sí...

Se acercó a mí, pero no me tocó. Se quedó de pie junto a mí, con sus ojos ardiendo a un lado de mi cara.

—Cuéntamelo, Botón. —Sus dedos se acercaron a mi mejilla y me puso el pelo detrás de la oreja.

—Dijo que no podía dejar de pensar en el hecho de que me habían... ya sabes. —Jason no me miraba con ojos sinceros. Lo único que lograba ver eran las cicatrices que otros hombres me habían hecho. Yo no era deseable porque había sido usada.

Crow me pasó un brazo por la cintura y después me atrajo

hacia su pecho. Me posó los labios en la frente mientras formaba una jaula de acero a mi alrededor con sus fuertes brazos. Con su protección, mantenía fuera todo el dolor y el sufrimiento.

—Nunca fue lo bastante bueno para ti, Botón. —Sus labios se movían contra mi frente al hablar—. Un hombre de verdad no piensa en los hombres que lo han precedido. Los borra.

Ya me sentía segura con aquel hombre. Decía las palabras correctas y me tocaba como necesitaba que me tocaran. Ya empezaba a sentir cómo volvía a enamorarme de él, ansiando la fortaleza y el poder que irradiaba constantemente.

—¿Sabes lo que veo cuando te miro? —Cerró un puño alrededor de mi pelo y me echó la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo a los ojos—. Veo a una mujer fuerte que se niega a rendirse. Veo un fuego resistente que no puede ser extinguido. Veo a la mujer más sensual y deseable del planeta. Si no es capaz de aceptar tu pasado, no se merece tu futuro. —Crow me tomó la cara con las manos y me besó—. No dejes que te deprima, ¿de acuerdo?

Todo lo que pude hacer fue asentir.

—Porque la mujer que yo conozco no permite que nadie la resquebraje... ni siquiera yo.

Capítulo 10

CROW

—Haz las maletas. —Tiré una bolsa vacía sobre su cama.

Ella se quedó mirándome desde la puerta con los brazos sobre el pecho.

—¿Para qué?

—A no ser que quieras estar desnuda todo el tiempo, te sugiero que te traigas algunas cosas. —Abrí su cajón de la ropa interior y eché un vistazo dentro—. Aunque si sólo quieres llevarte algunas bragas, tampoco me importaría. —Le guiñé un ojo antes de cerrar el cajón. Por fin estaba consiguiendo lo que yo quería, y era incapaz de contener mi buen humor. Los últimos meses de mi vida habían sido un infierno sin ella. Por fin lo había admitido, ante ella y ante mí mismo. Ahora, la quería debajo de mí, con las piernas alrededor de mi cintura. El sabor de su entrepierna era aún mejor de lo que recordaba, y mi sexo también quería probarlo.

—Jason y yo ya no estamos saliendo, así que ya no hay trato.

Yo la había apoyado cuando le faltó el coraje, pero en cuanto me desafió, me convertí en su enemigo.

—Te equivocas.

—Ya no me estoy acostando con él, así que el acuerdo queda

invalidado.

Crucé la habitación hasta ponerme justo delante de ella. Mantenía una expresión resuelta en el rostro, pero yo sabía que estaba intentando ocultar su temor. Yo la ponía nerviosa, sin que ni siquiera se diera cuenta de ello. Su cuerpo reaccionaba de forma natural al mío, ejecutando una lenta danza que ambos sentíamos.

—Termina de pagar tu deuda, y él no muere. Ese era el trato.

—Pero ya no salgo con él.

—¿Eso quiere decir que te da igual que le parta el cuello? —Me metí en su espacio personal y la obligué a retroceder hasta el marco de la puerta—. Porque lo haré, Botón. Mataré a ese montón de mierda con sólo chasquear los dedos. Si no es eso lo que quieres, recoge tus cosas. Ahora mismo.

Aquel fuego rebelde aún ardía en sus ojos, resaltando los bellos rasgos de su cara perfecta. Apretó inconscientemente los labios y sus hombros se tensaron. Se le erizaron los pezones dentro de la blusa. No era transparente, pero entendía tan bien su lenguaje corporal que supe exactamente lo que estaba sucediendo.

—No te creo.

Le eché inmediatamente la mano al cuello y le di un estrujón de aviso.

—Si crees que no voy a matar al hombre que ha estado follando contigo, no me conoces muy bien. —La solté antes de hacerle daño. Mi parte violenta se hacía con el control en cuanto no me salía con la mía. Quería volver a tenerla en mi cama y debajo de mí, donde pertenecía—. No me hagas volver a pedirte.

Ella se quedó casi un minuto junto a la puerta, frotándose el esbelto cuello con los dedos. No le había quedado marca, pero de todas formas le había dolido. Había confesado que le pedía a

Jason hacer en la cama las mismas cosas que le hacía yo. Era innegable que todavía me deseaba. Y su húmeda entrepierna me dijo lo mismo la noche anterior. Por fin, cooperó y recogió sus cosas.

Yo la observé, con la victoria en los ojos.

EN CUANTO ENTRAMOS a mi habitación del hotel, la alcé hasta la encimera de la cocina y me puse entre sus piernas. Ya nada me obligaba a contenerme, así que la sujeté por la cintura y la besé agresivamente en la boca. Mi beso era tan violento que casi le magullé los labios.

Pero ella me lo devolvió... con el mismo deseo.

El mundo desapareció, y Botón fue la única cosa que dejó a su marcha. Me olvidé de mi solitaria existencia en la finca. Me olvidé de todo el whisky que había bebido y de los lamentos que me inundaban el pecho. Era la primera vez que sentía paz en meses.

Cerré mi puño en torno a su cabello y reconocí su familiar suavidad. Lo llevaba más largo que antes, pero emanaba el mismo aroma a vainilla y naranja. Aquel olor permaneció en mi dormitorio semanas después de que se fuera. Pero un día, desapareció; y yo me sentí perdido.

Sentía la sangre latirme en las orejas y mi corazón contraerse al mismo ritmo que el suyo. Y entonces fue cuando finalmente me sentí completo, por primera vez en meses. Todo el dolor, toda la aflicción y toda la ira desaparecieron.

Interrumpí nuestro beso y la miré a la cara.

—No lo mataré.

Me contempló frunciendo sus labios rojos.

—Pero no me marcharé hasta que me hayas pagado hasta el

último de los botones. —Nunca la privaría de su libertad. En innumerables ocasiones en el pasado había querido encadenarla a una pared y poseerla por completo, pero aquel fuego en sus ojos me lo impedía. Me exigía lealtad sin pronunciar palabra. Tenía más poder del que se daba cuenta, y esperaba que nunca lo descubriese.

—Cuando pague la deuda, ¿te marcharás?

Me morí un poco por dentro al escuchar la esperanza en su voz.

—Sí.

—¿Por qué quieres que te pague estos botones? No lo entiendo.

Porque todos los días eran una tortura sin ella. Mi vida era un borrón sin sentido. Vivía en el lugar más bonito del planeta, poseía el tipo de lujo con el que la mayoría sólo puede soñar, y podía haber tenido a cualquier mujer que hubiera querido.

Pero nada de todo aquello había importado cuando ella se fue.

—Porque te deseo.

—¿Y eso es todo? —susurró.

Quizá si volvía a tenerla, lograría desahogarme y continuar con mi vida. A lo mejor las cosas no terminaban como tendrían que haber terminado.

—Nunca tuvimos la oportunidad de despedirnos. No estaba preparado para tu marcha cuando te subiste a aquel avión. No había acabado contigo.

El deseo de sus ojos empezó a extinguirse lentamente. Si había algo más que ella quería escuchar, deseaba que me lo dijese.

—Conseguiré esos botones. Y después no quiero volver a verte jamás.

Ignoré la punzada que se extendía por mi piel. Quemaba más que cenizas, y me abrasaba desde el interior. Mi expresión no

cambió, y me tragué el dolor hasta que lo tuve en el estómago. Yo sabía por qué se sentía dolida. Me había dicho dos palabritas que yo no había repetido. Y nunca me perdonaría por aquello.

Pero a lo mejor lograba que cambiase de idea.

A lo mejor podía lograr que volviese a enamorarse de mí, de forma que me devolviese algunos de aquellos botones a cambio de mi cariño. Entonces sería mía para siempre.

—Vale.

—¿QUÉ quieres hacer? —Entró en el dormitorio y empezó a desvestirse lentamente. Jugueteeó con la parte superior de los vaqueros antes de desabrochar el botón y la cremallera. Se los bajó despacio por las largas piernas y sacó los pies de ellos. Al moverse, sus caderas se balancearon de izquierda a derecha y, sin que lo intentara siquiera, me pareció la mujer más sensual que había visto nunca.

Tenía una erección dentro de los vaqueros que se apretaba dolorosamente contra la cremallera. Deseaba desesperadamente ser libre, frotarse contra su sexo resbaladizo y deslizarse en su interior. Quería estirarla y borrar el recuerdo del hombre que no la merecía. Si aquel tío la veía como una causa perdida, entonces nunca la había mirado de verdad. Él no veía lo que yo. Si se hubiera molestado en prestar atención, habría advertido que el fuego de sus ojos no había disminuido de intensidad. Habría atesorado la indiscutible sexualidad que emanaba de cada centímetro de su piel. Le habría rogado que se quedara en cuanto hubiera sabido que quería estar conmigo.

Maldito idiota.

Era la primera vez que mis celos se aplacaban. Al ver el dolor en sus ojos tras el rechazo de Jason, quise arreglarlo todo. Quise

convencerla de que el problema era él, no ella. Durante toda su vida, los hombres la habían decepcionado, y sinceramente, yo no era diferente. Había sido el primer hombre a quien ella había permitido cuidarla, mantenerla y protegerla.

Y entonces la había herido.

No podía culparla si no volvía a confiar nunca en mí.

Botón se volvió para ponerse ante mí, de pie con su camiseta y sus bragas negras. La camiseta le abrazaba la cintura y las costillas, resaltando sus sensuales curvas naturales. Sus anchas caderas se estrechaban para formar una estrecha cintura. Cuando la contemplaba por detrás, sus curvas se acentuaban todavía más. A mi miembro aquello le parecía el paraíso.

Me miró fijamente, con aquella confianza orgullosa que la hacía provocativa de forma innata. Ninguna otra mujer lograba hacerlo sin parecer engreída. Cualquier mujer que entendiera que era un diez perfecto se convertía de inmediato en un cero. Pero una mujer que ni siquiera se molestaba en puntuarse era un diez perfecto.

Botón se sacó la camiseta por la cabeza y dejó un sujetador negro al descubierto. Era de los que acentúan el escote, y mantenía sus turgentes senos firmemente unidos. Era como una pista de aterrizaje para mi sexo, que podría follarse sus tetas hasta que le escociera el pecho.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. —Se acercó más a mí, sin apartar su mirada autoritaria de mí.

Mis ojos se posaron sobre su esbelto cuello y en el hueco de su garganta. Mis labios ansiaban depositar allí infinitos besos, abrasándole el cuerpo con mi contacto. La razón por la que había dejado escapar a esta hermosa mujer era un misterio para mí. Me había pasado las noches cascándomela como un adolescente porque no podía tener lo que realmente quería.

—¿Y cuál era la pregunta?

Se abrazó el torso con los delgados brazos y se desabrochó el cierre que mantenía cerrado su sujetador. Se aflojó de inmediato, y los tirantes cayeron sobre su pecho. Lentamente, la gravedad hizo su efecto y el sujetador cayó al suelo con un suave ruido sordo.

Echaba de menos aquellas tetas. Jodidamente bonitas.

De repente sentí que mi lengua era demasiado grande para mi boca. Quería bañar sus pezones en besos dolorosos antes de succionarlos hasta dejarlos en carne viva. Ya había visto su bello cuerpo desnudo más veces de las que podía recordar, pero ahora que se sometía a mí, mi erección era rampante. Verla postrarse ante mí, cediéndome el control, era lo que más caliente me ponía del mundo.

Por fin era mía.

Se agarró las tiras del tanga antes de bajárselas por aquellas piernas, largas y exquisitas. El paraíso que tenía entre ellas estaba perfectamente mantenido, y el bultito me llamaba.

—¿Qué quieres hacer?

Tenía los pechos duros y los labios entreabiertos. No lograba decidir lo que quería. Lo quería todo a la vez. Quería aquella bonita boca alrededor de mi miembro, pero también quería estar a veinticinco centímetros en su interior.

Ella recorrió la distancia que nos separaba con la ropa interior aún en la mano. Posó los dedos sobre mis vaqueros y desabrochó lentamente el botón. Al bajar la cremallera, mi sexo saltó por fin, libre de restricciones. Se presionó contra la parte delantera de mis bóxers, dirigiéndose hacia ella como si tuviera conciencia propia.

Mantuve los brazos a los costados, a pesar de lo mucho que deseaba tocarla. Su numerito me ponía muy caliente, y sentía curiosidad por saber qué haría a continuación. Aquella noche llevaba ella la iniciativa, y el caso es que me estaba gustando

haberle cedido las riendas.

Me bajó los vaqueros y los bóxers hasta los tobillos y después volvió a enderezarse cuan larga era. Era bastante más baja que yo y mi entrepierna le llegaba al estómago. Pero su altura no la debilitaba. Era la persona más alta en cualquier habitación en la que entrase.

Enrolló su tanga negro alrededor de mi miembro y empezó a masajearlo, utilizando el suave encaje para estimular la tensa piel de mi sexo. Parte de su humedad empapaba la prenda, y pude sentir cómo se extendía desde los testículos hasta la punta.

Joder.

Subía y bajaba con lentos movimientos, centrándose en la sensación de cada momento en vez de en la estimulación de ir lo más rápido posible.

Joder, ¿se daba cuenta de lo sensual que era?

—¿Qué quieres hacer? —Me tocó la comisura de la boca con los labios, pero sin besarme. Me provocaba, acercando sus apetitosos labios a escasos centímetros de mi boca.

Me dolía la entrepierna porque la fantasía era mejor que nada que yo pudiera haberme imaginado. Era igual que en Italia, pero mejor, en cierto modo. Yo tenía un dominio total, y hasta ahora no había conseguido comprender la enorme responsabilidad que conllevaba.

—De rodillas. —El poder me atravesó la columna, empezando en la ingle y desplegándose hacia la nuca. Por fin era mía aquella mujer, y lo era para que disfrutara de ella. En exclusiva.

Ella se dejó caer sobre el suelo de parqué, sin quejarse por el dolor en las rodillas. Mantuvo su manita alrededor de mi erección, con el tanga arrugado cerca de mis testículos. Sus dedos jugaban lentamente con mi escroto, masajeándolo con ternura.

—Te voy a follar la boca. —Le recogí el pelo con la mano y se lo mantuve firmemente sujeto en la parte de atrás de la cabeza. El

tanga seguía allí, pero no quise quitarlo. Me encantaba sentir la humedad de su sexo en el delicado tejido.

Me agarré la base del miembro y le froté los labios con la punta. Empezó a besarla de inmediato, sacando la lengua para frotar la sensible piel. Tenía los ojos relucientes como una hoguera, y me cupo la certeza de que la humedad estaba empezando a acumularse entre sus piernas. Seguía encantándole tener mi enorme miembro dentro de la boca.

Algunas cosas no cambiaban nunca.

Me introduje en su interior, dirigiéndome hacia el fondo de la garganta hasta que tuvo bien dentro hasta el último centímetro. Como la campeona que era, se la metió sin hacer arcadas. Contuvo el aliento, porque tenía la garganta bloqueada. Cuando la retiré hacia el frente de su boca, inhaló profundamente. Entonces se la volví a meter del todo.

Lo mejor ni siquiera eran las sensaciones de la mamada. Nada podía superar la vista. Estaba obsesionado con aquella mujer, y verla de rodillas como si yo fuera su rey obraba maravillas con mi ego. Lo que no hacía sino ponérmela más gorda.

Le follé profundamente la garganta durante unos minutos, conservando la escena en el fondo de la mente para atesorarla después. Esto era algo con lo que me masturbaría cuando ella no estuviera. Mi mayor deseo era no tener que recurrir a ello.

Saqué mi miembro de su cálida garganta y le ordené que se tumbara en la cama.

—De espaldas. La cabeza en la almohada. —Me toqué mientras la observaba obedecerme. El sexo me palpitaba en la mano de ganas de estar en su interior.

Ella se tumbó en la cama con la cabeza en la almohada. Como una esclava, esperaba mi próxima orden.

Trepé sobre ella y le puse otra almohada debajo de la cabeza. Se le curvó el cuello y tenía la cara casi vertical. Me miraba con

cierta confusión, pero no hizo ni una sola pregunta.

Le agarré las tetas y bañé el valle entre ellas con húmedos besos. Mi erección se bamboleaba hacia delante, a un par de centímetros de su estómago. Cuando todo su pecho estuvo cubierto de saliva, me coloqué encima de ella.

—Júntate las tetas.

Hizo lo que le pedía, creando un característico pliegue entre ambas.

—Abre la boca.

Hizo lo que le ordenaba.

Un escalofrío me recorrió la espalda al presenciar su obediencia. Abría la boca con un solo chasquido de mis dedos y sus ojos no demostraban el odio que sentía. Estaba tan excitada como yo, deseando acoger mi sexo entre sus pechos.

Coloqué mi miembro entre sus despampanantes tetas hasta ver el glande emerger por el otro lado. Se introdujo en su boca y descansó sobre su lengua.

—Botón, mantén juntas las tetas. —Balanceé las caderas, deslizándome por sus húmedos pechos. Ella los mantenía firmemente unidos, como le había pedido, y su lengua rozaba mi glande cada vez que llegaba a ella. No le quité los ojos de encima ni un segundo, embelesado con el temblor de sus pechos. Nunca le había follado las tetas, y estaba disfrutando inmensamente con ello.

Ella mantuvo la lengua fuera como una pista de aterrizaje, preparada para mi miembro cada vez que se lo acercaba. En cierto modo, era mejor sumisa de lo que había sido nunca. No había lucha en ella, porque deseaba que la conquistara.

El éxtasis empezó como un temblor lejano en la parte inferior de mi miembro. Pude sentir la euforia ascendiendo hasta la punta, sabiendo que la explosión no tardaría en llegar. Yo quería dejarme ir y ceder al deseo carnal de correrme en su cara, pero

me contuve.

Saqué mi miembro de entre sus preciosos pechos y la sujeté por las caderas. La puse debajo de mí y le abrí las piernas. Mi sexo se apoyaba contra su estómago, reluciente con una mezcla de su saliva y de la mía. Se contraía con expectación, preparado para hundirse en lo más hondo de aquella mujer, que absorbía toda mi concentración.

Ella me agarró los antebrazos, enterrando sus largas uñas profundamente en mi piel, y casi haciéndome sangre. Cuanto más fuertemente se agarraba a mí, mayor era mi desesperación por follármela. Había mantenido una máscara de indiferencia al hablar, pero ahora que estábamos desnudos juntos y a punto de follar, su actitud era de todo menos indiferente.

Me puse sobre ella hasta que mi rostro estuvo a centímetros del suyo. Sus labios relucían por la saliva con la que había bañado mi enorme erección, y la boca ligeramente abierta dejaba entrever sus dientes blancos. Había visto aquella expresión cien veces y sabía lo que quería decir.

Deseaba que la besara.

Sostuve mi peso con los brazos y descendí lentamente hasta que nuestras bocas se tocaron. Como si nunca la hubiera besado, una violenta explosión estalló en lo profundo de mi pecho. Era un rugido que reverberó por mi piel y surgió de lo más hondo de mi garganta. Se me tensaron todos los músculos del cuerpo en reacción y cerré los puños sobre las sábanas que tenía debajo.

Ella jadeó suavemente contra mi boca al conseguir el contacto que anhelaba. Sus labios temblaron contra los míos como si le hubiera picado una hormiga roja. Me rodeó la cintura con las piernas, anclando los tobillos a mi espalda. Me atrajo más contra sí, deseándome en su interior en aquel momento, no después.

Alzó las manos hasta mi cara y después las hundió en mi cabello. Sujetaba los mechones con tanta fuerza que casi me

arrancó el pelo. Su cuerpo se mecía con el mío y sus caderas se presionaban contra mí, ansiosas por sentirme en su interior.

—Crow... fóllame.

Joder.

Desplacé las caderas hasta presionar mi entrepierna contra su entrada. Lanzando todo mi peso al empujar, la penetré hasta el fondo en un solo y fluido movimiento. Su sexo era más estrecho de lo que recordaba, pero mi miembro se deslizó en su interior con facilidad.

Porque nunca había estado tan empapada.

—Sí... —Arrastró las manos bajando por mi espalda, con uñas afiladas como puñales. Jadeó en mi boca, porque no era capaz de besarme. Todo lo que podía hacer era gemir... gemir para mí—. Crow...

Hice que su cuerpo se doblara sobre sí mismo hasta que no fue más que una minúscula pelota debajo de mí. Tenía las piernas firmemente apretadas en torno a mi cintura y los brazos alrededor de mi torso. Encogida y retorciéndose debajo de mí, me la follé con dureza contra el colchón como un marinero recién desembarcado.

Mi brazo reptó por debajo de ella hasta llegar a su nuca. Cerré los dedos a su alrededor y le di un firme apretón. Sujetándola con fuerza, la guie mientras entraba y salía de ella, estrellándome contra su cuerpo desde arriba.

—Botón... —Su sexo me parecía el paraíso después del periodo de abstinencia que había tenido que soportar. Pero la espera había merecido la pena, porque aquel momento era poderoso, y paralizante. La conexión que compartíamos se había renovado con intensidad. Yo la sentía, y sabía que ella la sentía también.

Era incapaz de continuar prolongándolo. Masturbarme no había aumentado la resistencia que antes tenía. Mi miembro necesitaba descargarse en su interior, inundándola con tal

cantidad de semen que fuese incapaz de retenerlo. Sentía la necesidad de borrar cualquier rastro del hombre que me había sustituido.

—Botón, córrete para mí. —Profundicé mis embestidas y froté mi pelvis contra su clítoris palpitante. Quería ver cómo se corría, para poder correrme yo con ella.

Las mejillas se le tiñeron de rosa, el pálido color de una rosa de primavera justo después del invierno. Sus labios adquirieron un tono rojo rubí como respuesta a la dureza de mis besos. Tenía los pezones totalmente erectos, y pude ver cómo su boca dibujaba lentamente aquella O que tan bien conocía y que había estado esperando. Después dejó escapar un grito que casi me rompió los tímpanos.

—Oh, Dios... —Echó la cabeza hacia atrás y sus uñas casi me perforaron la piel—. Sí, justo así.

Sentí su sexo tensarse alrededor del mío y producir una nueva oleada de humedad. El espacio entre nosotros se volvió más mojado y resbaladizo. Mi miembro se tensó a la expectativa y le sujeté la nuca con más fuerza, casi haciéndole moratones.

—Tómalo. Todo. —Me enterré por completo en su interior, dándole hasta el último centímetro. Después descargué con un gemido que no pude contener. Atravesó mis labios y salió como un rugido. Mis dedos continuaron apretándose en torno a su cuello, y tuve que obligarme a aflojarlos para no asfixiarla.

Me quedé encima de ella porque no quería apartarme, no todavía. Solía pasar gran cantidad de tiempo enterrado en su interior, y cuando se había marchado sin avisar, yo había tenido que hacer frente a la dura realidad de su partida. Ahora estaba debajo de mí, y deseaba saborear cada momento pasado a su lado.

Sus ojos rebosaban de satisfacción y su respiración volvió lentamente a la normalidad. Su espeso cabello estaba

diseminado por la almohada y sus dedos se aflojaron sobre mi piel. Sus bellos ojos azules fueron perdiendo su cualidad vibrante para volverse soñolientos. No sólo estaba satisfecha, también totalmente exhausta.

La besé, abrazándola tiernamente para compensar mi dureza anterior. Ahora que había pasado la pasión y sólo quedábamos nosotros dos, quería que mis caricias le demostrasen algo más que lujuria. No sólo la había echado de menos porque el sexo entre nosotros era increíble. La había echado de menos por muchas otras razones... razones que no conseguía explicar.

Salí de su interior, sintiendo el sufrimiento de mi sexo por verse alejado del paraíso que tenía entre las piernas. Cuando me tumbé a su lado, la abracé por detrás, nuestra postura habitual cuando dormíamos juntos. No sabía qué hora era, y ella no puso la alarma para la mañana siguiente. No pidió sus botones, y yo no se los ofrecí.

Entonces nos quedamos dormidos.

Capítulo 11

PEARL

Cuando me levanté a la mañana siguiente, olí el café de inmediato. El aroma era inconfundible, de gran riqueza. A mis oídos llegó el sonido distante de la cafetera. La luz de la ventana llegó hasta mis párpados y supe que estaba saliendo el sol.

Lo cual quería decir que me tenía que ir a trabajar.

Salí de la cama y cogí la primera camiseta que encontré en el suelo. Era de Crow y me llegaba por debajo de las rodillas porque era un millón de tallas más grande que las mías. Palpé el tejido y recordé de inmediato haber hecho lo mismo cada mañana cuando vivía con él, hacía una eternidad.

Entré en la cocina y vi a Crow sentado a la mesa, leyendo el periódico. Iba sin camiseta y tenía un aspecto muy atractivo. Sólo llevaba puestos los bóxers, y sus muslos perfectos y musculosos asomaban por debajo de la mesa.

—El desayuno está en la cocina. No lo ha hecho Lars, pero se puede comer.

Me serví un plato de huevos revueltos y una taza de café. La leche y el azúcar ya estaban sobre la encimera, porque Crow sabía exactamente cómo me gustaba tomarlo. Me senté en la silla que había frente a él y eché un vistazo al reloj. Todavía tenía una hora

antes del trabajo, así que podía tomármelo con calma.

Crow leía su periódico y no me miró ni una sola vez. Si no fuese porque por la ventana que había a su espalda se veía Manhattan, habría asumido que estábamos otra vez en su finca de la Toscana. Su barba reciente era cada vez más apreciable y tenía los labios algo agrietados por todos los tórridos besos que habíamos compartido la noche anterior.

Dios, lo de la noche anterior había sido fantástico.

Jason nunca me había dejado así de satisfecha. No había sido oscuro, pero desde luego sí muy intenso. Crow me trataba como a un trozo de carne, pero sabía cómo hacerlo. Nunca me había sentido tan deseable y tan deseada. Jason siempre me trataba como si fuera de cristal, como si me fuera a romper en cualquier momento. La noche anterior debía de haber tenido el mejor orgasmo de mi vida, porque había caído fulminada.

—¿Qué tal has dormido, Botón? —Dejó el periódico sobre la mesa y me dirigió una mirada divertida. Tenía el pelo revuelto de dar vueltas en la cama por la noche, y arañazos en el pecho por cómo le había hundido las uñas. De alguna manera, aquellas cosas lo hacían aún más atractivo.

—Bien. —De puta madre, en realidad. No había dormido así desde la última vez que habíamos compartido cama. Normalmente daba vueltas sin cesar por la noche, acosada por las antiguas pesadillas de Bones. A veces me quedaba tumbada absolutamente quieta, sintiendo sin embargo el balanceo del barco de mi viaje a través del Atlántico. Dormir con Jason no había mejorado nada. Todo había seguido exactamente igual. Pero con Crow, todo era una serena tranquilidad. Cuando me envolvía en sus brazos, nada podía herirme. Nunca admitiría aquello en voz alta, pero él era el primer hombre que me hacía sentirme segura—. ¿Tú?

—Como un tronco. —Dio un sorbo a su café y después se pasó

los dedos por la pelusilla que emergía de su barbilla. Estaba más poblada de lo habitual porque no se había afeitado el día anterior. Nunca lo había visto con barba, y me pregunté qué tal le quedaría. ¿Le haría aún más guapo? ¿O sólo peligroso?

Ahora que estábamos sentados civilizadamente el uno frente al otro, ya saciados nuestros apetitos, tenía que tratar de negocios.

—Cinco. —Puse la palma abierta sobre la mesa para que pudiera depositar su pago en ella.

No dejó de mirarme en ningún momento.

Dejé allí la mano, esperando a que me pagara lo que me debía. No estaba allí porque tuviera ganas de volver a verme atrapada en aquella pesadilla. Quería cortar para siempre los lazos que nos unían para poder seguir con mi vida, y que nunca nos volviéramos a ver. El sexo era alucinante, y me sentía increíblemente bien entre sus brazos, pero ya me había destrozado una vez el corazón, y no permitiría que aquello volviera a suceder. Lo mantendría oculto en lo más hondo de mi pecho para que él no pudiera alcanzarlo. Podría mantenerlo a salvo mientras me ganaba treinta botones... pero no más.

Me contempló entrecerrando los ojos, sin cooperar.

—Págame —lo insté moviendo los dedos.

—Dos.

—¿Dos? —pregunté con incredulidad—. He dicho cinco.

—Lo que hicimos valía dos, y ambos lo sabemos. —Se tomó su café con los codos sobre la mesa. Su expresión testaruda me hizo saber que no era negociable.

Supongo que tendría que haber acordado el pago antes de acostarnos: igual que una puta.

—La noche anterior valió uno. ¿Por qué te parece que anoche valió dos?

—Fue vainilla. En todo caso tendría que valer sólo uno.

Es posible que no me hubiese atado, pero, aun así, fue largo y violento. Me parecía que aquella noche valía más de lo que él quería darme. No se daba cuenta de que aquellos botones no sólo representaban un mero pago. También eran las capas con las que protegía mi corazón de su frialdad.

—Dos.

—Cinco.

Sacudió ligeramente la cabeza.

—Botón.

No podía creer que estuviera a punto de ceder ante él, pero reconocía un callejón sin salida cuando lo tenía delante.

—De acuerdo.

Se sacó dos botones del bolsillo y me los pasó por encima de la mesa.

Eran metálicos y brillantes. Uno tenía una imagen de un lazo y el otro era liso y plateado. Había reunido cientos de botones desde que me había capturado, pero no tenía nada que lo demostrara. Estos irían a parar a mi colección oculta.

—Me tengo que ir a trabajar.

Crow no protestó, pero no le hizo ninguna gracia.

—Te veo cuando salgas.

—No voy a volver aquí, Crow.

Cruzó los brazos delante del pecho, amenazándome para que no lo desafiara.

—Tengo planes. Te veré mañana. —Debía mantener cierto espacio entre nosotros. Si pasaba demasiado tiempo con él, sólo lograría que todo fuese más duro. Debía espaciarlo, tomármelo con calma.

—¿Qué planes?

—Voy a tomar algo con mis compañeros.

—¿Es algo que sueles hacer?

—Una vez al mes, más o menos.

Frunció las cejas, molesto.

—Iré contigo.

—No —lo corté—. Tú no trabajas allí.

—Pero soy tu dueño.

Aquellas palabras me golpearon como una bofetada en la cara. Me puse de pie y me agarré al borde de la mesa.

—Tú no eres mi dueño, Crow. Ya no soy tu esclava, así que puedo hacer lo que me dé la puta gana. —Salí como una tromba, dejándome los botones sobre la mesa. Después de una noche estupenda, ya estaba cabreada con él. En un momento, me apartaba de él porque le confesaba mis auténticos sentimientos, y al momento siguiente, me poseía como si no pudiera vivir sin mí. No tenía sentido, y estaba harta de ello. No lo podía tener todo.

Me vestí con la ropa del día anterior antes de marcharme a toda prisa de la habitación de hotel.

Cuando llegué a la puerta delantera, me detuvo.

—Botón. —Empujaba la puerta con la mano para que no pudiera abrirla. Su pesada masa bloqueaba el camino, así que estaba atrapada.

—Voy a llegar tarde. —Aún tenía tiempo de sobra, pero estaba desesperada por alejarme de aquel psicópata.

Me pasó un brazo por la cintura, guiándome hacia la puerta. Tenía la espalda contra la madera y estaba acorralada como un animal. El depredador había atrapado a la presa, y no podía hacer nada más que esperar el final. Me enterró una mano en el pelo, obligándome a levantar la barbilla, de forma que lo mirase directamente a la cara.

—Sé mía otra vez. —Me deslizó el pulgar por la mejilla hasta que estuvo en la comisura de mi boca—. Déjame ser tu dueño. Déjame poseerte. Déjame tenerte. —Acercó sus labios a los míos, tentándome con un beso.

—No. —Cada momento que pasaba en su presencia me desgarraba por dentro. Una parte de mí quería volver a como estábamos. Mi vida era mucho más sencilla entonces. Había un lugar para mí. Tenía un hogar. Tenía a un hombre tan dañado como yo, y aquellas heridas nos unían como si fuéramos familia. Quedarme en aquella finca en medio de la Toscana era la mejor terapia que podía tener. Aunque no me hubieran vendido como esclava, no había sido feliz en Estados Unidos. Nunca había sido feliz con Jacob, ni con nada más de mi vida. Crow me había dado algo que llevaba toda mi vida buscando. Y después me lo había quitado—. Me tenías, y no me quisiste, Crow. No puedes cambiar de opinión y ya está.

—En ningún momento he dejado de querer estar contigo. —Presionó más su cuerpo contra el mío—. Eso lo sabes.

—Varios meses de silencio dicen lo contrario. —Estando sola durante aquellos meses, había sido fácil mentirme y decirme que no estaba dolida. Pero al pronunciar aquellas palabras, sentí la traición como una herida que me acabase de hacer. Me había roto el corazón más dolorosamente de lo que podría haberme imaginado. Me había destrozado en mil pedazos, y esta vez, no podía volver a juntarlos—. Sólo estoy haciendo esto para que quedemos en paz. Sólo estoy haciendo esto para que desaparezcas. Así que no finjas que hemos vuelto a Italia y que todo es igual que antes. Nada volverá a ser igual. Y no te atrevas a volver a llamarme esclava, jamás. No te atrevas a decir que te pertenezco. Porque no te lo mereces.

ESTUVE TODO el día de un humor de perros.

Odiaba a Crow por la manera en que me torturaba emocionalmente, y me odiaba a mí misma por estar colada por

él. Sí, era atractivo y arrebatador. Sí, era compasivo, sin ser débil. Pero bajo aquel bonito envoltorio seguía ocultándose un rompecorazones.

No volvería a caer en todo aquello.

No me podía creer que me hubiera pasado, para empezar.

Mientras estaba trabajando, me concentraba en el proyecto que me habían asignado hacía semanas. Lo mejor de mi trabajo era lo fácil que resultaba abstraerse en él. Era complejo y desafiante, y atraía toda mi atención, de forma que no pensaba en ninguna otra cosa.

Después del trabajo, salí a tomar algo con algunos de los chicos. Hablaron sobre todo de deportes, y sobre lo que iban a hacer en las próximas vacaciones. Yo me bebí mi cerveza, deseando que fuera vino toscano. Después me fui a casa para poder estar sola. Si Crow estaba acechando dentro de mi apartamento, le daría una paliza.

En serio.

Entré y encendí las luces. No tenía nada dentro de la nevera, así que no tenía más remedio que pedir una enorme pizza grasienta para cenar. Deseé ganar más dinero en mi trabajo para poder contratar a Lars y que trabajara para mí.

Tal y como me temía, aquel arrogante hijo de puta estaba allí.

Lancé mi bolso sobre la encimera y agarré un rodillo de amasar de madera de uno de los cajones. No era un bate de béisbol, pero tendría que servir.

—Maldito cabrón, te dije que quería la noche libre y...

—Escúchame, y luego me iré. —Se quedó en el otro lado de la encimera. Llevaba una camiseta gris y unos vaqueros, iba recién afeitado y con el pelo perfectamente peinado. Le faltaba el reloj que solía llevar, pero, aun así, parecía un ejecutivo.

Yo no quería escuchar lo que fuese que tenía que decir.

—Date prisa.

Rodeó la isla y se acercó más a mí.

Yo retrocedí de inmediato; no estaba de humor para que me tocaran.

—Ahí estás bien. —Nos separaba algo más de medio metro, una distancia insuficiente. Crucé los brazos sobre el pecho y bloqueé el cuerpo, dejando claro que no era bienvenido.

Él se quedó allí con los brazos colgando a los costados, diciéndome con los ojos que deseaba acercarse más. Me ponía las manos encima en cuanto tenía ocasión, y que le negaran aquel placer estaba poniendo a prueba su paciencia.

Yo continué allí de pie, esperando a que dijese lo que fuera que tenía que decir. Fuese lo que fuese, estaba segura de que no me iba a gustar. Aquel hombre carecía de emociones porque no era más que una cáscara vacía. Era una estúpida por haber pensado una vez que podría cambiar... especialmente por mí.

—Por fin entiendo cuánto daño te he hecho.

Aquello era lo último que esperaba que dijese. Intenté que mi cara no reflejara ninguna emoción, pero en cuanto aquellas palabras salieron de sus labios, relajé la mueca que fruncía mi boca. Se me aflojaron los brazos contra el pecho, hasta mis rodillas parecían menos fuertes que hacía un momento. Y no había dicho más que una sola frase.

Al darse cuenta de que mis defensas empezaban a desmoronarse, se acercó un poco más a mí. Mantuvo las manos a los costados, sin tocarme, pero el deseo que ardía en sus ojos dejaba claro el anhelo de hacerlo.

—Me doy cuenta lo que te he hecho, y me odio por ello.

Yo me bebí cada palabra, sintiendo cómo mi cuerpo se veía atraído hacia el suyo como si fuera un imán. Mi boca ya sentía deseos de besar la suya, y mis manos se morían por posarse sobre su carne prieta. Todas las emociones contra las que había intentado luchar se desbordaron en mi interior. El poder que

tenía sobre mí era tan intenso que me aterrizzaba.

—Vuelve a la Toscana conmigo. Te daré un hogar que podrás considerar el tuyo. Te daré una vida repleta de lujo, belleza y respeto. Mi dormitorio no será sólo mío, sino nuestro. Serás la señora de la finca, con tantos derechos como yo. Tendrás cualquier cosa que puedas desear. Sea lo que sea, te lo daré.

—¿Qué quiere decir eso exactamente, Crow? —Sonaba demasiado bueno para ser verdad, y necesitaba una explicación antes de llegar a conclusiones precipitadas.

Él cruzó la distancia que nos separaba y me puso inmediatamente una mano en la nuca. Bajó el rostro para mirarme, registrando con sus ojos cada vez más oscuros hasta la más mínima reacción de mis rasgos.

—Soy tuyo, Botón. Viviré dedicado a ti. Te protegeré. Te daré todo lo que quieras. Ven a casa conmigo. A tu hogar.

Le rodeé la muñeca con la mano, sintiendo su pulso poderoso. Conté el número de veces que palpitaba bajo las puntas de mis dedos. Las venas de sus antebrazos sobresalían bajo la piel por causa de los pronunciados músculos, tan apretados como si estuvieran hechos de acero.

—¿Hasta cuándo?

Estrechó los ojos, sin entender la pregunta.

—Para siempre.

Cerré los ojos, porque aquello sonaba como un sueño hecho realidad. Quería pasar todos mis días bajo el sol toscano con aquel hombre. A pesar de su intensidad y su rabia, era mi media naranja. Me había convencido a mí misma de que ya no lo amaba para poder continuar con mi vida, pero sabía que aquello no era verdad. Mis mentiras no eran lo bastante sólidas para engañarme.

—Crow, ¿me amas? —No abrí los ojos, porque no quería ver su reacción. No quería ver cómo pronunciaba la hiriente respuesta.

Él no dijo nada, y aquello fue mi respuesta.

Abrí los ojos y lo miré, volviendo a sentir otra vez todo aquel dolor. El mismo que estaba escrito en su rostro, porque se odiaba por hacerme daño. Se odiaba por no decirme las palabras que yo quería escuchar.

—Entonces, ¿qué sentido tiene? —susurré—. Quieres que viva contigo, pero, ¿durante cuánto tiempo? Te cansarás de mí y querrás estar con otra persona, con alguien nuevo. Y entonces yo seré devuelta aquí, para tener que volver a empezar de cero. No puedo hacerlo, Crow.

Me tomó el rostro con ambas manos, mirándome directamente a los ojos.

—Nunca me cansaré de ti, Botón. Nunca me he sentido así por nadie. Si vuelvo sin ti, seré un completo desgraciado. Te necesito en mi vida. Si ti, no existo.

¿Cómo podía decir aquellas cosas y no sentir nada más por mí?

—No entiendo nada, Crow. Me dices cosas preciosas, pero, aun así, no me amas. No puedo abandonarlo todo para estar contigo a menos que nuestros sentimientos sean los mismos. —Ya había puesto mis cartas sobre la mesa. Había admitido que seguía sintiéndome de la misma manera que antes de marcharme de Italia. Me odiaba a mí misma por haber desvelado aquella información con tanta facilidad.

Posó las manos sobre mis hombros, dejando escapar un suave suspiro.

—Te dije que no puedo sentir amor. Te dije que no puedo amar a nadie. No es que no quiera hacerlo. Simplemente, soy incapaz de sentirlo. —Me puso las manos en la cintura e inclinó la cabeza—. Pero excepto eso, te lo puedo dar todo. Te puedo dar mi fidelidad, mi lealtad, mi sinceridad, mi fortuna, mi hogar... todo lo demás. Con eso debería bastar.

Quizá bastara para alguien que no lo amase. Quizá bastara para una mujer en busca de seguridad, riquezas y protección. Pero yo no necesitaba ninguna de aquellas cosas.

—Crow, tú eras la razón por la que me encantaba vivir contigo. Me encantaba dormir en aquella fabulosa mansión porque tú estabas a mi lado. Me encantaba mirar por aquella ventana porque podía verte corriendo por los campos. Quería a Lars porque veía su devoción por ti. ¿Cuándo entenderás que no son las cosas que me ofreces las que me mantienen a tu lado? —Moví las manos hacia su pecho, posándoselas sobre el corazón—. Eres sólo tú.

Capítulo 12

CROW

El whisky que tenían en el hotel no era ni de lejos tan bueno como el que yo tenía en casa. Pero tenía el mismo efecto, así que seguí bebiéndomelo. Me senté en el sofá de la sala de estar y contemplé por la ventana la ciudad que había debajo. Botón probablemente estuviera en su apartamento enano, comiéndose un plato de macarrones con queso y viendo la televisión por satélite.

Podría estar viviendo en una mansión conmigo, mientras contemplaba los viñedos infinitos.

Me terminé el resto del vaso antes de rellenarlo. La última conversación que habíamos tenido se repetía una y otra vez en mi mente, como un disco rayado. No había dicho específicamente aquellas palabras, pero había dado a entender que aún me amaba. Se negaba a conformarse con parte de mí, porque lo quería todo.

Ahora habíamos llegado a un punto muerto.

Podía mentir y decirle que la amaba sólo para lograr que volviese a casa conmigo. Pero nunca me perdonaría a mí mismo por mentirle, porque le había prometido que nunca lo haría. Era una promesa que nos habíamos hecho el uno al otro hacía una

eternidad. Cuando se trataba de Botón, mantenía todas mis promesas.

Realmente había pensado que bastaría con ofrecerle todo lo demás. Si hubiese sido cualquier otra mujer, se habría aferrado a la oferta como si le hubiera tocado la lotería. Otras mujeres se habrían gastado mi dinero en joyas y ropa cara, relajándose bajo los olivos mientras leían un libro junto a la piscina. No les habría importado que las amara o no.

Pero a Botón le importaba.

Podía drogarla y llevármela de vuelta a la Toscana en contra de su voluntad. La encerraría y la mantendría allí para mi entretenimiento. La idea era tentadora, tanto que me provocó una erección dentro de los vaqueros.

Pero jamás podría hacerle algo así.

Sonó mi móvil, y lo cogí de inmediato, esperando que fuera ella la que me llamaba. A lo mejor había cambiado de idea y estaba de acuerdo con las condiciones. Pero en vez de ello, vi el nombre de Cane en la pantalla. No me había llamado desde mi llegada hacía una semana, algo que en mi hermano no era normal. Lo cogí, probablemente porque estaba borracho.

—¿Qué pasa?

—Hola a ti también.

—¿Qué pasa? —repetí.

—¿Cuándo vuelves a casa? Tenemos putas cosas que hacer.

—No lo sé... —No podía marcharme sin ella, pero tampoco podía quedarme mucho más tiempo en Estados Unidos. El trabajo exigía mi atención en casa. Tenía toda una vida profesional parada, esperándome. Pero no podía dejarla atrás, sin saber si estaría a salvo.

—¿Por qué estás tardando tanto? Dijiste que ibas a por Pearl y volvías.

—No quiere volver conmigo. —La tristeza caló en mi voz, y

sentí una punzada en el pecho. Debía de estar muy borracho para estarle contando aquello a Cane. La mayor parte del tiempo, mi hermano ni siquiera me caía bien. Era una persona inmadura e irracional.

Cane hizo una pausa al otro lado del teléfono, dándose cuenta de que la conversación era mucho más seria de lo que había previsto.

—¿Qué quieres decir, tío?

—Ha dicho que no quiere venir conmigo. Pasa de mí.

—Eso no me lo creo —dijo él con tranquilidad—. Hay algo que no me estás contando.

El alcohol tomó el mando y empecé a divagar.

—Dice que sólo volverá conmigo si le digo que la amo.

—Pues díselo y ya está —saltó—. Problema resuelto.

—Pero es que no la amo, Cane. Tú ya lo sabes.

—Gilipollecés. —Sentí su enfado aumentar a través del teléfono, alcanzando poderosos volúmenes contra mi oreja—. Te conozco de toda la vida, y nunca, ni una sola vez, te he visto comportarte así con ninguna otra mujer. No sólo la amas. Estás total, patética, estúpida y suicidamente enamorado de ella. No me mientas y actúes como si no fuera verdad.

Me pasé la cara por la mano, sintiendo la frustración arderme en lo profundo del pecho.

—No es así, Cane.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Por qué no lo admites, simplemente? Si tienes miedo de quedar como un cobarde, ya lo estás haciendo al mentir sobre ello.

—Cierra la puta boca, Cane.

—No. Lo digo en serio.

—Que te den.

—La cosa es así, Crow. —Normalmente se ponía como loco cuando lo insultaba, por lo que el hecho de que conservara así la

calma era prueba de que creía en lo que decía—. Ella no es como el resto de mujeres que hemos conocido en nuestras vidas. Tiene unos huevos de acero y una boca que compite con la nuestra. Le di una paliza de muerte, y sobrevivió. Nadie más habría soportado aquello, excepto ella.

—Cane, sólo estás consiguiendo cabrearme. —Hablar de aquella noche terrible en la que casi había acabado con ella no era una buena estrategia para convencerme de que hiciera nada.

—Lo que quiero decir es que ella es especial. ¿De verdad vas a dejarla marchar por orgullo... o por lo que coño sea eso?

—No es por orgullo.

—¿Entonces por qué es?

No quería hablar de aquello con Cane. No quería hablar de aquello con nadie.

—Déjalo y ya está.

—No. Vamos a hacer esto. Vamos a tener una conversación de nenazas maricas hasta que encontremos una solución. Porque tú eres mi hermano, y no te voy a dejar que mandes a la mierda lo mejor que te ha pasado nunca.

Me bebí el resto del vaso para paliar la migraña que había aparecido de la nada.

—Así que, ¿por qué es? —repitió—. ¿De qué se trata, Crow?

—Sencillamente, no puedo amar a nadie. Es así de simple. Ese sentimiento del que siempre habla la gente cuando conoce a su marido o a su mujer... soy incapaz de sentirlo. Después de que muriera Vanessa... se acabó. La amaba con toda mi alma, y murió... como todos los demás. Ya he perdido a suficientes personas, y estoy hasta los cojones de ello. Ella no sería más que otro nombre en la lista.

Cane permaneció en silencio. No hablaba, lo cual era raro en él. Normalmente no se callaba hasta que alguien le pedía que cerrara la boca.

—Así que no voy a volver por ahí. No voy a sentir por Pearl nada más que no sea cariño. Creo que es preciosa, y me encanta estar con ella, pero hasta ahí llega mi afecto. No le voy a mentir y a decirle que algún día me sentiré así por ella, cuando nunca lo voy a hacer. Sin importar cuánto la desee.

Él suspiró al otro lado de la línea.

—Mira, lo entiendo. Tienes miedo de perderla. Con la mierda a la que nos enfrentamos todos los días, de verdad que lo comprendo. Pero tampoco me parece que perderla ahora sea la decisión correcta.

—No hay otra decisión posible. Ella quiere más, y yo no se lo voy a dar.

—Así pues, ¿estás dispuesto a volver y olvidarte de ella? ¿No es eso exactamente de lo que tienes miedo? ¿De perderla?

No. Eran dos cosas totalmente diferentes. Si ella moría, me sentiría muy triste. Pero si la amase... me destrozaría. No podía permitirme llegar a ese punto. Si me daba a ella por completo, al final acabaría jodido. No era lo mismo, para nada.

—No. Y ya no quiero hablar más de esto.

—Pero escúchame...

Apagué el teléfono y lo lancé al otro lado de la habitación. En vez de beber del vaso, como tendría que haber hecho, lo tiré contra la pared y escuché cómo estallaba en pedacitos. A continuación, empecé a beber directamente de la botella.

ESTABA a punto de cargarme la cerradura de su puerta, pero cambié de opinión. Retrocedí hasta llegar a la pared opuesta y después crucé los brazos delante del pecho, esperando en el corredor como haría una persona normal. Al menos, así lo llamaría ella.

Ella saldría pronto del trabajo, y yo me había pasado casi toda la mañana recuperándome de una tremenda resaca. Me había bebido yo solo toda aquella botella de whisky y se me había ido la cabeza. Cane me había dejado diez mensajes de voz, pero yo no los había escuchado.

Apareció por el corredor algo después de las cinco, con el pelo recogido hacia atrás en una cola de caballo. Sus prominentes pómulos eran muy visibles bajo las luces fluorescentes, y aunque iba sin maquillar, su cara era preciosa. Sus ojos todavía destacaban como luces en la niebla, y sus labios llenos dibujaban cierta expresión.

Rebuscó las llaves dentro de su bolso mientras se acercaba a la puerta, con la cabeza baja. Si yo hubiera sido un ladrón, ni se habría dado cuenta. Cuando por fin levantó la vista, su cara mostró sorpresa. Echó un vistazo a la puerta antes de mirarme.

—¿Ya hay alguien esperando dentro?

No me reí, porque no tenía gracia.

—Estoy intentando ser normal.

—¿Normal? No pensaba que a Crow Barsetti le fuera posible ser normal. —Abrió la puerta y entró.

Yo la seguí, aunque no me había invitado. No me había colado en su apartamento como el resto de las veces, así que debería haber apreciado mi educación.

Como cualquier otro día, lanzó el bolso sobre la isla de la cocina y se fue directa a mirar el contenido de la nevera.

—No sé por qué miro aquí. Nunca voy a la compra.

—Siempre puedo invitarte a cenar fuera.

Ella puso los ojos en blanco.

—Puedo alimentarme a mí misma. Simplemente soy demasiado vaga para ir a la tienda.

—Si vivieras conmigo, nunca tendrías que ir a la tienda. —Si había cualquier cosa que lograra que cambiara de opinión, lo

utilizaría en su contra. Le habría dado dinero, si lo hubiera aceptado. La quería en aquella mansión conmigo, todos y cada uno de los días. Quería levantarme viendo su rostro cada mañana. Si no aceptaba venir conmigo, tendría que marcharme. Y la idea de hacerlo me aterrorizaba, por todo lo que dolía.

—O a lo mejor podría vivir dentro de un supermercado, así tampoco tendría que ir.

Sus comentarios de sabelotodo solían irritarme, pero ahora disfrutaba de ellos. Eran una parte inherente de su personalidad. Cuando se fue, empecé a echar de menos todas las pequeñas cosas que hacía. La finca nunca volvió a ser la misma cuando faltó su presencia.

—¿Qué es lo que quieres, Crow? —Había vuelto a levantar las defensas por completo. Apenas me miraba a los ojos porque no podía soportar la intimidad. La noche anterior habíamos estado conectados a todos los niveles, y ahora se comportaba como si casi no me conociera.

—Quería saber si te plantearías recapacitar. —Pero era dolorosamente evidente que no tenía intención de ello.

Inclinó la cabeza antes de negar.

—No.

Ahora tendría que volver a la finca sin ella. Su fantasma me perseguiría para siempre. Cuando empezara a verme con otras mujeres, siempre las compararía con Botón. La idea era tan deprimente como para perder las ganas de vivir.

—Lo siento, Crow. Pero creo que lo mejor es que sigamos cada cual por nuestro lado.

—No estoy de acuerdo. —Ni por asomo. Ambos estábamos muy perjudicados, a muchos niveles, pero juntos, parecíamos encajar. Mi oscuridad complementaba su luz. Y su bravura complementaba mi rabia. Ambos sabíamos que jamás encontraríamos a otra persona que nos sustituyese.

—Bueno... —Por fin me miró, con los ojos azules rebosantes de tristeza. Carecían de su habitual fogosidad. Estaban muertos, como musgo viejo sobre un árbol—. A veces, las cosas no salen como queríamos.

—Botón, piénsalo, por favor. Serías mucho más feliz conmigo de lo que nunca podrías ser aquí sola.

—Lo sé —admitió ella—. Pero eso sólo duraría un tiempo. Crow, no quiero volver a mantener esta conversación. Ya fue bastante deprimente la primera vez. Te lo repito: te confesé mis sentimientos, y los tuyos no eran los mismos. Una mujer sólo puede aguantar un número determinado de veces un rechazo así.

Empecé a sentirme como una mierda otra vez.

—Puede que no dijera esas palabras. Pero sí te dije muchas cosas que nunca le había dicho a nadie. Te has ganado mi respeto, mi afecto y mi lealtad. Algo que ninguna otra mujer ha hecho antes. Así que no te centres en lo que no te dije. Recuerda lo que sí te dije.

Me miró a los ojos, pero su expresión se volvió indescifrable. Bloqueaba sus pensamientos de mí, cerrándose en sí misma, para poner distancia entre nosotros.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana. Pero de verdad creo que deberías venir conmigo, y por otra razón que no tiene nada que ver. Debes creerme cuando te digo que Bones no es el tipo de hombre que simplemente se da por vencido. Aquí no estarás a salvo, Botón.

—Si no me ha encontrado ya, probablemente nunca lo haga.

Entrecerré los ojos ante su ignorancia.

—No digas estupideces.

El fuego volvió a sus ojos.

—No pienso vivir con miedo, Crow. Si viene, estaré preparada. Pero dudo que lo haga.

Quería quedarme para protegerla, pero mi vida no estaba en

Estados Unidos. Estaba en Italia. Mis uvas necesitaban atención y mi negocio con Cane nunca se detenía. No me podía quedar allí sólo para vigilarla. Y no podía evitar que ella se negara.

—Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme. —Me saqué del bolsillo una tarjeta del trabajo y la puse sobre la encimera. Tenía mi número de móvil y mi dirección—. Y siempre serás bienvenida si quieres venir de visita. Me encantaría verte. —Aunque se casara y tuviera hijos, seguiría queriendo verla. No importaba cuánto tiempo pasara ni con cuántas mujeres me acostara, aquel hecho nunca cambiaría.

Eché un vistazo a la tarjeta, sin cogerla.

—¿Sales por la mañana?

—A las nueve.

Asintió antes de volver a mirar al suelo.

—Pues deberías intentar descansar bien esta noche, si te tienes que levantar temprano.

No íbamos a despedirnos así. Aquella mujer había entrado en mi vida del modo más sorprendente, y no iba a dejarla marchar sin dar relevancia a la ocasión. Estaba cerrando un capítulo de mi vida y pasando a un periodo más oscuro. Ella había sido mi luz durante todo un año, y yo no me había dado cuenta de lo feliz que había sido hasta que había llegado a su fin.

—Tú y yo. Toda la noche. —Le haría el amor hasta que saliera el sol a la mañana siguiente. La acorralé contra la encimera y tomé su rostro entre mis manos. De inmediato, mis dedos se enterraron en su pelo y le levanté la barbilla, obligándola a mirarme.

Ella no se resistió, ni evitó mirarme a los ojos. Me miró albergando el mismo anhelo en su interior. La única razón por la que quería que me marchara era para hacerse las cosas más fáciles. Pero, aun así, me deseaba.

—Tú y yo.

ME TUMBÉ de espaldas y alcé la vista para mirarla. Tenía el largo y sedoso cabello echado sobre un hombro. Su otro hombro quedaba al descubierto, y las cicatrices de su cautiverio eran visibles incluso en la oscuridad. Los defectos no estropeaban su piel. Eran cicatrices de guerra que demostraban su resistencia. Por inquietante que pareciera, me excitaban.

Mis manos se desplazaron hasta sus femeninas caderas y les di un leve estrujón, hundiendo las puntas de los dedos en su piel suave. Mi miembro estaba debajo de ella, ansioso por penetrarla. Su humedad se deslizaba hasta él, lubricándolo para que pudiera introducirse en ella con facilidad.

Sus manos reptaron hasta mi pecho y se inclinó hacia delante, poniéndome sus pechos perfectos directamente en la cara. Me clavaba las uñas al moverse, incitando a mi monstruo interior para que saliera hasta la superficie. Mis manos se aferraron a sus caderas mientras inspiraba, preparándome para sentirla.

Su cabello se derramó sobre mi hombro y ella arqueó la espalda, preparándose para deslizar su sexo húmedo sobre mi erección. Se mordió suavemente el labio inferior y empezó a moverse. Empecé a estirarla, penetrándola con facilidad, pero provocándole cierto dolor por causa de mi grosor. Se le aceleró la respiración y los pezones se le pusieron duros como diamantes.

Mi excitación pudo conmigo. Me senté y le rodeé la cintura con el brazo, empujando de ella hacia abajo para introducirme en ella por completo. Estaba enterrado hasta el fondo en la mujer más increíble del mundo. Le succioné un pecho, metiéndomelo en la boca, y le agarré la nuca mientras la mantenía firmemente contra mi regazo.

—Eres impresionante, Botón. —Le di besos en el pecho, y después en el hueco del cuello. El éxtasis me arrastró y me perdí

con ella. Nuestros cuerpos estaban calientes y cubiertos de sudor, y empezamos a movernos juntos lentamente. Su sexo se me tragaba una y otra vez, y quería correrme en su interior tantas veces que empezara a tener orgasmos secos.

Me agarró por los hombros y me volvió a tumbar sobre la cama, con aquella fuerza que tanto me ponía. Me encantaba que me tratase con dureza, haciéndose con el control como una mujer que se crecía con él. Balanceó drásticamente las caderas, aceptándome una y otra vez en su interior, frotando su empapado clítoris contra mi pelvis al moverse.

Enterré los dedos en sus muslos, corcoveando debajo de ella. Sus tetas me botaban en la cara y su culo se reflejaba en el espejo de la pared. Esta era la cama en la que se había tirado a Jason, pero yo estaba eliminando hasta el último rastro de él. Estaba dejando mi marca para todos los demás hombres que pasaran por su vida. Podían intentar borrarame, pero nunca lo conseguirían.

Se volvió a morder el labio inferior, indicándome que estaba a punto de correrse.

—Botón... —Moví sus caderas hacia delante y hacia atrás, aumentando la fricción contra su clítoris. Sentí su sexo tensarse a mi alrededor, constriñendo mi miembro casi hasta magullarlo.

—Crow... —Saltó con más intensidad sobre mi regazo, con los pechos temblorosos por el movimiento.

Sabía que aquel era un recuerdo con el que podría masturbarme en el futuro.

—Venga, cariño. Ya estás a punto. —Le pellizqué ambos pezones para regalarle el tipo de dolor que necesitaba para correrse con un placer cegador.

Funcionó al instante, y arqueó las caderas con el orgasmo que acababa de proporcionarle. Chilló y gimió suavemente, respirando a grititos. Continuó frotándose contra mí mientras se

aferraba al subidón todo el tiempo posible.

No hacía falta que me sacara hasta la última gota, porque tenía la intención de hacérselo muchas veces antes de que saliera el sol. Le rodeé la cintura con el brazo y la puse de espaldas. Debajo de mí era donde más me gustaba tenerla. Sus piernas se envolvieron al instante alrededor de mi cintura, y me hundió los dedos en el pelo.

—Crow...

Le pasé la lengua por el cuello y continué entrando y saliendo de ella. Su interior todavía estaba tenso por el orgasmo que acababa de tener, y yo quería llenarla con mi semilla hasta que estuviera tan llena que se le escurriera entre las piernas. Contrayendo el trasero con cada movimiento, la empujé lentamente contra el colchón, viendo sus pechos temblar con cada embestida. Aquella noche no quería follármela con agresividad. Ese ritmo era perfecto.

Mantenia mi peso encima de ella con las manos a ambos lados de su cabeza. Observaba su reacción cada vez que la penetraba profundamente. Sus labios formaban aquella forma característica suya, como si fuera a volver a correrse. Tenía unos labios irresistibles, muy suaves y dulces. Los cubrí con los míos y le di un ligero beso.

Entonces todo se ralentizó.

No me podía quitar las manos de encima. Me tocaba por todas partes, memorizando la sensación de mi cuerpo. Respiraba contra mi boca entre besos, intentando recuperar el aliento mientras la pasión nos arrastraba. Me succionó el labio inferior y después le dio un pequeño mordisco, de esa clase tan sensual que me provocaba escalofríos en la columna.

Sus uñas descendieron por mi nuca y me apretó los labios contra la oreja, respirándome en el oído. Todos los sonidos de placer que hacía resultaban amplificados y maravillosos.

—Crow... qué placer me das.

El miembro se me contrajo en su interior, y un quedo gemido escapó de mi garganta. Había estado con gran cantidad de mujeres impresionantes, pero ninguna tenía las cualidades para el sexo que tenía Botón. Era sensual sin proponérselo, y aún más cuando decidía hacerlo.

Apreté mi boca contra la suya y me metí su labio inferior en la boca. Me encantaba lo gruesos que sentía sus labios cuando estaban estrechamente unidos a los míos. Ella me pertenecía. Era mía, y de nadie más.

—Muérdeme.

Ella continuó besándome con pasión, enterrando las manos en mi cabello.

—Botón, muérdeme.

Abrió los ojos y los clavó en los míos, todavía besándome con la boca. Me sujetó el labio inferior entre los dientes y me mordió, perforando la piel hasta hacerme sangre.

Moví la lengua dentro de su boca, deseando entregarme entero a ella. Quería que tuviera hasta la misma esencia que me mantenía con vida. Mi sangre era su sangre. Cuando me fuera, continuaríamos con nuestras vidas, pero ella seguiría teniéndome. Ella siempre me tendría.

El sabor de mi sangre le provocó un nuevo orgasmo, y volví a sentir cómo se tensaba a mi alrededor. Me enterró las uñas en la piel, y esta vez me hizo sangrar. Se corrió sobre mi miembro, gimiendo dentro de mi boca, con el sexo desesperado por mi semen.

—Dios... sí. —Jadeaba en mi boca con los labios temblorosos de placer.

Joder, iba a echar esto de menos.

—Dámelo. —Me puso la mano en el trasero para introducirme más en su interior—. Lo quiero todo, Crow.

Aquella mujer era una diosa del sexo.

La penetré con más fuerza, empujándola contra el colchón, profundizando el ángulo, deseando tener hasta el último centímetro de mi erección en su interior antes de dejarme ir. Ella continuó moviéndose conmigo, nuestro sudor empapando sus sábanas. Podía sentir la explosión formándose en la distancia. El calor me recorría el cuerpo y supe que estaba a punto de darle todo lo que tenía.

Me llevó las caderas más hacia ella, acelerando el ritmo y haciendo que mis testículos rebotaran contra su trasero. Abrió más las piernas para dejarme sitio y se preparó para el momento de éxtasis. Debió de sentir mi miembro contraerse en su interior, porque exclamó:

—Oh, sí...

La abracé estrechamente mientras descargaba, deseando atesorar aquel inmenso placer para siempre. El sexo no era bueno sólo porque ella fuese preciosa. Era increíble porque compartíamos una conexión. Separados habíamos pasado por un infierno. Y juntos, habíamos encontrado la paz. Tener que renunciar a eso me aterrorizaba más que ninguna otra cosa. La abracé con más fuerza para ahuyentar el sufrimiento. Quería aferrarme a aquel momento durante tanto tiempo como pudiera antes de tener que decir adiós para siempre.

Al apartarme, sus ojos estaban fijos en los míos. La pasión disminuyó durante un segundo cuando los mismos pensamientos asaltaron su mente. Juntos, éramos fuertes, indestructibles. Pero en cuanto nos separábamos, nos volvíamos igual de débiles. Me echaba de menos antes de que me fuera.

Y yo también la echaba de menos a ella.

NINGUNO DE LOS dos durmió aquella noche. Si no estábamos haciendo el amor, estábamos mirándonos a los ojos, memorizando todos los detalles para disfrutar de ellos en una tarde diferente del futuro. No tenía ninguna foto suya, porque nunca me había tomado el tiempo necesario para sacársela. Absurdamente, había pensado que siempre estaría justo a mi lado.

Me puso la mano en la cara y me dio un beso inesperado. A medida que pasaban las horas, se iba mostrando más afectuosa conmigo, dándome todos los abrazos que no tendría el placer de darme más adelante. Se le empezaban a agrietar los labios por causa del roce de nuestros besos incesantes, pero seguían sabiendo a miel.

Al llegar la última hora, se aferró a mí con más fuerza, permitiendo que hasta la última de las defensas que había interpuesto entre nosotros se derrumbara. Posó la mano sobre mi pecho, sintiendo el latido de mi corazón. Solía hacer lo mismo cuando dormíamos juntos. Seguramente aquel sonido la tranquilizaba.

Yo esperaba que cambiase de opinión, que se diese cuenta de que conformarse con la mayor parte de mi corazón era mejor que perderlo por completo. Pero la tristeza de sus ojos iba aumentando mientras ella seguía en sus trece, negándose a conformarse con menos de lo que merecía.

El sol ya se había empezado a derramar sobre la ciudad, acumulándose detrás de las cortinas negras que tapaban la ventana de su dormitorio. No miré la hora que era, pero sabía que el minutero se desplazaba a toda velocidad. Nuestra condena se aproximaba con rapidez, y pronto tendría que marcharme sin mirar atrás.

Antes de darnos cuenta, mi alarma empezó a sonar. Tenía que pasar por el hotel a coger mi equipaje antes de que mi chófer me

recogiera para llevarme al jet privado que me esperaba en el aeropuerto. La alarma continuó sonando sobre la mesilla de noche, hasta que por fin la silencié deslizando el pulgar sobre la pantalla.

Fue entonces cuando ella se echó a llorar.

Botón nunca había llorado de aquella manera. Siempre era la más fuerte, la más resistente. La única vez que la había visto derrumbarse fue al comprender cuánto dolor me provocaba la muerte de Vanessa. Lloró porque entendía mi dolor. Compartía conmigo esa carga.

Pero ahora, su llanto expresaba su propia desolación.

—Botón... —Le tomé el rostro con las manos y junté nuestras frentes. Quería que cesaran sus lágrimas, pero también me encantaba verlas. Cuando llegué a Nueva York se había mostrado muy fría, pero sólo estaba intentando apartarme porque seguía tan enamorada de mí como siempre. Esto resultaba tan duro para ella como para mí—. Shh...

Respiró hondo y contuvo sus lágrimas, tragándose las con la garganta seca. Resolló antes de sonarse la nariz, con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Lo siento.

—No lo hagas. —Odiaba oír llorar a una mujer, pero la cosa era diferente cuando se trataba de ella. Le besé el rabillo de los ojos, llevándome sus lágrimas con los labios y atesorándolas como diamantes.

Parpadeó rápidamente para disipar la humedad.

Yo me levanté y empecé la dolorosa tarea de vestirme. Me puse los bóxers y los vaqueros, y después me pasé la camiseta por la cabeza. Las prendas estaban arrugadas y frías por haber pasado toda la noche en el suelo. No me sentaban como normalmente, no porque hubieran cambiado, sino porque había cambiado yo.

Ella también se vistió, y sus lágrimas cesaron por completo. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, única prueba de que había llorado.

Salimos por la puerta de la calle y nos pusimos cara a cara.

Yo quería pedirle otra vez que viniera conmigo, pero no lo hice. Sabía cuál sería su respuesta.

Ella me pasó los brazos por el cuello y enterró la cara en mi pecho. Nada podía ser más triste, abrazados como estábamos frente a la puerta. El latido de nuestros corazones medía el tiempo al pasar, mientras nuestra conexión se iba disolviendo lentamente.

Nos habíamos quedado sin tiempo.

Al apartarse, tenía otra vez los ojos húmedos.

—Nunca he tenido la ocasión de darte las gracias...

—¿Por qué? —La había secuestrado y la había mantenido prisionera en mi casa. En vez de ponerla en libertad, como tendría que haber hecho, le había exigido que se la ganara trabajando. La había obligado a acostarse conmigo a cambio de algo a lo que ya tenía derecho: su libertad.

—Después de lo que pasó con Bones... estaba totalmente destrozada. Tú me recompusiste, Crow. Si no hubiera sido por ti, tendría la cabeza hecha una auténtica mierda. Me hiciste sentirme fuerte cuando me estaba ahogando en autocompasión. Me hiciste sentirme guapa cuando me sentía como mercancía estropeada. Siempre te estaré agradecida por ello.

Mis ojos empezaron a adquirir el mismo aspecto que los suyos, y parpadeé para ocultarlo.

—Botón... —Intenté encontrar las palabras adecuadas para responder, pero tenía la boca seca. Me estaba dando las gracias por algo que no me había dado cuenta de haber hecho—. Eres la mujer más fuerte que conozco. Nunca me has necesitado. Ni necesitas a ningún hombre para que te haga sentir guapa, porque

eres la mujer más bella de este planeta.

Su labio inferior empezó a temblar.

No podía continuar allí ni un segundo más. Estaba a punto de partirme en dos y desparramarme por el suelo. Hasta aquel momento, no pensaba que fuera capaz de sentir nada que no fuera lujuria o violencia. Pero ahora estaba intentando contener el llanto. Cuando mi hermana murió en mis brazos, no había derramado ni una sola lágrima. Cuando mis padres murieron, no había sentido nada. Pero ahora que me iba a separar de Botón, estaba a punto de derrumbarme.

No dije adiós porque la palabra era demasiado dura. Aunque quisiera, no era capaz de pronunciarla. Le tomé el rostro con las manos y la besé una última vez. Era un beso húmedo a causa de sus lágrimas, y pronto también a causa de las mías. Nuestros labios apenas se movieron porque ambos estábamos entumecidos por el dolor. Subí los labios hasta su frente y le di un último beso de despedida antes de abrir la puerta y salir de allí.

Deseaba darme la vuelta para mirarla una última vez, pero no lo hice. Agarré la puerta y la cerré a mi espalda, manteniendo la cara desviada para no verla por el rabillo del ojo. Apoyé la espalda contra la puerta y me pasé las manos por la cara, enjugando las lágrimas que habían conseguido aflorar a la superficie.

Bajé la vista a mis manos y vi las gotas esparcidas por mi piel. Me froté las yemas de los dedos para asegurarme de que eran reales. La última vez que había llorado tenía cinco años y Cane había hecho arder mi osito de peluche. Me sentí tan débil y tan patético que juré no volver a permitirme perder así la compostura.

Pero Botón había logrado que me resquebrajara.

Capítulo 13

PEARL

Cuando se marchó, me volví a meter en la cama y cerré los ojos. Las lágrimas brotaron de lo más profundo de mi pecho, sacudiendo mi cuerpo en su intento por salir. Durante los últimos meses, me había mantenido ocupada para no pensar en el hombre que no sólo me había robado la libertad, sino también el corazón. Pero ahora no tenía nada con lo que distraer mi mente de la desgarradora verdad. Crow se había ido, y nunca volvería a verlo.

Las lágrimas brotaban hasta la superficie y me caían por la nariz. Se acumulaban en su descenso por mi rostro hasta formar una gruesa gota que caía sobre las sábanas que tenía debajo. El aroma de Crow todavía inundaba la cama, y tardaría semanas en disiparse. Cada vez que lo olía, sentía dolor. Pero supe al instante que cuando desapareciera, el dolor sería mucho peor.

Al final empecé a sollozar. Cuando vino a Nueva York, yo había hecho un trabajo excelente aparentando indiferencia, pero aquella pretensión no había tardado en desaparecer. Mis auténticas emociones se habían apoderado de mí, y yo no podía fingir que aquel hombre no era mi vida entera.

Porque lo era.

Él no era simplemente mi amante, sino mi mejor amigo en el mundo. No había una sola persona que me entendiera como lo hacía él. Sabía exactamente por lo que había pasado, y nunca permitía que mi pasado cambiara mi futuro. Al mirarme, veía a la mujer que había debajo de las cicatrices. Sólo me veía a mí: Botón.

Y ahora se había marchado.

Respiré hondo y obligué a las lágrimas a detenerse. Sollozar metida en la cama no iba a llevarse mi sufrimiento, y desde luego no estaba logrando que me sintiera mejor. En todo caso, sólo me hacía sentir peor. Quería que volviese, sólo para que me abrazara y limpiara mis lágrimas con sus besos.

Por fin corté las lágrimas y me pasé las manos por la cara. Enjuagué hasta la última gota de humedad, devolviendo mis mejillas a su estado seco anterior. Todavía tenía los ojos enrojecidos e hinchados, pero volverían a estar como siempre después de una ducha caliente.

Y yo podría seguir con mi vida.

Entré en la cocina y vi la tarjeta de negocios sobre la encimera. Su nombre y sus datos de contacto estaban grabados en letras negras en relieve. Contemplé su número de móvil e intenté memorizarlo, sólo para darle a mi mente algo con lo que distraerse. Nunca llamaría a Crow, así que no había ninguna razón para conservarla... pero tampoco podría nunca tirar algo que él me hubiera dado. En cierto modo, contenía parte de su esencia, y tirarla a la basura era como desprenderse de una parte de él.

Abrí un cajón de la cocina y dejé caer la tarjeta dentro. Su nombre todavía me contemplaba, con una fuente que apuntaba a su profundo poder y masculinidad. En la tarjeta ni siquiera ponía a qué se dedicaba profesionalmente, pero su aspecto dejaba claro que era algo importante... y peligroso.

Cerré el cajón y volví a meterme en la cama. Quizá si me quedaba dormida, me despertaría descansada y con ganas de volver a empezar. Quizá todo aquello no me parecería más que una pesadilla distante que podría olvidar en unas semanas. Quizá me parecería un nuevo comienzo.

CUANDO SALÍ DEL TRABAJO, fui al supermercado y compré algo de comida. Lo único comestible que había en mi casa eran fideos instantáneos y biscotes rancios. Pedir pizza no era una opción, porque había pedido tal cantidad en las últimas semanas que estaba oficialmente harta de ellas.

Al acercarme a mi edificio, vi a un hombre alto de pelo grisiento apartándose a un lado de la entrada. Llevaba una cazadora negra de cuero que no parecía comprada en Estados Unidos, y cuando posó la vista en mí, me dedicó una mirada más oscura que el carbón.

Como si me conociera.

Continué andando, haciendo como que no había advertido nada sospechoso. Era la clase de tío que tenía malas compañías. Había muchos hombres despiadados en la ciudad, por lo que no era raro ver tipos sospechosos con pinta de no estar haciendo nada bueno, pero me pareció raro que dirigiera su hostilidad directamente contra mí.

Un nombre me vino a la cabeza.

Subí las escaleras hasta mi piso y empecé a recorrer el pasillo. La paranoia se apoderó de mí, trayéndome a la mente los inconfundibles rasgos de aquel hombre. Era más duro que el acero, y más malvado que un demonio. Lo sentía en mis entrañas. Y algo me decía que estaba allí por una razón. La mirada que me había dedicado no era una casualidad. Era

totalmente intencionada.

Bones.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. Me temblaban las manos, y dejé caer las bolsas del supermercado al suelo sin ninguna intención de recogerlas. Una pequeña parte de mí estaba convencida de que simplemente estaba paranoica. Después de que Crow se hubiera marchado, estaba destrozada emocionalmente. Estaba tan deprimida que no podía pensar con claridad. A lo mejor aquello no era más que un efecto secundario de su ausencia.

Pero, ¿y si me equivocaba?

Saqué la tarjeta de negocios del cajón y cogí mi teléfono. Si de verdad estaba en grave peligro, la policía no iba a poder ayudarme. Bones era demasiado mortal y poderoso. Con su infinita cantidad de hombres y armas, era un tanque que no se podía bombardear. Crow era el único que podría salvarme, si mi corazonada era cierta.

Marqué el número en el teléfono, pero no hice la llamada. Si me equivocaba sobre todo ese asunto, Crow tendría que volver sin motivo alguno. Y si tenía que volver a decirle adiós, me suicidaría. Ya había sido suficientemente duro la primera vez.

—Por aquí. —Una voz de hombre llegó del pasillo. Lo acompañaban dos pares de pisadas calzadas con pesadas botas que martilleaban sobre el suelo del exterior de mi apartamento—. 234A.

Aquel era el número de mi apartamento.

Mierda.

Pulsé el botón de llamada y me llevé el móvil a la oreja. Escuché el tono mientras esperaba a que contestase, conteniendo la respiración.

Vi el pomo de la puerta girar y después detenerse al llegar al pestillo. Estaban probando la puerta para ver si podrían

simplemente abrirla y entrar, para encontrarme a mí dentro.

Mierda.

Agarré el cuchillo más grande que pude encontrar y escuché el teléfono sonar.

«La hostia puta, Crow. Contesta».

Por fin cogió el teléfono.

—Crow.

Sólo tenía un segundo antes de que me capturaran, así que lo dije todo lo más rápidamente posible.

—Los hombres de Bones han venido a buscarme. Están a punto de tirar la puerta abajo...

En el instante en que oyeron mi voz frenética, derrumbaron la puerta con sus hombros gigantescos y se metieron en mi apartamento. De un tamaño enorme y con armas en las caderas, yo no podía hacerles frente. No podría hacer frente ni a uno solo de ellos.

La voz enfadada de Crow surgió del teléfono.

—Botón...

Dejé caer el teléfono en el fregadero e intenté escapar. No podía defenderme y sujetar el móvil al mismo tiempo, por más que quisiera escuchar sus palabras tranquilizadoras. Con el cuchillo firmemente agarrado, rodeé corriendo la isla de la cocina para interponerla como obstáculo entre nosotros.

Uno de los hombres tuvo la audacia de soltar una risita, como si aquel fuera un juego para psicópatas.

—Peleona, ¿no?

—Si creéis que me vais a atrapar, lo lleváis claro. —Mantuve mi postura defensiva con el cuchillo preparado.

El líder sacó una pistola y me apuntó con ella directamente a la cabeza.

—Suelta el cuchillo.

—No. —No me iban a disparar. Bones me quería viva. Era un

cabrón enfermo, pero probablemente no le fuese la necrofilia. Muerta no le valía para nada, y si se estaba tomando todas estas molestias para encontrarme, era imposible que quisiera que estuviera herida, a menos que el daño me lo infligiera él mismo—. Disparadme y ya veréis lo que os sucede. —Agarré el cuchillo con más fuerza y me preparé. Si se acercaban demasiado, era capaz de saltarles los ojos con él.

Cuando el hombre no disparó, supe que sólo había sido un farol.

—Suelta el cuchillo y ven con nosotros o te tendremos que obligar a hacerlo. Y te prometo que en ese caso habrá muchos tirones y torceduras.

Se me hincharon las fosas nasales de rabia. Me había acostumbrado al privilegio de la libertad y al respeto de los hombres que me rodeaban. Crow se había convertido en amante en vez de secuestrador, y nunca había hecho nada que yo no quisiera. Pero ahora me veía transportada de vuelta a la época en la que me consideraban una esclava, forzada a hacer cosas espantosas sólo porque Bones se empalmaba al mirarme. No mejor que el ganado, era un objeto sin derechos ni opiniones. Obligada a someterme, debía hacer lo que me decían.

Ya había tenido bastante de aquella mierda.

—Salid por esa puerta si no queréis que os corte la polla.

El hombre de la pistola se rio.

—Peleona y estúpida. Mala combinación. —Se acercó a mí como una flecha, intentando golpearme en la cabeza con la culata del arma.

Le lancé una cuchillada, apuntando a cualquier parte del cuerpo que consiguiera alcanzar. Le rasgué la camisa, haciéndole una herida. Al instante, la sangre empezó a acumularse alrededor del corte, empapando la ropa. Pude oírlo sisear entre dientes, el dolor de la herida le distrajo lo bastante para que su

golpe se quedara corto.

Los otros dos hombres se acercaron cuando el primer atacante retrocedió, apretándose la mano contra el estómago para que dejara de sangrar. Uno de ellos me agarró del brazo, mientras el otro se aproximaba desde el otro lado.

—Drogadla —ordenó el primero.

Joder. No. Me retorcí, logrando soltarme, y le lancé una cuchillada a las tripas.

El hombre paró la hoja con la mano, abriéndosela, pero mantuvo la presión, protegiéndose de una herida mortal. Arrojó el cuchillo al suelo, provocando un fuerte tintineo.

—Maldita puta. Dormidla. —Me rodeó el cuello con un brazo y me derribó dándome una patada en las rodillas.

—¡No! —Lancé el cuerpo hacia delante intentando alejarme, pero me agarraba con demasiada fuerza. Me obligó a agacharme y ponerme de rodillas, con el brazo todavía rodeándome el cuello dolorosamente.

El segundo atacante me enterró una aguja en el cuello, inyectándome el líquido directamente en el torrente sanguíneo. Sentí la vena dilatarse con el exceso de fluido. El corazón me latía a toda prisa, pero se ralentizó de inmediato al empezar a hacer efecto la droga. Empezaron a pesarme los párpados y mis pensamientos se ofuscaron. Sólo podía pensar en una palabra, en un nombre:

—Crow...

ESTRIDENTE Y CONSTANTE, el potente sonido de los motores me sacó de mi sueño. Tenía la cara presionada contra el suelo negro del avión, y al abrir los ojos, vi el pasillo entre los asientos. Los hombres estaban sentados juntos en un grupo de asientos, unos

frente a otros, hablando entre ellos en voz baja, con sus pequeños ojos vidriosos y sus cazadoras negras de cuero.

Mientras yo estaba tirada en el suelo, como un montón de basura.

No me moví, porque no quería llamar innecesariamente la atención. Cuando se dieran cuenta de que estaba despierta, me inyectarían más droga o me utilizarían para su propia diversión. Lo único que podía hacer era concentrarme en las sacudidas del suelo y el zumbido constante de los motores de la aeronave.

Debían de estar llevándome de vuelta a Italia. Probablemente estábamos a medio camino sobre el Atlántico en aquellos momentos. Mientras escuchaba el rumor de los motores, deseé que unos gansos volaran directos a su interior para que nos estrelláramos en medio del océano. Era una alternativa mucho mejor que ser devuelta a Bones, aquel psicópata.

Me eché a temblar sólo con pensar en ello.

Crow sabía que me habían secuestrado, pero no tenía muchas esperanzas de que me encontrase. Estaba en un avión, y antes o después, aterrizaríamos. Si no me habían extirpado ya el pequeño rastreador del tobillo, Bones lo encontraría seguro cuando yo estuviera de nuevo en su poder. Quise palparme el tobillo con las yemas de los dedos, pero no me atreví a moverme. La falta de dolor o molestias me dijo que seguía allí, discretamente implantado debajo de la piel e imposible de encontrar sin un detector.

Con un poco de suerte, seguiría funcionando.

Si continuaba emitiendo la señal, Crow la vería. Y si actuaba con bastante rapidez, era posible que lograra encontrarme antes de que cayera en manos de Bones y su ejército privado. Mi corazón estaba convencido de que Crow podría rescatarme. Nada evitaría que me salvara. A lo mejor no me amaba, pero, aun así, yo le importaba más de lo que quería admitir. Aunque le costara

la vida, me sacaría de allí. Sana y salva.

Capítulo 14

CROW

—Salid por esa puerta si no queréis que os corte la polla.

Escuché la voz distante de Botón enfrentándose a sus secuestradores. Los acentos de los hombres me dijeron quiénes eran exactamente. No conocía sus nombres, pero su origen era inconfundible. Trabajaban para mi mayor enemigo.

—Venga, Botón. —Cerré los ojos y me concentré en la conversación amortiguada. Seguramente había dejado caer el teléfono al suelo, porque me resultaba casi imposible enterarme de algo, aparte del hecho de que estaba luchando por su vida. Si alguien podía salir de una situación como aquella, era ella. No se rendiría, pasase lo que pasase.

—¡No! —Escuché la voz de Botón lanzar un grito derrotado antes de quedar en silencio. Bones habría dado instrucciones a sus hombres para que no le hiciesen daño, y desde luego para que no la mataran. Que no hablara sólo podía querer decir una cosa.

La habían drogado.

Colgué el teléfono y me puse de pie en el pasillo del avión. Estaba en un vuelo privado de vuelta a Italia, y ya estaba casi a medio camino cuando Botón me había llamado. Saber que estaba atascado en medio del océano sin posibilidad de ayudarla me

destrozaba por dentro.

Tendría que haberme quedado.

O mejor aún, me la tendría que haber llevado conmigo.

Joder, aquello no era bueno.

Abrí el rastreador en el móvil y recé por que siguiera activo. Ella no se lo había quitado, y con suerte, todavía le quedaba batería. Después de un minuto esperando la transmisión, su puntito apareció en la pantalla. Estaba moviéndose por las calles de Manhattan, de camino a la costa. Debía de estar en un coche rumbo al aeropuerto.

Joder.

Llamé a Cane.

—Ya era hora de que me llamaras...

—Calla y escúchame. Bones acaba de atrapar a Botón. Se la llevaron de su apartamento, y ahora están en marcha. Yo estoy metido en un puto avión y a medio camino de la Toscana.

A Cane le costó un momento reaccionar, probablemente porque lo que le acababa de decir era un bombazo.

—Mierda. ¿Qué hacemos?

—Yo voy a decirles que den la vuelta a este avión. —Si Bones pensaba que me podía arrebatarse a Botón, estaba tristemente equivocado. Moriría antes de permitir que le pusiera una sola mano sobre su pálida piel. Le había hecho las cosas más crueles y brutales, y como que había un infierno que no le iba a permitir que continuara con aquel tipo de abuso. No había logrado salvar a Vanessa, y lo lamentaba todos los días. No iba a permitir que a Botón le pasara lo mismo.

—Espera, no lo hagas.

—¿Que no haga qué? —salté—. ¿Crees que me voy a quedar sin hacer nada? —Me temblaban los brazos y no lograba parar quieto. A pesar de las turbulencias, recorría el pasillo arriba y abajo, obligado a mover los pies para dar salida a mi frustración.

Botón estaba en peligro y yo no podía hacer nada para ayudarla. Aquella imposibilidad y desesperación me estaban volviendo loco. Ella me necesitaba, y yo no estaba allí para ayudarla. Si algo le sucedía, no me lo perdonaría nunca.

Jamás.

—Cálmate un segundo y piensa —ordenó Cane—. Es evidente que la están trayendo a Italia. Por lo que yo sé, aquí era donde estaba Bones. Y para cuando te hayas dado la vuelta, ya estará a medio camino de Europa. Sencillamente, quédate donde estás.

Aquello me sonaba imposible en ese momento. ¿Cómo podía quedarme parado a esperar? Odiaba aquella sensación. Siempre que era necesario hacer algo, yo lo hacía. No perdía el tiempo andando de acá para allá. Yo era un hombre de acción. Siempre.

—¿Y qué pasa si se la están llevando a otro sitio?

—¿Aún lleva tu rastreador?

—Sí. —Gracias al puto cielo.

—Pues dedícate a controlarlo. Te lo aseguro, se la están llevando a Roma.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —Llevaba todo el mes en Estados Unidos y no le había dedicado ni un solo pensamiento al trabajo. Había estado concentrado en conseguir que Botón volviera a casa conmigo... algo en lo que había fracasado.

—Ayer pasaron movidas importantes. Algún tipo de carrera armamentística. Ambos sabemos que es el tipo de negocio en el que estaría metido Bones.

Bones nunca dejaba pasar una oportunidad para hacer negocios, y no delegaba la gestión de los mismos en nadie. Siempre había sido un hombre al que le gustaba implicarse sobre el terreno. Cane y yo éramos exactamente igual. Teníamos graves problemas para fiarnos de las personas y no permitíamos que nadie más manejara los asuntos importantes.

—Cierto.

—Te lo garantizo, está allí. No va a irse a ninguna parte hasta que ella haya aterrizado. Va a querer...

—Suficiente. —Me negaba a permitir que terminara porque mi mente ya iba diez pasos por delante de él. Imágenes de ella desnuda y golpeada me inundaban la cabeza como un enjambre de avispas. Era un fuego que ardía desde el interior hacia la superficie. La ataría y la amordazaría, y le daría palizas hasta dejarla llena de moratones. La idea era tan insostenible que lágrimas de rabia empezaron a quemarme en los ojos. Me agarré al asiento más cercano hasta que mis nudillos se volvieron blancos.

Cane se sobrepuso a la tensión.

—Aterrizas y te iremos a recoger. Tendré a todos los hombres preparados para emboscar a Bones y a sus compinches. La recuperaremos, tío.

—Tenemos que recuperarla, Cane. Lo digo en serio. —Si le fallaba, no lograría sobreponerme. Mi fin en esta vida era protegerla y mantenerla a salvo. Se había convertido en una parte esencial de mi ser, y yo entendía mejor que nadie por lo que había pasado. Las imágenes nunca dejarían de atormentarme, y al final, terminaría por ceder y suicidarme.

—Lo sé. Y lo haremos. Tú conserva la calma.

Aquello era imposible. En aquel momento, estaba en manos de hombres malvados. A lo mejor todavía no iban a hacerle daño, pero eso no quería decir que no fueran a hacerle otras cosas. La idea me puso tan enfermo que casi me puse a aullar en medio del pasillo.

—¿Crow?

Me senté en la silla más cercana porque me sentía débil.

—¿Hmm?

—Me quedaré al teléfono contigo. —Cane se calló y no dijo nada más. Se oían voces de hombres de fondo, porque estaba en

el punto de reunión. Estaban preparando las armas y las protecciones. No me ofreció falsas palabras de esperanza para hacerme sentir mejor. Hizo lo único que podía hacer.

Quedarse conmigo en mi sufrimiento.

Capítulo 15

PEARL

El avión aterrizó.

Yo continué tumbada sin moverme, disfrutando un poco más de mi soledad. Dentro de muy poco, volvería a caer en manos del hombre que se excitaba torturándome. Me montaría una fiesta de bienvenida con látigos y un consolador en el ano.

No podía volver allí.

Nunca había confiado en un hombre para cuidar de mí, pero ahora no podía dejar de desear que Crow viniera a rescatarme. Él era la única esperanza que tenía de salir de allí. Pero sabía que una vez estuviera en el coche de Bones, sería prácticamente imposible que Crow consiguiera liberarme.

Tenía que escaparme por mi cuenta.

El temor me abrasaba como una hoguera el corazón, y mis manos eran presa de un leve temblor que me resultaba imposible detener. Sentía las piernas débiles por la falta de comida, y por mi cuerpo corría más adrenalina de la que podía soportar. Pero debía conservar la calma y concentrarme en escapar. No había tiempo para el terror ni la incertidumbre.

Tenía que hacerlo y punto.

—Levántate. —Uno de los hombres se acercó al rincón donde

estaba tumbada y me dio una patada floja en el estómago—. Sabemos que estás despierta.

Yo le devolví la patada, desafiante. En vez de ser inteligente y hacer lo que me decían, mi cuerpo reaccionaba automáticamente y se esforzaba por hacer todo el daño posible. Le di justo en la rodilla con la espinilla, haciéndolo gritar de dolor.

—Putá. —Me agarró por el pelo y me arrastró por el suelo—. ¿Quieres portarte como una zorra? Te trataré como a una zorra.

El otro secuestrador lo regañó en italiano, agarrándolo del brazo.

De inmediato, el primer hombre me soltó y se puso a discutir con el segundo en el mismo idioma.

Sentí cómo se me desgarraba el cuero cabelludo y el comienzo de una migraña. Parte del pelo se me soltó, cayendo en el suelo a mi alrededor. No me toqué la cabeza, ni di señal alguna de sentir dolor. Moriría antes de parecer débil.

Él se cernió sobre mí, rabiando como un psicópata enfadado.

—Levanta. Ya. —Esta vez no me tocó, ya que acababan de regañarlo por ello.

Ahora que era en mis términos, me levanté y me agarré a la butaca para conservar el equilibrio. Me sentía mareada, un efecto secundario de la medicación y la falta de comida. No había comido nada desde que Crow se marchó, porque estaba demasiado deprimida para ello. Ahora, deseaba haber consumido algo sustancioso para que me hubiera dado fuerzas.

Me sacaron del avión y me metieron en un todoterreno negro con ventanas tintadas. Afortunadamente, Bones no estaba en el interior. Sólo estábamos tres hombres y yo. El guardia sentado en el otro extremo del coche tenía el arma apuntada en mi dirección.

—Bones me advirtió sobre ti. Si haces alguna tontería, te mataré.

Aquella era una amenaza poco efectiva, porque en aquel momento a mí me daba igual morir que vivir. Desaparecer en el vacío parecía una opción mucho más atractiva que ser esclavizada por aquel loco. Lo único que me detenía era Crow.

Nunca se recuperaría de mi muerte.

Apenas había conseguido aceptar el hecho de que Vanessa ya no estaba. Si yo sufría el mismo destino, se metería de inmediato una bala en la cabeza.

Tenía que escapar.

El todoterreno me alejaba del minúsculo aeropuerto. Pronto estuvimos en la carretera, rumbo directo a Roma. Ahora conocía mejor mi entorno que antes de marcharme. Había dedicado algo de tiempo a estudiar geografía al volver a Estados Unidos, no porque pensara que me podían volver a secuestrar, sino porque echaba de menos el país al que había llamado mi hogar durante todo un año.

Con la mirada apagada, miré por la ventana, fingiendo indiferencia ante todos los ocupantes del vehículo. Habían cometido el error de no esposarme, y yo me aprovecharía de su estupidez. Sabían que era una luchadora, pero era evidente que no conocían mi valentía ni mi estupidez. Obligaría al coche a estrellarse contra el tráfico que venía en sentido contrario, si era necesario.

Fueron pasando los minutos mientras nos acercábamos a Roma. En las calles apenas había coches por lo intempestivo de la hora. Después de haber sido drogada y de haber atravesado volando el Atlántico, había perdido el sentido del tiempo.

Mis ojos echaron un vistazo al hombre que tenía sentado al lado. Todavía me apuntaba con el arma, pero la iba bajando lentamente a medida que la gravedad le cansaba la mano. En vez de mirarme, como tendría que haber hecho, tenía los ojos fijos en el parabrisas delantero. La radio estaba apagada, y el silencio

era nuestra única compañía.

Lo iba a intentar.

Pegué un salto atravesando el coche y derribé el arma al suelo. Igual que había visto hacer a Crow incontables veces, retrasé el brazo derecho y lo golpeé con fuerza, atravesándole la cara. Le di otro golpe, rompiéndole la nariz, y a continuación le estampé la cabeza contra la ventana.

El coche dio un bandazo cuando el conductor se dio cuenta de lo que estaba pasando. Lanzó una maldición en italiano y recuperó el control del volante. El hombre que iba en el asiento del acompañante me agarró por la nuca e intentó apartarme, pero era inútil.

Tenía a aquel gilipollas mortalmente arrinconado.

Tiré de la manilla de la puerta y se abrió de golpe, dejando ver el asfalto debajo de los neumáticos. El hombre estuvo a punto de caer, pero se agarró a la puerta y al asiento para recuperar el equilibrio. Le caía sangre por la cara, goteándole por la barbilla.

—Maldita puta...

Le lancé el pie al pecho, sacándolo del coche de una patada. Cayó de espaldas sobre el pavimento, rodando por la carretera hacia la acera. No tenía tiempo de comprobar si sobrevivía. Ahora, debía saltar y largarme de allí cagando leches.

—¡Esta zorra está loca! —El hombre sentado en el asiento del copiloto me arrastró hacia el interior del coche y me inmovilizó contra los asientos de cuero. De un tirón, me puso las manos a la espalda y me las ató rápidamente con una gruesa cuerda que me rozó la piel al apretármela. No grité, a pesar de lo mucho que me dolió. Recogió la pistola del suelo y me apuntó directamente a la sien—. Muévete y te mato. —La puerta seguía abierta, así que la cerró de un portazo. Ninguno de ellos mencionó a su camarada caído, y era evidente que no tenían intención de volver a buscarlo.

Aquello era frío, hasta para mí.

Amartilló el arma y la mantuvo presionada contra mi sien.

—Ahora entiendo su fascinación contigo. Siempre luchando. Siempre intentándolo. —Su mano se deslizó rodeando mi brazo y bajando por mi cuerpo. Sus largos dedos se aferraron a mis pechos por debajo de la camiseta y los apretaron con fuerza—. A lo mejor te follo las tetas antes de que lleguemos allí.

Sacudí las caderas todo lo fuerte que pude para hacerlo retroceder, pero pesaba más que una vaca. Mi movimiento no le afectó en absoluto.

—Te voy a meter esa pistola por el culo y después apretaré el gatillo.

—Guarradas. —Se rio—. Me gusta. —Encontró mi pezón y me lo pellizcó dolorosamente, poniéndose tan caliente con mi desgracia como con mis curvas.

Mi mente entró en pánico de inmediato y casi me dio un ataque de nervios allí mismo. Todos los recuerdos de mi cautiverio volvieron como un enjambre, y me di cuenta de que estaba volviendo a un lugar que era muchísimo peor que el infierno. Me pegarían y violarían todos los días, y no volvería a ver la luz del sol. Como si fuera un animal, me maltratarían y castigarían por cualquier falta de conducta. Ya no tendría un nombre, sino que se referirían a mí como «esclava». No tendr...

Todo empezó a moverse a cámara lenta. El cristal de la ventana estalló, rociándome la espalda. Estaba frío por su contacto con el aire nocturno, y afilado como los dientes de un monstruo. El todoterreno dio un fuerte bandazo hacia la derecha al caer presa de la estampida que acababa de desatarse. El hombre que me tenía sujeta voló a través del vehículo, estampándose contra la puerta contraria. Yo todavía tenía las manos atadas a la espalda, así que no me podía agarrar a nada. Salí volando y me estrellé contra el pecho del hombre, sintiendo

la amortiguación de su cuerpo, más que la dureza del bastidor de la puerta. El mundo continuó dando vueltas hasta que, de repente, nos detuvimos en seco.

Si había ruidos, yo no podía escucharlos. Si el motor estaba echando humo, yo no podía olerlo. Cualquier caos que estuviera produciéndose a mi alrededor quedaba atenuado por el pitido de mis oídos. Sabía que habíamos tenido un accidente de coche, pero todavía no tenía ni idea de lo que había pasado. Estaba sangrando por un corte en la frente, y me dolía todo el cuerpo por mi colisión contra uno de mis captores.

¿Qué había sucedido?

La puerta del lado opuesto se abrió de golpe, y me encontré frente a la dura expresión de Cane. Con el pelo más negro que la noche y ojos penetrantes como los de su hermano, me contemplaba como si yo fuera un objetivo.

—Pearl, ¿estás bien?

¿Me estaba imaginando todo aquello?

—¿Qué...?

Me cogió por un brazo y tiró de mí para sacarme del vehículo. No fue delicado en atención a mis heridas, pero me sacó de allí lo más rápidamente posible.

—En marcha. No tenemos tiempo para esta mierda.

Sonaba como él. Tenía el mismo aspecto que él. ¿O también me estaba imaginando aquello?

—¿Dónde está Crow?

—No te preocupes ahora por eso. Vamos. —Me ayudó a bajar al suelo—. ¿Puedes caminar?

—Sí, creo que sí. —Probé mi apoyo. A pesar de lo débil que estaba, podía ponerme de pie. Al darme la vuelta para ver lo que me rodeaba, por fin lo vi. Con una mueca en la boca y el asesinato en los ojos, Crow abrió de un tirón la puerta del conductor y sacó al hombre de detrás del volante. Tenía los hombros tensos como

la piel de un tambor, y su cuerpo clamaba sed de sangre.

Cuando el hombre estuvo en el suelo, gimió e intentó levantarse.

Crow le escupió en la cara antes de estrellarle el pie contra la nariz. Un crujido audible llenó el aire nocturno.

Yo me quedé mirándolo, conmocionada.

—No tenemos tiempo para esto, Pearl. Vamos. —Cane me obligó a alejarme, tirando de mí como de un perro con correa.

Crow le dio unas cuantas patadas más al hombre y después empezó a darle pisotones en el pecho, haciéndolo aullar a grito pelado.

—No. Os. Metáis. Conmigo. —Finalmente, Crow le apuntó entre los ojos con la pistola y le disparó a quemarropa.

Oh, Dios mío.

Cane me vio palidecer y me animó a continuar avanzando.

—No tenemos mucho tiempo. Vamos.

—¿Tiempo para qué?

—Los hombres de Bones llegarán en cualquier momento.

—Me guio a través de la carretera y entramos en un callejón—. Quédate aquí, ¿vale? No te muevas por ningún motivo.

—¿Qué está pasando? —exigí saber—. ¿Cómo sabes que esos hombres van a venir?

—Digamos que es intuición. —Se arrodilló delante de mí, con el arma preparada. Vigiló la calle mientras Crow agarraba al otro hombre y lo arrastraba hasta el centro de la carretera. Después de torturarlo cruelmente, terminó finalmente con su miseria de un disparo en la cabeza.

Crow era un hombre implacable, pero nunca le había visto exhibir tal brutalidad.

Un enjambre de coches se aproximó a toda velocidad por la carretera, dispersándose al divisar el desastre de la carretera. Los hombres de Crow salieron de sus escondites con los rifles

preparados. Crow se puso a cubierto detrás de un coche con el revólver amartillado.

—¿No vas a ayudarlo?

—Mis órdenes son quedarme contigo. Aquí deberíamos estar a salvo.

—¿Y qué pasa con Crow?

Cane se rio por lo bajo, aunque no era momento para chistes.

—Créeme, estará perfectamente.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿No lo has visto hace un momento? La rabia está de su parte.

Se produjo el enfrentamiento y empezaron a sonar los disparos. La reverberación hizo que me dolieran los oídos. La cacofonía de ruidos se extendió por el callejón, desencadenando un infierno absoluto para mis tímpanos.

Cane se asomó por la esquina y disparó con todo el mundo, pero sin abandonar su puesto. Intenté localizar a Crow, pero no lo vi al otro lado de la calle. Supe que estaba bien porque si algo le hubiese pasado a su hermano, Cane estaría devastado.

La contienda se prolongó durante casi cinco minutos. Las balas continuaron volando por el barrio, diezmando a ambos bandos. Los hombres corrían, avanzando y retrocediendo mientras se acorralaban los unos a los otros. Parecía una zona de guerra, más que una pelea callejera. Había retrocedido en el tiempo y estaba presenciando una de las batallas más sangrientas de la historia.

Me sentía como Helena de Troya.

Cuando las pistolas por fin se detuvieron, se convirtió en un combate hombre a hombre. Vi a Crow emerger de su escondite y empujar a cinco hombres desarmados al suelo. Se habían quedado sin balas, y también sin tiempo. Los hombres de Crow se quedaron en la retaguardia, manteniendo sus posiciones en la

distancia.

—¿Los va a ejecutar? —pregunté con voz ligeramente temblorosa. Sabía que aquellos hombres eran malvados, y que, si pudieran salirse con la suya, me estarían arrastrando para que Bones me diera una paliza tras otra. No debería haber sentido compasión por ellos, no cuando sabía que le habían hecho lo mismo a innumerables mujeres antes que a mí. Pero en una pequeña parte de mi corazón, tironeaba la tristeza.

Cane respondió por fin.

—Sí.

Crow guardó el arma y sacó una larga daga del interior de su chaqueta. Pude verla brillar bajo la luz de las farolas porque el acero estaba inmaculado. Se quedó de pie delante del primer hombre, contemplándolo con frialdad desde arriba. No era el hombre al que yo me había acostumbrado a ver. Aquella era la versión de Crow sobre la que él me había prevenido.

Un asesino implacable.

Uno a uno, fue degollando a los hombres. Era un espectáculo tan macabro que hasta yo tuve que apartar la mirada. En vez de darles muerte limpiamente de un disparo, los hizo sufrir hasta el último momento. Era un mensaje para Bones y para el resto del mundo.

Cuando Crow llegó al último hombre, guardó el puñal. El hombre continuaba de rodillas, sin demostrar ni una pizca de temor. No pestañeó, ni siquiera mientras sus camaradas se desangraban hasta la muerte sobre el cemento. Su lealtad continuaba tan sólida como siempre.

Crow lo miraba fijamente, también sin miedo.

—Lámalo.

El hombre no se movió.

Levantó la daga, todavía goteando sangre.

—Hazlo y seré compasivo.

El hombre le echó un vistazo al arma durante un segundo, y luego se sacó el teléfono del bolsillo.

—Pon el altavoz.

El teléfono empezó a sonar. El soldado continuaba sosteniéndolo en la mano, pero empezaron a temblarle los dedos.

Finalmente, la voz de Bones surgió por el teléfono.

—¿La tienes? —Su voz profunda sonaba tan grotesca como yo la recordaba. Estaba llena de arrogancia, brutalidad y maldad pura. Me acordé de todas las cosas terribles que solía susurrarme al oído mientras me follaba hasta hacerme gritar. La sangre me hirvió de rabia y me esforcé por continuar respirando.

Crow observaba el teléfono con los ojos avellana tan oscurecidos que parecían negros.

—No. Toques. A. Mi. Chica. —Avanzó un paso, contemplando el teléfono con un odio venenoso. Sin elevar la voz, desprendía la autoridad de un monarca. Era poderoso y majestuoso, aterrador y cruel.

Bones se recompuso antes de hablar. Su silencio era una indicación de que había reconocido la voz del otro lado del teléfono. Para él, resultaba inconfundible.

—Veo que...

Crow lanzó el teléfono al suelo y lo aplastó a pisotones. Reventó en docenas de fragmentos y la voz de Bones se extinguió de inmediato. Retrocedió y apuntó con la pistola al hombre entre los ojos. Sin una palabra más, apretó el gatillo y el hombre se derrumbó en la calle.

En aquel instante se presentaron tres coches patrulla, con las luces destellando y las sirenas ululando. Frenaron con fuerza y las puertas se abrieron de golpe. Todos los agentes tomaron posturas defensivas, a cubierto con las armas en la mano.

—Mierda. —¿Iba a acabar todo aquello?

Crow se volvió y se puso directamente frente a ellos, con la pistola en una mano y la daga ensangrentada en la otra. Avanzó algunos pasos sin levantar el arma. Sin una pizca de temor, los contempló fijamente, observando cómo la docena de agentes de policía le devolvían la mirada.

—Marchaos ahora y no os pasará nada.

Los policías se mantuvieron en su puesto, pero intercambiaron algunas miradas entre ellos. No cruzaron ni una sola palabra, pero entre ellos tuvo lugar una conversación. Uno a uno, enfundaron las armas y volvieron a meterse en los coches. Las luces y las sirenas se apagaron, y los coches patrulla se marcharon en dirección opuesta a la zona de guerra que ocupaba toda una manzana de edificios. Crow no se movió de su puesto, asegurándose de que se hubieran perdido de vista antes de venir hacia el callejón en el que yo estaba escondida.

Nunca lo había visto en acción, ni había sabido exactamente de lo que era capaz. La única cara que había visto de él era la más amable, la del hombre entendido en vinos que trataba a sus empleados como si fueran su familia, en vez de subordinados. Me había hablado de su oscuridad, pero conmigo siempre había sido dulce, desde el momento en que nos conocimos. Yo desconocía aquella ferocidad y aquella lucha que ardía en su interior. Pero al ser provocada, la bestia había irrumpido al exterior. En cuanto me habían capturado, se había puesto en acción, mostrándome la clase de brutalidad sobre la que me había advertido. Había dejado de ser un hombre y se había convertido en un monstruo.

Cane se volvió hacia mí al ver acercarse a su hermano.

—¿Y todavía te parece que no te ama?

CROW SE APROXIMÓ a mí a su paso normal, pero los brazos tensos y la mandíbula apretada traicionaban sus deseos de correr hasta que sus manos por fin estuvieran sobre mí. En cuanto llegó a mi lado, me tomó el rostro entre las manos. Mi pelo se le quedó pegado a la palma mientras me examinaba la herida de la cabeza.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente. —No me preocupaba estar sangrando, ni el hecho de que la espalda me estuviera matando después de haber sido arrojada a toda velocidad contra un hombre adulto. Lo único que me importaba era estar a salvo de Bones y con el hombre que tenía delante de mí—. Seguro que parece peor de lo que es.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y me limpió la sangre. Como una gallina cuidando de sus pollitos, me limpió hasta que todas las manchas hubieron desaparecido. Parte de la sangre que le bañaba las manos pasó al pañuelo. Fui incapaz de distinguir las manchas.

—¿Quieres ir al hospital?

—He dicho que estoy perfectamente. —Unas cuantas semanas en cama me dejarían como nueva. Los dolores desaparecerían, y la herida se cerraría y se convertiría en una cicatriz que añadir a mi colección.

Crow volvió a tender sus manos hacia mí y pegó su cara a la mía. Respiró hondo, como si estuviera inhalando mi aroma, antes de besarme con fuerza en la boca. Su rudeza contradecía directamente la preocupación que acababa de demostrar, besándome como si no nos hubiéramos visto en años.

Sin previo aviso, se apartó y me levantó en brazos. Como si estuviera gravemente herida, me acunó contra su pecho como si no pesara más que una pluma. No hacía falta que me llevara porque era perfectamente capaz de caminar por mi propio pie, pero no me resistí. Sentir su abrazo me provocó escalofríos en la

columna. Después del suplicio por el que acababa de pasar, me sentía realmente a salvo. Le pasé un brazo por el cuello y descansé la cabeza contra su pecho.

Él le ladró una orden a Cane.

—Ve a por el coche. Conduces tú.

Cane puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, jefe.

Crow me transportó hasta la parte de atrás de un todoterreno y me depositó en el asiento posterior. En cuanto estuvo a mi lado, me subió a su regazo y juntó su cara con la mía, con nuestros labios prácticamente en contacto. El coche se incorporó a la carretera e iniciamos el camino a casa.

A casa.

Me apartó el pelo de la cara, recogiénolo con un solo puño mientras me examinaba. Sus ojos descansaron sobre mis labios, como si pudiera leerlos, antes de volver a encontrarse con mi mirada. En vez de negros como el carbón, sus ojos habían recuperado su atractivo color avellana verdoso.

—¿Te han hecho daño?

—Un poco. Pero nada que no pudiera soportar.

Su mano se apretó alrededor de mi cabello.

—Debería haberlos torturado más cuando tuve la oportunidad.

—No hacía falta. Tiré a uno fuera del coche de camino hacia aquí.

Levantó la comisura de la boca en una media sonrisa.

—Esa es mi chica. —Me besó la mejilla, un contacto revitalizante que resultaba a la vez suave e íntimo. No me aplastó, como su otro beso. Este tenía un significado completamente diferente—. ¿Te...? —Cuando no pudo terminar la frase, supe lo que me estaba preguntando.

No mencioné el manoseo del que había sido objeto durante el camino. No había necesidad de sacarlo a colación y hacer que se

sintiera culpable por no haberme rescatado antes.

—No. Tenían órdenes de no tocarme.

Él ocultó su alivio todo lo que pudo, pero no pudo esconderlo de mí.

—Lo siento, Botón. No debería haberte dejado sola.

—No hagas eso...

—De hecho, tendría que haberte traído conmigo.

—No ha sido culpa tuya. —Yo era la que había decidido hacerme la dura por mi cuenta. No esperaba que me secuestraran en cuanto Crow saliese de la ciudad. Habían elegido el peor momento posible—. No me tomé tu advertencia en serio, y tendría que haberlo hecho.

—Aun así, no tendría que haberme marchado. —Juntó su cara con la mía y cerró los ojos—. No volveré a cometer ese error. —Me rodeó con los brazos y me estrechó contra su pecho. Nuestras frentes descansaron juntas y pasamos el viaje de vuelta escuchándonos respirar el uno al otro. Había muchísimas cosas que no podíamos decirnos con Cane en el coche. Y también muchas cosas que no podíamos hacer.

Pero en cuanto llegáramos a casa, las cosas cambiarían.

CROW no se despidió de su hermano al salir del coche llevándome en brazos. Cane tampoco dijo nada, probablemente porque estaba enfadado, o a lo mejor porque no le veía el sentido. Su hermano estaba claramente más preocupado por mí que por mostrarse educado.

Me llevó hasta la casa y a través del vestíbulo. Lars salió de la cocina al oír cómo la puerta principal se abría y se cerraba.

—Excelencia, ha vuelto. Me alegro de que haya traído a la señorita Pearl con usted.

Crow continuó andando como si no hubiera escuchado ni una palabra de lo que le había dicho.

—No queremos ser molestados el resto de la noche. Deja la cena en la puerta de mi dormitorio.

Lars no se inmutó ante la orden.

—Por supuesto, Excelencia. Que pasen buena noche.

Mis brazos continuaron alrededor de su cuello, y mientras subíamos por las escaleras lo miré a la cara. Su barba reciente era más espesa de lo normal porque no se había afeitado desde la mañana de su marcha. Llevaba la misma ropa que cuando había salido de mi casa por la mañana, y me pregunté si aún olería a mí, al haber estado toda la noche en el suelo de mi cuarto. Yo sólo conseguía olerlo a él, un aroma masculino con un toque de menta.

Me llevó hasta su cuarto y, en cuanto entramos, me dio la sensación de que no había sido usado hacía tiempo. Llevaba casi un mes sin dormir allí, y el aire estaba inmóvil. Nada había cambiado desde que me fui de allí hacía meses. La ropa de cama era la misma, las cortinas eran las mismas y estaba immaculado, como siempre había estado.

Me depositó sobre la cama y se sacó la camiseta por la cabeza de inmediato. Estaba manchada de sangre, mía y de los hombres que había matado. Debajo de la prenda surgió su físico cincelado. Era idéntico a la última vez que lo había visto. Las rozaduras, los cortes y los golpes no habían hecho mella en su piel durante la batalla que se había desatado en las calles de Roma.

Llevaba la pistola a la cadera; la sacó de la cartuchera y le puso el seguro antes de dejarla sobre la mesilla de noche. Pulida y brillante, reflejaba la tenue luz del sol naciente al otro lado de la ventana. Nunca lo había visto con una pistola, aparte de la noche en que me había secuestrado de casa de Bones. Me pregunté cuántas tendría guardadas por la casa.

Se quitó los vaqueros y a continuación los bóxers. Como siempre, tenía una erección y estaba preparado para la acción. Se inclinó sobre la cama y me obligó suavemente a tumbarme de espaldas, poniendo las manos a ambos lados de mi cintura. Tenía los ojos clavados en los míos mientras me quitaba los vaqueros y la ropa interior, hasta dejarme desnuda de cintura para abajo.

El instante no desprendía una sensación de sexualidad. Era un nivel de intimidad que nunca antes habíamos compartido. Con los corazones latiendo al unísono y el miedo todavía lastrándonos el pecho, nos aferramos el uno al otro como un imán al acero. Me quitó primero la camiseta y después el sujetador antes de tumbarse sobre mí, con el cuerpo desnudo, duro y definido. Me rozó los labios con los suyos mientras me pasaba un brazo alrededor del torso hasta tenerme firmemente sujeta. Si sólo hubiera querido sexo, ya estaría en mi interior. Cada minuto pasaba con expectación, y él se tomaba su tiempo, mirándome a los ojos más que a cualquier otra parte.

Se deslizó en mi interior lentamente, tomándose su tiempo, como si no tuviera prisa por llegar al final. Su habitual aire de prevalente oscuridad había desaparecido. En vez de parecer un hombre que acababa de matar a docenas de hombres, tenía el aspecto de un hombre que acabara de regresar de un viaje a la aventura por el mar. Sus preciosos ojos desprendían calidez mientras me penetraba con resolución. Cuando estuvo profundamente en mi interior, empezó a balancearse despacio. Era el tipo de sexo que habíamos tenido justo antes de que saliera por última vez de mi apartamento. Lento y tierno, se centraba en algo más que en sentirnos el uno al otro de la forma más placentera posible. Se centraba en cada contacto, y en cada beso.

Significaba mucho más.

Capítulo 16

CROW

A pesar del agotamiento que me ardía detrás de los ojos, no conseguí dormir. Normalmente, cuando tenía a Botón a mi lado, me extinguía como una vela. Pero ahora me quedé sentado en mi estudio mientras acababa con mi suministro de whisky y coñac, en pantalones de pijama y con una camiseta negra.

Eran las cinco de la tarde, pero ella seguía dormida. Después de todo por lo que había pasado, no podía culparla por haberse quedado sin energía. La habían perseguido y cazado en su propia casa, para después drogarla y arrastrarla hasta un avión. Luego, un camión se había estrellado contra el vehículo en el que iba y la había enviado volando contra la puerta opuesta. Vapuleada y magullada, después de un día de descanso sus heridas probablemente tuvieran peor aspecto.

Se merecía el descanso.

Cane entró un momento después, con sus documentos debajo del brazo. Se dejó caer en el sofá, cogiendo de inmediato mi vaso de whisky. Se bebió medio vaso antes de poner la carpeta sobre la mesa.

Yo me serví otro, ignorando su leve falta de respeto.

—¿Qué noticias me traes?

—Los nuestros limpiaron la calle y se deshicieron de los cuerpos. Nos quedamos algunos de los coches. Después de una limpieza a fondo y de cambiarles las matrículas, tendremos más juguetes para el parque. También cogimos algunas armas bastante chulas que hemos añadido a la colección.

—¿Y la policía?

—Vinieron a ver cómo iban las cosas, pero no abrieron expediente. No son imbéciles.

—No son suicidas, quieres decir. —Yo no me metía con la policía. Protegían a gente inocente por todo el país, haciendo su trabajo lo mejor posible. Los tipos como Bones y yo estábamos por encima de la ley, y sólo porque se interpusieran en nuestro camino, no quería decir que hubiera que acabar con ellos. Si se les daba una advertencia clara, por lo general se retiraban de nuestro territorio y nos daban la espalda. Además, no éramos más que criminales matando a otros criminales. No representábamos lo que se dice una amenaza para los ciudadanos italianos.

—Lo que sea. —Se acabó su whisky, que era el mío, y rellenó el vaso hasta el borde—. No he sabido nada de Bones. No tengo ni idea de lo que anda haciendo.

—¿Nada de nada?

—No. —Cane sacudió la cabeza—. Sospecho que no está en Italia. Probablemente esté reuniendo refuerzos para acabar con nosotros. Después de lo que le hemos hecho, estoy seguro de que quiere nuestras cabezas en bandejas de plata. O sea, ya le hemos quitado a Pearl dos veces.

—Si tuviera la polla más grande, a lo mejor conseguía que se quedara con él. —Quería prenderle fuego a aquel tío y verlo arder. Perdía seriamente los estribos con la gente que le hacía daño a Botón, pero reservaba una ferocidad especial para aquel hombre. Me vengaría de lo que le había hecho a mi hermana, a mi familia

y a ella—. Tenemos que cargárnoslo de una vez por todas. Si no lo hacemos, Botón nunca podrá volver a su casa y continuar con su vida.

Cane estaba a punto de abrir la carpeta cuando hizo una mueca y se volvió a mirarme. Tenía el gesto gélido como el ártico, e igual de inhóspito. Abrió la boca para proferir un insulto, pero cambió rápidamente de idea.

—Sabes qué... olvídalo. —Volvió a sus papeles, y se puso a revisarlos.

—¿Olvidar el qué?

Él sacudió la cabeza, sin contestar.

—Cane, si tienes algo que decir, dilo.

Cane dejó la carpeta de golpe sobre la mesa.

—Después de toda la mierda por la que acabamos de pasar para recuperar a esa mujer, ¿de verdad estás dispuesto a enviarla de vuelta? —Cane me había dedicado palabras hirientes antes, pero nunca las decía en serio. Aunque sus palabras no eran dañinas, su tono acumulaba una cantidad enorme de odio. En aquel momento me despreciaba, total y completamente—. Te llevaste por delante a una brigada completa de soldados tú solo para luego ejecutar a los supervivientes como un general de un ejército austriaco... ¿y todavía me vas a mirar a los ojos y a decirme que no estás enamorado de ella? —La mirada gélida no desapareció ni un segundo mientras me fulminaba. Sus ojos color avellana, idénticos a los míos, no contenían nada más que odio, sin una pizca de afecto. Mi hermano pequeño estaba realmente decepcionado conmigo—. No pienso seguir hablando de esto. Es cosa de maricones, de todas formas. —Encontró el mapa de una de las fábricas de Bones y me lo pasó—. Creo que deberíamos atacar aquí. Es la que produce la mayor parte de su material, y si la destrozamos, lo atraeremos fuera de su escondite. Este tío siempre está en movimiento, así que

tendremos que hacer que venga a nosotros.

Me quedé mirando el mapa, sin verlo de verdad. Las palabras de mi hermano me daban vueltas en la cabeza mucho después de que las pronunciara.

—Cane...

—Ya no voy a seguir hablando del tema. Haz lo que te dé la puta gana. Pero la próxima vez que necesites ayuda para salvarla o secuestrarla... o lo que mierda hayas planeado hacer con ella, no me llames. Porque si lo haces, no te ayudaré.

Cane no era un tío emotivo, y lo romántico no le importaba una mierda. Aquella situación con Botón le molestaba, pero yo no lograba descubrir por qué.

—Dime por qué esto es tan importante para ti. Y no me digas que es porque quieres que sea feliz. Tiene que haber algo más en este asunto.

—Te da totalmente igual, así que no finjas lo contrario.

Lancé el mapa sobre la mesa y le presté toda mi atención.

—Sí que me importa.

Él puso los ojos en blanco.

—No pienso mantener esta conversación contigo. Es estúpida y de nenas.

—Sea o no estúpida, necesitamos tenerla. Ahora suéltalo para que podamos seguir con nuestras vidas. —Cane y yo no teníamos conversaciones profundas sobre nuestros sentimientos y cosas de esas. Nos limitábamos a trabajar juntos y a planear nuestros movimientos. La mayor parte del tiempo, él me molestaba a mí, y yo a él. Pero el vínculo de sangre que compartíamos nos mantenía más unidos de lo que ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir. Ni siquiera habíamos hablado demasiado de Vanessa después de su muerte, pero de aquello sí que íbamos a hablar.

Cane se frotó la nuca, todavía con la misma mirada de

irritación en los ojos.

—Pero luego no puedes restregármelo, ¿de acuerdo?

Aquello era lo único que se me daba bien.

—Claro. Dímelo y ya está.

—Vale... —Se frotó las palmas de las manos, intentando poner sus pensamientos en orden—. Cuando trajiste aquí a Pearl, yo la odiaba. Tú sabías lo que quería hacer con ella. Viste lo que le hice, de hecho.

Apreté la mandíbula ante el recuerdo. Le había disparado en el brazo después de que hiciese daño a Botón, pero aquello no fue castigo suficiente. La única razón por la que seguíamos hablando era porque éramos familia. De alguna manera, aquel vínculo era más fuerte que mi odio.

—Pero he descubierto mucho sobre ella de tenerla todo el tiempo cerca. Es fuerte, poderosa y tiene una boca que haría a un soldado sentirse como una mierda. Tiene empuje, ¿entiendes? Completa nuestro trío.

Yo no tenía ni idea de a dónde iba a parar todo aquello, pero no pregunté. Esperé a que soltara sus pensamientos incoherentes, hasta que terminara por llegar al meollo del asunto.

—Si te casaras con ella, sería una Barsetti.

¿Quién había dicho nada de matrimonio? Yo no le había dicho aquella palabra a Cane en mi vida.

—Y... a mí me gustaría que fuera una Barsetti. —Se volvió a frotar las palmas y bajó la vista hacia sus manos—. Nuestra familia no para de encoger. Un día, sólo quedará uno de nosotros. Pero Pearl puede ampliarla. Puede hacer que nuestra familia crezca.

Cuando por fin entendí lo que estaba intentando decir, no pude evitar que la sorpresa se reflejara en mi cara. Estaba grabada en mis facciones y no había desaparecido. A Cane no

sólo le gustaba Botón. Quería que fuera una de nosotros.

—Ella podría ser mi hermana. Y podría darte hijos. Nuestra familia Barsetti crecería. Quizá, un día, volvería a estar completa. —Se encogió de hombros—. No sé...

—Si ampliar nuestra familia es tan importante para ti, ¿por qué no te casas?

—Porque no estoy enamorado de nadie. —Se recostó en el sofá y cruzó los brazos delante del pecho—. Nunca he conocido a una mujer a la que pudiera conseguir tolerar. Sólo estoy con ellas para mojar y punto. Si alguna vez conozco a alguien sin quien no pueda vivir, puedes apostar el culo a que me casaré con ella. Pero seamos realistas, las mujeres como Pearl no crecen en los árboles. Dudo que encuentre alguna vez a una mujer así.

Botón era espectacular. En cuanto la había oído hablar, había tenido que hacerla mía. El fuego que ardía en sus ojos tenía algo que me atraía hacia ella. Yo había creído que quería hacerle daño yo mismo, pero al final, sólo quería protegerla. Fuese cual fuese el hechizo que tenía sobre mí, era poderoso. Tenía más control sobre nuestra relación del que nunca llegaría a imaginar.

—Son difíciles de encontrar.

—Entonces, ¿por qué dejas que se vaya?

Aquello ya se lo había explicado, pero al parecer, tenía que repetirme.

—Cane, nosotros no podemos amar a nadie. Si lo hacemos, terminarán muertos. Eso lo sabes. Y yo también lo sé. Es simplemente como son las cosas.

—A mí me parece que la cabeza de Pearl ya tiene precio. Así que, ¿qué más da?

Di un sorbo de whisky para disimular mi silencio.

—Tú ya la amas, y ella te ama a ti. ¿Qué importa que nunca lo digas en voz alta, con esas palabras? Ya lo demostraste ayer un millón de veces, cuando te portaste como un demente con todos

los hombres de Bones. Simplemente, acepta el hecho de que está en tu vida, y no sólo ahora, sino para siempre. No le estás haciendo a nadie ningún favor mintiéndote a ti mismo. Pórtate como un hombre, Crow.

—¿Que me porte como un hombre?

—Sí —saltó—. Un hombre de verdad no miente sobre sus sentimientos. Le dice a todo el mundo que ama a alguien, y desafía a sus enemigos a hacerle daño a la mujer que adora. Un hombre valiente tiene agujeros en su armadura, pero va con ella a la guerra de todas formas. Un hombre bravo no teme amar a alguien, aunque sepa que antes o después llegará el final. Eso es lo que significa ser un hombre de verdad, Crow. Esta estupidez a la que te estás aferrando es simplemente patética. Y eso es decir mucho, viniendo de mí.

BOTÓN SE REMOVIÓ debajo de las mantas y se las subió hasta el hombro para combatir el frío. Sus ojos seguían cerrados y tenía los labios relajados, en paz. Oscuros mechones de su cabello se extendían por la almohada, marcando como suya la mayor parte de la cama. Era minúscula, pero estiraba las piernas, acaparando la mayoría de la cama como de su propiedad.

Estiró la mano, palpando las sábanas que tenía debajo. Enterró los dedos en el tejido, buscando algo a lo que aferrarse. Cuando no encontró lo que estaba buscando, estiró más el brazo y dejó escapar un suspiro de frustración.

Verla sufrir era demasiado para mí, así que me deslicé entre las sábanas a su lado y permití a su mano encontrarse por fin con mi duro pecho. En cuanto las puntas de sus dedos sintieron la calidez de mi piel, se clavaron ligeramente en él, reclamándome como suyo.

Mi mano se encontró con la suya y entrelacé nuestros dedos. Las yemas de sus dedos eran pequeñas y suaves, de un tamaño que era casi la mitad del de las mías. Al contrario que la mayoría de las mujeres, nunca se hacía la manicura. Su apariencia siempre era limpia y sencilla. Apenas llevaba maquillaje, porque no lo necesitaba. Su piel clara y sus ojos de belleza natural eran más que suficientes.

Contemplé sus gruesas pestañas, esperando a que se agitaran. En cualquier momento, la reina de mi finca abriría los ojos para enfrentarse a un nuevo día. Exhausta por el infierno que se había desatado el día anterior, había dormido más de doce horas para recuperarse. Todavía me preocupaba que tuviera que ir a un hospital, pero ella me había asegurado que no hacía falta.

Finalmente, abrió los ojos. Luminosos y brillantes, relucían como gemas. La magia y la emoción se mezclaban con la bruma del sueño. Su belleza era incomparable y, a veces, simplemente no parecía real.

Después de que sus ojos me atraparan, sus labios se estiraron en una sonrisa perfecta. No enseñó los dientes, pero el gesto fue igual de poderoso. Se acercó más a mí hasta pegarse al contorno de mi costado, abandonando su lado de la cama e invadiendo el mío como una conquistadora. Se apretujó más contra mí y después me depositó un húmedo beso en el pecho. A continuación, el suspiro más bello escapó de sus labios.

Cada pequeño detalle podía conmigo, y estaba tan hechizado que me olvidé por completo de respirar. Mis pulmones se expandieron de inmediato con la profunda inhalación que necesitaba, y me quedé mirando a la mujer que me había hecho llorar hacía sólo unos cuantos días. Sin torturarme ni amenazarme, me había llevado a un nivel de emoción que nunca había alcanzado en mi vida adulta. Me había despojado de mi armadura hasta que no quedó nada más que piel y hueso. Me

había hecho menos hombre, pero al mismo tiempo, me había convertido en la versión más fuerte de mí mismo que sería jamás.

Se volvió más hacia mí y me depositó otro beso en el pecho. Su labio superior se quedó pegado brevemente a mi piel seca antes de retirarse suavemente. Tenía el pelo revuelto y enredado de la noche anterior, pero le daba aspecto de una diosa del sexo que viviera para complacerme.

Trepó por mi pecho hasta que sus piernas rodearon mis caderas, y deslizó lentamente su cuerpo hacia abajo hasta que su sexo topó con mi glande. Presionó suavemente hasta que me introduje en ella, estirándola.

Gimió suavemente antes de morderse el labio.

Mis manos bajaron de inmediato hasta sus muslos, agarrándola con fuerza.

Ella continuó descendiendo hasta que estuve por completo en su interior, a tanta profundidad que podía sentir su cérvix. Tenía los pechos respingones y los pezones tan duros como el diamante. Su cintura no encerraba tantas curvas como antaño porque no había comido demasiado durante nuestra separación, pero seguía siendo tremendamente sensual. Se echó hacia atrás y se pasó los dedos por el pelo antes de empezar a frotarse contra mí, con una mirada traviesa en los ojos.

Joder.

Se mordió el labio y gimió mientras me aceptaba una y otra vez, tocándose, con el aspecto de las fantasías de cualquier hombre. Sus manos se aferraban a sus pechos antes de volver a enterrarse en su cabello, disfrutando al máximo de sí misma al tiempo que me satisfacía a mí.

Aquello era mejor que cualquier sueño.

Frotaba las caderas contra mí, enterrando su clítoris en mi pelvis. Casi al instante, se corrió sobre mí, empapándome con su

lubricación y enviándome al paraíso. Su sexo se contrajo intensamente en torno a mi erección, ordeñándome con intención de quedarse hasta la última gota de la explosión que estaba a punto de abandonar mi cuerpo.

—Botón. —Le pasé los brazos por debajo de los muslos, empujándola con fuerza sobre mi miembro. Cada vez que veía su boca formando aquella deliciosa forma de O, casi gritando por la intensidad de su orgasmo, quería correrme justo después que ella, liberando todo el deseo acumulado en mis testículos.

Se inclinó hacia delante y se aferró a mis hombros con sus largas uñas. Con una mirada de confianza, me miró directamente al alma mientras sus caderas continuaban balanceándose, introduciéndome en su interior. Tenía las mejillas sonrojadas debido al placer que sentía entre las piernas, y los pezones todavía erectos de excitación se arrastraban por mi pecho con cada uno de sus movimientos.

—Total y jodidamente perfecta. —Le estrujé los muslos mientras me deslizaba en su interior, con la mirada aún clavada en sus bellos ojos azules. Me había acostado con muchísimas mujeres que habían aceptado los oscuros deseos que les imponía. Algunas noches había vivido en una fantasía pura con mujeres más bellas que la noche misma. Pero esta mujer destruía sus recuerdos. Con su belleza, su fuerza y su resistencia, espantaba los fantasmas de todas y cada una de las mujeres con las que había entrado en aquella mansión. Ejercía su dominio de modos sutiles, conquistándolo todo... a mí incluido. Era la otra cara de mi moneda, la sangre que recorría mi corazón.

—Dámelo todo. —Empezó a dejarse caer sobre mí con más fuerza, asimilando por completo mi miembro en su estrecho y pequeño sexo. Me clavó las uñas en los hombros y su respiración se hizo más profunda al engrosarse mi erección en su interior—. Lo quiero, Crow.

Yo gruñí desde el fondo de la garganta porque sus palabras me inflamaban. Cada vez que me suplicaba que me corriera, me resultaba imposible contener mi cuerpo. Sentí mi miembro arder con un placer delicioso que me recorría todo el cuerpo. Palpité en lo más hondo de su ser al liberar mi carga, ofreciéndole una oleada tras otra de mi esencia. Volví a gruñir, porque el placer era incontenible. Hundí los dedos en sus caderas mientras me dejaba llevar, con los nervios encendidos por el orgasmo que se extinguía.

Se apartó lentamente de mí y se llevó los dedos a su entrada. Jugeteó con su sexo hasta que mi semen goteó sobre las puntas de sus dedos. Como una golfa, se llevó los dedos a la boca y se los lamió hasta dejarlos relucientes.

—Joder, Botón.

ESTABA DEBAJO DE LA DUCHA, lavándose el pelo y librándose de la suciedad que se aferraba a su piel. Tenía magulladuras tenues en los brazos y en las costillas, por donde la habían agarrado con fuerza como si fuera un perro. El corte que tenía sobre la ceja había dejado de sangrar, pero todavía tenía aspecto de doler.

Apreté el pecho contra su espalda y le pasé los brazos por la cintura.

—¿Seguro que estás bien? Siempre puedo llamar a un médico para que venga a la finca. —Le pasé el cabello sobre un hombro y le di un beso en la sien.

—Crow, estoy perfectamente. —Se dio la vuelta y echó la cabeza hacia atrás para poder aclararse la espuma del pelo—. He pasado por cosas peores. Ambos lo sabemos.

Se estaba refiriendo a la ocasión en la que mi querido hermano casi la había matado de una paliza.

—No pasa nada por admitir que necesitas ayuda. Un médico podría recetarte algo más fuerte que paracetamol.

—Deja de tratarme como si fuera de porcelana. Puede que me doble, pero no me rompo. —Salió de debajo del agua y se escurrió el agua del pelo. Las gotas caían por el desagüe y el pelo húmedo le colgaba sobre un hombro.

Mi preocupación nunca desaparecería. Sólo con que se cortara con un papel, a mí me dolería. Se merecía una vida libre de dolor y preocupaciones. Lo único por lo que tendría que preocuparse era por qué vestido ponerse y por dónde iríamos a cenar. Debería poder mirarse las incontables cicatrices y tratarlas como si fueran pecas.

Salió de la ducha y se secó el cuerpo antes de empezar a secarse el pelo con el secador sobre el lavabo. Con una toalla envuelta alrededor del pecho, se pasaba los dedos por el pelo mientras el aire caliente soplaba entre sus mechones. Se concentraba en sus movimientos en el espejo, sin verse realmente.

En vez de lavarme el pelo y enjabonarme el cuerpo, me dediqué a observarla. En cuanto se alejaba de mi alcance, no le quitaba la vista de encima. El punto al que llegaba mi actitud protectora estaba alcanzando extremos alarmantes, y apenas podía contenerme para no esconderla en algún país extranjero, donde nadie podría encontrarnos jamás.

Cuando terminó de arreglarse, salió del cuarto de baño y yo me quedé sin nada que mirar. Salí de la ducha y me afeité antes de vestirme para la jornada. Botón encontró uno de sus vestidos dentro de mi armario, y estaba igual de guapa con él que cuando solía ponérselo.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —Me acerqué a ella por detrás y le di un beso en el hombro.

—¿No tienes que trabajar?

Le di otro beso, porque mis labios estaban hambrientos. Me acababa de montar como una amazona, pero yo quería más. Ella era todo lo que quería, y la quería todo el tiempo.

—No. —El trabajo podía esperar. Ya había descuidado mis obligaciones hasta aquel momento. Unos cuantos días más no supondrían ninguna diferencia.

—Por mí no hace falta que te quedes. —Me apoyó la parte de atrás de la cabeza sobre el pecho y levantó la vista hacia mí—. Lars jugará conmigo.

Le di un beso en la frente, sintiendo con ello tanta satisfacción como cuando la había besado en el hombro. El calor me sonrojaba la piel como carbones ardiendo.

—Yo quiero jugar contigo.

—¿Ah, sí? —Se apretó contra mí, con el trasero directamente en mi entrepierna.

Le di otro beso como respuesta.

—¿Podemos dar un paseo? Quiero ver los viñedos.

—Lo que tú quieras. —Le di la mano y salimos hacia el sendero que recorría las viñas. La cosecha acababa de finalizar, pero los viñedos estarían otra vez repletos de uvas en muy poco tiempo. El olor era exactamente el mismo, rebosante de verdor y del sol toscano. De la mano, paseamos entre las hileras.

Los ojos de Botón estaban encandilados con la vista que la rodeaba. No me miró ni una vez porque estaba hechizada por la plenitud que tenía a su alrededor. Con ese vestido y los largos mechones castaños cayéndole por la espalda, parecía una auténtica toscana.

—Pensé que no iba a volver a ver este lugar nunca más... sólo en sueños.

—¿Soñabas mucho con esto?

Sus ojos se desplazaron hasta la ladera de la colina que había más allá, donde se formaba una sombra sobre la hierba. Había

una sola nube en el cielo azul, formando la única sombra que se divisaba en el paraje. Atrajo su atención durante casi un minuto, antes de volver a la conversación.

—Todas las noches.

—¿Soñaste conmigo? —Sabía su respuesta sin necesidad de preguntar, pero quería escucharla de todas maneras. Quería escuchar que me adoraba, y que vivir sin mí era algo demasiado difícil de soportar. Me había derrumbado en el umbral de su puerta, y quería que ella se derrumbara por mí.

Su respuesta fue la misma que la de la pregunta anterior. Dejó de andar y se volvió hacia mí, con los vibrantes ojos comparables a las viñas que teníamos a ambos lados.

—Todas las noches.

Capítulo 17

PEARL

La finca Barsetti era una bella mansión que desprendía el tipo de elegancia italiana que la gente sólo podía empezar a imaginar. Cada centímetro de aquella finca estaba decorado intencionadamente justo con el tono adecuado para lograr que cobrara vida. Llena de historia, poder y belleza, era una de las visiones más espectaculares que había visto nunca.

Los paisajes que se veían desde cualquier ventana eran más arrebatadores que cualquier cosa imaginable. Los viñedos se extendían más allá de donde alcanzaba la vista, y las bajas colinas se alzaban hacia el cielo, formando un valle privado para el disfrute exclusivo del espectador. Allí el aire era limpio y olía a árboles y a uvas dulces.

No sólo amaba aquello porque parecía salido de un cuento de hadas.

Lo amaba porque era mi hogar.

Era el primer lugar al que había sentido que pertenecía. Crow era el hombre con el que había soñado casarme y pasar el resto de mi vida. Nunca pensé que pudiera confiar en un hombre después de lo que me había pasado, pero estaba claro que a Crow le confiaría mi vida. Sin importar lo que sucediera, podría contar

con él.

Él me protegería.

El hecho de que hubiera otra persona tan dañada como yo lo hacía todo un poco más fácil. No me sentía tan rota, sabiendo que él también lo estaba. Él me entendía sin hacer preguntas, y comprendía cómo me sentía en cualquier momento del día sin yo tener que decírselo.

Volver a aquel precioso lugar era un privilegio, aunque sólo fuese de forma temporal. No habíamos hablado de lo que íbamos a hacer, pero sabía que me quedaría allí una temporada. Para mí no era seguro volver a Estados Unidos, cuando Bones podría volver a atraparme. Parecía que el único lugar en el que estaría a salvo era allí donde estuviese Crow.

Y aquello habría estado muy bien, si sus sentimientos fuesen los mismos que los míos.

Había salido de mi apartamento sin mirar atrás. Se había despedido por última vez y estaba preparado para dejarme en el pasado. Si entonces no me amaba, ahora tampoco lo haría. Ni lo haría en toda su vida.

Así que no podría quedarme allí para siempre.

Algún día tendría que marcharme. Hasta entonces, tenía intención de mantener mi corazón tan cerrado como me fuese posible. Nada podría hacer retroceder los sentimientos que ya ardían en mi corazón. Aquel amor no sólo existía en mi pecho, sino en todas partes. No podía borrarlo, ni fingir que no estaba allí. Pero al menos, podía evitar que continuara creciendo.

Crow se sentó a la mesa del comedor frente a mí, con el periódico de la mañana junto a él. Nos pusieron delante huevos, beicon y tostadas, además de tortitas de suero de leche. La comida allí era mucho mejor que lo que yo solía comer. Todo era fresco y sin conservantes. Los huevos habían sido comprados en el mercado aquella mañana, y el azúcar era puro. Estaba todo tan

bueno que sólo por esa razón, no estaba segura de ser capaz de volver algún día a Estados Unidos.

En vez de leer el periódico como tenía por costumbre, se bebió el café y se comió el desayuno lentamente. Ese día no parecía tener demasiado apetito, y ni siquiera tocó las tortitas. Lars casi nunca le traía nada dulce, pero ese día sí lo había hecho.

Le eché una ojeada al periódico.

—¿No hay nada interesante?

—No lo sé. —Dejó la taza sobre el platito—. No lo he mirado.

No me molesté en desentrañar su acertijo y continué comiéndome las tortitas. Aquella mañana me había despertado hambrienta, y daba la impresión de no haber comida suficiente en el mundo para saciarme. Ahora que Crow había vuelto a mi vida, mi apetito había vuelto, porque sentía una lejana sensación de felicidad.

—¿Puedo leer las tiras cómicas?

Arqueó una ceja antes de dar otro sorbo a su café.

—Nosotros no tenemos tiras cómicas, Botón.

—¿Cómo? ¿Entonces de qué te ríes?

Dejó la taza y me dedicó aquella expresión intensa típica suya.

Le sostuve la mirada sin reaccionar. Aquella mañana me estaba prestando una cantidad inusual de atención. No parecían importarle ni el periódico ni su desayuno. Sólo estaba atento a mí, sentada frente a él.

—A nadie le importan las cosas que pasan en el mundo. Sólo les importa cuánto odia Garfield los lunes, lo cual es irónico, dado que no tiene que ir a ningún trabajo.

—¿Quién es Garfield?

—Es ese gato naranja a rayas al que le encanta la lasaña.

La expresión de Crow no cambió.

—¿Y se supone que eso es gracioso?

—Es muy gracioso. Intentaré encontrar algo en internet para

enseñártelo. Te encantará.

Se sirvió más café en la taza y después tomó un bocado de sus claras de huevo. Aquella mañana había salido a correr, pero no estaba comiendo más de lo habitual. No estaba muy segura de cómo un hombre que apenas comía y que se dedicaba a hacer ejercicio estaba tan musculado.

—Estoy deseándolo.

—¿Vas a trabajar hoy?

—No.

Ya llevaba casi un mes sin ir a trabajar, y todavía no había vuelto.

—No hace falta que te quedes aquí colgado conmigo. Estaré bien.

—Sé que no hace falta que me quede colgado contigo. —En sus ojos se reflejaba la diversión ante mi elección de palabras, que él nunca diría—. Es que quiero quedarme colgado contigo.

—Bueno, ¿qué quieres que hagamos hoy?

—Lo dejo enteramente a tu elección.

—¿Por qué yo? —pregunté—. Tú eres el mandón.

Por fin, la comisura del labio se le levantó en una sonrisa.

—Supongo que no me importa dejarte tomar la iniciativa de vez en cuando.

—He visto una hamaca fuera.

Puso la mano sobre la mesa, esperando a que continuara hablando.

—¿Podemos tumbarnos en ella a leer? —Yo solía pasar las tardes fuera mientras él estaba trabajando. El sol toscano me calentaba, invitándome a echar una siesta vespertina que se llevaba todos mis problemas. Para cuando me despertaba, él ya había vuelto de trabajar, y debíamos tener nuestra diversión.

Esperaba que rechazase la sugerencia, pero no lo hizo. Seguía medio sonriendo.

—Claro.

UNA PESADILLA me hizo revolverme entre las sábanas y le rogué a mi mente que se despertara. Bones me había atrapado y me forzaba a una vida de sometimiento y crueldad. Después de dar algunas vueltas más, por fin jadeé y me desperté.

El dormitorio estaba a oscuras, salvo por la luz de la luna que entraba por la ventana. Inundaba la habitación con radiante luz blanca, permitiéndome ver las puntas de mis dedos y la nariz en el extremo de mi rostro.

Respirando con fuerza y aún aterrorizada, extendí la mano buscando a Crow a mi lado. Necesitaba aquellos brazos fuertes para que formaran una jaula de acero a mi alrededor y me protegieran, tanto de Bones como de mi subconsciente. Pero cuando vi la cama vacía a mi lado, me di cuenta de que estaba sola.

Se había marchado.

Me enderecé y miré la habitación a mi alrededor, pero no lo vi por ninguna parte. La puerta del baño estaba abierta, pero no escuché sus pisadas dentro. Mi única compañía en la habitación vacía eran las sombras.

—¿Crow?

La callada llamada del silencio fue mi respuesta.

Salí de la cama y me puse con rapidez una de sus camisetas antes de ir a buscarlo. Mi primera suposición fue su estudio. Estaba lleno de whisky y coñac, además de contar con una cálida chimenea. Si no podía dormir y deseaba estar solo, allí es donde iría.

Salí al pasillo y localicé la puerta a la izquierda. Giré el pomo, entré y lo primero que vi fue a él, sentado en el sofá. Sólo llevaba

puestos los pantalones del pijama y estaba inclinado hacia delante, con los brazos sobre los muslos. Tenía los ojos pegados a las llamas que bailaban dentro del hogar, reflejándose en las motas de sus ojos.

Cerré la puerta detrás de mí y me adentré en la habitación.

Él no se dio por enterado de mi presencia ni una sola vez, lo cual me indicó que había sabido que estaba allí desde el momento en que mi mano se había posado sobre el pomo.

—¿Una pesadilla?

—Sí. —Me hundí en el asiento junto a él, enganchando mi brazo al suyo—. Parece que las tengo cuando tú no estás.

—Soy tu atrapasueños.

Descansé la mejilla en su hombro.

—Sí.

—Y tú eres mi atrapaluz.

Levanté la cabeza al no entender lo que quería decir. Contemplé su rostro de perfil, esperando a que me mirase.

No lo hizo.

—Tú espantas la oscuridad. Capturas la luz. —Cuando se quedó en silencio, supe que aquella conversación había terminado. En la mesa había un vaso de whisky con dos grandes cubitos de hielo dentro. La licorera estaba junto a él, llena casi hasta arriba.

Aquella noche estaba de un humor particularmente sombrío, y yo no entendía qué lo había provocado. Habíamos pasado el día descansando en la hamaca y cenado en la terraza. No nos habíamos dicho gran cosa, pero era agradable simplemente estar juntos. Y ahora, estaba bebiendo como un descosido, solo en su estudio a las tres de la mañana.

—¿Qué pasa, Crow? ¿Qué te sucede?

Él cogió su vaso y le dio un largo trago. Se obligó a sí mismo a tragar, como si le enfermara el ardor que le bajaba por la

garganta. Cuando volvió a dejar el vaso sobre la mesa, derramó algunas gotas sobre el parqué.

—¿Es por Bones? —susurré—. Crow, encontraremos un modo de derrotarlo. Sólo necesitamos un buen plan. —Le acaricié la espalda con los dedos, subiendo hasta la nuca. Le masajeeé el pelo, sintiendo los suaves mechones deslizarse entre mis manos encallecidas. Él cerró los ojos un momento, casi disfrutándolo—. Algo se nos ocurrirá.

—No es eso... al menos, no en este momento.

—Entonces, ¿qué es? —Dejé de mover la mano, esperando una respuesta.

Él dejó de mirar el fuego y volvió la vista hacia los cuadros que había en la pared. Los botones seguían marcando las imágenes de los viñedos, y estaban exactamente en el mismo sitio en el que solían estar. El resplandor de la chimenea iluminaba los detalles.

—Vanessa... Hoy hace dos años que murió.

Dejé caer la mano, apartándola de su espalda, en cuanto entendí lo que me estaba revelando. Nunca había sabido la fecha en la que había fallecido, pero había estado con él durante casi un año, y sabía que sería pronto. No hablaba de Vanessa muy a menudo, y cuando lo hacía, no decía demasiado.

—Lo siento.

—Bones sigue vivo. —Sacudió la cabeza, asqueado—. No debería estarlo.

—Sucederá. Dale tiempo.

—Casi te atrapa, Botón. Tuve suerte de salvarte. Podía haber sucedido de forma muy diferente.

—Pero no fue así. —Apreté mi brazo contra el suyo.

—Pero si hubiera sido así... No habría sido capaz de salir adelante. —Volvió a sacudir la cabeza—. Me habría rendido en aquel mismo instante y me habría llevado un arma a la cabeza.

Habría apretado el gatillo allí mismo, en la calle. Aunque Cane hubiera estado allí, habría dado igual. Nada me habría impedido quitarme la vida. —Cogió el vaso y se lo acabó antes de estamparlo boca abajo sobre la mesa.

Yo le froté el brazo, esforzándome por consolarlo como me fuera posible. Las palabras eran inútiles cuando estaba así, medio borracho y deprimido. Aunque yo aportara luz, él no podía verla. Estaba hundido en el fondo de las tinieblas.

—Nos lo vamos a cargar y a conseguir la venganza que te mereces. Entonces podré irme a casa y vivir en paz el resto de mi vida. Todo saldrá bien.

Por fin se giró hacia mí, manteniéndome la mirada. Sus ojos no eran cálidos, como solían. Ahora los tenía más oscuros que el carbón. Sin proferir ni un solo insulto, me amenazó sólo mirándome.

—No te vas a marchar, Botón. Ni ahora, ni nunca.

—Cuando esté muerto, Crow. No mañana. —Yo ya sabía que Crow no me dejaría irme hasta que fuera completamente seguro. Después de que hubiera despedazado a aquellos hombres, yo sabía que se había nombrado a sí mismo mi guardaespaldas a tiempo completo. No había un solo lugar al que yo pudiera ir sin que él lo supiera. No podía poner un pie fuera de la finca, y siempre estaba vigilada.

—Ni siquiera entonces.

Cuando entendí lo que quería decir, la rabia se apoderó inmediatamente de mí. Crow y yo habíamos llegado a un punto en el que éramos iguales. Yo no le debía ningún botón más, y él no podía darme órdenes como si fuera mi dueño. Yo no era su esclava, ni su propiedad, ni nada suyo. Y más le valía no olvidarlo.

—Tú no me dices qué es lo que tengo que hacer. Si quiero marcharme, me marchar...

—Te amo.

Me detuve en mitad de la frase y sentí un dolor insoportable introducirse en mi estómago, como si me hubieran disparado con un arma. No podía hablar porque se me había congelado la boca, y como si siempre hubiera estado al borde de las lágrimas, se me humedecieron los ojos. Me dolían los pulmones porque era incapaz de respirar. Había oído lo que me había dicho, pero era demasiado bueno para ser verdad. Era tan bueno que de hecho dolía. Era una provocación, un atisbo de mis sueños más descabellados.

—¿Lo estás...? ¿Lo estás diciendo por decir? —Crow no me mentiría, pero haría cualquier cosa por mantenerme a salvo. En caso necesario, diría algo así para protegerme.

—Nunca. —Me rodeó suavemente el cuello con la mano, deteniéndola sobre mi pulso. Cada vez que me palpitaba la vena, podía sentir la vibración contra su palma—. Perdí a Vanessa, y eso me dejó hecho polvo. La quería con toda el alma, y en cuanto desapareció, dejé de ser la misma persona que era. Pero la idea de perderte... me duele mil veces más. Llevo ya tiempo intentando negarlo, pero no puedo continuar haciéndolo. Sé exactamente por qué el dolor es insoportable. Sé exactamente por qué me consume en mis pesadillas... porque te amo. —Apoyó su frente en la mía y cerró los ojos, respirando profunda y regularmente—. Ahora, me gustaría que tú me lo dijeras a mí.

El fuego ardía en la chimenea, produciendo el único sonido que se oía en la casa. Nuestra respiración llenaba el espacio, y el latido desbocado de nuestros corazones martilleaba a toda velocidad. Para cualquier otra persona, no era más que el sonido del silencio. Pero para nosotros, era el sonido de un nuevo comienzo.

No esperaba que fuese a pronunciar nunca aquellas preciadas palabras, aunque las sintiera. Ahora que lo había hecho, no pude

contener mi reacción vulnerable. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, deslizándose por mis mejillas como dos minúsculas cascadas. No había entendido cuánto necesitaba oírle decir aquellas palabras, hasta el momento en que lo había hecho. Aquel lugar era mi hogar: él era mi hogar. Era el único hombre que me había hecho sentir completa alguna vez. Era un sueño que nunca pensé que pudiera tener, pero por fin había bajado las defensas y me había permitido entrar.

—Botón. —Se apartó y me miró a los ojos, con la misma expresión de siempre. Era una expresión oscura e intensa, no mi descalabro emotivo. Sus dedos no se apretaron contra mi cuello, pero me dio un pequeño tirón impaciente.

Por fin logré controlarme y me limpié las lágrimas con el dorso del antebrazo. Llorar era algo molesto y una increíble pérdida de tiempo, pero había cedido a ello. Cuando él se había marchado de mi apartamento, había hecho lo mismo y me había humillado delante de él. Después de vanagloriarme de ser más dura que el acero, me estaba desmoronando como un montón de hojas viejas.

—Yo también te amo.

Me limpió las últimas lágrimas con los pulgares y me miró con una nueva expresión en los ojos. Todavía tenía un aspecto sombrío y amenazador, pero diferente del que solía tener. Cuando lo conocí por primera vez, me pareció frío y aterrador. Mataría a cualquiera que se interpusiera en su camino y era implacable en su liderazgo. Intentando desesperadamente permanecer insensible y vacío de cualquier emoción, se volvió hacia el sexo y el whisky. Se negó a dejarme entrar, aunque él se me había metido dentro a varios niveles de profundidad. Pero por fin había bajado sus defensas y había dado un paso hacia la luz.

Había dado un paso hacia la luz conmigo.

Capítulo 18

CROW

Aquella mañana me levanté temprano, salí a correr y tomé un bocado rápido abajo. Tenía mucho trabajo que hacer, y no demasiado tiempo para hacerlo. Aunque quería quedarme en casa con Botón, debía abandonar sus cálidos besos y caricias y salir al mundo real.

Tenía que matar a Bones.

Me di una ducha rápida en el piso de abajo y Lars me entregó un traje nuevo que había comprado en Florencia. Hecho a mano por expertos sastres italianos según mis instrucciones exactas, me daba aspecto de ser un hombre a quien no querías hacer enfadar.

Pero claro, yo siempre tenía ese aspecto.

—El coche espera, Excelencia. —Lars alisó la espalda de la chaqueta, a pesar de que estaba perfecta, y después se acercó a la entrada.

—Gracias. Dile a Pearl que volveré para cenar.

—O me lo podrías decir tú mismo. —Estaba en la parte alta de las escaleras, con mi camiseta y mis pantalones de chándal puestos. Llevaba el pelo en una trenza sobre un hombro y tenía una mano en la cadera.

Mi intento de escabullirme había fracasado. Me acerqué al pie de las escaleras, pero no subí para encontrarme con ella.

—Tengo cosas que hacer. Te veo en la cena.

Ella me miró entrecerrando los ojos, con una profunda sospecha en la mirada. Si hubiera sido un día normal en las bodegas, no me estaría marchando tan pronto, ni me escabulliría sin darle un beso de despedida.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Nada. —Me metí las manos en los bolsillos, sin apartar la mirada—. Luego te veo. —Me di la vuelta y me encaminé hacia la puerta.

—Eh, espera un poco.

Me giré, sin molestarme en ocultar mi irritación.

Bajó las escaleras con elegancia, comportándose como si llevara un vestido de noche en vez de mi ropa enorme. Se tomó su tiempo porque sabía que esperaría a que terminara de bajar. Cuando llegó a mi lado, me pasó los brazos por el cuello y me besó.

—No vuelvas a marcharte sin despedirte de mí con un beso.

Le estreché la cintura con las manos y me sentí flaquear. Mi anterior ambición desapareció en cuanto aquella cálida boca estuvo pegada a la mía. Ahora deseaba levantarla en brazos y volver con ella arriba.

Ella se apartó, con los ojos hambrientos de mi afecto.

—¿Me has entendido?

Un escalofrío me subió por la columna al escuchar la autoridad que encerraba su voz. Cuando le salía el lado autoritario, me ponía a cien. Me encantaba que me poseyera, que me controlara como si fuera su derecho hacerlo.

—Sí.

Me dedicó una mirada de complicidad antes de besarme en la comisura de los labios.

—Hasta luego.

Me volví a derretir, desesperado por llevármela al piso de arriba y clavarla al colchón mientras daba rienda suelta a mis deseos. Ella sabía que me estaba provocando, castigándome por haber intentado salir de casa para no tener que darle ninguna explicación. En cuanto volviese, se ensañaría conmigo.

Y yo lo esperaba con impaciencia.

—¿POR qué coño has tardado tanto? —Cane me saltó encima en cuanto llegué a la base.

—Me he entretenido.

—¿Haciendo qué? —saltó—. Sólo tienes que meterte en el coche y conducir.

Le puse la mano en la cara y le di un fuerte empujón sin dejar de andar. Mi hermano pequeño no me podía hablar así, aunque tuviese razón. Entré y me dirigí al centro de operaciones. Aquellas personas estaban en sus puestos, ocupándose de los negocios, como siempre.

Cane vino detrás de mí, pero no continuó con la discusión.

—Va a llamar en dos minutos. ¿Estás preparado para esto?

Más que preparado.

—Sí. Me senté a la mesa, en la que había un teléfono fijo. Pasé el móvil a la línea para poder rastrearlo con más facilidad. Si lográbamos concretar su posición, podríamos bombardearlo hasta que se pensara que estaba en la Segunda Guerra Mundial. Él sólo sabía que fabricábamos armas, no explosivos. Se iba a llevar una buena sorpresa.

—Mantenle en la línea...

—¿Crees que es la primera vez que hago esto?

Cane dejó caer con fuerza la mano sobre la mesa.

—Para ser un tío que la mete todas las noches, la verdad es que estás de un humor de mierda.

—No vuelvas a hablar así de ella. —Mi mano se cerró en un puño y lo amenacé con una mirada. Podía insultarme todo lo que quisiera, pero Botón quedaba fuera del juego—. A no ser que quieras que te pegue un tiro en el otro brazo.

Antes de que Cane pudiera contestar, sonó el teléfono.

Yo lo dejé sonar a propósito, sólo para joder. No había mayor falta de respeto que malgastar el tiempo de alguien. Cuando por fin me cansé de dejar pasar los segundos, contesté.

—Crow.

Él hizo una pausa al otro lado de la línea, haciéndome perder el tiempo igual que yo había hecho con él.

—Me impresionó la manera en que organizaste la captura de Pearl. Si no estuviera tan enfadado, podría incluso aplaudirte.

Miraba a Cane mientras lo mantenía en línea. Estaba de pie con los brazos cruzados contra el pecho y los auriculares puestos para poder escuchar la conversación.

—A mí no me impresiona que no hagas tu trabajo sucio con tus propias manos.

—Oh, sí que lo hago, Crow. Sólo tienes que preguntarle a Pearl.

La mano se me envolvió a cerrar en un puño, esta vez casi abriéndome la piel.

—No hace falta que te diga que la quiero, y que la voy a conseguir. Dámela y nuestra guerra acabará de una vez por todas.

—Nunca. —Jamás renunciaría a Botón. Lucharía hasta mi último aliento para asegurarme de que estaba a salvo. Si él la quería, tendría que pasar por encima de mí. Y nunca lo lograría—. Estoy seguro de que podemos llegar a algún otro compromiso. Como ya he dicho en el pasado, estoy más que dispuesto a compensarte.

—No hay dinero suficiente para sustituirla.

Era la primera vez que estábamos de acuerdo en algo.

—Entonces no hay trato.

—Crow, te voy a atacar con todo lo que tengo hasta recuperarla. Te encontraré, y cuando lo haga, le daré por el culo delante de ti. Te sugiero que optes por la solución más sencilla mientras siga disponible. Porque si continúas poniendo a prueba mi paciencia, la trataré mucho peor de lo que nunca traté a tu preciosa hermanita.

Me contuve para no estampar la mano sobre la mesa. La mención a Vanessa llevó la conversación a otro nivel. Me hervía la sangre y no podía parar de temblar.

—No es más que una mujer. Siempre puedes encontrar otra para entretenerte.

—Pero la quiero a ella. Estoy bastante seguro de que sabes por qué.

Yo no negué la insinuación, porque mis intenciones hacia Botón estaban más claras que el agua.

—No la puedes tener, Bones. Sobre eso no cabe discusión. Te sugiero que te conformes con otra cosa, para que podamos acabar con esta guerra. Como gesto de paz, Cane y yo no te haremos pagar por la muerte de Vanessa. —Aquella era la oferta más generosa que era capaz de hacer, y Bones lo sabía. Para nosotros resultaba difícil permitir que el asesinato de Vanessa quedara sin castigo, pero ella ya estaba muerta. Botón seguía viva, y debíamos procurar que siguiera así—. Esa es mi mejor oferta.

Bones se quedó callado durante casi un minuto. Si estaba considerando en serio la oferta, estábamos haciendo progresos. O a lo mejor sólo estaba alargándolo para fastidiarme.

—Voy a conseguirla, Crow. Y cuando lo haga, no te voy a matar. Voy a obligarte a verme follármela hasta que me la cargue. Y después de que me veas rajarle la garganta, te haré lo

mismo a ti.

CUANDO LLEGUÉ A CASA, Botón estaba sentada en el balcón admirando los viñedos. Se estaba bebiendo una copa de vino tinto y llevaba un vestido escogido para ella por Lars en una tienda de Florencia. Llevaba unos pendientes con gemas de color aguamarina y el pelo recogido en una especie de moño. Tenía un libro sobre el regazo. Como si nunca se hubiera marchado, había vuelto a su rutina de entretenerse por su cuenta mientras esperaba mi regreso a casa.

En vez de revelarle mi presencia, me quedé en el umbral observándola. Con las manos en los bolsillos, admiré cada uno de los rasgos que había llegado a adorar. Tenía unas piernas largas y delgadas que se aferraban firmemente a mis caderas cuando hacíamos el amor. Siempre llevaba arreglados los dedos de los pies, aunque nunca se los pintaba. A veces llevaba maquillaje, pero la mayor parte del tiempo no lo hacía, algo que a mí me parecía perfecto. Estaba guapísima al natural. Estudié su esbelto cuello, recordando todos los besos que le había dado en él. No podía precisar el momento exacto en el que mi corazón se había ablandado y la había dejado entrar. Podía haber sucedido la primera vez que le había puesto los ojos encima, cuando estaba peleando para sobrevivir. O podía haber sido cuando me había dicho que me amaba. No le devolví la confesión, no porque el sentimiento no fuera mutuo, sino porque decirlo podría conducir antes o después a un enorme sufrimiento.

Pero ahora no podía negarlo, y desde luego tampoco quería.

Botón debió de percibir mi presencia, porque se dio la vuelta para mirarme.

—No sabía que estabas ya en casa. —Dejó el libro y la copa

sobre la mesa y se puso de pie, con el vestido ciñéndose a sus curvas a la perfección—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí plantado?

—Un rato. —La empujé hacia el cuarto y la guie hasta la cama. Hacía un momento, estaba satisfecho con examinar hasta sus más mínimos rasgos con afecto. Pero ahora que me estaba mirando con aquellos relucientes ojos azules, quería hacer algo más que quedarme mirando.

Le tiré hacia arriba del vestido y le planté las caderas en el borde de la cama. Llevaba los pantalones y los bóxers por los tobillos, y en cuanto su tanga estuvo en el suelo, me enterré profundamente en su interior, sintiendo que su húmedo canal me daba la bienvenida. En cuanto estuve dentro de ella, me detuve para deleitarme con la sensación. El sexo nunca me había procurado tanto placer.

Botón me bajó la chaqueta por los hombros y empezó a desabotonarme la camisa desde abajo, queriendo dejar al descubierto mi pecho y mi estómago.

—Quiero verte entero. —Se tumbó de espaldas, con el pelo revuelto en la cama debajo de ella. El recogido se le había soltado y tenía el cabello disperso por todas partes, fácil de agarrar.

Me desabroché el resto de los botones y dejé caer la camisa al suelo. Quería ver las tetas que tenía debajo del vestido, pero estaba demasiado impaciente por empezar a empujar. Con las manos a ambos lados de su cabeza, me incliné sobre ella y la embestí con fuerza. Su sexo húmedo me parecía el paraíso, y con cada empujón, me introducía aún más en su interior. Ya no me dedicaba recatadas miradas de afecto. Ahora que reconocíamos honestamente nuestros sentimientos, se dio a mí por entero. No se contuvo en ningún momento y se aferró a mí desesperadamente, como si no pudiera vivir sin mí. Se movía contra mí con más intensidad que yo contra ella, y dijo mi nombre tantas veces que perdí la cuenta.

Fue lo mejor.

Me eché aún más encima de ella, presionando sus pies contra mi pecho. Ella dobló las rodillas para dejarme espacio, permitiéndome dominarla por completo. Yo la tenía inmovilizada contra el colchón, penetrándola con tal fuerza que mis testículos rebotaban contra su trasero. Ella estaba cada vez más mojada, y pronto estaba gritando mi nombre a todo pulmón.

Justo después de llevarla hasta el orgasmo, me vacié en su interior, sabiendo que podría hacer aquello todos los días del resto de mi vida. Ninguna mujer podría nunca compararse a la que tenía debajo de mí. Ella se enfrentaba a mí, me adoraba y se sometía a mí, todo al mismo tiempo.

—Esto es lo que quiero hacer absolutamente todos los días al llegar a casa. ¿Me has entendido? —La tomé de la barbilla, obligándola a mirarme. Ella me había controlado por la mañana, pero ahora me había tocado a mí el turno de controlarla.

Me envolvió la muñeca con los dedos mientras yo continuaba sosteniéndole la barbilla.

—Sí. Y esto es también lo que quiero hacer yo absolutamente todos los días.

LAS VELAS ardían sobre la mesa y los grillos chirriaban en la noche. El sol toscano había desaparecido por detrás de las colinas hacía sólo treinta minutos, y ahora estaba anocheciendo. Las tierras se preparaban para dormir, pero rebullían de vida mucho tiempo después de haberse puesto el sol.

Botón estaba sentada frente a mí a la mesa, terminando los últimos bocados de su cena. Llevaba el pelo recogido en una trenza sobre un hombro, y su vestido sin tirantes resaltaba sus bien torneados hombros. Un collar de plata le colgaba alrededor

del cuello, escogido para ella por Lars.

No hablamos durante la cena, sino que nos dedicamos a mirarnos. Yo no solía ser muy hablador de todas formas, pero era agradable no tener que mantener una conversación sólo porque sí. Estábamos cómodos en silencio juntos, y ninguno de los dos tenía expectativas sobre el otro. Pero yo sospechaba que iba a preguntarme qué había estado haciendo aquella mañana.

Y lo hizo.

—¿Qué clase de trabajo has estado haciendo hoy? —Sabía que había estado haciendo algo en secreto, o lo habría preguntado de otra manera. Para empezar, no habría preguntado específicamente por la clase de trabajo que había hecho. Además, no habría esperado tanto tiempo para hacer la pregunta a menos que le asustara la respuesta.

—Cosas con Cane. —No pensaba mencionar la conversación con Bones. Botón era fuerte y valiente, pero aquello la asustaría hasta a ella. Él me había dicho esencialmente que nunca dejaría de perseguirla hasta que volviera a ser su esclava. Dado que ella era mía de todas las maneras posibles, no hacía falta que se preocupara por ello. Mientras estuviera bajo mi responsabilidad, nunca le pasaría nada.

—Ah. —Dio un sorbo de vino antes de devolver la copa a la mesa. Tenía otra pregunta en los labios, pero no la formuló.

—Estamos trabajando en nuestro plan para eliminar a Bones. Estamos considerando bombardear una de sus fábricas, para atraerlo fuera de su escondite. Y cuando eso suceda, sacaremos la artillería.

—Entonces, ¿no sabéis dónde está?

—No, de momento. —Pero lo descubriría.

—¿Creéis que está en Italia?

—Ahora no. —En cuanto nos cargamos a sus hombres, seguro que huyó a Francia o a Rusia para recuperarse. Nosotros

teníamos la ventaja, y él lo sabía. En la calle el caos era absoluto, y si no se había enterado por sus propios hombres, se habría enterado por la policía.

Ella hizo girar el vino dentro de la copa mientras la observaba.

—Entonces... ¿deberíamos mantener la conversación que ninguno de los dos quiere tener?

Contemplé su rostro, esperando a que me mirara a los ojos. Ella continuó observando su vino, para poder evitar hacerlo. No era propio de ella esconderse detrás de nada, y no me gustaba que lo hiciera.

—Mírame cuando me hables.

Le llevó unos momentos obedecer. Levantó la cabeza despacio, irritada por la orden, pero también excitada por ella. Odiaba que la mangoneara como si me perteneciera, pero al mismo tiempo, le encantaba. Era una mujer fuerte que necesitaba a un hombre que lo fuera todavía más.

—¿Qué conversación?

—Sobre nosotros. —Apartó la copa a un lado.

—Pensaba que nuestra relación estaba bastante definida. —Cuando le había dicho aquellas dos palabras, asumí que encerraban todo lo que me hacía falta decir.

—Me refiero a Bones. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo voy a matar. Ya te lo he dicho.

—¿Qué pasa si no lo haces? ¿O si no puedes hacerlo?

Mis ojos se entrecerraron por la ofensa.

—Si he dicho que voy a matarlo, lo haré.

—Y yo no lo dudo —dijo ella con una calma forzada—. ¿Pero qué pasa si resulta imposible seguirle la pista? ¿Qué pasa si no deja nunca de moverse? ¿Deberíamos irnos de la Toscana? ¿Deberíamos mudarnos a otro lugar?

—No. —Yo no era el tipo de hombre que huía de una pelea.

—¿Cómo es que no sabe dónde vives? Debe de saber que

produces vino, así que tendría que imaginarse dónde está tu casa.

—Sí, sabe que hago vino. Pero sólo porque mis viñedos estén aquí, no quiere decir que yo tenga nada que ver con ello. Según la documentación, la propiedad es de una familia que se la compró a la mía. Los papeles son falsos, pero eso él no lo sabe. Y por lo que respecta a mi casa, esta finca ni siquiera sale en los mapas. No está registrada a nombre de nadie ni de nada. Todo el correo me lo envían a un apartado de correos de Florencia, y hasta eso está bajo un nombre falso. No podrá seguirnos la pista hasta aquí. No hace falta que te preocupes por ello.

Como si fuera una reina, mantuvo una postura refinada y elegante. Tenía el cabello apartado de la cara y el pintalabios volvía su boca aún más carnosa y besable. Pero su fuerza y su confianza le otorgaban grandes cualidades de majestuosidad. Siempre me había sentido como si fuera el rey de mi mundo. Y desde luego, ella era mi reina.

—Entonces, ¿seguiremos viviendo aquí?

—Sí.

—¿Y podré quedarme aquí todo lo que quiera?

Estreché los ojos.

—Botón, vas a vivir aquí para siempre. —Aunque matara a Bones, ella no se iba a ir a ninguna parte. No iba a alquilar una casa en alguna parte de Florencia y visitarme para que cenáramos y para quedarse a dormir. Le había dicho que la amaba, y aquella confesión implicaba más de lo que ella había creído—. Ahora este es tu hogar.

Ella apartó rápidamente la mirada, pero no lo bastante rápido. Sus ojos encerraban una pizca de humedad. Parpadeó como si nunca hubiera estado allí.

Yo fingí que no me había dado cuenta.

—Pero será peligroso durante un tiempo. Hasta que mate a Bones, debes quedarte dentro de la finca y no abandonarla en

ningún momento.

—De acuerdo. —En vez de pelear por su libertad y su independencia, se plegaba a ello—. ¿Puedo tener un arma?

—¿Quieres una? —Sabía cómo usarla, pero yo nunca la había visto en acción.

—No. La necesito.

—Eso está hecho.

Dio otro sorbo de vino.

—Hay algo más que querría...

Ya le había dado el mundo entero a mi reina. ¿Qué más podría querer?

—¿El qué?

—Quiero matarlo yo misma. —Me sostuvo la mirada mientras formulaba su petición—. Sé que tanto tú como Cane necesitáis venganza por Vanessa... pero de verdad me gustaría mucho ser la que apretara el gatillo.

Después de lo que le había hecho, no podía rechazar su petición. Se lo merecía.

—Si se dan las circunstancias adecuadas, sí.

—Gracias —susurró—. Significa más de lo que puedo expresar con palabras.

Nunca olvidaría la primera vez que la vi en aquella ópera. Desde lejos, pude detectar la rapidez de su respiración y sus mejillas sonrojadas. Estaba asustada y sentada junto al hombre más implacable que ha conocido el mundo. En vez de sucumbir a la aflicción, intentó encontrar un modo de escapar... pero seguía asustada. En aquel momento, su belleza no me impresionó. Había visto innumerables mujeres bellísimas por toda Italia. No le vi nada especial. Pero cuando me fijé en el fuego que ardía en sus ojos, fue mi perdición.

—Tú te lo mereces más que yo.

—Tampoco diría eso.

Cuando vi cómo se apuntaba la pistola hacia su propio pecho y se preparaba para apretar el gatillo, supe que había tocado fondo del todo. Bones la había torturado hasta un punto más allá de cualquier reparación posible, y la muerte era su única salida. Si no la hubiese detenido, lo habría hecho. De aquello no cabía duda. Desde entonces, había hecho grandes avances. Le había costado meses sonreír, y aún más tiempo terminar por confiar en mí.

—Quiero ayudar en todo lo que pueda. Necesites lo que necesites, cuenta conmigo.

Yo no pensaba permitir a Botón acercarse a él. Ni por asomo iba a utilizarla como cebo o enviarla al combate junto a Cane y junto a mí mismo. Después de las amenazas que había proferido Bones, no quería ni que la mirase.

—Ya veremos.

CUANDO VOLVÍ A CASA DEL TRABAJO, no encontré a Botón por ninguna parte. No estaba en el dormitorio, ni en el balcón, ni cerca de la piscina, ni en el estudio. Normalmente, cuando yo llegaba a casa, ella aparecía de inmediato para darme la bienvenida con un beso.

Pero ahora no la encontraba.

Intenté no dejarme llevar por el pánico y ponerme en lo peor. La casa parecía en calma y el personal estaba ileso. Las puertas de acceso a la finca habían sido cerradas con llave después de que yo sacara mi coche.

Bajé al piso inferior en busca de mi mayordomo.

—Lars.

Emergió de la cocina, con el pelo blanco peinado hacia atrás y una cálida sonrisa en el rostro. Daba igual lo enfadado que yo

pareciera, él aparentaba no darse cuenta.

—¿Sí, Excelencia?

—¿Has visto a Pearl? —No iba a recurrir a llamarla a voces por la finca. Ella sabía que su trabajo consistía en darme la bienvenida en cuanto llegaba a casa. Le había hecho aquella petición justo el día antes, y ella no era una persona olvidadiza.

—Estoy aquí. —Botón salió de la cocina con un delantal rojo atado a la cintura—. Lo siento, perdí la noción del tiempo. —Tenía manchas por toda la prenda y un poco de salsa en la mejilla. Se acercó a mí limpiándose las manos en la parte delantera del mandil—. Esa cocina es como otro mundo...

—No vuelvas a hacer eso. —No pude disimular mi enfado delante de Lars. Él sabía qué tipo de hombre era, así que mis amenazas no le sorprendían. Volvió a introducirse sigilosamente en la cocina, intentando desaparecer sin que ninguno de los dos lo advirtiera.

Los ojos de Botón se estrecharon hasta convertirse en rendijas amenazadoras.

—¿Hacer el qué?

—¿Qué te dije ayer? Cuando llego a casa, o te arrodillas o te doblas hacia delante. Enviarme a buscarte por toda la casa es inaceptable. Por un momento, he pensado que te había pasado algo...

—Te estaba haciendo la cena, imbécil. —Se puso en jarras y la mirada se le ensombreció.

De repente, sentí la lengua demasiado grande para mi boca. Las palabras murieron al instante en mi garganta al darme cuenta lo hostil que me había vuelto en apenas unos segundos. Ella era la única persona que podía ponerme en mi lugar de aquella manera.

—He perdido la noción del tiempo y no me he dado cuenta de que habías llegado a casa. Pero si quieres que me arrodille y te la

chupe en este mismo momento, lo haré. ¿Es eso lo que quieres?
—levantó la voz, a punto de convertirse en una fiera.

Si no ponía remedio a la situación, aquella discusión tomaría un giro muy peligroso. Cuando me enfrentaba cara a cara con Botón, solía perder. Ella sabía manejar las palabras y no tenía reparos en hacerme sentir como el pedazo de mierda que era.

—Cuando no te he podido encontrar, me ha entrado el pánico. Pensé que alguien se te había llevado... No me voy a disculpar por eso.

—No. —Se cruzó de brazos—. Sí te vas a disculpar. Me acabas de insultar delante de Lars y me has tratado como a una esclava. Puedes apostar el culo a que te vas a disculpar conmigo, y cada una de tus putas palabras será sincera.

Mi cuerpo reaccionó de la forma incorrecta. Me empalmé y mi miembro empezó a empujar la cremallera. Había algo en su dureza que me ponía. Nunca había conocido a nadie tan minúsculo y temerario. No me había tenido miedo ni siquiera cuando no me conocía. Sólo me hacía querer poseerla aún con más ganas.

Ella se mantuvo en sus trece y continuó amenazándome con aquellos labios carnosos. Los tenía firmemente apretados para contener el veneno que se le desbordaba por la boca. Aquella era una batalla que se negaba a perder, y lucharía hasta haber ganado la guerra.

Yo nunca le había permitido a nadie hablarme de aquella manera, no digamos ya a una mujer. Pero ella me ponía en mi lugar sin ningún esfuerzo, y no se inmutaba al hacerlo. Yo no estaba seguro de si realmente era más dura que el acero, o si sencillamente tenía un efecto debilitante sobre mí. En cualquier caso, yo permitía que sucediera. Y sólo había una mujer que pudiera instarme a hacerlo.

Ninguna mujer me había puesto de rodillas, pero ella lo había

logrado. Flexioné una rodilla ante ella y la miré desde abajo.

Botón no pudo ocultar la sorpresa en su rostro. La ferocidad de sus ojos desapareció en menos de lo que se tarda en chasquear los dedos, y los labios se le entreabrieron de desconcierto. Me había vencido sólo con sus palabras y con su aspecto. Había conseguido domar a la bestia más salvaje del mundo.

—Lo siento. —Era sincero, y no me importaba que el personal me viera en una posición de debilidad. Botón era mi reina, y había aceptado el hecho de que no siempre podría llevar la voz cantante en la relación. A veces sería ella la dictadora, y a veces mandarían yo.

Ella todavía no había recuperado la compostura en el rostro. Habíamos discutido en innumerables ocasiones y se había enfrentado a mí, espetándome las palabras más duras, que yo no quería escuchar. Pero nunca me había puesto de rodillas como aquella vez. Se tomó unos momentos antes de hablar por fin.

—Te perdono.

CENAMOS EN LA TERRAZA, como cada noche. El clima era demasiado perfecto para ignorarlo. Era fresco, con una brisa cálida, y el aire nocturno no era tan húmedo en aquella época del año. A Botón le encantaba estar fuera, bajo el sol. Hasta cuando estaba dentro de la casa, se sentaba en el balcón, sólo para poder estar más cerca de la naturaleza y su abundancia.

—Gracias por la cena. Ha sido excelente. —En realidad, no podía compararse con la cocina de Lars, pero apreciaba lo que había hecho. Había hecho lo más sensual que puede hacer una mujer por un hombre: cocinar para él. No era algo de lo que había sentido deseos nunca, hasta ahora. La idea de que hiciera algo considerado por mí me excitaba.

—Gracias por decir eso. Sé que no estaba muy buena, pero Lars me está enseñando. En unos cuantos meses, seguro que mejoro.

Di un sorbo al vino para descartar sus palabras.

—Desde luego no es fácil, como los macarrones con queso.

—Se rio por lo bajó de su propio comentario.

—Nunca los he probado.

—¿Nunca los has probado? —preguntó impactada—. O sea, ¿nunca, nunca?

—He comido tallarines con parmesano, pero no la versión americana de la que estás hablando.

—Está buenísimo. Tendré que hacértelo algún día.

A mí me sonaba a mierda de caballo procesada.

—A lo mejor. —Si ella lo cocinaba para mí, me tragaría los reparos y me lo comería. Pero no me haría nada feliz. La comida europea era mucho más apetecible que la americana. Sus alimentos no eran frescos, estaban llenos de pesticida y sabían mucho peor. En el pueblo más cercano todas las mañanas había un mercado en el que Lars hacía la compra. La mayoría de la fruta y la verdura había sido recolectada el día anterior.

Una vez terminada la cena, mi mente se centró en mi actividad favorita. Al volver del trabajo habíamos estado discutiendo, en vez de hacer el amor. Ahora tenía el estómago lleno y a Botón enfrente, guapísima, así que era lo siguiente que quería hacer.

Se levantó de la mesa y se apartó unos pasos por el pavimento, bajo los árboles mecidos por el viento. El atardecer estaba dando paso a la noche, y las luces colgadas por el patio difuminaban las estrellas del cielo.

Me la quedé mirando con una ceja arqueada.

Ella alargó la mano.

—Baila conmigo.

Escuché sus palabras, pero no las entendí. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había bailado con una mujer, que ni siquiera lo recordaba. Pero allí estaba ella, pidiéndome bailar al son de la música del silencio. Si hubiera sido cualquier otra, me habría metido en casa sin pensármelo dos veces. Pero la emoción de sus ojos y la sonrisa de sus labios me atrajeron hacia ella como un imán.

Me uní a ella bajo la sarta de luces, tomando su mano en la mía. Le pasé el brazo por la cintura y la guie lentamente por la invisible pista de baile. Los movimientos me vinieron con naturalidad, pero sospechaba que aquella confianza provenía de la mujer que tenía entre los brazos. Ella quería bailar, y yo le iba a dar el mejor baile que hubiera visto nunca.

Cuando sonrió, supe que estaba encantada.

Nunca antes había hecho esas cosas de enamorados, pero allí estaba yo, bailando con una mujer a la que adoraba. Le había dicho aquellas dos palabras que había jurado no murmurar jamás, y hasta me había arrodillado ante ella, en un gesto supremo de sumisión. Nunca había conocido esa clase de felicidad, y la verdad era que daba un poco de miedo.

Daba miedo porque perderla acabaría conmigo.

Se acercó más a mí y pegó la frente a la mía. Sus ojos no se apartaban de mis labios, pero no me besó. Enamorada del todo de mí, estaba obsesionada y entregada por completo. Me había demostrado su amor mucho antes de expresarlo, y a mí me encantaba la mirada que se apoderaba de sus ojos.

Algún tipo de fuerza sobrenatural se apoderó de mí, y de pronto empecé a cantar suavemente entre dientes. Cantaba en italiano, ofreciéndole una serenata a la mujer que tenía en mis brazos. Era una antigua canción de amor que había oído en el pueblo en el que había crecido. Por entonces era demasiado pequeño para entender el amor, y al hacerme mayor, supe que

nunca tendría el privilegio de sentirlo.

Pero me equivocaba.

Botón se apartó un poco para poder mirarme a los ojos. Escuchaba atentamente cada palabra, aunque no la entendiera. Mi voz era más grave que la del hombre que cantaba originalmente aquella canción, pero ella no tenía manera de saberlo. No me consideraría un buen cantante, pero tampoco sonaba mal. Los ojos se le humedecieron levemente, y aquella humedad reflejaba las luces blancas que teníamos sobre nuestras cabezas. Relucían en sus ojos como estrellas, resplandeciendo como el firmamento.

Ella se entregó más a mí, así que continué cantando. La veía beberse cada una de mis palabras, sin entenderlas. De alguna manera, sabía exactamente lo que estaba intentando decir, que le entregaba mi vida y mi lealtad, a ella y a nadie más. Nunca me había arrodillado ante nadie. Y desde luego nunca le había cantado.

Sólo a ella.

Cuando terminé la canción, sus ojos conservaban aquel aspecto. Me adoraba aún más que antes, y su amor sin límites continuaba creciendo. Las mujeres me miraban a menudo atraídas u obsesionadas. Pero la mirada que me dedicaba Botón era distinta. Era algo más que una mirada superficial y física.

Era incondicional.

Quería decirle que la amaba, pero no lo hice. Ella tampoco me lo dijo a mí, porque no hacía falta. Llevábamos diciéndonoslo el uno al otro desde el momento en que nos conocimos, aunque hubiera sido sin palabras. Sabía que la amaría el resto de mi vida, hasta el día en que abandonara este mundo y me convirtiera en polvo. Y ella se sentía igual.

Botón dejó de bailar y me besó suavemente en los labios.

—Vamos arriba...

Sentí sus labios sedosos contra los míos y se me puso dura. No estaba de humor para el sexo desatado. Quería seguir bailando con ella en mi cama, movernos lentamente juntos con la música que sólo ella y yo escuchábamos. Mi cuerpo quería fundirse con el suyo y hacerla mía para siempre.

Tomé su mano y tiré de ella hacia la puerta. Dejamos en la terraza los platos con los restos de la cena, pero Lars los recogería en cuanto nos marcháramos. Cuando ya estábamos cerca de la puerta trasera, nos cortaron el camino.

Cane se apoyó contra el umbral con los brazos sobre el pecho. Tenía una sonrisa socarrona en la cara y una mirada diabólica.

—Estabais tan monos que no he querido interrumpiros.

Nunca me había irritado tanto ver a mi hermano.

—Nos estás interrumpiendo ahora.

Él se encogió de hombros y retrocedió para que pudiéramos entrar en casa.

—Era un espectáculo tan bueno que no podía dejar de mirar. Bonita voz, por cierto.

Tendría que haberme sentido avergonzado por que me hubiera oído. Las bromas continuarían durante el resto de nuestras vidas. Pero no iba a responder a su provocación. Aquella canción sólo estaba destinada a Botón. Era una lástima que él hubiera sido testigo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar contigo. —Se volvió hacia Botón y le guiñó un ojo—. Si ella puede pasar sin ti.

—No, no puede. —La atraje más cerca de mí—. Podemos hablar mañana, Cane.

—Venga, si ya estoy aquí —dijo él—. Sólo serán unos minutos. Deseé haber podido matarlo allí mismo.

—No pasa nada. —Botón se inclinó hacia mí y me besó la barba incipiente de la mandíbula—. Estaré arriba. —Me acercó

los labios al oído para que sólo yo pudiese oír lo que dijo a continuación—. Y me pondré algo un poco más cómodo. —Me besó el lóbulo de la oreja antes de empezar a subir las escaleras.

Mis ojos la siguieron automáticamente, asentándose en su culo perfecto. Lo último que me apetecía hacer era hablar con mi hermano al pie de las escaleras. Quería estar enterrado dentro de mi amante, de mi mujer. Cuando ella hubo desaparecido, me volví hacia Cane.

—¿Qué pasa? —No me molesté en ocultar mi fastidio. En aquel momento odiaba a Cane, y quería dejar aquello perfectamente claro.

Él continuó sonriendo como un maldito idiota.

—Parecía todo muy romántico.

Lo fulminé con la mirada, manteniendo las manos a los costados. Se me habían cerrado en puños en cuanto Botón se marchó, y me estaban entrando bastantes ganas de darle puñetazos a mi hermano en la cara y romperle los dos pómulos.

—No me había dado cuenta de que eras de los que bailan y cantan.

Estaba a punto de saltar. La única razón que me lo impedía era que Cane era la única familia que me quedaba en el mundo. Si hubiera sido cualquier otra persona, ya estaría inconsciente en el suelo.

—Suéltalo ya, Cane. Tengo que satisfacer a una mujer. —Lo único que él tenía era putas caras que hacían las guarradas que él quería. Yo tenía a una mujer que las hacía porque lo deseaba.

—¿Has pensado en lo último que hablamos?

—Cane, yo nunca pienso en ti, a no ser que te tenga delante.

Se tomó con calma el insulto.

—¿Le has dicho cómo te sientes? Si no lo has hecho, es posible que no haga falta. Lo has dejado perfectamente claro con esa jodida serenata.

—Tu obsesión con mi vida amorosa da escalofríos, Cane.

—No estoy obsesionado. Ahora, contesta a la pregunta.

Aquellas charlas de nenazas empezaban a cansarme. Si le decía la verdad, quizá me libraría de una vez de ellas.

—No es asunto tuyo, pero sí, le he dicho que la amo. —Las palabras habían salido de mi boca y flotarían para siempre en el aire. No podía retractarme, y no quería hacerlo jamás.

Una sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Cane hasta hacerse de oreja a oreja.

—Bien hecho, hombre. —Me dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Podemos dejar de hablar ya de ello?

—Claro. Es sólo que estoy contento de que hayas dejado de comportarte como un marica.

—¿Yo? —pregunté con incredulidad—. Tú eres el que no ha dejado de darme la vara.

—Sólo quiero lo mejor para ti. Y creo que ella lo es. Estoy convencido de que a Vanessa le habría encantado.

La mención de mi hermana volvió a ponerme otra vez triste. Sí, Botón le habría encantado. Le habría encantado a toda mi familia.

—Siento que te moleste que me entrometa. Pero mamá ya no está, ni tampoco Vanessa, así que alguien tiene que hacerlo. —Se encogió de hombros—. Soy el único pariente que te queda, así que tengo que ser yo. Un día, cuando encuentre a la mujer adecuada, tienes todo mi permiso para darme el coñazo todo lo que quieras y asegurarte de que no la cague.

Por fin sonreí, y no me costó hacerlo.

—Trato hecho.

Capítulo 19

PEARL

Crow llegó a casa a la hora de siempre. Entró en el dormitorio llevando el mismo traje immaculado que llevaba por la mañana, con un aspecto tan delicioso como el de cualquier otro día de su vida. Llevaba su llamativo reloj de pulsera en la muñeca y las venas le sobresalían en el dorso de las manos. Sólo con verlo, cualquier mujer se excitaría.

Se detuvo al verme junto al borde de la cama. Estaba de pie, vestida con lencería negra; un salto de cama se ceñía a mi cintura y me apretaba los pechos entre sí, y mis medias negras conducían a un tanga de encaje a juego.

Sus ojos adquirieron de inmediato el mismo color que mi ropa interior. Entonces se fijó en las esposas que tenía colgadas de las puntas de los dedos. Incapaz de ocultar su excitación, tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Tras una pausa, se quitó la corbata de un tirón, dejándola caer al suelo. Se desnudó rápidamente mientras se acercaba a mí, consiguiendo desprenderse de toda la ropa antes de quedarse de pie junto a mí, una mezcla de hombre y de dios. Su cuerpo era un conglomerado de músculos y sus ojos reflejaban los oscuros deseos de su corazón. Tenía el miembro como una piedra y

preparado para introducirse en mí en un abrir y cerrar de ojos.

—De rodillas. —Tomó de inmediato las riendas de la situación, volviéndose dominante y posesivo. Últimamente sólo habíamos hecho el amor con dulzura y sensualidad. Pero la necesidad de un polvo brusco había vuelto a su cuerpo de inmediato.

—No.

Sus ojos se entrecerraron ante el desafío.

—No lo estás entendiendo. —Le puse las manos en el pecho y lo guie hacia la cama. Cuando tuvo el colchón detrás de las rodillas, le di un empujón contra la cama y trepé sobre él—. Siéntate. —Sostuve las esposas en alto, preparada para encadenarlo al cabecero.

Entender por fin lo que estaba sucediendo realmente sólo aumentó su deseo. Lo único que le excitaba más que controlarme era tener una mujer lo bastante poderosa para controlarlo a él. Hizo lo que le pedía y apoyó la espalda en el cabecero, sin apartar de mí su mirada ni un segundo.

Le pasé las manos entre los barrotes y le puse las esposas.

Él se inclinó de inmediato hacia delante y me besó el cuello, moviendo seductoramente la lengua sobre la piel. Su erección descansaba sobre su estómago, y la presionó contra mí con expectación.

Yo me aparté de su regazo y me puse de pie junto a la cama, jugando lentamente con mis bragas. Las palpaba suavemente, sintiendo el encaje bajo las sensibles puntas de los dedos.

Crow me observaba, con los ojos clavados en cada movimiento de mis dedos.

Me bajé despacio el tanga, recorriendo mis largas piernas, y después lo aparté de una patada.

Sus ojos se desplazaron al instante hacia mi entrepierna, y separó los labios, desesperado.

Me puse a horcajadas sobre sus caderas, posando mis pliegues

sobre su miembro. Lentamente, me empecé a mover hacia delante y hacia atrás, extendiendo mi lubricación sobre su entrepierna.

Él dio un tirón a las esposas en un intento de agarrarme, olvidando que estaba encadenado. Un leve gruñido escapó de sus labios por la frustración.

—Botón... —Había súplica en su voz, una indicación de su desesperación por estar dentro de mí. Sabía lo empapada que estaba porque le estaba bañando el miembro entero.

Me agarré a sus hombros y me coloqué sobre él.

—¿Me deseas?

—Sí.

—Dímelo.

Él estiró el cuello y me besó en un extremo de la boca.

—Quiero follarte.

—Di mi nombre.

Habló contra mi boca, con el pecho agitado por la ansiedad.

—Quiero follarte, Botón.

Me coloqué sobre su glande y me deslicé hacia abajo, hasta llegar a sus testículos.

—Joder. —Crow tiró de las cadenas, intentando liberarse.

Con sus hombros como punto de apoyo, empecé a subir y bajar sobre él. Su sexo era tan grueso y tan grande que me sentía tentada a ceder a mi deseo en aquel instante. El sexo con Crow era diferente de cualquier otra cosa que hubiera conocido. Era apasionado, abrasador y delicioso, todo al mismo tiempo.

—Suéltame. —Volvió a tirar de las cadenas y estuvo a punto de romper el cabecero.

—No. —Le pasé los brazos por el cuello y renové la intensidad de mis acometidas. Lo introducía por completo en mi interior antes de elevarme hasta que sólo quedaba la punta en mi interior. Después me volvía a dejar caer sobre él, aceptándolo

entero una vez más.

—La hostia, Botón.

Le besé el labio inferior y me lo introduje en la boca. Le di un mordisco travieso porque sabía que a él le encantaba la agresividad. No le hice sangre, pero sí le provoqué dolor.

Él respiró contra mi boca, intentando combatir el placer que empezaba a formarse en el fondo de los testículos. Se había corrido tantas veces en mi interior que yo sabía exactamente lo que estaba sintiendo en cuanto lo sentía.

Me metí una mano entre las piernas y empecé a frotarme agresivamente el clítoris, deseando ofrecerle un espectáculo que no olvidara nunca.

Él no dejó de mirarme ni un instante, con los ojos más sombríos que el inframundo. Tiró de sus cadenas, aunque sabía que era inútil. Sus caderas corcovearon debajo de mí, y el cuello se le estrió de la tensión.

—Dios, me voy a correr. —Me froté más intensamente el clítoris y lo introduje en mí hasta el fondo. El placer empezaba a acumularse a lo lejos y se aproximaba con rapidez. Yo ya sabía que sería cegador y poderoso. Me fragmentaría en mil pedazos y nunca podría recomponerme.

—Eres. Jodidamente. Preciosa.

Sentí la explosión entre mis piernas y, al instante, me vi transportada hacia las estrellas. Le clavé las uñas en los hombros y le grité en la cara. Su nombre se escapó incontables veces de mi garganta, y pronto se me secó la boca.

Continué aceptándolo profundamente en mi interior, pasándole las manos por el pecho. Sentí el sudor bajo las puntas de los dedos y sentí los músculos tensarse. El orgasmo me derribó, arrebatándome toda la energía del cuerpo.

Ver el placer en mi rostro lo excitó aún más.

—Dame una bofetada.

Yo me apreté contra su sexo, presionándolo contra mis paredes para que pudiera sentir hasta el último centímetro de mí.

—Dame una bofetada, Botón.

Yo le pegué suavemente con la palma de la mano.

—Más fuerte.

Volví a hacerlo, haciendo que mi palma provocara un chasquido contra su piel.

—Más fuerte.

Esta vez, le pegué todo lo fuerte que pude, haciendo que la cara se le girara por el golpe.

Por fin, gruñó con los ojos cerrados y el placer reflejado por todo su rostro.

—Otra vez.

Volví a golpearle con la mano en la cara.

Se giró nuevamente por el impacto y la mejilla empezó a ponerse roja. Apretó la mandíbula y abrió los ojos, con la satisfacción nadando en ellos.

—Una vez más.

Lo volví a hacer, pegándole incluso más fuerte.

—Joder. —Él se tensó debajo de mí, llenándome de su semilla. El calor se extendió entre mis piernas mientras sentía el peso de su regalo en lo más profundo de mí. Podía sentir el peso de su semilla, además de su calor abrasador.

Le llevó casi un minuto atravesar el placer y volver al mundo real. Tenía la mejilla enrojecida por la serie de bofetones que le había dado, y parecía más satisfecho que nunca.

—Tú me completas.

Esperaba que me dijese alguna guarrada o que me ordenase soltarlo, así que sus palabras me pillaron desprevenida. La sinceridad era evidente en su voz, y me resultó tan dulce como cuando me había dicho que me amaba.

—Y tú me completas a mí.

—¡SUÉLTAME! —Las lágrimas me resbalaban por la cara mientras yo intentaba agarrarme a la moqueta. Enterré las uñas en las fibras para que no pudiera arrastrarme por el sueño. Me agarraba a lo que podía para intentar ponerme a salvo.

Bones me tiró con tanta fuerza de la pierna que casi me la rompió.

—Cállate, esclava.

—¡Para! —Lancé una patada todo lo fuerte que pude. Me negaba a volver a ser esclavizada por aquel lunático. Mi vida no sería nada más que dolor y tortura—. Por favor, deja que me vaya.

—Botón. —Unas manos fuertes me sacudieron con violencia—. Botón, estoy aquí.

La voz penetró en mis oídos y me reconfortó. De la nada, Crow apareció por el pasillo. Me agarró con ambas manos y tiró de mí, apartándome del agarre de mi captor. Pero yo no podía dejar de llorar. No lograba disipar mi terror.

—Botón, despierta. —Un tirón más, y el sueño se hizo pedazos.

Me incorporé en la cama y me aferré a las sábanas. Los ojos se me abrieron de par en par, sin lograr distinguir más que la penumbra del dormitorio de Crow. Respiraba agitadamente, y daba igual lo profundo que intentara inspirar, no lograba absorber suficiente oxígeno. Tenía el cuerpo empapado en sudor y la cara bañada en lágrimas.

—Botón. —La voz suave de Crow surgió junto a mí—. Sólo era una pesadilla. Ya ha pasado. Estás aquí conmigo, y estás a salvo. —No me tocó, manteniendo un par de palmos de distancia entre ambos. Tenía las manos a los costados y un deseo de tocarme en

los ojos—. Conmigo estás a salvo.

Las lágrimas aún me ardían en los ojos y seguía temblando. Las pesadillas me asaltaban de vez en cuando, pero normalmente desaparecían cuando dormía con Crow. Había sido inesperada, y eso la había hecho más aterradora. Los sollozos me estallaban en el pecho, y yo intentaba controlarlos antes de que fueran a más.

—Estás a salvo. —Crow repetía aquellas palabras para devolverme a la realidad. En vez de decirme que me callara y me controlara, era paciente conmigo. Antes solía prohibirme llorar, pero ahora mis lágrimas le provocaban preocupación, en vez de irritarlo—. Nunca permitiré que nadie te vuelva a hacer daño, Botón. Tienes mi palabra.

Por fin reuní la fuerza necesaria para hablar.

—Lo sé.

Se acercó más a mí y me pasó un poderoso brazo por la cintura. Su contacto era cálido, no frío y rudo como el de Bones. Crow pegó su cara a la mía y después me pasó los dedos por el pelo para tranquilizarme.

—A mí me lo puedes contar.

Lo último que quería era volver a acordarme de la pesadilla. Quería que desapareciera entre los resquicios de mi mente, donde no pudiera volver a revivirla. Como si nunca hubiera sucedido, deseaba que se esfumara.

—No. —El sueño ya me había resultado bastante doloroso a mí. A Crow le haría incluso más daño.

—Ahora estás conmigo. Acuérdate de eso. —Me puso las manos en la nuca y me besó la comisura de los labios—. No podrá hacerte daño mientras yo siga con vida. ¿Me entiendes?

Asentí.

—¿Me entiendes?

Me aclaré la garganta y después me tragué las lágrimas.

—Sí.

—La próxima vez que tengas un mal sueño, cuenta hacia atrás desde tres. Cuando acabes, despiértate.

Lo miré a los ojos en silencio, pidiéndole que se explicara sin palabras.

—Yo solía tener pesadillas —susurró—. Contar hacia atrás siempre funciona. Confía en mí.

—¿De qué tratan tus pesadillas? —No debería habérselo preguntado, pero lo hice. No estaba del todo en mis cabales. La mitad de mi espíritu seguía entre las garras de Bones. Cuando volviera a dormirme y me despertara después, ya sería la misma de siempre.

Crow me masajéó la nuca con las yemas de los dedos.

—Vanessa. Mis padres. Los hombres que he matado. Las cosas que he visto. Básicamente, todo lo que he presenciado a lo largo de mi vida.

—Lo siento... —Mi pesadilla era insoportable, pero no podía empezar a imaginarme lo terribles que serían las tuyas.

—No pasa nada. Las tengo con menor frecuencia que antes.

—¿Porque cuentas hacia atrás?

—No. Se han espaciado desde que tú has entrado en mi vida.

Mi mirada se dulcificó, y por fin dejé de pensar del todo en mi pesadilla.

—Desaparecerán, Botón. Dales tiempo suficiente y lo harán. Hasta entonces, cuenta. Siempre funciona.

—Vale.

Me dio un beso en la frente antes de frotar su nariz contra la mía.

—¿Te haría sentir mejor que diéramos un paseo?

—¿Por fuera? Pero es de noche.

—El sol no tardará en salir. Podemos disfrutar juntos viendo amanecer.

Su cama era cálida y cómoda, y las paredes de su finca nos

mantenían a salvo, pero no había nada que me apeteciese más que cogerle de la mano mientras el sol nos daba la bienvenida a un nuevo día.

—Eso suena muy bien.

—HOLA, tortolita. —Cane caminó hacia mí llevando puesto uno de sus caros trajes. La mayoría de las veces se ponía vaqueros y una chaqueta de cuero. Yo no estaba muy segura de para qué necesitaba ponerse elegante. En su campo de trabajo, un aspecto profesional no parecía demasiado importante.

—Hola, caraculo.

Él sonrió al oír el insulto, como si acabara de hacerle un cumplido.

—Le habéis estado dando a base de bien, chicos.

A pesar de lo que me había hecho, no odiaba a Cane. De algún modo, le había perdonado su comportamiento, y de hecho me caía bien. Era la única familia que Crow tenía en el mundo, así que me resultaba imposible no tenerle cariño. Si Crow necesitara ayuda alguna vez, Cane estaría allí al instante. Aquel era el tipo de lealtad que no se podía comprar.

—Pues sí. —Levanté la vista hacia la parte superior de las escaleras, esperando a que apareciera Crow. Él y Cane tenían asuntos de trabajo que tratar aquella tarde.

—Aquí es cuando me pongo gilipollas y digo que te lo dije.

Crucé los brazos delante del pecho y lo fulminé con la mirada.

—No lo niegues. —Me pinchó el brazo con un dedo—. Yo tenía razón. Tú te equivocabas.

—¿En qué?

—Conmigo no te hagas la tonta. Te dije que estaba enamorado de ti.

—Bueno, y yo te creí. ¿Te acuerdas? Le confesé cómo me sentía y él salió de la habitación. Así que no, no me lo dijiste.

Cane puso los ojos en blanco.

—Crow estaba haciendo el imbécil. Eso no cuenta.

—Sí que cuenta. —Me volví a Estados Unidos durante varios meses. Desde luego que contaba, joder.

—Bueno, pero terminó por sacarse la cabeza del culo y te lo dijo. Al final, todos contentos.

Aquella era la única parte de esa conversación con la que no podía no estar de acuerdo.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—Hemos quedado con un grupo de soldados griegos rebeldes. Para conseguir información sobre Bones, tenemos que ampliar el perímetro y meter a más gente en la operación. Crow y yo tenemos que abandonar temporalmente nuestros respectivos negocios para concentrarnos en esto.

Me sentí aliviada al escuchar aquello. A lo mejor cuando Bones estuviese muerto dejaría de tener aquellas pesadillas. A lo mejor podría superarlo y dejar el pasado en su sitio.

—Seguro que lo encontraremos.

—Sin duda. Cuando a mi hermano se le mete algo en la cabeza, siempre lo consigue; en especial si tiene que ver contigo.

—Cane se enderezó los gemelos y echó un vistazo a la parte superior de las escaleras buscando a su hermano—. Hoy vamos con retraso, ¿no?

—Es posible que nos hayamos distraído...

Sonrió y me dio un empujoncito en el costado.

—Dime que tienes una hermana, por favor.

—Pues no. Y si la tuviera, no le permitiría acercarse a ti.

Se rio y se hizo a un lado.

—Probablemente fuera lo mejor. Al menos te ha salido un hermano —me dijo con un guiño.

Crow y yo nunca habíamos hablado de casarnos. La última vez que había salido a relucir el tema, él había dicho que era algo que quedaba descartado, y yo había dicho lo mismo. Me había confesado que me amaba y que quería que viviese con él. Pero yo sabía que aquél era el punto de mayor compromiso que alcanzaría nuestra relación. A lo mejor no era todo lo que yo quería, pero con lo que me había dado me conformaba.

—No creo que eso suceda nunca, pero ya me pareces mi hermano de todas maneras.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó arqueando una ceja—. Mi hermano está colado por ti, por si no te has dado cuenta.

—Y yo por él. Pero no es de los que se casan.

—Pues yo no estoy tan seguro... Dice muchas cosas.

—Creo que lo conozco un poco mejor que tú.

Sonrió de oreja a oreja, soltando una carcajada.

—Lo que tú digas, preciosa.

Crow bajó por fin las escaleras con un traje negro como la medianoche y una camisa de cuello blanco. Aquel día se había decidido por una corbata morado oscuro. Siempre escogía colores que acentuaban su exterior oscuro y destacaban su intensa mirada. Se ajustó los gemelos antes de llegar junto a nosotros.

—¿Preparado?

—Ni te lo imaginas. —Cane se volvió y empezó a caminar hacia la puerta, dándonos algo de privacidad.

—Te veo cuando vuelva. —Crow me pasó el brazo por la cintura y me dio un suave beso en los labios.

—De acuerdo. Voy a hacer macarrones con queso para cenar.

Elevó la comisura de los labios en una sonrisa.

—Me aseguraré de que Lars prepare algo más por si acaso.

Le di una palmada juguetona en el brazo.

—No pongas verdes a los macarrones con queso hasta que los hayas probado.

—¿Poner verdes? —preguntó—. Más jerga que nunca entenderé.

Le di otra palmada.

—Deja de meterte conmigo.

Me pasó el brazo por la cintura y me atrajo contra su pecho. Su voz se volvió repentinamente seria.

—Me meteré contigo todo lo que quiera, porque eres mía y puedo hacerlo. —Me dio un duro beso en la boca, casi magullándome los labios antes de apartarse abruptamente y marcharse. Sus hombros poderosos se movían mientras se dirigía hacia la puerta, donde le esperaba su hermano. Hasta su culo tenía buen aspecto con aquellos pantalones.

Sintiendo calor y escasez de aliento, empecé a contar los minutos hasta su vuelta.

ESTABA JUNTO A LA COCINA, removiendo el contenido de la olla.

Crow estaba apoyado en la encimera detrás de mí, con los brazos cruzados delante del pecho.

—A lo mejor no tendría que haberle dado a Lars la noche libre...

—Cállate, anda. Está bueno.

—Ni siquiera estoy seguro de dónde lo has encontrado.

—Lars tiene sus métodos. —Una vez derretidos el queso en polvo y la mantequilla, vertí el contenido de la olla en dos cuencos.

Crow le echó un vistazo, aún sin apetito.

—Cualquier cosa que lleve queso en polvo no puede ser comestible.

—Deja de portarte como un mamón pretencioso.

Los ojos se le estrecharon de inmediato.

—¿Qué me acabas de llamar?

—Me has oído. —Dejé caer un tenedor en mi cuenco e hice lo mismo con el suyo—. Ahora, despeja tu mente y dale una oportunidad.

Echó un vistazo al cuenco sin tocarlo.

—¿Cómo estás así de buena comiendo mierda de esta?

—Joder, Crow. Pruébalo y ya está. —Me acerqué el cuenco al pecho y empecé a comer—. Ñam... —El delicioso sabor a queso era una maravilla. La comida gourmet italiana que me cocinaban todos los días estaba increíble, pero a veces, la comida basura era justo lo que necesitaba.

Él suspiró antes de coger el cuenco. Dubitativamente, cogió unos cuantos macarrones con el tenedor y se lo llevó a los labios. Dudó un instante, temiendo lo mal que sabría la comida, o lo poco que le gustaría admitir que tenía razón.

—Venga. ¿O te tengo que dar de comer?

—Te los podríamos untar por el cuerpo. Entonces seguro que me los comía.

Por apetecible que aquello sonara, no quería tener queso procesado pegajoso por todo el cuerpo.

—Cuanto antes lo hagas, antes terminarás. Lo que pasa es que te da miedo que al final te guste.

—Créeme, esta porquería no me va a gustar.

—Yo no sabía si la auténtica comida italiana me iba a gustar, pero, aun así, la probé.

Él puso los ojos en blanco.

—A todo el mundo le gusta la comida italiana. La pasta es la reina.

Señalé su cuenco con la cabeza.

—¿Y qué te crees que hay ahí dentro?

Me miró a los ojos sin pestañear.

—Una porquería.

Dejé el cuenco en la isla de la cocina que nos separaba y me puse las manos en las caderas. Mi pequeño monstruito salió a la superficie, enseñando colmillos y garras.

—Da un bocado.

—¿O si no, qué? —Sus ojos se clavaron de inmediato en mi boca, volviéndose sus pensamientos siniestros de inmediato en cuanto subía la tensión.

—Nada bueno.

Intentó ocultar una sonrisa naciente y por fin dio un bocado. Se metió los macarrones en la boca y masticó lentamente antes de tragar con dramatismo. Con una expresión inescrutable, se tomó su tiempo antes de hablar.

—¿Y bien? —Era imposible que no le encantaran.

Dejó el cuenco y me miró directamente a los ojos.

—Una porquería.

Dejé caer ferozmente los puños.

—Anda que no eres mentiroso. —Lo perseguí alrededor de la isla de la cocina, azotándolo con un trapo—. Te ha gustado, y lo sabes.

Él echó a correr para evitar el mordisco del trapo. Mientras lo perseguía, se empezó a reír. Era una de las raras ocasiones en que le oía soltar una saludable carcajada desde el fondo de la garganta. Tenía una sonrisa contagiosa. Por un momento, vislumbré cómo debía de haber sido de niño. Estaba feliz y juguetón, y su alma relumbraba con una luz cálida y brillante.

—Botón, te adoro, pero no adoro tu cocina.

—Haré que te arrepientas de eso. —Lo perseguí más allá de la encimera, entrando en la cocina. Enrollé el trapo y lo azoté en el culo. Llevaba unos vaqueros bastante ajustados y el paño hizo un fuerte ruido al golpear el tejido.

De repente, se dio la vuelta y me cogió por la nuca. Con la fuerza de un soldado, me hizo doblarme sobre la encimera y me

levantó el vestido, todo de un solo movimiento. Me arrebató el trapo de las manos y me azotó con él el trasero desnudo.

Me tensé mientras el dolor bajaba por mis muslos y me subía por la espalda. El azote con la tela fue lo bastante fuerte para dejarme marca, pero el impacto de la colisión hizo que el sexo se me contrajera de deseo. No me había demostrado agresividad desde que me había vuelto a Estados Unidos, y echaba de menos aquella cara suya. Era satisfactoria y aterradora al mismo tiempo.

Crow apretó el pecho contra mi espalda y después me frotó el trasero con sus largos dedos. Lo escuchaba respirar contra mi oreja, cada jadeo evidenciaba su excitación.

—¿Te ha gustado eso?

No tardé ni un segundo en contestar.

—Sí.

Me dio la vuelta y me subió a la encimera. Me puso las piernas alrededor de su cintura y tiró de mi pecho hasta que nuestros rostros se tocaron. Sus manos subían y bajaban por todo mi cuerpo, tocándome por todas partes como si sólo él pudiera hacerlo. Pasaron por mis pechos sobre el sujetador y por fin se detuvieron en mi nuca. Rozó mis labios con los suyos, provocándome lentamente hasta que por fin me besó como yo lo deseaba.

Le pasé los brazos por el cuello, sintiendo su boca moverse contra la mía. Con una intensidad controlada, me besaba con lentitud. Sus labios rozaban los míos con expertos movimientos, succionándome el labio inferior dentro de su boca juguetonamente antes de soltarlo. Era un dios en todo, pero era el mismo Zeus a la hora de besar. Era capaz de conseguir que ardieras sin ni siquiera usar la lengua. Siempre se guardaba aquello para el momento álgido del contacto. Cuando gimíó levemente en mi boca, me empapé al instante para él. Por último, me ofreció su lengua, frotándola contra la mía con

maestría, haciendo que el corazón me revoloteara salvajemente en el pecho.

Inesperadamente, se apartó, alejando sus labios con sabor a queso. Con los ojos oscurecidos y profundos como una copa de su bebida favorita, me contempló sin pestañear. Observó mis labios, el extremo de mi boca y después mis ojos. Me tomó el rostro con ambas manos y se inclinó sobre mí.

—Te amo.

El pecho dio una sacudida ante la profunda inspiración que me abrasó por dentro. Cuando me dijo aquellas palabras por primera vez, las había atesorado como una bendición del cielo. No las había repetido después de aquella noche, ni cuando se iba a trabajar por la mañana ni antes de dormirse a mi lado. Había sido algo único, y yo deseaba tener la oportunidad de volver a escuchar aquella confesión. Afortunadamente, lo había hecho.

—Yo también te amo.

CUANDO ME DESPERTÉ AQUELLA MAÑANA, era más tarde de lo habitual. El sol brillaba inusualmente, traspasando cegador mis párpados y obligando a mi mente a aceptar el hecho de que había comenzado un nuevo día.

En cuanto abrí los ojos, me inundó el sol cálido y cegador. Los pájaros cantaban en los árboles fuera, cogiendo uvas de los viñedos y disfrutando de ellas en las ramas. El ruido no me inquietó hasta que me di cuenta de que no debería poder oírlo.

Alargué la mano buscando a Crow a mi lado y me di cuenta de que las sábanas estaban frías. Su voluminoso cuerpo no estaba allí para protegerme de mis enemigos y de mis pesadillas.

—¿Crow? —Me incorporé y me subí las sábanas hasta el pecho, paseando la mirada por el dormitorio. No advertí nada

fuera de lo normal. Su reloj y su teléfono no estaban, así que estuviese donde estuviese, se los había llevado.

Fue entonces cuando advertí que la ventana estaba abierta de par en par. Las contraventanas estaban abiertas hacia fuera y dejaban ver el cielo azul encima del horizonte. Yo solía dejar la ventana abierta en mi antiguo cuarto, pero no tenía esa costumbre en el de Crow. Debía de haberla dejado abierta él, sólo para mí.

Había algo pequeño sobre el alfeizar. Relucía a la luz de la habitación, reflejándola como un trozo de metal. Debajo había una hoja de papel. La imagen me recordó a la primera mañana que me había levantado en aquel nuevo lugar. Me había dejado una nota, ordenándome que no me escapara.

Salí de la cama y me puse el vestido que llevaba la noche anterior. Tenía el pelo revuelto por la manera en que me lo había agarrado entre los puños por la noche, y me pasé los mechones enredados rápidamente por detrás de las orejas para poder ver mejor. Me acerqué a la ventana para ver mejor los tesoros que me había dejado.

Sobre el alfeizar había un anillo. Hecho de oro reluciente, era delgado y elegante. En vez de llevar encima un diamante, tenía un botón dorado con una perla en el interior. Estaba soldado firmemente en el anillo. Lo palpé con las yemas de los dedos, advirtiéndome la calidez del metal por haber estado al sol toda la mañana. Posé los ojos sobre el pergamino amarillo que había debajo. Era una nota escrita por Crow.

«Cásate conmigo».

El corazón se me detuvo dentro del pecho al leer aquellas dos sencillas palabras. No era una pregunta, sino una exigencia, y pude escuchar la voz de Crow en mi cabeza al leer aquellas palabras maravillosas. Mis ojos se desplazaron de inmediato para abarcar la vista desde mi ventana, y en la pradera llena de flores

estaba Crow. Con un traje negro y corbata a juego, me contemplaba con la intensa mirada que me dedicaba siempre. Me había estado observando todo aquel tiempo, viendo cómo descubría el anillo y la nota.

Sin darme cuenta de ello, empezaron a caerme las lágrimas.

Crow me sostuvo la mirada y después se arrodilló lentamente poniendo una rodilla en el suelo. Estaba arrodillado delante de mí, como ya había hecho en otra ocasión. Era el tipo de hombre que no cedía ante nadie, pero había cedido ante mí. Continuaba observándome, con la espalda perfectamente recta y los ojos exigentes.

—Oh, Dios mío... —Me lo deslicé en el dedo y advertí que me quedaba a la perfección. Era lo bastante ajustado para no caerse, pero con bastante espacio para que fuera cómodo. El botón brillaba más intensamente de lo que podría brillar jamás un diamante.

Salí corriendo de la habitación todo lo rápido que pude, acelerando al bajar las escaleras mientras me agarraba a la barandilla. Pareció pasar una eternidad porque había un largo camino que recorrer. El corazón me iba a mil por hora y mis pulmones funcionaban al máximo de su capacidad. Llegué a la puerta trasera y la empujé para atravesarla y salir finalmente al patio. Corrí por el sendero y doblé la esquina para llegar a donde él estaba. El cabello me volaba a la espalda, y al ver la sonrisa en su cara, corrí aún más deprisa.

Salté a sus brazos y le pasé los míos por el cuello. Él me atrapó sin esfuerzo, manteniéndome contra su pecho con los fuertes brazos. Pegué mi frente a la suya, con los ojos aún llenos de lágrimas.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Me casaré contigo.

Cerró la mano alrededor de mi pelo y me miró intensamente.
—Nunca te lo he pedido, Botón.

Capítulo 20

CROW

Botón estaba tumbada sobre mi pecho, con el largo cabello castaño enmarcándole la cara. Tenía una mano posada en mis costillas, y el anillo que le había encargado relucía en ella como un montón de diamantes. Cuando había decidido dar aquel paso, supe en seguida que un anillo carísimo hecho con joyas de la más alta calidad no era lo adecuado para ella. Botón se merecía algo único, algo cargado de significado.

La única opción posible era un botón.

Después de pasar casi toda la tarde haciendo el amor, dejando las comidas fuera de la puerta, estábamos absortos el uno en el otro. No nos decíamos nada, porque nuestros ojos se encargaban de todo el trabajo. Cuando le hacía el amor, en sus ojos brillaba el amor incondicional y la satisfacción sexual. Cuando me miraba a la cara, yo sabía que veía a un hombre fortalecido por el amor.

El matrimonio siempre había estado descartado en mi caso. Ni siquiera había deseado una relación durante la mayor parte de mi vida adulta. Pero entonces había aparecido Botón y había vuelto mi mundo del revés. Cuando estuvo con otro hombre, me ahogué en mi propia rabia. Cuando los hombres de Bones se la habían llevado, me enfurecí más que nunca en mi vida. Botón era

diferente del resto de mujeres que habían honrado mi cama.

Porque había sido la última.

Quería que fuese mía para siempre. No sólo quería vivir con ella y compartir con ella mi casa. Quería que también le perteneciera. Adoptaría mi apellido, y el mundo entero sabría que no sólo éramos dos personas enamoradas: éramos marido y mujer.

Recorrió mis costillas con los dedos y después me posó un dulce beso sobre el corazón.

—Quiero volver a hacer el amor. —Trepó hacia arriba por mi pecho, colocando sus pechos en el lugar perfecto para que yo disfrutara de las vistas. Sus hombros esculpidos y sus brazos esbeltos la sostenían por encima de mí, y sus piernas rodearon lentamente mis caderas.

Por más que lo deseara, ya me había corrido cuatro veces en su interior. Mi cuerpo necesitaba tiempo para recuperarse.

—Dame una hora.

Hizo un puchero con los labios y después se inclinó para besarme.

La abracé por la cintura y después la hice rodar sobre la cama. Me puse sobre ella hasta tenerla debajo, conteniendo la chispa de la vida. Sus labios sonreían permanentemente, y tenía el pelo diseminado por la almohada.

—Botón Barsetti. Me gusta.

Su sonrisa se ensanchó, con una felicidad contagiosa.

—Ese no sería mi nombre legal.

—Por lo que a mí respecta, lo sería.

—Pearl Barsetti. Suena igual de bien.

Nunca la había llamado por aquel nombre. Botón era mucho mejor, mucho más posesivo.

—La gente sólo te llamará señora Barsetti. Así que no importa.

—Me gusta. —Me pasó los dedos por el pecho hasta llegar a mis hombros—. No me había dado cuenta de que casarte era algo que querías.

Llevaba un tiempo pensando en ello, pero intenté rechazarlo desde el principio. Mi mente continuaba imaginándola viviendo en mi finca hasta que fuera una viejecita de pelo blanco. A veces estaba embarazada de mí, y otras veces estaba jugando con nuestros hijos en el patio trasero.

—Yo tampoco.

—¿Qué pasó con lo de no casarse nunca?

Froté su nariz con la mía.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Yo dije que nunca me casaría porque nunca confiaría en un hombre. Pero en ti confío, Crow.

Nunca me cansaba de ver aquel amor y aquella devoción en sus ojos. Cuanto más me adoraba, más me enamoraba de ella.

—Sólo espero que sepas en lo que te estás metiendo.

Me quedé mirándola, esperando una explicación.

Me masajé los hombros con sus pequeños dedos.

—Pienso hacer macarrones con queso bastante a menudo, así que espero que aprendas a apreciarlo.

Levanté la comisura de los labios en una sonrisa.

—Me gusta dormir hasta tarde, así que vas a tener que acostumbrarte a que no empecemos los fines de semana al amanecer.

Mi sonrisa no hizo sino aumentar.

—Quiero ver el mundo. Y tú vas a llevarme. —Me pasó los dedos por la nuca y los enterró en mi pelo—. ¿Podrás con todo eso?

Le deposité un beso en un extremo de la boca.

—Puedo con todo... hasta contigo.

—Bien. Parece que le he dicho que sí al hombre correcto.

—Nunca te lo pedí, Botón. No tenías elección. —Si hubiera dicho que no, la habría obligado a casarse conmigo de todas maneras. Ella era una parte de mi vida. Era una parte de mi alma.

—Ambos sabemos que tú siempre me das elección. —Me pasó las piernas por la cintura y me acercó más a ella, deseándome de nuevo en su interior. Yo me había empalmado mientras hablábamos, y ella podía sentir mi erección presionándose contra ella. Pero quería más.

Yo quería conservar siempre mi cara dominante porque era la única vida que conocía, pero Botón me hacía cosas sobrenaturales. Acertaba en todas las suposiciones que hacía. Me tenía comiendo de su mano, era suyo por completo.

Y ella lo sabía.

LARS LLAMÓ a la puerta del dormitorio.

—Excelencia, Cane ha venido a verlo.

Botón y yo estábamos tumbados en una manta delante de la chimenea. Íbamos desplazándonos por el cuarto y hacíamos el amor en cada uno de los muebles antes de tomarnos un descanso delante del fuego. Nuestros cuerpos desnudos estaban envueltos el uno en el otro mientras nos mirábamos a los ojos. El botón de su anillo reflejaba la luz del fuego, relumbrando como un fuego fatuo.

Lo último que deseaba era que nos molestaran.

—Dile que estoy ocupado.

Lars no se apartó de la puerta.

—Conoce a su hermano, señor. Se quedará aquí hasta que encuentre el tiempo.

Yo quería mucho a mi hermano, pero también lo odiaba al mismo tiempo. Nunca llamaba para avisar de que venía.

Simplemente lo hacía, yendo a donde le daba la gana.

—Saldré en un momento.

—Muy bien, Excelencia. —Lars por fin se alejó por el pasillo.

Botón me pasó la mano por el pecho desnudo.

—Que sea rápido. Tu prometida te está esperando. —Sus ojos tenían una mirada traviesa mientras me acariciaba el pecho con las puntas de los dedos.

La besé y me metí su labio inferior en la boca, dándole un mordisquito antes de apartarme.

—No te haré esperar mucho. Pero más te vale no empezar sin mí. —Me puse unos vaqueros que había en el suelo y una camiseta.

Ella se subió más la manta sobre el hombro y se tumbó sobre la almohada.

—No puedo prometerte nada...

Mi entrepierna se agitó debajo de los pantalones ante la idea de ella tocándose y esperando mi regreso. Aquel día ya habíamos echado una cantidad innumerable de polvos, pero no conseguía saciarme. El miembro estaba a punto de caérseme al suelo, pero aquello no me detenía.

Salí del dormitorio y bajé las escaleras hasta la entrada. Cane estaba sentado en el sofá con un vaso de whisky en la mano. Los aperitivos que había preparado Lars estaban sobre la mesa, junto con algunos posavasos. Le había dicho a Lars que no se molestara en el caso de Cane, pero él lo hacía de todas formas.

—¿Qué es lo que quieres?

Cane se terminó el contenido del vaso antes de levantarse.

—Para ser un tío recién prometido, estás bastante cascarrabias.

—Te he preguntado que qué quieres.

—¿A qué te refieres? —saltó—. ¿Qué tal fue?

—¿Qué tal fue el qué? —pregunté.

—Eh... ¿La petición? ¿De qué otra cosa podría estar hablando?
Cane era tan entrometido que podría pasar fácilmente por nuestra madre.

—Dijo que sí, obviamente. ¿Por qué otra razón estaría arriba celebrándolo con sexo todo el día, todos los días?

—Entonces, ¿le gustó el anillo?

—Le encantó. —Me senté en el sofá y apoyé el tobillo en la rodilla opuesta.

Cane se sentó frente a mí.

—¿Quieres saber algo gracioso?

No. Sólo quería que se marchara.

—El día que salimos a por el anillo, me dijo que vosotros nunca os casaríais.

Levanté ambas cejas.

—¿En serio?

—Bueno, dijo que tú no eras de los que se casan. Tuve que contenerme para no reírme de ella en su cara.

—Al menos la pillé por sorpresa.

—Bueno. —Se frotó las palmas entre sí—. ¿Cuándo es la boda?

—No estoy seguro. Aún no hemos hablado de ello. Probablemente la celebremos en los viñedos o algo así. Algo sencillo.

—Yo seré el padrino, ¿no?

Ni en sueños.

—No vamos a hacer todo eso. Sólo nos casaremos y firmaremos el papeleo. Después nos iremos a pasar una buena luna de miel.

—Em... ¿no te estás olvidando de algo?

Si pensaba que iba a venir con nosotros, tristemente se estaba equivocando.

—¿Qué pasa con Bones? ¿Cargárnoslo no es nuestra primera prioridad?

—Sí, pero sólo voy a tener una luna de miel en mi vida, Cane. Tú puedes seguir trabajando mientras estoy fuera.

—Pero no te vayas demasiado tiempo. Lo último que quieres es que alguien te vea en el extranjero y se lo diga a Bones. Estarás solo y serás vulnerable.

—Probablemente nos quedemos dentro todo el día, de todas formas. —Botón y yo preferíamos explorarnos el uno al otro que explorar los alrededores.

Cane me guiñó un ojo.

—Te entiendo.

Me puse de pie otra vez, dando por terminada la conversación.

—Si hemos acabado, me esperan en un sitio.

—Apuesto a que sí.

Mientras rodeaba el sofá detrás de él, le di una colleja.

—Ay. —Se inclinó hacia delante, frotándose la cabeza—. ¿Por qué coño has hecho eso?

—Era mi modo educado de pedirte que te vayas.

EL TRASERO le sobresalía de la cama y yo tenía la cara entre sus piernas. Le besaba el clítoris, succionándolo vigorosamente con la boca hasta que gritaba mi nombre. Tenía el sexo más dulce del mundo y el aroma más embriagador. Podría estar todo el día comiéndoselo. Durante el resto de mi vida.

Cuando terminó, me levanté y me incliné sobre ella. Tenía las mejillas sonrojadas y calientes, y parecía totalmente satisfecha para la noche. Daba igual la cantidad de veces que le diera placer, ella siempre quería más. Pero quizá hubiera alcanzado su límite por aquella noche.

—¿Quieres que nos casemos mañana?

Ella se quedó paralizada ante la pregunta, con los ojos muy

abiertos por la sorpresa.

—¿Cómo?

—Tú y yo fuera, en los viñedos. Puedo hacer que venga un cura del pueblo de al lado y nos case.

—¿De verdad? —Se incorporó, apoyándose en los codos. La satisfacción se difuminó lentamente y desapareció de sus mejillas, y me miró.

—¿Por qué esperar? —Nunca habíamos hablado de ello, pero asumí que no íbamos a tener una boda tradicional, con invitados y un banquete. Me imaginé que sólo seríamos nosotros dos, con Lars y Cane. Algo sencillo.

—Pero no tengo vestido.

—Te llevaré a Roma.

—Pero no puedes ver el vestido. A lo mejor los italianos lo hacen de manera diferente, pero en Estados Unidos da mala suerte.

—Pero no estás en Estados Unidos —le recordé—. Y no entraré en la tienda contigo. Me quedaré haciendo guardia fuera. Me siento más cómodo yendo contigo que permitiendo que otra persona se asegure de que estás bien.

—Oh, Dios mío...

—¿Qué pasa?

—Nos vamos a casar mañana. —Se sentó y se agarró a los huecos de mis codos—. No me lo puedo creer.

Una parte de mí tampoco podía creérselo. Pero cuando la miraba, todo tenía sentido.

—Entonces más vale que nos marchemos. Tengo que comprar muchas cosas. —Saltó de la cama y se puso los vaqueros y la primera camiseta que encontró por el suelo—. Ni siquiera estoy segura de lo que quiero. Sin tirantes, con tirantes... no lo sé.

Sonreí de lado al verla. Observar su emoción con nuestra boda sólo hacía que me apeteciera más.

—Pongámonos en marcha, entonces.

—¿NERVIOSO? —Cane estaba de pie junto a mí, con su traje negro. Tenía una sonrisa imposible de borrar en la cara y una mirada de complicidad en los ojos.

—No. —Yo nunca me ponía nervioso.

—¿Puedo tomarme un momento para decir que yo tenía razón? —Se cruzó de brazos y me miró.

—¿Razón sobre qué?

—Sobre Pearl. La amabas, y yo lo sabía.

No era precisamente la conversación ideal para el día de mi boda.

—¿Cane?

—¿Hmm?

—Cállate.

Sonrió y puso los ojos en blanco al mismo tiempo.

—Dado que hoy es tu día, lo dejaré pasar.

Me puse de cara a las puertas de cedro y esperé a que saliera Botón. Había una arpista a un lado para tocar la canción tradicional italiana de bodas, y el cura estaba al otro lado. Me habían criado como católico, y mi madre se revolvería en su tumba si no me casaba un cura italiano.

Lars me arregló la corbata por quinta vez, aunque estaba perfectamente.

—¿Puedo decir algo, Excelencia?

—Por supuesto.

—Estoy muy contento por los dos. Pearl es encantadora y sé que las vidas de ambos juntos serán preciosas. Me honra ser testigo de este día. —Lars no solía tener conversaciones personales conmigo. La única manera en la que demostraba sus

emociones era su minuciosidad a la hora de ocuparse de la casa. Pero él sabía que formaba parte de la familia Barsetti.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Lars asintió antes de hacerse a un lado.

Cane continuó mirando fijamente la puerta.

—¿Por qué tarda tanto?

—Se va a casar conmigo, así que puede tardar todo lo que quiera. —La esperaría durante toda una vida.

—Sólo te aviso. —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Antes la he visto en la casa. Digamos que... tiene un aspecto bastante increíble.

—Qué sorpresa. —Como si Botón pudiera tener cualquier aspecto que no fuera impresionante en cualquier momento.

La arpista empezó a tocar y yo supe que aquella era mi señal para cerrar la boca. Las puertas de madera se abrieron con un chirrido y apareció Botón con un vestido largo de color marfil. Llevaba un ramo de flores silvestres en la mano, cogidas de mis tierras, y un bello tocado de encaje y botones en el peinado.

En cuanto entró en el sendero, clavó sus ojos en los míos, y aquella misma mirada de amor eterno estaba en ellos. Caminaba lentamente con la música, tomándose su tiempo, aunque estaba ansiosa por llegar hasta mí lo antes posible.

La cola del vestido arrastraba por el suelo, emitiendo un susurro mientras avanzaba. El maquillaje que llevaba era diferente pero no excesivo, como pensé que podría ser. Igual de perfecta que la primera vez que la había visto, parecía una fantasía.

Y era toda mía.

Llegó hasta mí y le tendió las flores a Cane sin mirarlo. Sus ojos estaban fijos en mí, y en sus labios había una sonrisa dulce.

—Estás preciosa. —Le di la mano y la conduje frente al cura. Su mano ardía dentro de la mía, demostrando su nerviosismo por

primera vez. Estábamos uno junto al otro y procedimos con la ceremonia de nuestro matrimonio. Cuando llegó el momento de los anillos, le puse la sencilla alianza de oro junto al anillo que ya llevaba puesto. El botón de la parte superior le quitaba protagonismo a la alianza, y la combinación quedaba perfecta.

Entonces tomó mi anillo de Cane y me lo deslizó en el dedo. Era la primera vez que yo lo veía y sentía curiosidad por saber lo que había elegido para mí. La alianza era fina y de color negro, pero al examinarla más de cerca, vi orificios que parecían idénticos a los de los botones. Entonces me di cuenta de que la alianza había sido formada combinando botones, fundiéndolos y forjándolos juntos para formar el anillo que ahora llevaba.

Mis ojos buscaron de inmediato los suyos, y me sentí profundamente conmovido.

Ella tenía lágrimas en los ojos, pero no se las enjugó. En vez de ello, respiró hondo para evitar que sus emociones se descontrolaran.

Durante toda mi vida, no había sido capaz de imaginarme llevando un anillo, especialmente una alianza de boda. Pero ahora que lo tenía puesto en el dedo, no quería quitármelo. Era una parte integrante de mí, algo que me había faltado hasta entonces. No sólo representaba mi matrimonio y mi compromiso con aquella mujer. Representaba más que eso. Había emprendido un viaje emocional en el instante en que ella había entrado en mi vida, para demostrarme que yo era un hombre mucho mejor de lo que me permitía pensar.

Botón supo que me encantaba sólo con fijarse en la expresión de mi cara.

La ceremonia tuvo lugar en italiano, pero Botón fue capaz de entender la mayoría. Cuando le llegó a ella el turno de finalizar el intercambio, dijo «sí, quiero» en italiano, igual que hice yo. La ceremonia fue rápida y terminó en un abrir y cerrar de ojos. Por

fin había llegado la mejor parte.

Besar a la novia.

Botón sonrió, esperándolo, esperando el primer beso que compartiríamos como marido y mujer. Tenía aquella mirada suya de complicidad, como si supiera cuánto deseaba besarla, probablemente más que ella a mí.

La acerqué más a mí y le puse las manos en la cara. Como había hecho cientos de veces, la besé. Pero esta vez fue diferente. Le dije a aquella mujer que la amaba sin tener que expresarlo con palabras. Le dije que no sería nada sin ella, y que era lo más importante del mundo para mí. Le juré mi lealtad y mi vida, eternamente... para siempre.

Capítulo 21

PEARL

Llegamos a Miconos y nos registramos en el hotel. Estaba en un extremo de la isla, curvándose hacia dentro para poder ver los bellos edificios blancos de tejado azul que había visto incontables veces en fotografías y películas.

El vuelo había sido corto, pero hasta ahora, aquel viaje no me había parecido romántico. Cinco guardaespaldas nos seguían a todas partes, cargados con armas ocultas en los pesados abrigo.

Entramos en nuestra habitación y por fin cerramos la puerta a nuestras espaldas.

—¿Es realmente necesario que nos vayan siguiendo por todas partes?

Crow dejó nuestras maletas a un lado y después me echó las fuertes manos a las caderas.

—Simplemente ignóralos, Botón.

—Pero, ¿no te parece que están atrayendo más atención sobre nosotros que si estuviéramos aquí solos?

Me apretó la frente con la suya, un contacto delicado que me abrasaba.

—Si sólo viniese yo, me arriesgaría. Pero contigo, no puedo permitirme correr riesgos. —Me besó la sien antes de apartarse,

con la alianza negra hecha de botones todavía en el dedo—. ¿Te gusta la habitación?

Resoplé ante lo ridículo de la pregunta.

Él se dio la vuelta y me miró con una ceja levantada.

—Crow, la habitación es preciosa. Es como un maldito palacio. Y este lugar es maravilloso. Sólo desearía que estuviéramos nosotros solos.

—Lo siento, Botón. —Abrió las puertas traseras para permitir que la brisa marina entrara en el cuarto—. Hasta que Bones esté muerto, tiene que ser así. —Salió al amplio balcón y contempló las aguas del mar. Había yates y veleros salpicados por la costa, y el sol tocaba los tejados de los edificios en el ángulo perfecto para que su luz se reflejara en el mar abierto.

Yo me acerqué a él y contemplé la belleza de Grecia.

—Esto es muy bonito.

—Me alegro de que te guste.

—¿Habías estado aquí antes?

—He estado en el continente, pero no en esta isla.

—Así que es la primera vez para ambos.

—Sí. —Me pasó un brazo por la cintura y me acercó más a él—. La primera de muchas. —Me rozó el nacimiento del pelo con los labios antes de darme un apretón en la cintura—. ¿Qué te gustaría hacer primero? Por la ciudad hay muchas tiendas pequeñas que te gustarán. O podemos ir a la playa y enterrar los pies en la arena.

Yo quería hacer turismo, pero había algo que deseaba más.

—¿Qué te parece si esta noche nos quedamos aquí? —Le recorrí el pecho con las manos, mirando sus ojos llenos de amor. Acabábamos de casarnos aquella tarde y yo estaba ansiosa por hacer oficial nuestro matrimonio en aquel lugar tan bonito—. Podemos salir a explorar mañana.

Él no sonrió, pero la mirada de sus ojos se hizo más intensa.

—Lo que la Sra. Barsetti quiera, lo consigue.

YO PENSABA que la Toscana era el lugar más bonito del mundo, pero pronto me di cuenta de lo inocente que había sido. La cultura y la belleza de Grecia eran algo aparte en todo el mundo conocido. Era algo más que preciosa: era arrebatadora.

El centro urbano era peatonal, lleno de callejuelas empedradas para que los peatones pudieran hacer sus compras. En esa pequeña zona se concentraban las tiendas de antigüedades y pequeñas tiendas de comida gourmet. Comí un montón de dulces. Incluso probé su versión del Frappuccino... y fue lo mejor que había probado nunca.

Crow había dispuesto que un yate nos llevara a dar la vuelta a la isla para poder disfrutar de unas vistas más íntimas del lugar. Los amaneceres y los atardeceres eran igualmente bellos, y el paraíso no era un sueño, sino nuestra realidad. Cenábamos marisco y pescado fresco, vino y platos mediterráneos casi mejores que los italianos.

Era una luna de miel de ensueño.

Cenamos juntos en el balcón de nuestra habitación, y el servicio de habitaciones se adaptó a los gustos específicos de Crow. La habitación era el único lugar en el que los guardaespaldas no andaban pegados a nuestra nuca. La intimidad era agradable y muy bienvenida.

Crow bebía vino y comía lentamente, con los ojos fijos en mí en todo momento. Ni una sola vez durante toda la luna de miel lo había mirado sin descubrir que él ya estaba mirándome a mí. Como si yo estuviera hecha de acero y sus ojos fueran un imán, estaba pegado a mí. Dejó la copa y después me miró como si fuera a decir algo.

Yo esperé.

—Me encanta mi anillo.

No habíamos hablado demasiado a pesar de todo el tiempo que habíamos pasado juntos a solas. Si no estábamos haciendo algo divertido, estábamos en la habitación haciendo el amor... y ninguna de las dos cosas exigía demasiadas palabras.

—Me alegro de que te guste. Lars me ayudó a confeccionarlo.

Se examinó el anillo en el dedo izquierdo antes de volver a mirarme.

—Es perfecto, Botón. No podría haber deseado nada mejor.

En el proceso de crearlo, ya supe que iba a ser el anillo ideal. El color le iba bien a su apariencia fría, y los botones fundidos habían sido la moneda de cambio en una relación que había hecho que nos enamoráramos. El oro y la plata no eran ni de lejos tan valiosos.

—Quizá deberíamos haber hablado antes de esto, pero en aquel momento, no estaba pensando con claridad...

Contuve el aliento, esperando.

—No estoy seguro de que debamos tener hijos. En mi línea de trabajo, no sé si sería buena idea.

Yo no pensaba en tener niños en aquel momento. Todavía me estaba acostumbrando al hecho de que estaba casada. Crow me había secuestrado y me había obligado a trabajar a cambio de mi libertad. Haberme enamorado de él aún era una conmoción para mí.

—La verdad es que no he pensado en ello.

—No estoy descartando la idea por completo, pero no creo que sea buena idea.

Pensar en una vida sin hijos me puso triste. No quería tenerlos hoy, ni mañana, pero algún día me gustaría tener un hijo que fuera clavado a su padre. Querría una hija a la que Crow pudiera venerar. Quería la familia que yo no había tenido nunca.

—Necesito tener hijos, Crow. No hoy, pero sí en algún momento.

Su mirada era indescifrable. Me contempló con una expresión de ensayada indiferencia. Incluso ahora, no siempre era capaz de adivinar lo que estaba pensando.

—Te lo repito, no creo que sea buena idea.

—Deja tus negocios con Cane. Tienes las bodegas.

—Pero ese negocio proviene directamente de mi familia. Y Cane es idiota. Lo destrozaría.

—¿Qué más da?

Crow no contestó, y su mirada continuó siendo imposible de leer.

—Me parece que tener tu propia familia es más importante que ayudar a Cane con el negocio. Tampoco es como si no lo vieras continuamente, de todas formas. —No quería presionarlo para que hiciera algo que no quería hacer, pero tampoco que su lealtad mal entendida hacia su familia nos impidiera ser felices—. Cane lo entendería. Y algún día, conocerá a alguien especial y tendrá que tomar la misma difícil decisión.

Crow dio un sorbo de vino sin quitarme la vista de encima.

—No hace falta que hagas nada ahora mismo, Crow. Pero yo sí que quiero tener hijos. Y no con cualquiera, sino contigo. Creo que serías un padre increíble.

Era la primera vez que reaccionaba en toda la conversación: sus cejas se elevaron con incredulidad.

—¿Yo? ¿De verdad?

—Sin duda. Eres cariñoso, protector y generoso.

Se terminó el vino antes de dejar la copa vacía sobre la mesa.

—No sé yo. A ti te quiero, pero me llevó muchísimo tiempo aceptarlo. Soy frío y brusco, y mi odio no es algo que vaya a desaparecer, jamás. No sería el hombre de familia que tú te piensas.

—No podría estar menos de acuerdo con esa afirmación.

Crow apartó la mirada y la posó sobre el agua.

—Tú crees lo que quieres creer.

No quería tener aquella tensa discusión durante nuestra luna de miel, pero tampoco había esperado que las cosas tomaran un giro así.

—Te conozco, Crow. Te conozco mejor que tú mismo. Si yo creo que puedes hacerlo, es que puedes.

Él dio por terminada la conversación permaneciendo en silencio. No continuó comiéndose la cena, y se concentró en cambio en las vistas sobre el mar.

Yo hice lo mismo porque mirarlo estaba empezando a resultar doloroso. Sabía que una vida con Crow no siempre sería sencilla. Tenía un montón de problemas, un montón de cicatrices. Pero yo también estaba dañada, y en ese aspecto, nos completábamos el uno al otro.

Crow rompió el silencio.

—Te daré hijos. Prometí amarte y hacerte feliz todos los días durante el resto de tu vida. Sabes que soy un hombre que cumple su palabra.

No era exactamente lo que yo quería escuchar, pero se acercaba lo bastante.

—Gracias.

PARA CUANDO LAS dos semanas llegaron a su fin, ambos nos habíamos puesto un poco morenos y estábamos ahítos el uno del otro. Yo ya vivía en el paraíso, pero no quería abandonar este nuevo lugar. Miconos tenía una belleza ancestral que nunca había experimentado en Estados Unidos. Era como retroceder en el tiempo y ver el mundo a través de unos ojos nuevos.

Nuestra cama estaba medio rota de todo el sexo que habíamos tenido entre sus sábanas. En vez de recurrir a esposas o látigos, lo mantuvimos con sabor a vainilla. Crow no parecía interesado en nada más siniestro, y yo tampoco. Quería tenerlo con calma y lentitud para poder atesorar cada momento que estaba en mi interior. Algunos días sentía escozor, pero eso no nos impedía continuar con ello.

Cuando el botones recogió nuestras maletas al final de nuestro viaje, casi estallé en sollozos pensando que tenía que despedirme de aquel lugar.

Crow me rodeó con un brazo y me acercó a él.

—Siempre podemos volver, Botón.

—Lo sé. Pero me lo he pasado tan bien que no quería que terminara.

Me sujetó el pelo por detrás y me hizo subir la barbilla para poder mirarme a los ojos.

—Te llevaré a ver el mundo entero, Botón. Esto no es más que el principio.

—Lo sé.

Me besó la sien antes de conducirme al exterior.

—¿QUÉ tal el viaje, Excelencia? —Lars depositó nuestro equipaje en la puerta delantera para que el personal pudiera devolverlo a las habitaciones y meter la ropa sucia en la lavadora. Como abejas en una colmena, colaboraban para darle a Crow todo lo que pudiera necesitar.

—Maravilloso —contestó Crow—. La Sra. Barsetti y yo nos lo hemos pasado muy bien.

Yo todavía no me había acostumbrado a mi nuevo nombre.

—Me alegra escucharlo —contestó Lars—. ¿Puedo hacer algo

por ustedes? ¿Preparo el almuerzo? ¿El té de la tarde?

—No —contestó Crow—. Vamos a darnos una ducha y a retirarnos al dormitorio el resto del día. Te avisaré cuando estemos preparados para cenar.

—Por supuesto, Excelencia. —Lars le dedicó una leve inclinación antes de volverse hacia mí—. Sra. Barsetti. —Era la primera vez que me dedicaba el mismo tipo de inclinación. Tras hacerlo, volvió a la cocina.

—No hace falta que se incline ante mí —le dije a Crow.

—Es una costumbre italiana.

—Ya, pero yo no soy italiana. —No pensaba permitir que un viejecito adorable se tomara tantas molestias por mí. Parecía encantarle su trabajo, pero aquella no era la cuestión.

Crow se dio la vuelta y me miró, con fuego en los ojos.

—Ahora lo eres. —Me tomó de la mano y subimos los dos tramos de escaleras, pasando por delante de mi antiguo dormitorio. Desde que me había marchado de aquel lugar la primera vez, no había vuelto a entrar en él. Mi dormitorio había sido el de Crow, y nunca me había aventurado por ninguna otra parte.

Justo cuando entrábamos en el dormitorio, sonó el móvil de Crow. Mientras habíamos estado de luna de miel no había cogido ninguna llamada de trabajo. Ni siquiera lo había llamado Cane, lo cual era inaudito. Ese hombre parecía más obsesionado con Crow que yo misma.

Crow contestó sin comprobar el número, sabiendo que tenía que trabajar ahora que había vuelto a casa.

—Crow.

Yo estaba de pie justo a su lado, por lo que pude oír cada palabra del intercambio.

—Crow. —La voz profunda resonó en el teléfono, horrorizándome sin proferir ninguna amenaza. El tono y la

cadencia de la voz me resultaban siniestramente familiares y aterradores. Era una voz inconfundible que reconocería en cualquier parte, incluso a unos metros de distancia.

Crow se quedó perceptiblemente inmóvil, sabiendo exactamente quién lo llamaba.

—Hace tiempo que no hablamos, ¿no? —Bones soltó una risita al otro lado del teléfono, como si fuera algún tipo de chiste—. Cane me dice que estabas de luna de miel con mi esclava. Es muy interesante.

Se me heló la sangre y fui incapaz de seguir respirando. No entendía lo que estaba pasando, pero fuese lo que fuese, era malo.

Crow no perdió la compostura ni un segundo.

—Lo hemos pasado muy bien. Gracias por el interés.

Bones se rio como si Crow le hubiera contado un chiste.

—Tu hermano habla, pero no lo suficiente. Cuando le pregunté dónde podía encontrarte, se negó a proporcionarme esa información... así que lo torturé sin piedad.

Yo cerré los ojos por el dolor que me causaron aquellas palabras. Lo que Cane me había hecho estaba en el pasado, y ahora lo quería como a un hermano. La idea de que le hicieran daño casi me hizo perder la compostura. Y no podía imaginarme cuánto le dolía a Crow.

Crow no pareció afectado. Su expresión continuó siendo exactamente la misma.

—Se llama lealtad, Bones. Algo que tú nunca podrás comprender.

En aquella ocasión, Bones no se rio.

—Mi plan original era que Cane me condujese a Pearl, pero después de días de sufrimiento ininterrumpido, sigue sin rendirse. Así que ahora tengo un nuevo plan.

—Estoy seguro de que tampoco funcionará.

No tenía ni idea de cómo Crow podía permanecer tan tranquilo cuando su único pariente estaba siendo torturado en aquel preciso instante. Sólo un hombre con cemento en las venas podría conseguirlo.

—Es bastante sencillo —dijo Bones—. Hacemos un intercambio. Pearl por Cane.

—Todavía me acuerdo de cómo fue nuestro último intercambio —le advirtió Crow—. No tienes honor, ni integridad. Por lo tanto, no me fio de ti.

—¿Estás dispuesto a jugarte la vida de tu hermano en ello?

—De todas formas, ya está muerto. —La voz de Crow no traicionó emoción alguna. Aceptó el hecho sin reaccionar—. Y jamás aceptaría ese intercambio, Bones. Tú lo sabes. Mátalo y acaba de una vez.

—Guau, tu frialdad me sorprende incluso a mí. Tu hermano se niega a rendirse por ti, ¿y a ti te da igual que muera?

—Él lo entiende.

Aquello era una pesadilla que nunca se acababa. Cane estaba encerrado en alguna parte y Bones estaba a punto de meterle una bala en la cabeza. Crow perdería a la única familia que le quedaba en el mundo.

—No me voy a limitar a matarlo, Crow —le advirtió Bones—. Lo voy a torturar hasta que le dé una conmoción. Y después me voy a quedar hasta el último de sus huesos para añadirlo a mi colección. Te doy cuarenta y ocho horas para que te lo pienses. —Colgó antes de que Crow pudiera decir una palabra más.

Crow escuchó cómo se interrumpía la línea antes de lanzar el teléfono en la cama. Con los brazos a los costados, se quedó allí de pie sin hacer nada. Su respiración era regular y su expresión no cambió. Sintiera lo que sintiera, estaba a mucha distancia de la superficie.

Yo no dije nada porque era incapaz de respirar. Me dolían los

pulmones y tenía el corazón a punto de salirse por la boca de lo rápido que me latía. La adrenalina me estaba matando.

—Crow... —No logré combatir las lágrimas y salieron en oleadas.

Crow me miró por fin, con expresión todavía fría.

Me senté en la cama y me recogí las piernas contra el pecho, todavía sollozando.

—No...

Crow se acercó a mí lentamente, con los ojos más sombríos que nunca.

—Botón, shh...

—Tenemos que salvarlo, Crow. ¿Qué vamos a hacer?

Se quedó de pie junto a la cama, con las manos todavía a los costados.

—Organizaré una búsqueda, pero no creo que ayude. Estoy seguro de que Bones está en un lugar imposible de localizar.

—Entonces tienes que cambiarme por él. Tienes que salvar a Cane. —Nada me asustaba más que estar en manos de Bones, pero no podía permitir que Cane sufriera. Era el único pariente vivo de Crow. Bones me quería a mí, así que Cane no debería sufrir por ello. No era justo.

Crow me dedicó una mirada aterradora.

—No.

—Crow, tienes qu...

—Pearl, he dicho que no.

Me quedé parada en el sitio cuando escuché sus palabras. Él nunca me llamaba por mi nombre de verdad, jamás. Era una advertencia, y una que daba miedo.

—No te voy a cambiar, y Cane lo entenderá. Sabe que no voy a ir a buscarlo. Lo aceptó en el momento en que lo capturaron. Odio esto tanto como tú, pero no voy a renunciar a ti.

—Es tu hermano... —¿Cómo podía hacerle aquello?

—Y tú eres mi esposa —susurró—. Ahora tú eres mi familia. Cane lo preferiría de esta manera.

Las lágrimas me caían por las mejillas.

—No podemos aceptarlo y ya está. No podemos permitir que gane.

—Intentaré recuperarlo, Botón, pero no creo que tenga éxito. Bones sabe lo que está haciendo. Para este momento ya habrá cubierto sus huellas.

Yo me llevé las rodillas al pecho y seguí sollozando.

—Lo siento mucho... Todo esto es culpa mía.

—No vuelvas a decir eso nunca.

—Pero es verdad. Si no fuese por mí, nada de esto estaría sucediendo.

—Y yo habría sido un desgraciado toda mi vida. —Se arrodilló frente a mí y me sujetó los brazos—. Siento que esto haya sucedido. Me duele tanto como a ti. Pero no vuelvas a decir eso jamás.

Me sorbí la nariz y me sequé las lágrimas.

—Crow, encuéntralo. Por favor. No seré capaz de vivir conmigo misma si no lo rescatamos.

—Ya lo sé, Botón. —Atrajo mi frente hacia la suya—. Te prometo que haré todo lo posible por recuperarlo.

—De acuerdo. —Le agarré las muñecas e intenté tranquilizar mi respiración. En aquel instante estaba hecha un desastre. Como víctima de Bones, conocía sus torturas de primera mano. Nunca se las desearía a nadie, especialmente a mi hermano.

—Todo saldrá bien, Botón. Saldremos de esta.

Capítulo 22

CROW

—¿Y las catacumbas? —Llevaba veinticuatro horas seguidas buscando a Cane. No había dormido, apenas había comido y me había bebido toda la cafeína que había podido encontrar. Mantenía un aire de indiferencia ante Bones y Botón, pero la verdad era que estaba totalmente acojonado.

Tenía que encontrarlo.

Cane me resultaba un fastidio casi todo el tiempo, y conseguía tocarme la moral como nadie. Siempre tenía que arreglar sus desaguisados y le había hecho mucho daño a mi mujer, de un modo imperdonable. Pero todo aquello no cambiaba los sentimientos innatos del fondo de mi pecho.

Quería mucho a mi hermano.

Bones era un hombre de palabra, y si decía que iba a matar a Cane, lo haría. Si Botón hubiera sido cualquier otra persona, se la habría dado en un santiamén. Pero ella estaba fuera de toda cuestión. En mi corazón, sabía que Cane lo entendería. Entendería que tenía que proteger a mi esposa ante todo, porque ahora formaba parte de la familia Barsetti.

Por lo menos, esperaba que lo entendiera.

Uno de mis hombres respondió:

—Despejadas.

—¿Y Roma? —pregunté—. ¿Alguno de sus centros?

—Están todos despejados —contestó el hombre—. Hemos mirado por todas partes, Crow. Está donde esté, está por debajo de la superficie. No me llega ningún tipo de lectura. Ninguna firma. Nada.

—¿Y rastrear la llamada? —Bones volvería a llamar mañana.

—Podemos intentarlo—contestó—. Pero dudo que nos sirva de algo. Estoy seguro de que Bones ha cubierto sus huellas por completo.

¿Cómo había logrado capturar a Cane, en primer lugar? ¿Qué había estado haciendo Cane?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mi hermano?

—Hace diez días —contestó él—. Estuvo en el trabajo como siempre y luego se fue a casa.

—¿Te mencionó que fuera a ir a alguna parte? —pregunté—. ¿Florencia? ¿Roma? ¿O sólo a casa?

—No lo dijo —contestó él, encogiéndose de hombros—. Cane no habla mucho de su vida privada.

Continuaba llegando a un callejón sin salida tras otro.

—Mierda. —Me froté la nuca y sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mí. Siempre conservaba la calma delante de mis hombres y de Botón, pero estaba empezando a perder la resolución. La falta de sueño y el miedo estaban empezando a afectarme.

—Lo siento, señor.

—No, lo siento yo. —No lograría encontrar a Cane a tiempo, y yo lo sabía. Si no hubiera estado de luna de miel, es probable que hubiera advertido antes su ausencia, y podría haber hecho algo al respecto. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Cane iba a morir.

EN CUANTO LLEGUÉ A CASA, Botón empezó a atosigarme.

—¿Has descubierto algo? ¿Tienes alguna pista?

Me arranqué la camisa mientras entraba en el dormitorio, sintiendo que el tejido me asfixiaba.

—No. —Dejé caer la cabeza, avergonzado. Después de todo lo que había aprendido con mi trabajo, mis habilidades no me habían servido para nada cuando más lo necesitaba. Bones había matado a mis padres, a Vanessa, y ahora estaba a punto de llevarse a Cane. Aquel hombre me lo había arrancado todo en la vida, y yo era incapaz de detenerlo. Me senté en la cama y dejé caer la cabeza, sintiéndome un fracasado.

Botón acudió a mi lado.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Si lo hubiera, ya lo habría encontrado. —Apreté la mandíbula, intentando no tomarla con ella. Sólo estaba intentando ayudar, pero sus constantes preguntas no hacían más que recordarme mi impotencia.

—¿No le puedes ofrecer dinero?

—No lo aceptará.

—Pero deberías intentarlo.

—Le ofrecí veinte millones por ti, y también los rechazó —salté—. No entiendes cómo funciona este tío.

Entrecerró los ojos, mirándome.

—¿Perdona?

Era estúpido decir aquello, y yo lo sabía.

—No quería decir eso. —Me froté la nuca, sin querer discutir. Discutiendo no conseguiríamos nada.

—¿Qué estás diciéndome? ¿Que no podemos hacer nada? ¿Que nos rindamos?

Miré al suelo, intentando ignorar su hostilidad.

—¿Crow?

—¿Hmm?

—Por favor, no me digas que no vamos a hacer nada.

—Botón... no sé qué hacer. Me he quedado sin opciones.

—Acepta el intercambio.

Mis palabras salieron en forma de rugido.

—No te voy a cambiar. Y punto.

Retrocedió ante mi agresividad.

—Si quisieras dejarme terminar, te diría que deberíamos aceptar el intercambio y después intentar rescatar a Cane sin terminar de hacerlo.

Sacudí la cabeza.

—Demasiado arriesgado.

—Estamos hablando de tu hermano. Da igual que sea arriesgado.

—No. Eso quiere decir que tengo que llevarte conmigo y permitir que te vea. No cooperará si no te ve.

—Pues entonces, llévame.

—No. —Empecé a rechinar los dientes—. Nos está tendiendo una trampa. Sé cómo es. Va a matar a Cane de todas formas. Nunca haría un intercambio justo. Cuando intentamos recuperar a Vanessa, se quedó con nuestro dinero y la mató de todas formas. No puedo confiar en él.

Se le hundieron los hombros por el peso de la pena.

—Crow... tenemos que pensar en algo.

Me levanté de la cama porque quería alejarme de ella.

—Botón, si pudiera hacer algo, lo haría. Si pudiera cambiar mi propia vida para salvar la suya, lo haría. Pero ninguna de esas opciones es válida. No puedo continuar con el intercambio, porque me la jugaría. Sé cómo es. —Me pasé las manos por la cara porque tenía los ojos reseco y agotados. Llevaba tanto tiempo sin dormir que no podía ni pensar—. Yo sólo... Déjame en

paz. —Me metí en la ducha y abrí el agua caliente, dejando que la suciedad de la tarde se desvaneciera. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de mi hermano. Tenía frío, estaba solo y se desangraba. A esas imágenes le sucedieron imágenes de nuestra niñez, y me entraron ganas de llorar. Me odiaba por haber permitido que aquello sucediera, pero el odio no haría que las cosas cambiaran.

Me sequé y me acerqué a la cama. Dejé el móvil sobre la mesilla y aparté las mantas. Estaba demasiado cansado para hablar con Botón o para hacer el amor. Todo lo que deseaba era unas cuantas horas de sueño para poder volver a pensar con claridad. Quizá cuando mi cerebro hubiera tenido un descanso, daría con un plan en condiciones.

Botón no estaba en el dormitorio. Cabreada, se había marchado, y probablemente había salido fuera para alejarse de mí. Me disculparía con ella cuando me despertara. Puse la alarma del teléfono y me quedé frito en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

Ni siquiera soñé.

LA ALARMA NO ME DESPERTÓ.

Tenía que haberse activado a las dos horas, pero el irritante pitido nunca sonó. Abrí los ojos y advertí que fuera había oscurecido. En vez de echar una siesta corta, había dormido durante casi todo el día. Alargué la mano hacia el teléfono para ver qué hora era, pero no lo encontré sobre la mesilla de noche. Continué manoteando a tientas en la oscuridad, pero no conseguí encontrarlo. Irritado, encendí la lamparilla.

Mi teléfono no se veía por ninguna parte. En su lugar, había una nota.

Y la alianza de Botón.

Salí casi de un salto de la cama para coger la nota y leer las palabras que había escrito con su bella letra.

CROW:

Lo siento. Es la única familia que tienes en el mundo y no puedo permitir que suceda esto. Sé que ahora mismo me odias, pero por favor, entiende que he hecho esto por ti.

Siempre te querré,
Botón

ME TEMBLÓ la mano al leer la nota y un fuerte grito salió de mi garganta. Agarré la mesilla de noche y la lancé al otro extremo de la habitación, donde se estrelló contra la pared. Su anillo de boda cayó en el suelo con un claro tintineo. Con aquello no apliqué mi rabia, así que destruí todo lo que había en el dormitorio, todo lo que era suyo y mío.

No podía creérmelo.
No podía.

Capítulo 23

PEARL

Recorrí la carretera en uno de los coches de Crow, agradecida de que condujeran por la derecha. De no ser así, habría estado perdida. Las lágrimas continuaban brotando incesantemente de mis ojos tras dejar a Crow durmiendo en la cama que compartíamos todas las noches. Le di un beso en la ceja y le dije que lo amaba, aunque no escuchara ni una palabra.

Entonces me quité la alianza y la dejé sobre la mesilla.

Si me la llevaba, Bones la destruiría. La estropearía y la quemaría. Quería a aquel anillo tanto como a Crow, y no soportaba la idea de su destrucción. Prefería dejarlo allí.

Tenía muy claras mis acciones, y aunque estaba asustada, sabía que era lo que había que hacer. Crow me había elegido antes que a su hermano, pero yo sabía cuánto necesitaba a Cane. Aparentaba indiferencia, pero yo sabía que, en el fondo, estaba hecho polvo. Amaba a su hermano tanto como a mí, simplemente lo demostraba de otra manera.

No sería la razón de que perdiese al último Barsetti.

Me limpié las lágrimas y continué conduciendo, dolorida por dejar a mi marido atrás. Crow haría lo que fuera para volver a encontrarme, pero yo debía encontrar una manera de escaparme

por mi cuenta. No pararía hasta encontrar un cuchillo o un bate. No pararía hasta recuperar mi libertad. Y no pararía hasta haber matado a Bones con mis propias manos.

El móvil de Crow empezó a sonar, y yo contesté.

—Pearl —dije con voz firme, negándome a ceder a las lágrimas con aquel demonio escuchando.

—¿En camino?

Odiaba hablar con él. Se me retorcían las tripas y sentía náuseas.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Sabes dónde está el punto de encuentro?

—Sí.

—Esto es lo que vamos a hac...

Hablaba como si controlara la situación, pero se equivocaba. Era yo quien la controlaba.

—No. Esto es lo que vamos a hacer. —Lo hice callar con una sola frase—. Vas a reunirte conmigo frente a la iglesia de la calle Plaza. Es una iglesia vieja y abandonada. Cuando vea a Cane libre y dentro del coche, saldré a tu encuentro.

—No. Lo haremos a mi manera.

—No me fio de ti —le solté—. Si me quieres, lo haremos a mi manera.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

Me agarré al volante hasta que se me pusieron los nudillos blancos.

—Porque la palabra de un Barsetti es la ley. Y yo soy una Barsetti. —Intenté no empezar a llorar otra vez.

Bones hizo una pausa al otro lado del teléfono.

—Está bien. Lo haremos a tu manera. ¿Cuándo estarás allí?

—Diez minutos.

Él colgó el teléfono.

Dejé el móvil en el asiento y sentí que volvían a brotarme las

lágrimas. Para cuando Crow se despertara y se diera cuenta de lo que había sucedido, ya sería demasiado tarde. El intercambio ya habría tenido lugar. Nunca tendría la oportunidad de decirle otra vez que lo amaba. Y la última vez que habíamos hablado, había sido para pelear. No era la forma en la que quería decirle adiós.

El teléfono volvió a sonar un momento después con un número que no reconocí. Mi instinto me dijo quién era. Con mano temblorosa, contesté.

—Pearl.

La voz de Crow llegó por el teléfono con ferocidad controlada. No gritó, pero su tono era igualmente aterrador.

—Da. La. Puta. Vuelta.

Mantuve el pie en el acelerador y el volante recto.

—Botón, haz lo que te digo, o te juro por Dios...

—Lo siento. Tengo que hacer esto.

—No, no tienes. Va a matar a Cane de todas formas. Te estás sacrificando para nada.

Mantuve la voz calmada porque no quería que nuestra última conversación fuese así de terrible.

—Crow, voy a hacerlo. Tengo que salvarlo. Siento que no lo apruebes, pero francamente, yo decido. Pero ya que te tengo al teléfono, quiero decirte que te amo, y que haré todo lo que haga falta para escapar.

—Botón... —Su rabia había desaparecido, y le tembló la voz. Nunca le había escuchado aquel tipo de emoción. Puede que estuviera llorando. No lo sabía—. No me hagas esto.

—Lo siento...

—Botón.

—Te amo, Crow. —Sofoqué las lágrimas con la mano, quedándome todo lo callada posible. Aquella conversación me estaba matando.

—Por favor, da la vuelta.

—Tengo que irme.

—Botón...

—Dime que me amas antes de que cuelgue. —Me agarré con más fuerza al volante, para no estrellarme a un lado de la carretera.

Crow cedió, porque sabía que no se iba a salir con la suya.

—Te amo, Botón. Y voy a traerte de vuelta.

No dudaba de la verdad de aquellas palabras. Todo lo que yo tenía que hacer era pelear y no rendirme en ningún momento, hasta que me rescatara. Lo había conseguido una vez, y volvería a hacerlo. Haría cualquier cosa por aquel hombre y por su familia, porque era la mía.

—Lo sé.

LLEGUÉ a la iglesia abandonada y aparqué el coche en la calle de enfrente. Dejé las llaves puestas en el contacto y el móvil en el soporte para bebidas. La iglesia estaba prácticamente en ruinas por culpa de un terremoto que se había producido hacía casi una década. La comunidad no quería derruirla porque seguía siendo una reliquia histórica para la ciudad. Me parecía el lugar perfecto para el intercambio, porque había muchos sitios en los que esconderse.

El teléfono sonó en el momento justo.

Contesté.

—¿Dónde está?

—La pregunta es, ¿dónde estás tú? —La voz de Bones estaba llena de hambre, de desesperación por clavarme las garras. Podía sentir su excitación al otro lado de la línea ante la oportunidad de volver a reclamarme como suya. Quería eliminar cualquier rastro de Crow que me quedara sobre la piel.

—Aparcada en el extremo sur. Cuando Cane llegue al coche, yo saldré.

—Si intentas escaparte con el coche, lo volaremos.

—Lo sé. —En realidad, sabía que aquello era mentira. Bones nunca me heriría, porque le resultaba más valiosa viva que muerta.

—Estoy deseando verte. Ha pasado demasiado tiempo.

—Desearía poder decir lo mismo. —Contemplé a sus grasientos hombres doblar la esquina cargados con rifles y ametralladoras. En medio estaba Bones, con un traje negro y aspecto de pesadilla. Cane estaba de pie con los brazos atados a la espalda. Me vio dentro del coche y sacudió la cabeza.

—Ahora haremos el intercambio.

—Estoy esperando. —No pensaba salir del coche hasta que Cane estuviera a salvo en el asiento del copiloto. Crow me había dicho que no confiara en Bones, y yo me tomaba muy en serio sus consejos.

El hombre que retenía a Cane lo desató y después le dio un empujón hacia delante, casi provocando que se cayera al suelo. Cane estaba más delgado que antes y también mucho más débil. Caminó lentamente hacia el coche, cojeando visiblemente al hacerlo. Tenía el rostro cubierto de cortes y golpes, consecuencia de diez días de tortura. Tras lo que me pareció una eternidad, llegó al coche y se sentó en el asiento del pasajero.

Me quedé mirándolo, reconfortándome con la idea de que seguía vivo.

Él me miró como si me odiara.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Salvarte.

—No tendrías que haberlo hecho —siseó—. No valgo la pena.

—Para mí, sí.

Sus ojos se dulcificaron de inmediato.

—No lo hagas, hermanita.

—Eres la única familia que le queda. Tenía que hacerlo.

Cane sacudió la cabeza.

—Tú también eres su familia.

—No es lo mismo.

—Pearl... —Sacudió la cabeza con lágrimas en los ojos—. No hagas esto. No te lo mereces.

—Ya lo sé. Pero, a veces... la vida no es justa. —Le lancé los brazos y le di un abrazo—. Me escaparé. De alguna manera, como sea.

—Crow y yo te rescataremos. Te lo prometo.

Me aparté y volví la vista para no verlo. Decirle adiós a Cane estaba resultando mucho más duro de lo que había esperado.

—Márchate. Cuando hayas desaparecido, iré para allá.

Cane no estuvo de acuerdo, pero su silencio fue confirmación suficiente.

Por último, salí del coche y cerré la puerta detrás de mí. Me quedé mirando la puerta del conductor, esperando a que Cane se arrastrara detrás del volante y arrancara el motor. Lo hizo un momento después, y tras dedicarme una mirada de tristeza, se dio la vuelta y se marchó con el coche. Cuando estuviera a una distancia segura, se pondría en contacto con Crow para decirle dónde estaba. Si actuaban con la suficiente rapidez, a lo mejor me libraba de aquello.

Por el momento, lo único que podía hacer era cumplir mi parte del trato.

Bones silbaba y me animaba a acercarme a él como si fuese un perro.

Y yo deseé matarlo justo allí, en ese mismo instante.

—Ahora te toca cumplir a ti. —Chasqueó los dedos y señaló al asfalto que tenía bajo los pies—. Trae tu culo aquí ahora mismo.

Mis piernas no deseaban obedecer a aquella falta de modales.

Lo que quería con todas mis fuerzas era apuñalarlo en el corazón y ver cómo se desangraba hasta la muerte. La visión de la sangre no me habría dado asco. La idea de estar a solas con un cadáver no me asustaba. De hecho, me exaltaba.

Empecé a recorrer el largo camino que atravesaba el campo de batalla, tomándome mi tiempo y disfrutando de mis últimos momentos de libertad antes de volver a ser otra vez una esclava. Los ojos de Bones aumentaron de tamaño a medida que me acercaba, con el deseo haciéndose con el control de su pensamiento lógico. Estaba a punto de ponerme al alcance de su mano, y casi no podía ni respirar.

Lo desprecié todavía más.

Por fin terminé de recorrer la distancia que nos separaba y me encontré cara a cara con el culpable de mis pesadillas. Era igual de grotesco que yo lo recordaba, aterrador y siniestro. Tenía el rostro más grueso del peso que había cogido, y la mirada de sus ojos era igual de diabólica que siempre. Probablemente se había estado entreteniendo con una serie de putas y esclavas antes de volver a reclamarme.

—Más bella de lo que recordaba. —Me agarró de un brazo y me arrastró hasta tenerme contra su pecho. Me aplastó la boca con la suya y me dio el beso más asqueroso que me habían dado nunca.

Yo lo empujé y le di una patada en las pelotas.

—Eres repugnante.

Él se dobló hacia delante, agarrándose los testículos y gimiendo por el dolor en la entrepierna.

Sus hombres me agarraron de inmediato, inmovilizándome los brazos a la espalda.

Bones se recuperó tras unos momentos, con una sonrisa siniestra en la cara.

—Me va a encantar volver a entrenarte. Y después de cómo me

has engañado, me va a encantar cobrarme mi venganza por ello.

—Crow me salvará. Y cuando lo haga, te va a hacer sufrir.

—Sabía que Crow no se rendiría hasta encontrarme. Me buscaría de día y de noche, con Cane a su lado, hasta que estuviera de vuelta en el lugar al que pertenecía, en nuestra casa.

—No a donde vamos. —Hizo una seña a sus hombres—. Registradla, y aseguraos de que no lleva armas.

Los hombres me pasaron las manos por el cuerpo, metiéndome mano mientras buscaban armas ocultas. No encontrarían nada, pero me registraron a fondo, palpándome incluso la entrepierna a través de los vaqueros.

Yo los aparté a empujones.

—Si llevara algo, ya lo habríais encontrado.

Bones sonrió ante mi combatividad, empalmándose en los pantalones.

—Caballeros, vámonos a casa. Pearl y yo tenemos mucho de lo que ponernos al día.

Capítulo 24

CROW

—¡MIERDA!

Nunca había estado tan furioso. Ni una sola vez en toda mi vida me había sentido tan destructivo. Si hubiera tenido acceso a armas nucleares, habría sido una amenaza para aquel país y para el mundo entero, porque era la rabia la que estaba tomando todas mis decisiones.

Metí hasta la última de mis armas en el maletero del todoterreno y algunas más en el asiento de atrás, para tenerlas más a mano. Me puse un chaleco antibalas para que ninguna bala perdida pudiera impedirme recuperar a mi esposa.

Iba a matar a Bones.

Mi coche derrapó en el camino de entrada a ciento veinte por hora antes de que Cane clavara el pie en los frenos. El vehículo estuvo a centímetros de atropellarme, pero la proximidad no me alteró. Si se hubiera estrellado contra mí, habría reventado el coche sin sufrir ni un rasguño.

Cane saltó al exterior sin apagar el coche.

—¿Tú sabías qu...?

—Me he enterado hace diez minutos. Se escabulló mientras dormía. —Metí una pistola en la cartuchera que llevaba en la

cadera—. ¿Dónde te tenían?

—No lo sé. Me tapaban los ojos al trasladarme.

Lo agarré por el cuello y lo apreté con tanta fuerza que apenas lograba respirar.

—La vida de mi mujer está en juego ahora mismo. Vas a contarme hasta el último puto detalle que recuerdes. Se ha sacrificado por ti. Más te vale estar a la altura. —Lo arrojé contra el capó del coche—. Ahora, habla.

Cane no se molestó en hacerse el listo, porque aquel no era el momento. Cada minuto contaba.

—Cemento por todas partes. Todas las habitaciones estaban hechas de cemento. Me traían las comidas en bandejas desechables con cubiertos de plástico. Las cañerías de los inodoros y de los lavabos iban hacia arriba, no hacia abajo. Los hombres no eran los que suelen estar con Bones. Parecían rusos, o alemanes. Me torturaban colgándome del techo. No me fracturaron los huesos, pero intentaron romperme emocionalmente. Mi cama era de plástico, no de algodón. —Terminó por callarse, al no recordar más detalles—. Es todo lo que recuerdo.

Repasé la información mentalmente, intentando llegar a una conclusión.

—Rusos, alemanes... Cemento... Cañerías hacia arriba.

Cane esperó a que resolviera el caso.

—Parece que estabas bajo tierra.

Cane asintió.

—Menos las tuberías, el resto de las paredes estaba hecho de cemento sólido.

—Alemanes o rusos... Probablemente alemanes. Durante la Segunda Guerra Mundial construyeron barracones por aquí.

Arqueó una ceja.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé y punto —salté—. Probablemente la retengan dentro de un barracón, donde no pueda ser detectada por satélite. Eso explicaría por qué no conseguí encontrarte a ti.

—¿No le habías puesto un rastreador?

Abrí tanto los ojos que casi me desmayo. Quise darme un tiro en la cabeza.

—Por favor, dime que dejó mi móvil ahí dentro. —Estaba sincronizado con su dispositivo de rastreo y no podía accederse de ningún otro modo.

Cane lo sacó del soporte para bebidas y me lo lanzó.

Yo abrí el programa rápidamente, rezando para que su puntito rojo estuviera en alguna parte del mapa.

Pero no estaba.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Cane.

—O le han quitado el rastreador, o se le ha agotado la batería, o la señal no es detectable. —Me metí bruscamente el móvil en el bolsillo, intentando no perder los nervios.

—Dudo que se lo hayan extirpado tan pronto. Me acabo de marchar del encuentro.

—Eso quiere decir que está bajo tierra.

—Y el barracón está en un radio de cincuenta kilómetros de la iglesia.

Me froté la nuca, intentando pensar.

—¿Ahora qué hacemos?

Saqué el teléfono y llamé al único oficial alemán que conocía.

—Es posible que tenga un plan.

ME HABÍA COSTADO UNA FORTUNA, pero había conseguido las coordenadas del último barracón en activo de Italia. Lo había comprado un ciudadano particular hacía casi diez años, y el

nombre del comprador continuaba siendo anónimo.

Tenía que ser Bones.

Reunimos a todos nuestros hombres y los enviamos a las coordenadas. Irrumpir en la base subterránea no resultaría fácil. No podíamos derribar las paredes y meternos dentro así como así. Si accedíamos por debajo, toda la estructura se derrumbaría sobre sí misma, matando a Botón.

Pensar en ella hizo que quisiera gritar.

Podía estar tocándola ahora mismo... follándosela. Me enfurecía tanto que me temblaban las manos. Se me secó la garganta y no pude respirar. Tuve un ataque de ansiedad allí mismo, algo que nunca había experimentado.

Era otra vez como con Vanessa.

Todas las personas a las que amaba terminaban muertas... y Botón iba a ser la siguiente.

Cane me miró mientras conducía hacia las coordenadas.

—La recuperaremos, Crow.

Me puse a mirar por la ventana, evitándolo a propósito. Si hablaba sobre ella, saltaría. Ya tenía las emociones muy alteradas, y no conseguía pensar con claridad. Si la perdía, me mataría sin perder un segundo. Había encontrado a alguien sin quien no podía vivir, y la idea era aterradora. Sin ella, yo dejaba de existir.

—No te olvides de lo fuerte que es —dijo Cane—. Si alguien puede sobrevivir a esto, es ella.

Apreté la mandíbula y miró por la ventana. Esperar a que los vehículos llegaran por fin siempre era la peor parte. Necesitaba que los coches fueran más rápidos. Tenía que llegar antes. Debía salvar a mi esposa de convertirse en el juguete de un monstruo.

—Crow...

—Deja de intentar hacerme sentir mejor. Hasta que esté a salvo, no podré hacer nada más que pensar en ello. Así que cierra

la puta boca y conduce.

Capítulo 25

PEARL

Bones cerró la puerta a sus espaldas y echó la llave antes de volverse hacia mí.

—Hay dos guardias apostados fuera. Así que no intentes nada.

La habitación estaba hecha de cemento macizo. Había una cama contra la pared y un baño privado al que se accedía desde la habitación principal. Hasta el suelo era de cemento. Sabía que estábamos bajo tierra, y parecía una base militar.

—Bonito lugar... —Me crucé de brazos y lo observé a él atentamente—. Supongo que los negocios no van muy bien.

Sonrió de oreja a oreja, pero no de un modo atractivo. Era una mirada de pura maldad intrigante. Hizo que el corazón se me cayera a los pies, porque su intención quedaba muy clara. Iba a inmovilizarme contra aquel colchón y a follarme hasta que gritara.

—Sólo quiero asegurarme de que no puedan seguirnos. Sé que tu marido no se detendrá ante nada para recuperarte. Pues bien, le va a costar rastrearte hasta aquí. En este lugar no entra ni sale ninguna señal.

Se me paró el corazón al darme cuenta de que mi rastreador resultaría inservible. Crow no podría localizarme, después de

todo. Mierda.

—No es demasiado acogedor. Creía que un hombre tan distinguido como tú tendría mejores instalaciones que estas.

—No tenía ni idea de dónde sacaba aquella valentía, porque estaba totalmente aterrorizada. Crow me había recompuesto después de que Bones me destrozara. ¿Sería capaz de volver a arreglarme, o quedaría arruinada para siempre?

—He echado de menos esa boca de sabelotodo tuya. Es refrescante. —Se acercó lentamente a mí, con las manos a los costados, pero con el rostro lleno de ansiedad.

Yo me tensé cuando se aproximó, queriendo apartarme del propio diablo.

—Yo no te he echado de menos a ti.

—Bueno, haré que me eches de menos. —Cuando estuve a su alcance, me agarró por las muñecas y me mantuvo firmemente en el sitio—. ¿Nos ponemos a ello?

Yo me retorcí hasta liberarme y le lancé un rodillazo a la ingle.

Bones se apartó del camino como si hubiera estado preparado para mi ataque. Me agarró el pelo de raíz y me lanzó con violencia en dirección a la cama. Mi estómago golpeó el colchón y él utilizó su peso para inmovilizarme.

El pánico me trepó por la garganta y sentí deseos de gritar. Estaba aterrada por las cosas que estaba a punto de hacerme. Pensé que iba a poder soportarlo, pero a lo mejor no era capaz. Había soportado su tortura durante meses y no lograría soportar ni un momento más.

—¡Suéltame! —Intenté rechazarlo, pero pesaba más que un buey.

Me quitó los vaqueros al tiempo que me mantenía inmóvil, y después pasó a las bragas.

—¡Que te jodan! —Intenté apartarlo, pero no lo conseguí.

—Cuanto más te resistas, más lo desearé. —Me enterró la cara

en el colchón, casi asfixiándome. Durante ese tiempo, se desnudó por completo—. No tienes ni idea de cuánto me apetece follarte. —Me frotó el miembro entre las nalgas, ya marcándome.

No podría soportarlo.

Me agarró un puñado de pelo, tirando tan fuerte que casi me lo arranca.

—Quiero mirarte. Y quiero que tú me mires. —Me dio la vuelta y me inmovilizó la espalda contra el colchón. Después me separó los muslos utilizando los suyos hasta que estuvo encima de mí. Sus ojos se posaron en los puntos que me habían dado justo por encima del hombro—. ¿Qué te ha pasado ahí, Esclava? ¿Fue tu marido tan bueno contigo como yo?

El uso de la palabra «esclava» me hizo estallar como la dinamita. Me clavé los dedos en los puntos que Lars me había dado la noche anterior. La sangre saltó por todas partes y había una buena posibilidad de que me desangrara hasta morir. Lars me había advertido que aquella era una posibilidad cierta.

—¿Qué coño estás haciendo? Se supone que soy yo el que tiene que hacerte daño. —Me agarró por la muñeca e intentó detenerme, pero mi otra mano se deslizó en el interior de la herida para sacar la minúscula cuchilla que había introducido en ella. Me cortó la piel al salir, doliéndome más al hacerlo que cuando me la había metido.

Pero había merecido totalmente la pena.

Bones no reaccionó, porque se había quedado completamente conmocionado.

Por fin cogí la cuchilla por la empuñadura, y con toda la fuerza que logré reunir, se la clavé directamente a través del pecho y en el corazón. Empujé con las pocas fuerzas que me quedaban, asegurándome de no fallar.

La sangre saltó por todas partes.

—Hija de... —Se palpaba el pecho, pero no encontró el

cuchillo. Le salió un chorro de sangre por la boca que empezó a gotearle por la barbilla. Tosió y me salpicó entera de sangre.

Le saqué el cuchillo de un tirón y empezó a sangrar aún más. Como en un abismo, todo se aceleró. La vida le abandonaba cada vez más deprisa. Se estaba muriendo justo ante mis ojos y lo único que me importaba era que le resultara lo más doloroso posible.

Lo agarré por la parte de atrás de la cabeza y volví a levantar el cuchillo.

—Ese ha sido por mí. Pero este es por Vanessa. —Le clavé el cuchillo justo en el ojo y directamente en el cerebro. Esta vez, no lo saqué. Tiré el cadáver al suelo de un empujón y observé sus convulsiones hasta que se quedó quieto para siempre. La sangre continuó manando, hasta que al final cesó.

Yo me quedé mirándolo, intentando memorizar aquel momento para siempre. Lo utilizaría para combatir mis pesadillas y recordarme a mí misma que se había ido para siempre. Nunca podría volver a hacerme daño, ni hacérselo a nadie más.

Ahora, tenía que salir de allí.

TENÍA la ropa empapada de sangre y no valía nada como fugitiva. Abrí una rendija de la puerta y vi a dos guardias a ambos lados. Claramente no les parecía que los ruidos que oían fueran inusuales, sólo alguna otra perversión de Bones.

Ambos contemplaban el otro extremo del pasillo, así que le quité a un guardia una pistola de la cartuchera antes de que pudiera reaccionar.

Cuando sintió la falta de peso, se volvió y me miró.

—¿Qué coñ...?

Le disparé en la cabeza e hice lo mismo con el otro antes de que pudiera reaccionar. Ambos estaban muertos, tirados en el suelo y soltando sangre por todas partes. Los dos llevaban chalecos antibalas, así que cogí uno y me lo puse. Iba a tener que salir de allí luchando, así que algo de protección no estaba de más. Cogí también la otra pistola y me la metí en la parte trasera de los vaqueros.

Después eché a correr por el pasillo.

No sabía nada sobre bases subterráneas, pero sí que la única forma de salir era subiendo. Debía llegar a la superficie y moverme deprisa, antes de que dieran la alarma. Todo lo que necesitaba era encontrar unas escaleras o un ascensor y subir hasta el piso de arriba.

Llegué al otro extremo del pasillo y me encontré en un corredor que seguía hacia ambos lados. No había indicaciones, así que fui hacia la izquierda, esperando tener suerte. Tenía la pistola preparada, lista para apretar el gatillo en cuanto alguien me diera razón para ello.

Empezó a sonar la alarma y se produjo una conmoción al final del pasillo. Alguien debía de haberse topado con los guardias muertos y se había dado cuenta de que me había escapado.

—Mierda. —Tenía que salir de allí lo antes posible, así que eché a correr.

Corrí todo lo rápido que pude y doblé la esquina. Estaba en otro corredor lleno de puertas, y al llegar al final, vi la sombra de un hombre en la pared. Llevaba un rifle contra el pecho y se movía despacio para dar la vuelta a la esquina, directo hacia mí.

Apreté la espalda contra la pared y apunté con la pistola. En cuanto apareciera, me lo cargaría y pasaría al siguiente.

Por fin dobló la esquina, apuntándome con el rifle directamente a la cara.

Pero reconocí sus ojos. Los había contemplado incontables

veces. Los veía en mis sueños y justo antes de quedarme dormida. Toda mi vida estaba en aquellos ojos, que encerraban la otra mitad de mi alma.

—¿Crow?

Él bajó el arma de inmediato y echó a correr hacia mí.

—Joder, Botón. —Se estrelló contra mí y me rodeó la cintura con los brazos con tanta fuerza que casi me partió en dos—. ¿Estás bien? —Contempló mi ropa empapada de sangre—. ¿Estás herida?

—No. He matado a Bones.

Crow se me quedó mirando impactado, la primera vez que me había dedicado aquella expresión.

—Sigamos moviéndonos. —Todavía tenía una herida debajo de la camiseta, y estaba perdiendo sangre. La única razón por la que no le hablaba de ella era porque temía su reacción. Le entraría el pánico y me sacaría de allí cargándome sobre un hombro.

—Quédate detrás de mí. —Retrocedió por donde había venido, conduciéndonos hacia la salida. Según avanzábamos, advertí los montones de cadáveres que Crow había dejado a sus espaldas. Sus otros hombres estaban en el pasillo, barriendo el lugar. Al final, nos encontramos con Cane.

—¡La has encontrado! —Cane dejó caer su arma y me abrazó—. Joder, me alegro de que estés bien.

—Sí... —Yo sentí cómo las fuerzas abandonaban mi cuerpo a medida que perdía sangre. Apenas lograba ya mantener los ojos abiertos. Lentamente, me cedieron las rodillas y empecé a caer al suelo. Sus voces llegaban como susurros a mis oídos.

—¿Qué coño le pasa? —preguntó Cane.

Crow me rasgó la camiseta, dejando mi herida al descubierto.

—Mierda. Tenemos que sacarla de aquí. Cane, cúbreme.

—De acuerdo.

Aquello es lo último que recuerdo antes de que todo se pusiera negro.

LO ÚLTIMO QUE vi fue negro, pero ahora lo veía todo blanco. Una luz blanca cegadora me calentaba a través de los párpados. Era potente y cálida, y la reconocí de inmediato porque me despertaba con ella todas las mañanas.

Abrí los ojos y vi el sol toscano. Brillaba a través de la ventana, directamente sobre mi cara. Era por la mañana, justo después de amanecer, y se adivinaba el comienzo de un día precioso. Los pájaros gorjeaban fuera y yo podía escucharlos cantar. Estaba todo tan en calma que me pregunté cómo había llegado allí.

Giré la cabeza y vi a Crow sentado a mi lado. Estaba en una butaca y sostenía mi mano flojamente con la suya. Tenía los ojos puestos en el libro que estaba leyendo, y fue entonces cuando reconocí su voz grave. Leía la historia en italiano, narrándomela mientras estaba dormida.

No lo interrumpí, porque disfrutaba escuchándolo. La única vez que le había oído hablar su idioma nativo era mientras discutía con Cane o daba una orden a alguno de sus hombres. Aparte de eso, siempre hablaba en inglés.

Acabó el capítulo y pasó la página, mirándome de reojo. Volvió automáticamente a la página, pero se detuvo al darse cuenta de lo que había visto.

—Botón. —Cerró el libro y lo dejó caer sobre la mesilla de noche—. ¿Cómo te encuentras? —Acercó más la butaca a la cama y se llevó mi mano a los labios. Tenía barba de varios días, y sus ojeras me indicaron que no había dormido.

—Me siento... muy bien. —Estaba de vuelta en casa, con mi marido. Todo lo que había pasado era como una pesadilla

distante. Sabía que Bones estaba muerto, porque nunca olvidaría la manera en la que le había clavado la cuchilla en el corazón.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Dos días.

—Oh...

—Perdiste mucha sangre. Llamé a un médico y te trataron aquí.

Entonces fue cuando me di cuenta de que tenía una intravenosa en el brazo y pude escuchar el pitido distante de un monitor. Me medían la presión sanguínea mientras el manguito se apretaba alrededor de mi brazo.

—Sabía que te sentirías mejor despertándote en tu cama con la ventana abierta. —Me dio otro beso en la cabeza y apoyó la frente contra mis nudillos, como si fuera a rezar. Entonces me di cuenta de que mi alianza de boda había vuelto a mi mano—. Estaba tan preocupado...

—Estoy perfectamente. Perdí un poco de sangre, nada más.

—Casi te mueres, Botón. Deberías haberme dicho que estabas herida.

—Pensé que podría conseguirlo. —A veces, me pensaba que era más fuerte de lo que era en realidad.

Me miró fijamente a los ojos como un hombre dividido entre la ira y la devoción.

—Estoy enfadado contigo por haberte marchado. Eso es algo que no creo que pueda perdonarte nunca. Pero también estoy tan agradecido por que estés bien, que da igual.

—Siento haberte herido. Pero no me arrepiento de lo que hice. —Lo volvería a hacer mil veces.

—Tuviste suerte.

—No es verdad.

Me sostuvo la mirada mientras esperaba mi explicación.

—Me hice un corte y me inserté un cuchillo pequeño debajo de

la clavícula. —Me tiré de la camiseta para poder ver los puntos nuevos—. Sabía que me cachearían, pero que no prestarían atención a la herida. Entonces cuando estuve a solas con Bones, me metí los dedos dentro y saqué el cuchillo. Después lo maté. —Pronuncié aquellas palabras sin emoción, porque no sentía ningún remordimiento. Todo lo que había hecho sonaba como una locura, pero nunca había estado más cuerda. Había hecho lo que tenía que hacer para protegerme a mí y a mi familia. Y ahora éramos libres.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Nunca me habrías dejado hacerlo.

—Y con razón. Esto podría haber acabado de otra forma muy diferente.

—Estaba preparada para esa posibilidad. Pero tenía que salvar a tu hermano. También es hermano mío.

Crow suspiró, y se le enterneció la mirada.

—El matrimonio se basa en la generosidad. Sabía que necesitas a tu hermano. No podía permitir que lo perdieras.

Él continuó mirándome fijamente, con un misterio en los ojos.

—Todo funcionó a nuestro favor. Así que dejemos el pasado en el pasado, y seamos felices.

Apretó la mandíbula y se quedó mirando nuestras manos unidas antes de volver a mirarme a los ojos.

—Tengo que hacerte una pregunta. Sea cual sea tu respuesta, nada cambiará entre nosotros. Pero debo saberlo...

Yo sabía exactamente lo que me estaba preguntando.

—No me violó. Bueno, lo intentó, pero no lo consiguió. Lo maté antes de que pudiera hacerlo.

Crow me escudriñó los ojos hasta que vio la verdad en ellos.

—Me desnudó y me inmovilizó. Pero aquello fue lo peor. —En

aquel momento había sido aterrador, y apenas conseguí mantener la concentración. Pero él no necesitaba conocer aquellos detalles.

—¿Cómo te cosiste tu propia herida?

Nunca delataría a Lars. Lo había obligado a ayudarme contra su voluntad, y si le contaba la verdad a Crow, echaría a Lars a la calle.

—No fue tan difícil.

Levantó las cejas con incredulidad.

—¿Te lo hiciste tú sola?

—Sí.

—¿Cómo?

—Se llama espejo. —Mentiría entre dientes, si tenía que hacerlo. Lars me había hecho un favor, y no podía pagárselo haciendo que lo despidieran.

Por suerte, Crow lo dejó.

—No sabía que supieras cómo hacerlo. Puede resultar útil.

—Sí... —Ahora tendría que pedirle a Lars que me enseñara.

Me apartó el pelo de la cara y me dedicó una larga mirada.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —Los cumplidos eran escasos y llegaban muy de tarde en tarde en el caso de Crow Barsetti, así que lo atesoré como si fuera literal.

—¿A qué te refieres?

Fuiste valiente cuando no lo habría sido todo el mundo. No tuviste miedo al clavarte ese cuchillo en el cuerpo. Y tuviste mucho valor para arrancártelo del cuerpo y apuñalar a ese hijo de puta en el corazón. Botón... eres mucho más valiente que yo y que todos los demás hombres juntos.

Le froté el brazo con la mano.

—No más valiente que tú. Si no hubieras venido por mí, habría muerto.

—No. —Se inclinó y me besó en la frente—. Botón, tú habrías

encontrado el camino.

ESTABA SENTADA en la terraza con Crow a mi lado. Tenía un libro sobre el regazo, pero hacía mucho que había dejado de leer. En vez de ello, me dedicaba a disfrutar de las vistas que tenía justo delante. Crow estaba resolviendo papeleo para las bodegas. No había vuelto a trabajar desde mi regreso a casa. Me habían vuelto las fuerzas, pero él continuaba tratándome como si fuera frágil.

Alguien llamó a la puerta de nuestro dormitorio.

—Crow, ¿cuándo leches puedo verla? —La voz enfadada de Cane atravesó nuestro dormitorio y llegó hasta nuestros oídos en el patio.

Dejó la carpeta sobre la mesa antes de levantarse con un suspiro.

—Grano en el culo...

Yo sonreí y esperé a que Crow trajera a Cane.

Crow abrió la puerta del dormitorio.

—Te invitaré cuando esté preparada para ver a gente.

—Han pasado cinco días —saltó Cane—. Legalmente es mi hermana, y tengo tanto derecho como tú a verla.

Pude imaginarme la cara de enfado que pondría Crow.

—Ahora, si me disculpas... —Cane rodeó a su hermano y se unió a mí en la terraza. Acercó una silla y me dedicó una mirada que nunca le había visto. Había auténtica alegría en sus ojos, y era la primera vez que me miraba como lo estaba haciendo—. Tienes un aspecto estupendo, Pearl. Más guapa que nunca.

Crow rugió detrás de mi butaca.

—¿Qué? —preguntó Cane—. ¿No puedo llamar guapa a mi propia hermana? Ella sabe lo que quiero decir.

—Ignóralo y ya está —le dije yo—. Ya sabes cómo se pone.

Ahora Crow me rugió a mí.

Cane me dio un cuidadoso abrazo, frotándome la espalda. Era un abrazo tierno, mucho mejor que cualquier gesto que me hubiera dedicado hasta entonces. Quién iba a decir que nos recuperaríamos de aquella horrible tarde en la que me había dado una paliza hasta casi matarme. Ahora no había nada más que amor entre nosotros.

—Muchísimas gracias, Pearl. Si no fuera por ti, estaría enterrado en un hoyo por ahí.

—Nunca permitiríamos que eso sucediera, Cane.

—No, en serio. —Se apartó y me miró a los ojos—. Fuiste muy valiente. Después de lo que te hice, nadie te habría culpado por no hacer nada.

—Cane... eso es agua pasada.

—Para la mayoría de la gente, no lo sería. Sé que sólo ha sido posible por todo lo que quieres a mi hermano... aunque sigo sin tener muy claro por qué.

—¿Quieres morir, gilipollas? —ladró Crow.

Cane lo ignoró.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para siempre. Necesites lo que necesites, ahí estaré. Si quieres helado en mitad de la noche cuando estés embarazada, me ocuparé de llevártelo. Si quieres que le dé un palizón a Crow cuando se porte como un imbécil, no dudes en pedírmelo. Sea lo que sea, puedes contar conmigo. ¿De acuerdo?

Sonreí.

—Entendido.

—No hay nadie mejor para llevar el apellido Barsetti. Me siento honrado de tenerte como hermana.

—Cane, para mí también es un honor.

Volvió a abrazarme antes de apartarse.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No. Creo que mi marido lo tiene controlado.

—Sí —dijo Crow con un toque amenazador en la voz—. Su marido.

Cane se incorporó y puso los ojos en blanco.

—Tío, no quiero quedarme con tu mujer. Si quisiera, ya te la habría quitado. Así que relájate.

Crow no sonrió.

—Bueno... a lo mejor la quería hace un año —admitió Cane—. Pero ya no la veo de esa manera... casi nunca.

El gesto de Crow se volvió más siniestro.

—Vale. —Cane dio una palmada—. Oficialmente, no soy bienvenido. Nos vemos, Pearl.

—Nos vemos. —Lo saludé con la mano mientras se marchaba.

Crow se aseguró de que saliera del dormitorio antes de echar la llave y volver a sentarse a mi lado.

Examiné la dureza de su rostro antes de hablar.

—No estás enfadado de verdad con él, ¿no?

Su mandíbula continuó tensa, lo cual contestó a la pregunta.

—Está flirteando contigo. No me gusta.

—A lo mejor sólo es su manera de ser amable.

—Bueno, pues preferiría que no fuese amable contigo.

—Crow, supéralo. Tienes que dejar de ponerte celoso y posesivo a cada momento, al menos en lo que a tu hermano se refiere.

—Tú no sabes todo lo que dijo de ti antes de que estuviéramos juntos.

—Eso no importa. Fue hace mucho tiempo.

Miró por el balcón a los viñedos que había más allá.

—No el suficiente. —Después de todo lo que había pasado, Crow se mostraba más protector conmigo que nunca. Me tenía controlada con una rigidez de acero que nada podía traspasar.

—Pues a mí me cae bien y me gustaría pasar más tiempo con él.

—Sólo porque sea mi hermano no quiere decir que tú tengas que relacionarte con él.

—Crow, ya te he dicho que me cae bien. Nunca he tenido una familia propia, y es divertido tener a alguien que es como un hermano. Lars me recuerda un poco a un tío, y tú eres un marido tan sobreprotector como un padre. Es agradable.

Sus rasgos se suavizaron ante aquel comentario, y dejó de discutir.

—¿Podemos dar un paseo? —Después de días de reposo innecesario en la cama, estaba ansiosa por mover los pies y estirar las piernas.

—¿No es lo bastante bonita la vista?

—Crow, me las puedo arreglar. —En vez de esperar a que me diera permiso, me puse de pie y entré a ponerme las zapatillas.

Crow lanzó un suspiro audible, queriendo hacerme entender lo irritado que estaba.

Pero a mí me daba igual.

CAMINAMOS ENTRE LOS VIÑEDOS, escuchando a los grillos en los campos. Alejados de la casa se sentía una fuerte brisa que se desplazaba entre las hileras. El viento me acariciaba el cabello con dedos amorosos, tocándome la nuca igual que hacía Crow.

Su mano se cerró sobre la mía y continuó lanzándome miradas de preocupación, aunque yo estaba perfectamente.

—¿Estás bien?

—Si necesito ayuda, te lo diré.

—No, no lo harás —soltó él.

Sonreí levemente.

—Tienes razón. Probablemente no lo haga.

En contra de su voluntad, se le alegraron los ojos.

Me quedé mirando las colinas que teníamos delante, preguntándome qué habría al otro lado. A lo mejor sólo había más hectáreas de terreno hasta que apareciera la siguiente casa.

—¿Quién es tu vecino más próximo?

—Un amigo mío vive justo al otro lado de esta colina. Es su casa de vacaciones cuando viene de visita.

—¿Dónde vive normalmente?

—América.

—Entonces... ¿Había alguien que me podría haber ayudado justo en la puerta de al lado? —En los primeros días de mi encierro, Crow me dijo que no había nadie a quien pudiera acudir. La población más próxima estaba a casi cincuenta kilómetros de distancia. Estúpidamente, me había tragado aquella historia.

Él sonrió.

—Sí. Pero no anda por aquí a menudo.

—Pero probablemente haya un teléfono dentro de su casa.

Él se encogió de hombros.

—Supongo. Pero espero que estés contenta con el modo en que han salido las cosas. —Me pasó el pulgar por los nudillos—. Porque si tuviera que volver a encerrarte otra vez, lo haría.

—Supongo que yo también lo haría.

Me fulminó con la mirada.

Me encantaba tomarle el pelo porque era fácil conseguir que se picara.

—Sabes que lo digo de broma. Hablando de encierros, ¿alguna vez me vas a sacar este rastreador del tobillo?

—Prefiero no hacerlo.

—¿No te parece raro?

—No. —No alteró el ritmo mientras caminaba a mi lado, con el maníaco sobreprotector todavía enterrado en él.

—Dado que no hay ningún peligro a mi alrededor, no creo que sea necesario.

—Siempre hay algún peligro, Pearl. Los ricos y poderosos siempre tienen que andar mirando por encima del hombro.

—Bueno, pues yo no quiero tener un dispositivo electrónico metido debajo de la piel. Tampoco es como si me fuera a escapar.

Él no pensaba ceder. Era evidente por cómo se movía.

—No va a ir a ninguna parte hasta que haya que sustituirlo.

De eso ni hablar.

—Entonces quiero que tú lleves un rastreador en todo momento. —Aquello no le gustaría ni un pelo. Crow era un hombre que operaba en las sombras. No quería poder ser rastreado con tanta facilidad.

—De acuerdo.

Me quedé perpleja al escuchar sus palabras.

—¿Cómo?

—He dicho que de acuerdo.

—No... Sólo estaba intentando demostrar algo.

—Pues lo has hecho. Si tú tienes que llevar uno, yo llevaré uno también. Así siempre podrás ver dónde estoy, si alguna vez te preocupas por mí. Es un compromiso justo.

—Pero no estás entendiendo lo principal. Yo no quiero llevar nada.

—Pues es una lástima. —Me miró con ojos de dictador, retándome a desafiarlo—. Ni te enteras de que está ahí, y gracias a ese pequeño rastreador, te pude salvar no una, sino dos veces. Siento que te resulte incómodo, pero para mí es imprescindible. Te sugiero que te acostumbres a él.

Sabía que había perdido aquella batalla, y lo que era más importante, que así es como iba a ser el resto de nuestras vidas. Crow Barsetti era un hombre al que no se le podía decir que no, y cuando se trataba de su familia, era implacable y prácticamente

un lunático.

Tenía razón: debía acostumbrarme a ello.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué hacemos ahora? Bones ha desaparecido y el mundo parece un lugar mucho más sencillo.

—Bueno, eso depende enteramente de ti. Estaba pensando que podíamos vivir el resto de nuestras vidas tranquilamente aquí en la finca. Beberíamos vino, haríamos el amor y envejeceríamos juntos. ¿Qué te parece?

Me quedé mirándolo, sintiendo cómo se ensanchaba mi sonrisa.

—Suena bastante aburrido.

Él arqueó una ceja.

—Y eso es exactamente lo que quiero. Una vida larga y aburrida contigo.

Epílogo

PEARL

Llevé a la mesa los cuencos de macarrones con queso. Vanessa tenía cinco años, el pelo negro como su padre y los ojos azules como los míos. Tenía un espíritu combativo que me decía que sería de armas tomar cuando creciera, como servidora.

—¿Tienes hambre, cariño?

—Ñam. —Cogió el tenedor y empezó a comer.

Coloqué el otro cuenco delante de Constantine.

—Aquí tienes, campeón.

Constantine tenía tres años y todavía se sentaba en una trona. La mesa estaba constantemente manchada por toda la comida que lanzaba por ahí. En vez de apartar la comida cuando no le gustaba, prefería tirarla por todas partes. A veces era un auténtico grano en el culo... como su padre. Cogió la cuchara y empezó a comer despacio, todavía aprendiendo el proceso.

Julia miró su cuenco y levantó una ceja. Con un fuerte acento ruso, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Macarrones con queso. Básicamente es pasta con salsa de queso.

Ella continuó mirándolo con desconfianza, como si fuera lo

peor que le podía servir.

¿Por qué todo el mundo odiaba tanto la comida americana?

—La verdad es que no está malo. Pero si no te lo quieres comer, te haré otra cosa.

Julia cogió el tenedor y dio un bocado.

—Está bastante bueno, en realidad. —A Julia le estaba costando aclimatarse a la libertad en la finca Barsetti. Después de haber sido vendida como esclava, Crow y yo habíamos podido liberarla, a ella y a un puñado más de mujeres. La mayoría tenía familias a las que volver, pero Julia era una huérfana sin nada de dinero. Estaba quedándose con nosotros hasta que estuviera preparada para reconstruir su vida.

—Me alegro de que te guste. Crow los odia, pero él es el hombre más testarudo que conozco.

Ella continuó comiendo lentamente, tomándose su tiempo entre bocado y bocado. Estaba extremadamente delgada, y debía engordarla todo lo que pudiera. Le hacía pasar tiempo a propósito con los niños porque su alegría era contagiosa. Podían animar el humor de cualquiera.

Crow entró en el comedor, llevando un traje azul marino con una corbata violeta. Como un rey, se apoderaba de la habitación en cuanto entraba en ella. Proyectando una sombra característica en la pared, su poder era inconfundible.

—Cane, he dicho que no.

Cane entró siguiéndolo, intentando convencerlo.

—Mira, sólo es un trabajo. No volveré a pedirte tu ayuda, te lo juro.

—Ya no estoy en ese negocio —contestó Crow—. Te lo he dicho. —Vino directo hacia mí con un gesto irritado que no me dirigía a mí—. Hola, Botón. —Me pasó el brazo por la cintura y me dio un beso.

—Hola, marido.

Daba igual cuántas veces le llamara así, siempre le provocaba una media sonrisa.

Cane continuó dando la tabarra.

—Es sólo entrar y salir. Chupado. Nada más.

Crow lo ignoró y se volvió hacia los niños. Primero saludó a Vanessa con un beso en la frente, y después se arrodilló para mirar un momento a Constantine.

—¿Cómo está mi pequeñajo?

—¡Es un avión! —Constantine puso los macarrones con queso en el borde de la cuchara y después se los lanzó a Crow a la boca.

Crow se los tragó.

—Ñam.

Sonreí, triunfante.

—A todo el mundo parecen encantarles.

Crow disimuló lo poco que le gustaba la comida y después saludó a Julia.

—Hola, Julia. —Siempre se mantenía lo más alejado posible de ella, no porque no le gustara, sino porque entendía lo aterrorizada que probablemente se sentía al estar cerca de cualquier hombre.

Cane continuó.

—Oye, gilipollas. Que te estoy hablando.

Crow se volvió hacia él con la rapidez de una víbora.

—No digas palabrotas delante de mi familia. ¿Cuántas veces te lo he dicho ya?

Cane puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. ¿Me vas a ayudar o no?

—No. —Crow no se compadeció lo más mínimo—. Ya te lo he dicho, ahora tengo una familia. No estoy mezclado con esa vida. Puedes encontrar a otro.

—Pero nadie tiene tus habilidades —argumentó Cane—. No confío en nadie.

—Pues lo siento —saltó Crow—. Ahora, déjalo.

Cane puso los ojos en blanco otra vez, hasta que se posaron en Julia. Cuando se dio cuenta de que estaba en la habitación, su interés aumentó.

—Ey...

—Apártate de ella, joder. —Crow se convirtió de inmediato en un perro de presa, protegiendo a nuestra invitada con los dientes expuestos y las zarpas al aire.

—¿Qué ha pasado con lo de no decir palabrotas? —dijo Cane.

Crow lo agarró por el brazo y lo sacó de la habitación.

—Para ya con esa mierda. —Su voz todavía podía escucharse desde fuera—. Rescatamos a Julia en aquella operación en Rusia. Sólo con que la mires mal, te juro que te mato.

—Caray, fíate un poco de mí. ¿Crees que voy a sacármela y tirármela ahí mismo?

Julia clavó a propósito la mirada en el cuenco.

—No hagas que se sienta incómoda —le ordenó Crow—. Está bajo mi techo, así que es mi invitada. No quiero ni que la mires.

—¿Cómo? —preguntó Cane—. Me ha parecido guapa. Crucifícame.

—A lo mejor lo hago —amenazó Crow—. Ahora vete.

—Espera. Lo de la operación lo decía en serio. Necesito tu ayuda.

—Cane, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? Ya no estoy en esa línea de trabajo. Tengo dos hijos y otro en camino. No pienso volver a mezclarme con ese estilo de vida nunca más.

—Puf, menudo aburrido.

—Algún día, tu vida también será aburrida. Y te encantará. —Crow volvió al comedor, despidiendo a su hermano—. Perdona por eso, Julia.

—No pasa nada —susurró ella.

—No hace falta que te preocupes por él —le aseguró Crow—.

No te molestará más.

Ella siguió comiendo.

—Lo sé.

Crow volvió junto a mí y me puso la mano en el vientre. Todavía no se me notaba, pero le emocionaba la idea de que pronto tendría tripa de embarazada. Nada le excitaba más que cuando estaba embarazada. Probablemente fuese la razón de que me hubiera vuelto a quedar, accidentalmente.

—¿Cómo está mi pequeño Barsetti?

—Bastante aburrido. —Puse mi mano sobre la suya—. Todavía no da patadas. Apenas siento que esté ahí.

—Dale tiempo. A lo mejor será peleón, como Vanessa.

—Dios, espero que no. No conseguía pegar ojo cuando estaba embarazada de ella.

—Sí, ya me acuerdo —dijo él—. Pero era emocionante sentir cómo se movía. —Sus dedos se extendieron por todo mi estómago antes de volver a ponerme la mano en la cintura—. ¿Qué te parece si le decimos a Lars que los cuide el resto de la noche para que podamos salir a cenar? ¿Quizá hacer una parada en la casa de la playa?

Tener dos hijos complicaba el tener tiempo para estar solos, pero Crow y yo lo conseguíamos siempre que podíamos. Nos encantaba pasar tiempo con nuestros hijos, pero también los momentos en los que sólo estábamos nosotros dos. Dos horas al día parecía bastar para mantenernos contentos.

—Eso suena perfecto.

CROW PRESIONÓ la oreja contra mi estómago desnudo y escuchó.

—Ya te lo he dicho, no está sucediendo nada por ahí abajo. Está dormida.

—¿Dormida? —Se incorporó y me miró.

—Sí, es una niña. —No me cabía la menor duda.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—No lo sé... Lo sé y ya está.

—Pero este embarazo no se parece en nada al que tuviste con Vanessa.

—Ya. —Ella había sido con mucho el embarazo más difícil—. Pero lo sé. Confía en mí, es algo maternal.

Me besó el estómago antes de trepar por la cama. Me separó los muslos con los suyos, y la oscuridad de su mirada me dijo lo que deseaba hacer a continuación. Parecía orgulloso de su trabajo dejándome embarazada, algo que acariciaba su ego y le hacía desear aún más hacer el amor.

—Quiero seguir dejándote embarazada todo el tiempo que pueda.

—Eh, no, gracias. —Tres niños eran suficientes. Hasta con la ayuda del personal, sería incapaz de controlar a cuatro.

—Venga, es muy excitante. —Me presionó la punta del glande contra la entrada, pero sin penetrarme.

—Sí, por un tiempo. Pero tú no tienes que ir bamboleándote por la casa como un elefante.

—No pareces un elefante. —Me frotó la nariz con la suya—. Cuando te bambolearas, me pongo como una moto. Verte embarazada de mi hijo... No hay nada que me excite más.

—Aunque así sea, este es el último. Pero podemos fingir que intentamos tener otro.

—No es lo mismo. —Crow había pasado de dudar si quería tener hijos a necesitar la mayor cantidad posible. Había renunciado a su antiguo trabajo en un santiamén al quedarme embarazada de Vanessa, y no había lugar en el que prefiriera estar en vez de en casa conmigo y los niños.

Solté una risita al darme cuenta de cuánto había cambiado. Su

oscuridad innata se había difuminado, y la luz que le brillaba en los ojos era más intensa siempre que miraba a sus hijos.

Crow captó mi reacción.

—¿Qué pasa?

—Nada.

No me penetró, aunque estaba desesperado por hacerlo.

—¿Qué pasa? —Me cogió ambas muñecas y me las sujetó por encima de la cabeza, dominándome en cuanto no se salía con la suya.

—Sólo pienso que es divertido lo diferente que eres ahora. No te pareces en nada al hombre al que conocí hace tantos años.

Lentamente, se le relajaron la mirada y la mandíbula.

—Es como si fueras otra persona.

Él aflojó su agarre de mis muñecas y continuó mirando.

—Soy otro hombre.

—Para muy bien. —Le pasé las manos por el pecho antes de tirar de sus caderas hacia mí, deseándolo en lo más profundo de mi ser.

Él mantuvo las caderas rectas y no se movió.

—Cuando llegaste a mi casa, me dijiste que te había salvado. Te había salvado de aquel hombre implacable cuyo nombre no volveré a pronunciar. Tú dices que te recompuse y que te arreglé.

Yo no apartaba mis ojos de los suyos.

—Pero tú me salvaste a mí, Botón. No tendría nada de lo que no sabía que quería sin ti. —Me puso una mano en la mejilla y me frotó la nariz contra la suya, dedicándome las delicadas atenciones que había llegado a esperar cada mañana, y cada noche.

—Nos salvamos el uno al otro.

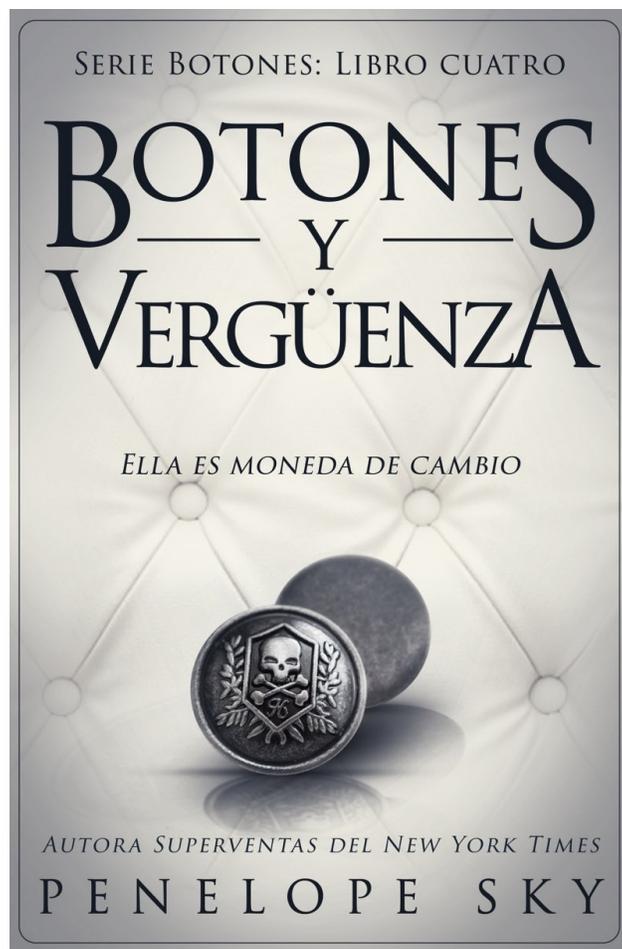
Postfacio

Muchísimas gracias por leer Botones y dolor. Disfruté muchísimo escribiendo esta historia, y llevo a Crow y a Pearl muy cerca del corazón. Si también te ha gustado, para mí significaría un MUNDO que dejaras una breve reseña. Es el mejor tipo de apoyo que se le puede dar a un escritor.

Abrazos,
Pe

¿Un poco de escocés?

No te pierdas mi nuevo libro, Botones y vergüenza



PEDIR AHORA

Acerca del Autor

Mantente en contacto con Penelope
Suscríbete a mi newsletter para recibir actualizaciones sobre nuevas publicaciones y
regalos.

Suscríbete hoy.
www.PenelopeSky.com

Dale a ME GUSTA en la página de Facebook de Penelope para recibir actualizaciones
sobre nuevas publicaciones y regalos.

Facebook de Penelope
<https://www.facebook.com/PenelopeSkyAuthor>